SIMON GARFIELD

EL MEJOR AMIGO DEL PERRO

Breve historia de un vínculo único



taurus

SIMON GARFIELD

EL MEJOR AMIGO DEL PERRO

Breve historia de un vínculo único



taurus

Simon Garfield

El mejor amigo del perro

Breve historia de un vínculo único

Traducción de Abraham Gragera

taurus

Para todos los perros que amamos

Si no tienes un perro, al menos uno, no significa que haya en ti nada de malo, pero puede que en tu vida sí lo haya.

ROGER CARAS

El perro rara vez ha arrastrado al hombre hasta su nivel de sagacidad, pero el hombre, con frecuencia, sí ha arrastrado al perro hasta el suyo.

JAMES THURBER

El hecho de que un perro pueda oler cosas que escapan al olfato de una persona no lo convierte en un genio; lo convierte en un perro.

TEMPLE GRANDIN



¿Nuestro vivo retrato? Un caballero victoriano se prepara para una gran noche. © Hans Christian Adam.

INTRODUCCIÓN
LA «PERRITUD» DE LOS PERROS



¿Quién es este?

¿Por qué está acurrucado a mis pies, con esa postura que recuerda a un cruasán, mientras escribo? ¿Cómo he llegado a cogerle cariño a este olor suyo, a su cálida —aunque un tanto ofensiva— acritud? ¿Y cómo ha llegado su aliento —que apesta a pescado— a convertirse en motivo de chistes cuando mis amigos vienen a casa a cenar? ¿Por qué pago más de mil libras al año por su seguro médico? Y, sobre todo, ¿por qué lo quiero tanto?

Ludo no es nada del otro mundo. Solo uno más de los quinientos mil perros labradores que hay en el Reino Unido (si viviera en Estados Unidos, sería uno entre un millón. Los labradores son los perros más populares en los dos países). Es como todos sus hermanos de raza. Le encanta jugar a la pelota y, como su propio nombre indica, es un *retriever* consumado.[1] Podría comerse, además, toda la comida del universo y no dejarle ni una migaja a sus congéneres. Es propenso a la displasia de cadera y luce especialmente bien sobre un lecho de felpa, en una casa con calefacción central, muy lejos de la gélida Terranova, de donde procedían sus antepasados.

Pero, por supuesto, Ludo es, para mí y para el resto de su familia humana, un animal único: un señor mayor de doce años y medio, por cuyo bienestar estaríamos dispuestos a hacer casi cualquier cosa. No nos importa acabar empapados mientras intenta husmear en cada rincón de Hampstead Heath. Nos gastamos una verdadera fortuna en él y jamás nos manda una nota de agradecimiento.[2] Programamos nuestro día a día en función de sus necesidades: sus comidas, sus paseos, la recogida de su medicación (tiene epilepsia, el pobre). Cuando no está con nosotros (cuando nuestros hijos se lo llevan el fin de semana, por ejemplo), deja en la casa un enorme vacío. Me siento muy afortunado de compartir mi vida con él. Solo Dios sabe cómo nos las arreglaremos cuando muera.

Este fin de semana visitaré Discover Dogs, en un recinto ferial del este de Londres, para ver a los perros participar en pruebas de agilidad y obediencia sobre un *ring*, y tendré la oportunidad de encontrarme con más de doscientas razas diferentes, algunas de las cuales cabrían en mi bolso y otras a duras penas en mi coche. Tendré ocasión también de comprar una enorme cantidad de parafernalia, de chorradas, la mayor parte de lo cual no se ha concebido, claro está, para los perros, sino para los humanos; cosas como pinturas al óleo, ropa y artículos para el hogar relacionados con los perros y que se anuncian con eslóganes del tipo «Si él no es bienvenido, yo tampoco», «Los perros dan felicidad; los humanos no tanto» y «Preferiría estar paseando a mi schnauzer». Para compensar el hecho de que las mascotas de la familia no están permitidas en

este evento, el viernes siguiente Ludo asistirá a una proyección de *Rocketman* en el cine Exhibit, de Balham, en el sur de Londres. Aunque no es especialmente fan de Elton John (en realidad le gusta escuchar cualquier cosa, siempre que no suene como un aspirador), seguro que disfrutará, sentado en su propio asiento, junto al mío, con su manta y sus golosinas *pupcorn*, esas palomitas para perros. Todos los canes que asistan a la proyección tendrán entrada gratuita «a cambio de dejarse querer por el personal», y las luces de la sala no se apagarán del todo para no angustiarlos.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí, cómo es que el perro se ha convertido en el amo del cotarro? ¿Cómo hemos llegado hasta el punto de que los perros vayan al cine? ¿Cómo y cuándo nos dimos cuenta de que nos serían de gran ayuda no solo en la caza, sino también en la desactivación de bombas y la detección del cáncer? ¿Cómo hemos llegado los humanos a consentir tan tranquilamente que nuestra vida doméstica —nuestros horarios de trabajo, la limpieza de nuestras alfombras, nuestros planes para las vacaciones— estén determinadas por las exigencias de un animal que solía vivir fuera y valerse por sí mismo? ¿Cuándo —y por qué— el comodón que se recuesta en el sofá reemplazó al buscavidas y al carroñero?

Este libro estudia el desarrollo y la manifestación, a lo largo de los siglos, de este formidable vínculo de interdependencia, y las transformaciones que ha originado en tantos millones de vidas, humanas y caninas. Si es verdad, al menos en parte, la afirmación de Nietzsche de que «el mundo existe gracias a la comprensión de los perros», entonces quizá también sea cierto en parte que un estudio de los perros puede proporcionarnos un conocimiento más valioso de nosotros mismos.

¿Qué hace aquí?

¿Por qué este hombre da palmaditas en la mesa mientras mira fijamente la pantalla y, de vez en cuando, suelta un suspiro tan sentido? ¿Cuántas veces se va a levantar para prepararse una infusión y distraerse? ¿Por qué calcula tan mal el tiempo cuando se trata de mi almuerzo? ¿Por qué este colchón de espuma viscoelástica que me compró no conserva la forma en que me acurruqué tan plácidamente anoche? ¿Por qué me siento tan afortunado de conocerlo?

El antropomorfismo de los perros no es algo nuevo. Tengo en mi escritorio una foto de un labrador negro del siglo XIX vestido como un lord, con traje y sombrero de copa (y fumando en pipa). Los perros parlantes han sido fundamentales en las películas casi desde el nacimiento del cine sonoro. Sin embargo, la confabulación entre el perro y el ser humano nunca ha estado tan extendida, ni ha sido tan imaginativa y desconcertante, como hoy en día. La naturaleza de nuestro vínculo —nuestro compromiso mutuo— parece haberse reforzado notablemente en los últimos cincuenta años —entre otras cosas, gracias a los avances en las investigaciones genéticas, que han facilitado nuestra comprensión de los perros desde el punto de vista científico —, y la interpretación sociológica del comportamiento canino ha enriquecido con nuevas posibilidades nuestro pacto mutuo. Como si nos lanzáramos a bailar, llenos de empeño y desinhibidos por la bebida, nos abrazamos a nuestros mejores amigos en un rapto de éxtasis y felicidad.

No obstante, tal pasión es a veces un tanto insana, por desgracia. Junto a mi lord victoriano, tengo también una foto de un perro ataviado con una gorra plana y gafas que se parece a Samuel L. Jackson. En mi ordenador guardo, asimismo, fotos de perros que leen, navegan y montan en

bici. Y soy consciente de que hay algo que no está bien, desde el punto de vista moral, en estas imágenes, pero me resulta difícil no añadir más a la carpeta, por lo absolutamente adorables que me parecen cuando los veo así, intentando dar lo mejor de sí mismos.

Todas las semanas recibo un correo electrónico de la revista estadounidense *Bark*[3] con el asunto «Smiling Dogs». Cada mensaje contiene al menos dos fotos de hermosos sabuesos sonrientes; las últimas corresponden a Baxter («Baxter tiene una personalidad chispeante, le encantan la comida, tomar el sol, salir de excursión al aire libre y los arrumacos») y a Chad («Este chico tan apuesto puede parecer un poco distante al principio, pero eso es lo que lo hace tan misterioso y encantador»). Por muy atractivos que resulten, no están realmente sonriendo. Pero los editores de *Bark* saben muy bien que los más fotogénicos suelen salir mejor parados, porque la mayoría de los perros que aparecen en los correos electrónicos buscan nuevos hogares tras sufrir duras experiencias.

Los nombres que ponemos a nuestros perros se parecen cada vez más a los que les pondríamos a nuestros hijos. Por cada clásico Fido hay una nueva Florence; por cada viejo Major, un nuevo Max.



El Gobierno que nos merecemos: Pluto, el ministro de Trabajo y Pensiones,

afirma: «¡Estoy ansioso por empezar!». Con permiso de *Private Eye Magazine.*

Pero esto no era así hace treinta años. Actualmente, abundan los perros con nombres de héroes humanos. Nelson sigue siendo popular, pero pronto veremos muchas Gretas. ¿Que tienes una perra llamada Taylor? Ten por seguro que habrá por ahí un macho que se llame Swift. A los abogados les gusta llamar a sus perros Shyster;[4] los arquitectos, por su parte, prefieren Zaha, y hoy en día los parques están llenos de jóvenes Fleabags.[5] Solo en el hiphop la tendencia es la contraria, la de adoptar nombres artísticos en los que el perro y sus atributos son los protagonistas: Snoop Dogg, Phife Dawg, Nate Dogg, Bow Wow.

Cada vez utilizamos más a los perros para describirnos a nosotros mismos. Un entrevistador radiofónico despiadado es un rottweiler; uno más dulce, un caniche (o un cachorro). Los personajes simpáticos y leales que aparecen en las novelas son afables labradores. Los hombres corruptos de la ciudad, pitbulls. De una persona que no da el brazo a torcer se dice que lucha como un terrier, y a los detectives que persiguen a su presa se los llama sabuesos. No sigo, porque ya has pillado la idea, ¿no? Y cómo no ibas a pillarla, si eres tan rápido como un galgo y tan listo como un perro pastor.

Llevamos mucho tiempo utilizando a nuestros amigos caninos para describir nuestras acciones y emociones. Después de trabajar como un perro estamos cansados como un perro. Nos sentimos más solos que la una, pero también más que un perro. Tenemos un humor de perros cuando hace un día de perros, o cuando pasamos más hambre que el perro de un ciego. Nos emperramos, defendemos nuestras convicciones a cara de perro y, si no conseguimos lo que queremos, nos cogemos una perra. Somos como el perro del hortelano, o los mismos perros con distintos collares, aunque, también, más raros que un perro verde. Nos llevamos como perros y gatos hasta que, muerto el perro, se acaba la rabia. Somos astutos como un perro viejo, nos aperreamos de puro aburrimiento y practicamos sexo en la postura del perrito.

Estoy dando los últimos retoques a este libro en abril de 2020, con la amenaza omnipresente del virus, y Ludo es el único de nosotros que no parece angustiado, sino más bien exhausto. La pandemia, como todos sabemos a estas alturas, ha sido perversamente bondadosa con los perros; ahora rara vez están solos en casa, y se los pasea casi más de lo que pueden soportar. Los amigos y vecinos te lo piden prestado; si tienes un perro, estás autorizado a salir a la calle. Las protectoras y las perreras han confirmado un aumento de las consultas sobre adopciones. El recinto que solo unos meses antes acogía Discover Dogs es ahora un hospital con cuatro mil camas. Las redes sociales están atestadas de vídeos y dibujos animados sobre perros de la COVID-19; el comentarista deportivo Andrew Cotter ha convertido en estrellas a sus adorables labradores, Olive y Mabel, a raíz de su lucha por la supremacía durante el encierro. Los dueños de perros que viven solos agradecen más que nunca su compañía y consuelo. Pero la situación también ha traído preocupaciones adicionales: hoy, más que nunca, me asusta que Ludo se ponga malo; su comida habitual, procedente de Alemania, escasea, y esas bolsas que huelen fatal son muy difíciles de abrir sin lamerse primero los dedos para separar la abertura.

Aunque nunca hayas tenido un perro, aunque solo los conozcas por los eventos caninos que retransmite la televisión, sabrás, seguro, que nuestra relación con ellos es rica, diversa, desconcertante y complicada; tan rica, diversa, desconcertante y complicada como las relaciones que mantenemos con nuestros semejantes. Los perros forman parte no solo del hogar, sino

también —y cada vez más— de la familia. Sin duda, estamos ante la conexión más estrecha de la que somos capaces con una especie que no es la nuestra.

Este libro examina nuestros esfuerzos, los de los humanos, por perfeccionar esta relación, por crear el animal perfecto, por dotar al perro de un comportamiento similar al nuestro. En muchos sentidos, los perros se han convertido en una extensión de nosotros mismos. Albert Einstein observó en una ocasión que Chico, su fox terrier de pelo áspero, además de una gran inteligencia, podía guardar rencor. «Le doy pena porque no paro de recibir correo; por eso intenta morder al cartero». Este enfoque —que solo los sociólogos se empeñan en calificar de antropomórfico, porque los que amamos a los perros lo consideramos un comportamiento del todo aceptable— lo desaprueban la mayoría de los expertos en comportamiento animal, para quienes resulta *in*humano. Pero seguimos manteniéndolo. De hecho, ahora lo mantenemos con tal convicción y naturalidad que no alimentar a nuestros perros con una dieta que incluya cúrcuma puede llegar a parecer una negligencia.

Cuando el cine Exhibit comenzó sus proyecciones para perros —y sus dueños— en 2017, los protagonistas de las películas eran por lo general los propios perros —*La dama y el vagabundo*, *Isla de perros*—, pero, en los últimos tiempos, los perros han estado viendo películas normales que solo en apariencia están relacionadas con ellos: *Si la colonia hablara*, *La gran enfermedad del amor*, *¿Podrás perdonarme algún día?* Fuera de las pantallas y las salas de cine, los perros de hoy conservan todo su glamour hollywoodiense. Los envolvemos en pieles y collares con joyas, los convertimos en estrellas en Instagram.[6]

Este libro pretende, por encima de todo, ser una celebración de la inteligencia, la curiosidad, la belleza y la lealtad de los perros. ¿Escribirían ellos sobre nosotros en los mismos términos? No lo sabemos. Pero nos permitiremos dejarnos llevar por historias caninas reconfortantes y absurdas, tiernas y atemorizadoras, divertidas y graves. Asimismo, nos plantearemos algunas preguntas difíciles de responder sobre el modo en que los humanos tratamos en la actualidad a nuestros grandes amigos cánidos y adónde nos puede llevar esto. Por ejemplo, si el amor natural que sentimos por nuestras queridas mascotas no se estará acaso convirtiendo en una falta de respeto, y nuestro amor por la variedad y la novedad, en pura y dura explotación. A todos los criadores con los que he hablado les preocupa el futuro. ¿Es que hemos olvidado de dónde vienen los perros y cómo solían vivir? ¿Les proporcionamos siempre la mejor vida, o bien la mejor vida para nosotros? ¿Corremos el riesgo de que se pierda para siempre lo que la psicóloga canina Alexandra Horowitz ha llamado «la “perritud” de los perros»?

Y, bajo todas estas preguntas, alienta otra, la principal: ¿cómo hemos pasado de cazar junto al lobo euroasiático (entre otras especies de *Canis lupus*) a comprar una cama con calefacción eléctrica para el cavalier king charles spaniel (entre otras razas de *Canis lupus familiaris*)? Nuestro viaje será tanto cultural como científico, y nos llevará hasta Australia, Japón, Estados Unidos y —es inevitable— hasta Crufts, la exposición canina internacional que se celebra cada año en el NEC de Birmingham.

Por el camino, intentaré explicar el origen del cheagle (el cruce entre el chihuahua y el beagle) y del chiweenie (el del chihuahua y el perro salchicha), y la noción misma de «perro de diseño». Repasaremos la secuenciación del primer genoma completo del perro, y tendremos en cuenta los experimentos y teorías recientes más significativos que han aparecido en las revistas científicas. Nos preguntaremos si Charles Darwin no debería, tal vez, ser tan conocido por su trabajo sobre los perros como por su trabajo sobre la evolución, y analizaremos por qué Charles Dickens quería comprar una pistola para disparar al azar a los perros. Exploraremos también un solitario

cementerio de perros y otros modos de honrar la memoria de nuestras queridas mascotas. También trataremos de entender por qué los grabados de perros jugando al póquer fueron en su día un éxito de ventas y por qué, si aún no lo has visto, tienes que buscar en YouTube «Ultimate Dog Tease», un vídeo en el que un perro llamado Clark se muestra una y otra vez decepcionado cuando su dueño se niega a darle las golosinas de tocino que tan claramente se merece, y que ha sido visto por más de doscientos millones de usuarios.



Una hermosa vida por delante: Ludo, cuando era un cachorro. Imagen del autor del libro.

Pero no soy psicólogo ni etólogo, y mucho menos genetista, así que he buscado el sabio asesoramiento de las mentes especializadas en estos campos. Mis indagaciones son de índole periodística y se basan en pruebas y en la observación, las mejores de las cuales las he obtenido y realizado gracias a los tres perros que se han sentado aquí, junto a mi escritorio, en los últimos treinta años: un basset hound llamado Gus, un labrador retriever amarillo llamado Chewy y mi labrador negro, Ludo. De modo que, lo advierto, me puedo poner tan ñoño como el mejor de ellos (y adoptar, en general, sus características; al fin y al cabo, en una reseña de uno de mis libros, publicada en el *Sunday Times*, me tildaron una vez de «eufórico perro trufero»). No puede uno coincidir con un perro bien educado durante cierto tiempo —pongamos que durante más de una hora— sin preguntarse un poco qué estará pensando, qué le da miedo, qué lo hace feliz y cómo podríamos pasar un rato divertido los dos juntos. (El libro tiene, lo advierto también, un sesgo deliberadamente positivo. Hay muchos perros con malas pulgas en el mundo —una vez me mordió uno mientras volvía en bicicleta del colegio, un pastor alemán. El resultado: vacuna antitetánica para mí, carta furiosa de mi padre, abogado, para el dueño—, pero he decidido centrarme en el lado armonioso de nuestra relación, que, felizmente, es el que predomina).

Un perro está estupendamente instalado en lo que el biólogo alemán Jakob von Uexküll llamó su propio «mundo egocéntrico», su *Umwelt*. O, dicho de otro modo —como se preguntó el primatólogo Frans de Waal en el título de su libro—: ¿tenemos suficiente inteligencia para

entender la inteligencia de los animales? Al fin y al cabo, si un perro no puede comprender cómo funcionan nuestros sistemas temporales y monetarios, no es por falta de inteligencia, sino porque estas cosas carecen de relevancia en su mundo.

El tamaño medio del cerebro de los perros es aproximadamente un tercio del de un cerebro humano. Pero su nariz cuenta con más de doscientos millones de receptores olfativos, frente a los escasos cinco millones que tenemos nosotros, lo que da como resultado un conjunto de prioridades bastante diferentes. Alrededor de un tercio de la masa cerebral del perro se dedica a tareas olfativas, frente al 5 por ciento que destina a la misma función el cerebro humano. No puedo sino fijarme en cómo mi perro percibe el mundo mediante su orgulloso y curtido hocico. La precisión de su sentido del olfato le permite evaluar muy bien no solo su entorno y a sus congéneres, sino también a las personas: puede darse cuenta de quién teme a los perros y mantenerse alejado; recuerda muy bien quién le ha prestado una atención especial en el pasado y se asegurará de saludarlo con alegría y algún juguete en la boca; también se da perfecta cuenta de cuándo sus compañeros humanos están pasando por un mal momento y necesitan consuelo. A veces me pregunto si nosotros los tratamos a él y a sus muchos amigos con un grado comparable de perspicacia y respeto.

Una de las muchas cosas que nos atraen de un cachorro —además de la condenada ternura que despiertan— es su curiosidad. Les gusta hurgar en las cosas, en cualquier cosa. Este afán por experimentar y descubrir madura, pero no desaparece; los perros mayores oyen un ruido distinto de los habituales y siguen queriendo investigar de qué se trata. Este libro podría verse también como un perro que va descubriendo el mundo que lo rodea: ruidos anómalos, un entorno que cambia rápidamente y un interés y atención cada vez más grandes por parte de completos extraños. Esos extraños somos nosotros, que actuamos también como cachorros, descubriendo con una precisión cada vez mayor qué es lo que hace que un perro sea un perro y qué lo convierte en un compañero tan enriquecedor. Aunque, en realidad, solo seamos extraños para nosotros mismos: como propietarios y amantes de los perros formamos parte de una gran comunidad, y el vínculo que nos une a nuestras mascotas nos une también a millones de personas; es una humanidad compartida.

¿Cuál es, pues, la mejor manera de empezar nuestro estudio histórico de esta relación? Tal vez observando esos momentos en que los perros son intachables y los humanos están más en deuda que nunca con ellos.



Unos modelos complicados: Hockney, Stanley y Boodgie crean su mural de perros. © David Hockney/Richard Schmidy.

1
LA IMAGEN INDELEBLE



Durante unos días, en febrero de 2019, Protein Studios, en Shoreditch, decidió colgar algunas imágenes a la altura de los ojos de los perros. La exposición versaba sobre «célebres perros de antaño», como los corgis de Isabel II, Laika, la perra espacial soviética, y Petra, la perra de *Blue Peter*, sentada ante una máquina de escribir y respondiendo a las cartas de sus fans. También había fotografías de perros «héroes», con ruedas donde una vez estuvieron sus patas traseras, e imágenes de los influencers caninos más fotogénicos de Instagram. La muestra, titulada «The National Paw-Trait Gallery» (el guion seguramente no hacía falta),[1] era una promoción del concurso «World's Most Amazing Dog» (El perro más asombroso del mundo) organizado por Facebook, aunque la definición de «asombroso» no estaba del todo clara, y cuando a un chihuahua de nueve años, procedente de México y que respondía al nombre de Toshiro Flores, lo nombraron ganador parecía tan asombrado como cualquiera.

Los perros se han retratado y expuesto desde siempre, desde que los humanos pintaban en las cuevas, y todos los galeristas, desde el Renacimiento al menos, han tenido muy en cuenta una verdad universal: cuelga la imagen de un perro en una pared y la gente acudirá moviendo el rabo. Cierto es, también, que, si se cuelga un número suficiente de imágenes caninas en un número suficiente de paredes, obtendremos un mapa bastante convincente de la relación entre los perros y los humanos a lo largo de milenios.

¿Qué podemos deducir de otras exposiciones recientes? En 2013 Gallery on the Corner, en Battersea, vendía obras de arte a beneficio del Hogar para Perros y Gatos del barrio que, en realidad, habían sido creadas por perros: unos hocicos curtidos empujaban un cuenco de comida por el suelo; el cuenco tenía una brocha adherida y el suelo estaba forrado de papel. Los canes eran bienvenidos, tanto a observar como a participar en la muestra, y muy especialmente, si tenían ganas de comprar.[2]

En julio de 2019 Southwark Park Galleries, en el sudeste de Londres, organizó una exposición similar. En el programa, la muestra se definía como «Arte contemporáneo. Elegido por los perros. Para perros y humanos». Se trataba de que los galeristas y críticos propietarios de perros escogieran sus obras favoritas relacionadas con ellos. Entre los artistas seleccionados, se encontraban Martin Creed, Joan Jonas, David Shrigley y Lucian Freud. Los grabados, los óleos, las películas y los fotogramas que mostraban a los distintos perros en situaciones muy diferentes no parecían, a primera vista, tener nada en común más allá del concepto, bastante artificioso, de la propia exposición, pero un segundo vistazo revelaba algo que sí compartían todos: eran, sin

excepción, adorables. En ningún otro sitio se aprecia mejor nuestro amor por los perros, nuestra dependencia, la finalidad de su existencia junto a nosotros, que en un lienzo o una fotografía.

Las obras de Southwark Park Galleries forman parte de un noble panteón. Como cualquier otra galería importante, ofrece al espectador una época y un escenario caninos para cada estado de ánimo, y uno puede rastrear cómo ha ido cambiando la relación entre humanos y perros a lo largo de los siglos. El recorrido comienza en el siglo XV, con el perro como compañero de caza y símbolo de fuerza, y tras empezar por el animal como preciada posesión aristocrática terminamos ante perros ataviados con sombreros elegantes que cosechan millones de likes en internet. Los perros de Instagram no son menos significativos que los de la escena de la caza; ambos son imágenes creadas para el disfrute. Los perros han cambiado ligeramente —en complexión, en protagonismo y, sin ninguna duda, en cuanto a variedad—, pero su importancia para la imagen y para el creador de imágenes se ha mantenido constante.

Un paseo por las salas públicas y los almacenes de la National Gallery de Londres nos mostrará, al menos, unos doscientos cuadros con perros que parecen estar ahí por casualidad. Pero mirémoslos de nuevo; nos daremos cuenta de que muchos de ellos son los verdaderos protagonistas del lienzo, de que dominan sutilmente la imagen del mismo modo sutil que encantaron a su creador. Ese protagonismo confirma su importancia; incluso su presencia, a primera vista accesoria —por ejemplo, el pequeño grifón burgués de Bruselas al pie del retrato de los Arnolfini, de Jan van Eyck, pintado en 1434—, a menudo nos habla de cuestiones de peso, en este caso de la fidelidad y el orgullo. Como en *Cristo clavado en la cruz*, de Gerard David, pintado alrededor de 1481, con la figura central casi desnuda y postrada sobre la diagonal del lienzo, y con un perrito casi sin pelo en primer plano que olfatea una calavera, alegoría del destino y del porvenir. O en el retrato de *Joseph Greenway*, de Jens Juel (1778), un dandi en el bosque, con su perro de caza que lo mira con respeto y algo de temor, tal como debieron de mirarlo los tripulantes de los barcos mercantes de Greenway. O en la vista de la Piazza San Marco de Venecia que Canaletto pintó en 1756, donde se puede ver a un chucho desaliñado, que recuerda a un terrier, a los pies de dos nobles, esperando las migajas de los pasteles del Caffè Florian, a su derecha; cualquiera que tenga un perro reconocerá en este la esperanza.

Son perros circunstanciales, perros que meten la nariz donde no les llaman. Pero en otros lugares, en otros museos del mundo, los perros pasan a un primer plano y encontramos uno para cada emoción, para cada estado de ánimo. ¿Que deseas sentirte un aristócrata poderoso? Echa un vistazo a *Los galgos del conde de Choiseul* (1866), de Gustave Courbet. ¿Ver al perro como protector? Mira entonces *Un niño en su cuna, vigilado por un perro valiente que acaba de matar a una enorme víbora* (1801), de Jeanne-Elisabeth Chaudet. ¿O con una entrañable pose distante? Asómate al *Retrato de un extraordinario perro músico*, de Philip Reinagle, en el que el protagonista aparece con las patas sobre un teclado y el gesto de «¡estoy ensayando!» en su carita de spaniel (1805). Podrás encontrarte también con el desprecio absoluto del perro salchicha que orina sobre la figura central en *El vendedor de cerillas*, de Otto Dix (1920), y con el absoluto resplandor de los numerosos chuchos hiphop de líneas gruesas creados por Keith Haring. Una vez más, si uno se pone a buscar qué tienen todos ellos en común se queda con las ganas. ¿Por qué habrían de compartir algo más que el pelaje? Pero pronto aparece un hilo conductor: nos atraen por su calidez, su presencia consoladora, su propia y singular perritud. Por muy fundamental o escasa que sea su presencia en el lienzo, todos los cuadros parecerían incompletos sin ellos. Y dolorosos, también, como un corte en la articulación de un dedo.



Los bulldogs se solidarizan entre sí. *Un amigo en apuros*», de Cassius Marcellus Coolidge. Alamy/Keith Corrigan.

Una vez visité a David Hockney en su estudio de Los Ángeles, y, cómo no, hablamos de sus queridos perros salchicha, Stanley y Boodgie. Decía que eran difíciles de cuidar, que se distraían fácilmente con las visitas y con cualquier actividad en la cocina. Llegó a la conclusión de que no estaban muy interesados en el arte.

Hockney los ha sobrevivido mucho tiempo, como ha sobrevivido también a la mayoría de sus compañeros humanos más cercanos. En memoria de los primeros, creó un mural canino en su casa de Los Ángeles, un espléndido despliegue de calidez y afecto: perros acurrucados, perros panza arriba, perros dándose mimos en sus camitas suaves, perros soñadores con el hocico asomando por el borde de un cojín. Hay una fotografía especialmente conmovedora en la que se ve al propio Hockney, arrellanado en un sillón de rayas frente a esta enorme pared, mientras abraza orgulloso a sus dos perros, con más de cuarenta imágenes de ellos a su espalda. «No pido disculpas por el tema de estas obras —escribió en la introducción de un catálogo de sus retratos de perros—: estas dos pequeñas y queridas criaturas son mis amigos. Son inteligentes, cariñosos, cómicos, y a menudo se aburren. Me observan mientras trabajo, mientras observo las formas cálidas que crean cuando se juntan, y sus tristezas y sus alegrías». Contaba también cómo en un mundo atribulado necesitaba desesperadamente pintar algo tierno, afectuoso. «El tema no eran los perros en sí, sino mi amor por las pequeñas criaturas». Y esto es, claro que sí, lo que percibimos en casi todo el arte relacionado con los perros.

Otras pruebas del afecto casi asfixiante que los humanos prodigan a sus perros se encuentran en el Kennel Club de Mayfair y en el Museo del Perro del Kennel Club de Manhattan, depositarios de la mayor y más florida colección de arte canino del mundo. Vemos aquí al perro como héroe, como espécimen soberbio, como luchador y guerrero en los pasatiempos sangrientos con los que se divierten los humanos. La colección londinense cuenta con un gran número de trofeos y certificados de campeonatos procedentes de exposiciones caninas que se han

celebrado durante más de un siglo, así como con una amplia gama de fotografías que retratan a humanos orgullosos y devotos junto a perros orgullosos y agotados. Hay miembros de la realeza, plebeyos y un gran número de personas excéntricas vestidas de tweed y zapatos *brogue* que no lograron auparse a lo más alto. La colección también documenta de forma elocuente los diversos y cambiantes roles que desempeñaron los perros en la Inglaterra del siglo XIX, desde sus numerosas escenas de persecución y caza hasta un grabado de 1823 de Billy, el célebre cazador de ratas (un terrier, seguramente, un campeón indiscutible que aparece en un ring matando cien ratas en poco más de cinco minutos). El retrato más conmovedor y más eficaz, desde el punto de vista narrativo, de cómo el perro como mascota doméstica estaba robándole el puesto en nuestro corazón al perro como animal de trabajo es el cuadro de Richard Ansdell *Mamá, cómprame un perro*, de 1860. Muy influenciado por Landseer, y expuesto originalmente en la Royal Academy, muestra a un hombre con el rostro curtido y la mirada endurecida, junto a una gran columna en lo que parece ser un mercado en una ciudad. En una mano sostiene un perro blanco y minúsculo con un lazo rojo en el cuello (tal vez un caniche mezclado con un carlino), mientras vigila lo que podría ser un spaniel al que sujeta con la otra mano. A sus pies hay dos perros de trabajo más grandes y abatidos. El mensaje es claro: su tiempo en el campo ha pasado y ya no son aptos para el servicio.

La colección de Manhattan se trasladó a su nuevo hogar en Park Avenue a principios de 2019, después de pasar muchos años en los suburbios de San Luis. Contiene el tipo de fruslerías caninas que harían las delicias de cualquier tía abuela (figuritas de porcelana, trofeos de caza de peltre), pero también algunas muestras de esas que provocan un «¡guau!», como una pantalla donde uno puede ver el retrato robot del perro que sería si se transformara en uno (el programa informático se basa en el aspecto físico y no en el temperamento).

Desde el punto de vista pictórico, en el Museo del Perro están presentes todos los clásicos, como *Pena callada*, de Maud Earl, en el que se ve al perro de Eduardo VII, César, llorando su pérdida en un sillón en 1910, y *Pug y Terrier* (1875), de John Sargent Noble, en el que el terrier, atado y desamparado, luce en el cuello un cuenco para pedir limosna donde se lee la palabra «caridad», mientras el carlino, bien alimentado, se encuentra un escalón por encima de él, con una mirada triste por la injusticia de la situación. No obstante, el cuadro más famoso, al que se le ha dedicado una pared entera, es una pintura de la perra Millie en el jardín sur de la Casa Blanca realizado por Christine Merrill. Millie era una springer spaniel inglesa que fue propiedad de George H. W. Bush y Barbara Bush, y ahí está, sentada junto a una pelota roja, ocupando casi todo el lienzo, con la Casa Blanca y su fuente —dos añadidos posteriores— detrás de ella. Millie parece estar al mando, segura del amor que le profesan sus dueños. Junto al retrato, hay una carta que Barbara Bush escribió con motivo de la inauguración del Museo del Perro de San Luis en 1990: «Los perros han enriquecido nuestra civilización —dice en ella—, y se han entretejido con nuestros corazones y familias a lo largo de los tiempos…». (Donald Trump es el primer presidente estadounidense en más de un siglo que no tiene un perro en la Casa Blanca).[3]

El objeto más llamativo del museo no es un cuadro, sino un paracaídas que utilizó un héroe canino de la Segunda Guerra Mundial. Muchos perros volaron en misiones cruciales durante el conflicto, incluido Rob, el collie inglés paracaidista, que al parecer saltó o fue empujado desde un avión más de veinte veces mientras trabajaba tras las líneas enemigas para el SAS durante la campaña del Norte de África, y que al final de la guerra fue condecorado con la Medalla Dickin, el equivalente canino de la Cruz de la Victoria.[4]

Pero el héroe al que se honra en el Museo del Perro de Park Avenue es la famosa yorkshire terrier Smoky. Los detalles precisos de sus hazañas son, como los de Rob, difíciles de probar, pero se cree que Smoky luchó en las selvas de Nueva Guinea y ayudó a establecer las líneas de comunicación en una importante pista de aterrizaje. Estaba adscrita al 5.º Ejército del Aire, 26.º Escuadrón de Reconocimiento Fotográfico, y aunque no tomó fotos se le atribuyeron doce misiones y ganó ocho estrellas de combate. Según el *Yorkshire Post*, que cubrió la historia porque la familia de Smoky procedía de aquel condado, los esfuerzos de esta perra salvaron la vida de más de doscientos cincuenta hombres y más de cuarenta aviones. Pero eso no era suficiente para Smoky. Ella aspiraba a más.

Cuando su dueño, Bill Wynne, tuvo que pasar una temporada en el hospital, Smoky acudió a sentarse en su cama. Pronto, otros pacientes también la querían cerca para que les sirviera de consuelo, y Smoky se convirtió en una perra de terapia muy solicitada. Cuando Wynne aterrizó en Australia, él y Smoky se dedicaron a recorrer los hospitales, y los pacientes mejoraban al entrar en contacto con la perra. Pero eso tampoco era suficiente para Smoky (o para Wynne). Smoky saltó de un avión con un paracaídas, imponiéndose a otros cuatrocientos participantes y alzándose con el título de «Mejor mascota del sudoeste del Pacífico». Se convirtió en una celebridad local a la que aclamaban adondequiera que fuese y hasta alcanzó el éxito en Hollywood, no como Rin Tin Tin o Lassie, pero sí el suficiente como para convertirse en una atracción en las inauguraciones de los supermercados y en la tele.

Para apreciar plenamente hasta dónde se remonta nuestra relación artística con los perros tenemos que acudir a ese museo viviente conocido como Pompeya. El perro semidomesticado fue una presencia habitual en aquel lugar, y quien visita las ruinas hoy en día puede casi percibir una cola desapareciendo detrás de cualquier rincón. Unos pocos especímenes quedaron sepultados bajo la ceniza caliente, pero otros cientos de ellos huyeron (con o sin sus dueños) cuando los primeros avisos del Vesubio hicieron temblar la tierra en el año 79. El más famoso de los que se quedaron allí custodiaba la entrada de la casa del Poeta Trágico, en la zona noroeste de la ciudad, una parada imprescindible en toda visita.



«Cuidado con el perro». Un mosaico advierte a los intrusos. Shutterstock/khd.

Este perro —¡qué lástima!— no es más que un mosaico. Quizá te lo hayas encontrado: gruñendo en el vestíbulo, visible desde la calle, blanco y negro, con un fino collar rojo, encadenado, pero listo para abalanzarse sobre ti si se te ocurre entrar sin permiso. Puede que las palabras que se leen debajo de él, dada la evidente ferocidad del animal, sean dos de las más superfluas de la lengua latina, *Cave canem*.

Aun así, «Cuidado con el perro» quizá fuera también solo eso, una advertencia, una señal; las palabras del mosaico tal vez no se refirieran indefectiblemente a un perro que gruñese de verdad. He oído decir que carteles similares en Pompeya advertían a la gente de que tuviera cuidado no porque el perro fuera guardián y mordedor, sino porque podría muy bien haberse tratado de una de esas criaturitas tales como un whippet que se acurrucan dulcemente a los pies de uno y que, por eso mismo, pueden sufrir daños si tropezamos por descuido con ellas.

Pero salta a la vista que el Poeta Trágico no tenía uno de esos. De hecho, el Poeta Trágico no era dueño de nada más que de su verso trágico. La casa adoptó este nombre cuando se excavó, en 1824, a partir de una pintura mural de lo que en su día se creyó que era un recital de versos trágicos ante un público extasiado (pero que más tarde se reinterpretó como la transmisión dramatizada de un oráculo). Así que no sabemos realmente quién vivía en una casa como esta, ni quién era el dueño (o hacía como que lo era) de ese perro tan amenazador. Pero la casa se encuentra entre dos tiendas, una de las cuales quizá vendiera anillos y collares, lo que sugiere la posibilidad de que el dueño de la vivienda fuese un joyero y de que el perro protegiera las piedras preciosas.

Y luego está el perro de lava, el que murió cuando el Vesubio entró en erupción. Atado e incapaz de huir, con el lomo convulsionando por el dolor, aullando por su dueño y por su antigua vida pompeyana de baños y fiestas togadas.

Esta famosa imagen no es, como muchos creen a primera vista —yo incluido—, un perro envuelto en ceniza endurecida, como uno de esos bocaditos que uno encuentra en los restaurantes caros. Ni siquiera es una auténtica reliquia de Pompeya, sino un molde de un perro realizado en la década de 1870 mediante la inyección de yeso de París y de aglutinante en el espacio que dejó el ocupante original —ese pobre perro, esa cadena unida a su grueso collar— cuando se descompuso y se pudrió a lo largo de los muchos siglos que transcurrieron desde su abrasadora muerte. El perro dejó una cavidad alrededor de la cual se había solidificado la piedra pómez, y los arqueólogos y conservadores aprovecharon la oportunidad. Inyectaron en el hueco el yeso y el aglutinante, esperaron a que el relleno se endureciera, tras lo cual picaron, rasparon y alisaron el molde y *voilà*, un perro agonizante que nos habla a través de los siglos.

Los relatos difieren en cuanto a quién era el dueño del perro y dónde vivía. Para algunos, se trata de un perro guardián, encadenado en el patio de la casa del general romano Marco Vesonio Primo. Pero otros, como Mary Beard, le atribuyen orígenes más humildes, como perro de un «tundidor», un lavandero y artesano de las telas. Sea cual sea la verdad, ahora se puede ver al sabueso de escayola dar sus últimos coletazos en el museo de Pompeya. Evidentemente, ningún perro querría morir así, asfixiado y solo. ¿Qué se le pasó por la cabeza a aquel animal antes de morir? ¿Por qué su dueño no volvió para salvarlo?

La buena noticia es que los perros regresaron a Pompeya. En una dramática recreación de lo que fue el proceso de domesticación en la Antigüedad, los perros salvajes de Nápoles y sus alrededores descubrieron que la comida estaba donde estaban los turistas. De modo que, a finales

del siglo XX, volvieron en masa para rebuscar, como carroñeros, hasta el punto de que los turistas se sintieron agobiados y un poco intimidados, y el Ministerio de Cultura italiano decidió que debía tomar cartas en el asunto. En 2009 se acometió una hercúlea misión de rescate canino, en la que se fotografiaron muchos de los perros vagabundos de Pompeya y se ofrecieron en adopción en la (ya desaparecida) página web (C)Ave canem. Durante los primeros seis meses de la campaña, más de veinte perros encontraron un hogar acogedor, un comienzo modesto si tenemos en cuenta que la Liga Italiana contra la Vivisección cifraba en unos setenta mil los perros que vagabundeaban por la región de Campania. Los avances y las ventajas de la esterilización y del microchip han tardado en llegar a esta hermosa y arruinada parte del mundo, y los perros han vuelto a controlar el territorio.

No hay ningún aspecto de nuestras vidas que los perros no hayan mejorado, y los artistas no estarían a la altura de su oficio si no los representaran todos. Pero todo es demasiado. Con tantas imágenes de perros para elegir a lo largo de los siglos, y tantos papeles caninos que representar, quizá sea necesario algún filtro que nos permita escoger los mejores. De modo que me he permitido configurar mi propia selección de los seis más destacados. Me sorprendería que los lectores estuvieran de acuerdo con mis preferencias, aunque espero que les sirvan de inspiración para elegir las suyas. Y aunque solo sea por eso, estoy seguro de que mi elección señala algo muy significativo: nuestro deseo de mostrar a nuestros perros mediante imágenes —más tarde nos encontraremos con Instagram y Twitter, los extremos salvajes de este deseo— revela no solo nuestro amor por ellos, sino también nuestra dependencia. Nuestras vidas conjuntas han estado entrelazadas durante tanto tiempo que no tenerlos junto a nosotros así, de este modo, sería una negligencia, un abandono por nuestra parte.

En orden inverso:

Comenzaré por el sexto lugar, adjudicado a *Juicio bajo juramento*, el cuadro que sir Edwin Landseer pintó en 1840. Landseer, favorito de la reina Victoria, fue el mejor de todos los retratistas sentimentales de perros que proliferaron en el siglo XIX (hay unos pocos buenos para elegir). Este cuadro en particular, expuesto en Chatsworth House, en Derbyshire, es antropomórfico; vemos en él a un elegante caniche francés con la pata apoyada en una página de lo que solo puede ser un libro de jurisprudencia, con sus pequeñas gafas de lectura apoyadas en la otra página. El caniche ocupa por entero su sillón rojo y, con un aire patricio, se enseñorea de todos los otros perros que tiene alrededor —entre ellos hay un bóxer, un galgo, un terranova y un spaniel—, los cuales permanecen a la espera —se intuye— de algún tipo de sentencia (el cuadro se conoce también como *Bajo el peso de la ley*). Se cree que el caniche representa al lord canciller británico, aunque hay cierto debate (o al menos lo hubo cuando la pintura ni siquiera había terminado de secarse) sobre si se trata de lord Brougham o lord Lyndhurst. Lo que el cuadro nos dice es que, incluso entre los perros, existe un orden natural de las cosas y un sentido de la justicia; los humanos no somos los únicos con potestad para decidir qué es justo y qué no lo es.

El quinto lugar lo ocupa Nipper, un cruce de terrier y otra raza, que escucha en un gramófono «la voz de su amo». Nipper vivió en Bristol durante la última década del siglo XIX. Su mirada inquisitiva, dirigida hacia el altavoz con forma cónica —«¿De dónde vendrán esas voces?»—, dio pie a una pintura realizada por su dueño, Francis Barraud, y titulada *La voz de su amo*, que a

su vez dio pie a la conocida marca de gramófonos. «La idea más feliz que he tenido en mi vida», dijo el propio Barraud de su cuadro algún tiempo después mientras se dirigía al banco, tras aceptar cambiar la imagen original de Nipper escuchando un disco de cilindro en un reproductor Edison por otra en la que el disco era plano y redondo, especialmente diseñado para el gramófono que acababa de patentarse.

Con el dinero de aquella venta Barraud se compró una casa, y allí escuchó muchos discos de gramófono y pudo ver la imagen de su perro girando en ellos mientras sonaba la música. Murió antes de que el departamento de marketing de la empresa le diera a su obra una nueva interpretación, cargada de simbolismo. «El fuerte atractivo de la imagen reside probablemente en la fidelidad del perro —se decía en un anuncio de la década de 1950—. Y esa cualidad, como no podía ser de otra forma, se ha convertido en el sello distintivo de "La Voz de su Amo" desde entonces: fidelidad en la reproducción de las grandes obras musicales y fidelidad al público que ha confiado en "La Voz de su Amo" durante medio siglo para que le proporcione lo último y lo mejor en entretenimiento doméstico».[5] Pero antes de que lo secuestraran para su uso comercial, el cuadro decía: somos criaturas cultas y curiosas, y somos todo oídos, abiertos a la novedad y a las maravillas de la vida.

Mi cuarta elección es *Perro Itzcuintli conmigo*, de Frida Kahlo. Se trata de un autorretrato que muestra a la artista mexicana, famosa por su apasionamiento, sentada en el centro, mirando al frente con despreocupación. Lleva un vestido oscuro con muchos pliegues exuberantes sobre las piernas, y en el borde de su voluminosa falda se ve a un pequeño e inquisitivo perro sin pelo —característico de México— que parece espetarnos: «¿Y tú qué miras?». Kahlo tuvo varios perros, muchos de los cuales aparecieron en sus autorretratos. No está claro por qué, en este caso, el perro pelón mexicano aparece con un tamaño tan reducido, dado el gran papel que los perros desempeñaron en su vida (le gustaban mucho la herencia azteca de aquellos perros y su reputación como grandes sanadores entre quienes padecen dolor crónico —como la propia Kahlo tras su terrible accidente—, así como su capacidad para generar cantidades ingentes de calor corporal). Se cree que este perro en particular era uno de sus predilectos y que respondía al nombre de Señor Xólotl. El cuadro dice: el tamaño no es solo una cuestión material, y te guiaremos por este mundo lo mejor que podamos.

El tercer puesto lo ocupa Sniper, un héroe de la Primera Guerra Mundial pintado por Samuel Fulton. Fulton fue un artista escocés que se especializó en perros con un deje melancólico, y ninguno de ellos alcanzó tanta celebridad como Sniper, un staffordshire bull terrier con un toque de dálmata, que al parecer vino al mundo en las trincheras, en 1916. Sniper permaneció en el frente hasta el armisticio, y llevó a cabo importantes tareas de detección y comunicación ataviado con chaqueta caqui y un bozal antigás. Era uno de los perros favoritos de varios regimientos escoceses y también, al parecer, el primer can británico que entró en Alemania después de la guerra. Se convirtió en un habitual de las reuniones de excombatientes, y en una de ellas posó para Fulton, de frente y alerta. Fulton, como en la mayoría de sus obras, representa con un aire sentimental el cuerpo blanco de Sniper sobre un fondo ocre, como el de una trinchera. Ambos, el artista y el perro, murieron en 1930 y legaron aquel cuadro, que decía: «Nunca te fallaré».

Mi segunda elección no es un cuadro, sino un género, el del «terranova rescatando a un niño en un lago —o un arroyo—, con un padre aterrorizado al fondo». Se trata de un tema presente en la pintura desde hace al menos doscientos años, una imagen llamativa que muchos artistas han interpretado de muy diversas formas, y que se volvió muy popular entre los moralistas victorianos (quienes empezaban por aquel entonces a acoger a los perros en sus salones y a

redefinir por completo la relación entre perros y humanos). La imagen ya no provoca en el espectador una lágrima piadosa o un nudo en la garganta, pero aún puede hacer que aflore una sonrisa irónica. Landseer pintó uno de los clásicos del género, titulado *A salvo*, que se basaba en la historia de Milo, el terranova propiedad de George B. Taylor, guardián del faro de Egg Rock, en Maine. La obra se expuso por primera vez en la Royal Academy en 1856, y un grabado, realizado tres años más tarde, le abrió las puertas de los hogares. La imagen muestra a un enorme y exhausto perro de cabeza negra y pelaje blanco sobre un pedregal, con la expresión aturdida y la lengua colgando, un mar embravecido al fondo y un niño empapado volviendo en sí sobre las patas delanteras de su salvador. El niño parece una niña y se diría que hasta lleva sombrero, pero los rasgos son los del hijo del farero, Fred. Milo, no obstante, hizo algo más que rescatar niños moribundos. Su ladrido se oía en la niebla cuando el faro era casi invisible, lo que alertaba a los marineros y pescadores antes de que fuera demasiado tarde y, por consiguiente, le ahorraba a Milo la molestia de tener que sumergirse de nuevo para salvarlos.

Otro grabado, basado en una pintura de mediados del siglo XIX y cuyo autor es el francés Joseph Beaume, muestra a otro terranova en un escenario aún más dramático, esta vez con el perro sacando a un niño del agua mientras nosotros lo vemos. La víctima tiene los brazos extendidos, aunque el agua parece sospechosamente poco profunda, y el perro mira al espectador con una expresión de cansancio, como si dijera: «Otra vez no…». Pero el cansancio del héroe no se contagió a los espectadores ni a los lectores. En *Los bostonianos*, la novela de Henry James publicada en 1886, hay una escena, que transcurre en una pensión, en la que «una alfombra ante la chimenea representa a un terranova que salva a un niño de ahogarse». Es imposible pasar por alto el simbolismo de la imagen: los perros te protegeremos del peligro; estaremos ahí cuando menos lo esperes, cuando nos necesites.

Y llegamos, por fin, a la cumbre de la lista canina. Está claro que esta selección tiene un marcado acento popular. El primer puesto —adjudicado con auténtico cariño y una pizca de ironía posmoderna— es para *Partida de póquer*, de la serie Perros Jugando al Póquer, de Cassius Marcellus Coolidge. Se trata de una obra muy atractiva para el público que puede verse en muchos baños estadounidenses, y no hay por qué avergonzarse de ello. Muestra a tres san bernardos eruditos y con gafas, sentados alrededor de una mesa cubierta con un paño verde y fumando, dos de ellos puros y el tercero en pipa (al artista lo patrocinaba una marca de puros). Hay un cuarto perro más joven detrás, de pie, sobre las patas traseras, con un cigarrillo encendido en una de las delanteras y claramente excitado por la partida en curso. Todos beben whisky y la partida está muy avanzada cuando nos unimos a ellos. Asistimos, de hecho, a una mano crucial; uno de los perros lleva cuatro ases.

El cuadro es de 1894 y sus cualidades han resistido el paso del tiempo. Es un triunfo del kitsch, pero también de la intriga y la belleza. (Y del valor intrínseco: en 2015 la obra se vendió en Sotheby's por 658.000 dólares). Desde el punto de vista compositivo, la imagen es una parodia evidente de *Los tahúres*, que Caravaggio pintó en 1594. C. M. Coolidge no tardó en darse cuenta de que había dado en el clavo, ya que sus astutos perros son también protagonistas de otros once cuadros, todos ellos igualmente maravillosos a la par que horrendos, como el titulado *Un Waterloo*, en el que un san bernardo se reúne con un bóxer y un collie en una mesa donde está a punto de producirse una especie de terrible enfrentamiento. También destaca *Un amigo en apuros*, con una sala de estar llena de perros —siete de ellos— de variado pelaje y una acción un tanto chocante al pie de la imagen: oculto a la vista de los demás jugadores, un bulldog

le pasa disimuladamente un as con la pata al perro que está a su izquierda. ¡Menudo tramposo! ¡Que lo echen de ahí! ¡Y que no vuelva! Aunque, por otra parte, ¡qué chulería tan encantadora!

Los editores de Minnesota Brown & Bigelow reprodujeron los óleos a finales del siglo XIX, y los grabados se vendieron por millones. No es difícil explicar el atractivo que estas imágenes ejercieron en el público. Lo expresó con precisión Samuel Johnson en el siglo XVIII, cuando escribió: «Prefiero ver el retrato de un perro conocido que todas las pinturas alegóricas de este mundo». Y, en efecto, se trataba en este caso de un conjunto de perros que nos resultan más que familiares: perros pragmáticos y oportunistas, perros que han ocupado nuestro lugar, jugadores. Quienes compraron los grabados quizá imaginaran a sus propios perros alrededor de esa mesa, o tal vez a sí mismos, y los dos muy bien podrían haberse vuelto indistinguibles enseguida, de manera orwelliana.

Humanos que retratan a perros jugando al póquer; no es descabellado preguntarse cuándo comenzó esta alianza, dónde se encuentran sus raíces, ni suponer que empezó mucho antes de la invención del lienzo y el caballete. El arte nos proporciona, una vez más, una pista: como se detallará en el siguiente capítulo, parece que ya celebrábamos nuestra dilecta relación con los perros hace diez mil años.



Canis lupus familiaris: una hembra de husky siberiano reflexiona sobre sus orígenes. Alamy/Vaidas Bucys.

2
CÓMO EMPEZARON LOS PERROS A SER PERROS



El 11 de julio de 2017, el *Journal of Anthropological Archaeology* recibió un entusiasta correo electrónico de una doctora llamada Maria Guagnin. El mensaje era un resumen de la investigación que había llevado a cabo en dos polvorientas excavaciones en el noroeste de Arabia Saudí, y las fotografías que adjuntaba en él mostraban grabados en rocas antiguas que representaban 147 escenas de caza, con persecuciones y capturas de leones, íbices, gacelas y caballos. La doctora Guagnin fechó los grabados entre los años 8000 y 6000 a.C., y explicó lo mucho que revelaban sobre la supervivencia humana en este árido paraje de la península arábiga. Pero aquellos grabados eran algo más; constituían las primeras pruebas visuales de la domesticación de los perros por parte del ser humano.

La doctora Guagnin, que se doctoró en Edimburgo y trabajó en la Escuela de Arqueología de Oxford antes de trasladarse al Instituto Max Planck para la Ciencia de la Historia Humana de Jena (Alemania), es especialista en relaciones prehistóricas entre humanos y animales. Tres meses después de recibir aquel correo electrónico, la revista decidió saltarse el programa de publicaciones académicas establecido y publicar en línea el artículo. El escepticismo que provocó en un principio no tardó en transformarse en asombro y fascinación; Melinda Zeder, arqueozoóloga del Instituto Smithsonian de Washington D. C., calificó aquel informe de «verdaderamente sensacional», una expresión no muy habitual en los científicos. Algunas de las fotografías se procesaron con un programa informático que hizo que los dibujos de perros que mordían el vientre o el cuello de un íbice parecieran recién esbozados con tiza apenas un día antes. En otros se veía con claridad que muchos de los perros llevaban correa. Algunos estaban amarrados a la cintura del cazador, lo que le dejaba a este las manos libres para utilizar el arco y la flecha. En uno de los grabados, un cazador armado aparece rodeado de trece perros que miran fijamente en la misma dirección, hacia su presa, presumiblemente.



La imagen reveladora: un perro de Canaán en las perreras de Sha'ar Hagai, en Israel… Getty/*The Washington Post.*



… y un ancestro suyo grabado en una roca del desierto del Sáhara, en Argelia. Alamy/Melba Photo Agency.

Esas muestras de arte rupestre proceden de las regiones de Shuwaymis y Jubbah, una zona célebre por la riqueza de sus hallazgos arqueológicos. En los 273 paneles de arte rupestre documentados en Shuwaymis aparecían 52 perros, mientras que en los 1.131 de Jubbah había 127. Todos esos perros pertenecían a una raza muy antigua, la de Canaán, que debe su nombre a la región en la que se asentaron los fenicios alrededor del año 500 a.C. La doctora Guagnin dedujo que esta raza había llegado allí desde Levante o que descendía directamente de los lobos

árabes, y observó que todos tenían características similares: orejas erguidas, hocico corto y cola enroscada. Muchos de ellos mostraban, además, grandes manchas blancas en el pecho y otras más pequeñas en los hombros, una señal típica que se aprecia también en los grabados rupestres. Al perro de Canaán se lo conocía —de una guisa más romántica— como «perro pastor beduino» o «perro paria palestino errante».

Aquellas imágenes rompieron todos los récords. Los antropólogos estaban de acuerdo desde hacía mucho tiempo en que la domesticación de los perros comenzó hace decenas de miles de años, pero estos grabados pasaron a convertirse en la prueba artística más temprana.[1]

En su artículo, redactado junto con dos colaboradores del Instituto Max Planck, la doctora Guagnin especulaba sobre la importante presencia de la correa; se preguntaba si se debía a que a algunos perros se los consideraba especiales por sus destrezas para rastrear, muy apreciadas, o bien se los protegía, por su juventud o su vejez. Quizá se los ataba para proteger a sus dueños ante un eventual ataque de sus presas, o para ayudarles a transportar la carne al campamento. Es posible que los perros desatados se desempeñaran mejor, por naturaleza, en las labores de ataque y acoso, como se ve en varias escenas en las que parecen rodear a sus objetivos después de empujarlos hasta el borde de los acantilados. Comoquiera que sea, los grabados sugieren un claro avance en el uso de los perros como individuos adiestrados, en lugar de como jaurías salvajes. Los humanos asignaron a los perros tareas distintas y, posiblemente, nombres distintos también. A partir de aquel momento, los perros y los humanos no dejaron de caminar hombro con hombro.

La asociación entre humanos y perros ha intrigado a los antropólogos y los arqueozoólogos desde que sus respectivas disciplinas echaron a andar. Pero es tal la incertidumbre cronológica que enturbia el debate, y tan variadas y sugerentes las teorías sobre cuándo el lobo se convirtió en perro —cuándo el *Canis lupus* se transformó en *Canis lupus familiaris*—, que la veda sigue abierta. Cada pocos meses, aparece en las revistas científicas una nueva interpretación de los hechos, cada una de ellas más firme y convincente que la anterior, cada una con su propia cronología, pero ninguna del todo concluyente. Eso sí, todas ellas se mueven dentro del mismo arco cronológico; se cree que los humanos empezaron a domesticar perros hace entre quince mil y cuarenta mil años.

Las primeras pruebas visuales son a la vez dramáticas e ingenuamente bellas, como pasa con la mayoría del arte rupestre, pero no nos dicen cuándo ni por qué los perros evolucionaron a partir de los lobos. Y, desde luego, no nos ayudan a determinar si todos los perros —los cientos de razas, con toda su diversidad física y sus funciones y características diferentes— surgieron del ADN de una raza en especial (quizá la de Canaán) o de varias. En lo que concierne a los perros, como sucede con muchas otras cosas en la vida, el arte llega solo hasta cierto punto.

En la actualidad, a mediados de 2019, la lista de las últimas teorías y descubrimientos —qué ocurrió, cuándo y cómo— le deja a uno la sensación de estar perdido en una insatisfactoria novela de suspense, en unas pesquisas policiales mediante las cuales el escritor se va aproximando a una conclusión satisfactoria y, casi seguro, aplastante, pero que, en última instancia, dejará sobre los hombros del lector la tarea de tener que elegir entre varios finales posibles. Algunas de las pruebas se contradicen entre sí, pero, al fin y al cabo, es el afán de eliminar estas incongruencias lo que impulsa a los científicos. Llegados a este punto, debemos tener presente algo que, en ocasiones, puede resultarnos difícil a quienes pasamos mucho tiempo

en los parques preguntando a los perros «¿y tú de qué raza eres?»: debemos recordar que la mayoría de los perros son cruces, mezclas.

Según Kathryn Lord, investigadora y especialista en la evolución del comportamiento canino que trabaja en el Instituto Broad del MIT y en Harvard, hay entre setecientos y mil millones de perros en el mundo. La gran mayoría de ellos, probablemente más del 80 por ciento, se crían a su aire, sin injerencia humana, y una gran parte de estos viven junto a nosotros, aunque no en nuestras casas, y se buscan la vida en vertederos y cubos de basura. (Resulta cuando menos llamativo, y sobre todo parece una tomadura de pelo lingüística, que la mayoría de los perros domesticados sigan viviendo en libertad). En climas cálidos, el perro de los pueblos y aldeas tiene el pelo corto y pesa unos quince kilos, mientras que en climas fríos suele ser más grande y de pelaje más largo y espeso. Predominan en él el color amarillo sucio y el vientre blanco. Es muy parecido a su ancestro original y vive en un entorno similar al de sus antepasados de hace muchos miles de años.

Todo el mundo parece estar de acuerdo en que los perros proceden del lobo gris. Las pruebas de ello se han ido acumulando gradualmente a lo largo del último siglo —un conjunto de opiniones cada vez más convincentes, proporcionadas por disciplinas científicas de muy distintos ámbitos— y han sido confirmadas por el análisis genómico; postular ahora otra teoría sería como negar la existencia de la Luna. Pero los científicos más destacados del siglo XIX no pensaban lo mismo. En 1895 Nathaniel Southgate Shaler, decano de la Escuela Científica Lawrence de Harvard, escribió que «algunos estudiosos han aceptado la hipótesis de que el perro desciende del lobo; se cree que nuestros primitivos ancestros capturaban cachorros de esta especie y los domesticaban». Pero Shaler no estaba de acuerdo.

> El principal escollo de esta teoría es que, incluso con la gran cantidad de cuidados que las condiciones actuales de la civilización permiten dedicar a la tarea de domesticar a los lobos, ha sido poco menos que imposible educar a los ejemplares cautivos de esta especie hasta conseguir que muestren afecto por sus amos o resulten mínimamente útiles para el hogar o la caza; son indomables, feroces y del todo egoístas. Parece poco razonable, pues, creer que el esfuerzo de domesticar cualquiera de las especies de lobos conocidas haya reportado a algún salvaje placer o beneficio alguno.

A Shaler tampoco le convencía la teoría —muy en boga en la época victoriana— de que el perro descendía de una combinación de lobo, chacal y coyote. Él creía que procedían de una especie a la que denominaba «perros primitivos». Afirmaba, aunque sin pruebas concluyentes, que había muchos ejemplos de especies que se extinguieron por completo para reaparecer después como un tipo diferente, más evolucionado, aunque sus afirmaciones se basaban únicamente en el descubrimiento de esqueletos de perros de unos cuantos miles de años de antigüedad.

Pero ¿qué llevó a los humanos a emprender la tarea de la domesticación? La ciencia sigue teniendo dificultades para responder a esta pregunta. Nathaniel Shaler se hizo eco, hace ciento veinticinco años, de la opinión generalizada según la cual los humanos acogieron en un principio a los perros en sus vidas para que les hicieran compañía, más que para servirse de ellos, una idea contraria a lo que se piensa en la actualidad. Creía también que los primeros perros, cuyas motivaciones para acercarse a los humanos tenían que ver, seguro, con la disponibilidad de comida en los alrededores de los campamentos, a menudo se convertían ellos mismos en una fuente de sustento y se los devoraba en periodos de escasez.[2]

La investigación actual se centra en el dónde y en el cuándo. «Quizá la razón por la que aún no se ha llegado a un consenso sobre dónde se domesticaron los perros por primera vez es que todo

el mundo ha acertado siquiera en parte —sugiere el profesor Greger Larson, director del programa de paleogenómica de la Escuela de Arqueología de Oxford—. La mayoría de los animales fueron domesticados de una sentada y a partir de una única población salvaje. Pero lo que tenemos en la actualidad es la primera prueba, tanto genética como arqueológica, de que los perros fueron domesticados en dos ocasiones». Dice «en dos ocasiones» y no «dos veces», un matiz a tener en cuenta; de hecho, cuando el trabajo de Larson y sus colegas se publicó en *Science* en 2016, causó bastante revuelo.

La secuenciación del ADN mostraba la existencia de una profunda división entre el genoma de los perros de Asia oriental y el de los de Eurasia occidental. Los resultados se compararon con el registro arqueológico y Larson descubrió que había «perros muy antiguos en Oriente y perros muy antiguos en Occidente, pero que tardaron unos cuatro o cinco mil años en aparecer en el territorio intermedio del Viejo Continente». La conclusión era clara: los perros fueron domesticados de forma independiente en dos ocasiones, a partir de dos poblaciones distintas de lobos separadas entre sí por miles de años.

Sin embargo, esto no era ni mucho menos el final de la historia, pues algunas pruebas contradictorias parecían igual de convincentes. A finales de 2015, solo unos meses antes del informe del equipo de Oxford, investigadores de la Universidad de Yunnan, en China, publicaron sus resultados en la revista *Cell Research*. Utilizando secuencias del genoma de doce lobos grises, veintisiete perros primitivos de Asia y África, y un conjunto de diecinueve razas procedentes de todo el mundo, hallaron una diversidad genética mucho mayor en los perros del sur de Asia oriental que en otras poblaciones, lo que les llevó a afirmar que los perros domésticos se originaron allí, en el sur de Asia oriental, hace treinta y tres mil años. Supusieron que un subconjunto de estos perros ancestrales emigró a Oriente Próximo y África hace unos quince mil años, llegando a Europa unos cinco mil años después. También en 2015, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States* (*PNAS*) publicó un informe con pruebas contundentes de que los perros fueron domesticados en Asia Central, quizá cerca de los actuales Nepal y Mongolia.

Otro estudio, publicado en 2017 y que se basaba en huesos de perro encontrados en dos cuevas de Alemania, parecía darle la vuelta al trabajo de Greger Larson y su equipo de Oxford. El primero de aquellos huesos, procedente de un yacimiento del Neolítico temprano en Herxheim, en el sudoeste del país, databa de hace siete mil años, mientras que el segundo, procedente de restos del Neolítico tardío hallados en la cueva del Cerezo, en las tierras altas de Baviera, tenía unos cuatro mil setecientos años de antigüedad. El patrón genético extraído de estas muestras —que se cruzaron con el ADN de un cráneo de perro de cinco mil años de antigüedad procedente de una tumba de Newgrange (Irlanda) y casi seis mil muestras de perros modernos— les sugirió a Krishna Veeramah y sus colegas de la Universidad Stony Brook, de Nueva York, que todos los perros que conocemos hoy tienen un origen común: proceden de una única domesticación de lobos grises. Además, un análisis de las mutaciones caninas a lo largo del tiempo permitió a los investigadores delimitar, desde el punto de vista genético, un marco cronológico más preciso —entre 36.000 y 41.500 años— y una misma raza primigenia y salvaje que se extinguió hace mucho tiempo.[3]

El doctor Veeramah dio por buena la explicación más aceptada para esta hipótesis alternativa: los perros evolucionaron a partir de lobos que rebuscaban en las inmediaciones de los campamentos humanos cuando aún éramos cazadores-recolectores. Los menos agresivos, los más mansos, habrían sido poco a poco acogidos y (siguiendo el patrón darwiniano) habrían

obtenido más comida. Con el tiempo, una relación más estrecha con los humanos habría devenido mutuamente beneficiosa; el perro lobo tendría acceso no solo a una fuente fiable de alimento, sino también al deseo humano de proteger y criar a los cachorros de perro lobo, mientras que los humanos prosperarían gracias a la protección y las aptitudes de los perros como animales de tiro y para el pastoreo y la caza. De manera que humanos y perros evolucionaron codo con codo. «No cabe duda de que nosotros los elegimos a ellos —afirma el experto en perros Mark Derr—, pero ellos también nos eligieron a nosotros, y las características que compartimos pueden muy bien explicar nuestro vínculo aparentemente inquebrantable».

La psicóloga Alexandra Horowitz ha sintetizado la cuestión con más claridad aún. Los perros lobo primigenios «explotaron un nuevo nicho ecológico: nosotros». Los primeros humanos dejaron de ser nómadas, se asentaron en espacios permanentes y generaron residuos. Según Horowitz, los humanos acumulaban basura justo en las inmediaciones de sus asentamientos, y no pasó mucho tiempo antes de que los perros más inteligentes aprendieran un poco sobre cómo manipular a los humanos. Y así ha sido desde entonces: les das comida, se sientan, se dejan atar, hacen lo que quieras.

En los últimos veinte años no han faltado los intentos de integrar esta interpretación sociológica en un marco científico. Según nos dice la ciencia, los perros fueron un producto tanto de la autodomesticación como de la ingeniería humana. Un experimento realizado en Harvard en 2002 demostró que los perros son mucho mejores que los lobos a la hora de leer las señales humanas que indican dónde hay comida oculta. Otros experimentos recientes sugieren que perros y humanos comparten una extraordinaria y beneficiosa comunicación visual mutua desde la etapa de cachorros (cuando los perros se enfrentan a una tarea difícil de resolver, miran a los humanos para pedir ayuda), mientras que, incluso después de un adiestramiento doméstico intensivo, a los lobos les cuesta mucho mirar de ese modo solícito y apremiante.

Mark Derr ha identificado otra fase interesante, e inevitable, de esta relación: el divorcio formal de los perros y los lobos, un acto mucho más premeditado que el que nos unió. Una vez que los perros y la agricultura se establecieron, «el lobo se convirtió en un competidor, un enemigo incluso, no porque nos cazara, sino porque atacaba a nuestro ganado —afirma Derr—. Más recientemente, el movimiento conservacionista ha establecido una división tajante entre lo salvaje y lo adquirido, una división que en realidad no debería existir, pero existe. A partir de ese momento, el lobo se convirtió en una cosa y el perro, en otra; son dos seres opuestos, a pesar de estar estrechamente relacionados».[4]

Desde el punto de vista de la evolución, los humanos premian todo lo que no supone una amenaza inmediata. En el caso de los perros, los carroñeros eran bienvenidos, pero los depredadores no. Con el tiempo, los humanos seleccionaron y modificaron de manera artificial esta tendencia, acometieron una segunda domesticación, la que integró definitivamente a los perros en el hogar y propició el desarrollo de las distintas razas.

En junio de 2019 apareció una nueva pieza del rompecabezas. Un equipo de investigadores, dirigido por la doctora en psicología cognitiva Juliane Kaminski, de la Universidad de Portsmouth, descubrió una importante diferencia en la estructura muscular facial de los perros y los lobos, algo que, según afirmaron, se había desarrollado a lo largo de miles de años con el objetivo específico de fomentar y acelerar la domesticación, al mejorar la comunicación con los humanos.

Aunque la anatomía de perros y lobos era prácticamente idéntica, los primeros poseían un músculo, responsable de levantar la ceja, del que carecían los segundos. «Lo curioso de esto —

afirmaron los investigadores en la revista *PNAS*— es que este movimiento aumenta el pedomorfismo y se asemeja a un gesto que los humanos hacen cuando están tristes, lo que nos lleva a pensar que los perros lo ejecutan para desencadenar una respuesta de cariño». La pedomorfosis se define como la persistencia de rasgos juveniles en la vida adulta; en otras palabras, los perros habían encontrado una forma de sacarles el máximo partido a sus ojos de cachorro y parecerse más a los bebés. Los científicos plantearon la hipótesis de que las expresivas cejas de los perros eran el resultado de una selección natural basada en las preferencias de los humanos. «Cuando los perros hacen ese gesto —señaló la doctora Kaminski — parecen suscitar en nosotros un fuerte deseo de cuidarlos».

Investigaciones anteriores sobre la pedomorfosis habían indicado ya que esta interrupción del desarrollo fue la causa de que los perros empezaran a parecerse cada vez menos a los lobos con el paso de los siglos. La huella genética más visible de los lobos (las orejas puntiagudas y el hocico largo) ha desaparecido de la mayoría de los perros, que han adoptado en su lugar, y poco a poco, narices más romas y orejas más gachas. En 1997 Deborah Goodwin, John Bradshaw y Stephen Wickens afirmaron en la revista *Animal Behaviour* que, cuanto más se parecía un perro a un lobo, mayor era su tendencia a mostrar un comportamiento lupino. Se analizaron diez razas de perros en busca de quince rasgos agresivos y sumisos atribuibles a los lobos. Los investigadores descubrieron que razas pequeñas como el cavalier king charles spaniel y el terrier de Norfolk, ninguna de las cuales se confundiría nunca con un lobo, mostraban solo dos o tres comportamientos atribuibles a sus parientes cánidos; el pastor alemán, en cambio, que se concibió para parecerse a un lobo más grande, mostraba once. El estudio dio como resultado también algunas anomalías, sobre todo en el caso del golden retriever, que mostraba doce de quince comportamientos similares a los del lobo, pero esto tiene una explicación: sus antepasados eran perros de caza, y los viejos hábitos no mueren así como así.

Por último, a medida que los perros se convertían en nuestros compañeros, resultaba muy útil diferenciarlos entre sí, individualizarlos. Un nombre seguramente fuese, en un principio, una etiqueta funcional —Emboscada, Taimado, Guardián— que, con el tiempo, se acabó convirtiendo en una muestra de cariño (Fluffy, Bella, Ludo). Como veremos en el capítulo siguiente, los nombres que les damos a nuestros perros nos dicen mucho sobre los distintos y cambiantes papeles que desempeñan en nuestras vidas. Cada vez más, les ponemos los mismos nombres que a nuestros hijos.



Los corgis reales en 1936. La princesa Isabel sostiene a Jane mientras Dookie hace guardia. Getty/Lisa Sheridan.

3

FIDO PIENSA: «QUIZÁ ESTA VEZ»



En los doce años que llevo paseando con mi perro Ludo por Hampstead Heath nos hemos encontrado con Monty, Ronald, Alfie, Jenny, Wooster, Willow, Annie, Truffle, Randolph, Milo, Maxwell, Aperol, Ivy, Otis, Robbie, Lucy, Billy, Esme, Shnook, Toto, Menna, Kyffin, Tali, Miles, Parker, Jackson, Rothko, Kali, Penny, Big Arnie, Jessie, Little Arnie y —porque andábamos por Hampstead Heath y no en Hackney Marshes— Swinburne. Casi todas las veces que coincidimos con Swinburne, estaba sentado bajo un roble, esperando a la musa.[1] Por otro lado, y sorprendentemente, Little Arnie es mucho más grande que Big Arnie.

Algún nombre hay que darles, claro, a los aproximadamente nueve millones de perros que viven en el Reino Unido y los noventa millones de Estados Unidos.[2] El mío ha hecho buenas migas también con otros congéneres suyos que respondían a los nombres de Petra, Misty, Chia, Indian Chia, Truffle, Paolo, Herbert (Herbie), Rolo, Mischa, Leon Berger (por la raza leonberger), Gus, Moko, Pepper, Evangeline (Eva), Edie, Lola, Alfie, Harley, Henry, Honey, Daisy, Geoffrey, Pebble, Pobble, Slinky, Stinky y Fog. Juzgar a un perro por su nombre sería como juzgar un libro por su cubierta, algo que se puede hacer, por lo general, sin errar mucho el tiro. Por ejemplo, un perro llamado Lord Rex no será de clase baja, a menos que haya ironía de por medio. Un perro llamado Stinky[3] pasará, seguro, demasiado tiempo chapoteando en los charcos (o demasiado poco). Los llamados Cupcake, Candy, Coco o Fudge reflejarán el gusto de su dueño por los dulces y una rica conexión entre el consuelo que ofrece la comida y el que ofrecen ellos, los perros. Y si se llama nada menos que Fido y tiene alguna noción de la carga que le han echado encima con ese nombre —como se verá más adelante—, rara vez hará caso a la primera.

Así es, proyectamos en nuestras mascotas nuestras experiencias y expectativas humanas. ¿Cómo y por qué ponemos estos nombres? ¿De dónde vienen Slinky y Misty?[4] En todas las posibles explicaciones que siguen a continuación, conviene recordar que rara vez es culpa del perro. Si el dueño es aficionado a los juegos de rol, los cachorros que dieron sus primeros pasos como Kate o Buster se despertarán una mañana como Brienne de Tarth. Si el dueño es miembro de la Biblioteca de Londres, sus perros se llamarán muy a menudo a) Aurelius, b) Aurelia y c) Beowulf. Los galgos de carreras parecen los más sufridos, ya que son objeto de una excepcional variedad de nombres absurdos; los más recientes ganadores de la carrera de Cesarewitch se llamaban Future Cutlet y Jesmond Cutlet, y los padres de Jesmond Cutlet se llamaban Lady

Eleanor y Beef Cutlet.[5] En 2009 el ganador fue He Went Whoosh.[6]

La clave, cabría pensar, es elegir un nombre que uno pueda pronunciar sin avergonzarse. Un nombre posmoderno y simple, como Spot, Bess o Pluto. O uno que signifique algo en un idioma antiguo o distinto, como Aurora, la diosa romana del amanecer, o Amaya, «lluvia nocturna» en japonés. Se trata, al fin y al cabo, de nombres públicos y su uso servirá para romper el hielo con los extraños. Pero, tanto en el caso de los perros como en el de los humanos, la cara pública siempre esconde una privada, y los nombres que los dueños les dan a sus perros en la intimidad revelan una propensión extrema a la jerigonza infantil y al surrealismo. Por motivos que no tendría ningún inconveniente en explicar si pudiera, a mi labrador Ludo le han llamado (de puertas para adentro, la familia más cercana) Human Zoo, Hoofus, Norkus, Lucy (algo chocante, sin duda, tratándose de un macho), Humphrey, Skelmersdale, Chairman y Herman.

Ludo nació en East Sussex en 2007 y formaba parte de una camada abundante. Un amigo nos puso en contacto con su criador, pero no nos advirtió del caprichoso sentido del humor que este gastaba. Después de que eligiéramos a Ludo de entre sus hermanos chillones y mimosos, el señor John Howe nos informó de que, puesto que Ludo solo tenía un mes, debía quedarse junto a su madre unas semanas más. Para que no se le olvidara que lo habíamos elegido a él y no a otro, es decir, para no confundirlo con sus hermanos y hermanas, el señor Howe dijo que le cortaría la pata trasera izquierda. Nos reímos. Repitió la broma mientras nos alejábamos. Ya no nos reímos. Pobre Ludo, tener que oír eso.

Ludo se ganó su nombre tras una votación familiar y una discusión. Yo quería llamarle Herbert, en honor de mi difunto padre; luego se habría podido abreviar (Herb, Herbie o Bert). Me gustaba la idea de llamar Bert a un perro, aunque no estoy seguro de lo que mi padre habría pensado al respecto. Mi mujer y los niños tenían otras ideas, y creo que al final lo redujimos a una lista de unos tres, y los dos que más me gustaban fueron rechazados en favor de Ludo. Los dos únicos Ludo que conocía eran el periodista Ludovic Kennedy y el juego de mesa llamado así, Ludo. Creo que contraataqué y propuse, en su lugar, Cluedo,[7] pero también fracasé. Así que Ludo fue, y en Ludo se convirtió definitivamente al cabo de una semana. A partir de ese momento, nada podía ser ya, salvo Ludo.

Su nombre completo —es decir, su nombre de pedigrí sancionado por el Kennel Club— es en realidad Greatcobwood Ulysses (pobrecillo). Sus padres eran Willow of Parkdale y Greatcobwood Flora. Sus abuelos se llamaban Autumnal Breeze of Glensue, Glensue Coney, Field Trial Champion (FTC) Dargdaffin Dynamo y Conneywarren Amber. Sus bisabuelos (tal y como aparecen en su certificado oficial de pedigrí, que abarca cinco generaciones) fueron FTC Glenbriar Solo, Staindrop Scree of Glensue, FTC Broom-Tip of Carnochway y así sucesivamente… La aristocracia implícita de estos nombres es algo que se desarrolló en la época victoriana. Una prueba de buena crianza, por supuesto, tanto del perro como del dueño, y me encantó ver que Ludo procedía de una larga lista de perros de exposición, no porque los hubieran exhibido, sino porque eso implicaba que los habían cuidado muy bien. Todos estos nombres maravillosamente absurdos son el producto de la mezcla de los de sus respectivos criaderos (Parkdale, Glensue, Carnochway) y de la cursilería, la chifladura y el decoro de la persona encargada de su crianza (Willow, Autumnal Breeze, Broom-Tip).[8] Solo cabe esperar que Staindrop Scree y Broom-Tip acabaran convirtiéndose, por obra del cariño, en los más breves, y menos ampulosos, Scree y Tip.[9]

En 2017 los nombres más populares de perros machos registrados en las compañías de seguros para mascotas de las islas británicas fueron Alfie, Charlie, Max y Oscar; los de las hembras, por

su parte, fueron Poppy, Bella, Molly y Daisy. Hubo ciertas coincidencias con los de Nueva York, donde, de los alrededor de ochenta mil perros registrados en 2016, los nombres masculinos más populares fueron Max (3.990), Rocky (2.769), Charlie (2.590) y Buddy (2.471), y los femeninos, Bella (3.985), Lola (2.677), Lucy (2.379) y Daisy (2.240). Como se trataba de Nueva York, había también 152 perros llamados Biggie, en honor, supongo, de Biggie Smalls, la estrella de rap asesinada. (Presumiblemente, muchos de los perros llamados Biggie eran también de pequeño tamaño).[10]

Los franceses cuentan con un sistema único para poner nombre a los perros: una combinación, bastante efectiva, de sencillez y totalitarismo. Desde 1926, la Société Centrale Canine ha exigido que todos los perros de raza (*chien de race*) inscritos en su registro tengan un nombre que empiece por la misma inicial, según la letra adjudicada al año de su nacimiento. Se empezó, por supuesto, por la A, de modo que el primer año proliferaron los Alphonses en los bulevares, y en el segundo las Beatrices. En 2016 le tocó a la letra M, así que —es de creer— los veterinarios vieron muchas Madeleines y muchos Marcels aquel año. Con esto se informaba de la forma más clara posible a todo el mundo —y no solo al perro, al que, por otra parte, se lo recordaban unas cien veces al día— del año en que había nacido. En 2021 le llega el turno a la S, así que preparémonos para las Sabine y los Soleil (por desgracia, querido lector, no podrás tener a tu tan deseada Fifi hasta 2030). Y una chaladura más: hay en Francia una acuciante escasez de perros de raza que se llamen Klaxon, Yves o Zut; ello se debe a que en 1972 se retiraron las letras K, Q, W, X, Y y Z a causa de las dificultades que tenía la gente para encontrar nombres que no fueran Klaxon, Yves o Zut.

El arte de dar nombre a los perros se remonta a la Antigüedad. Quizá el primer directorio canino del que tenemos constancia fuera el de Jenofonte, el filósofo e historiador nacido al comienzo de la guerra del Peloponeso, en el 431 a.C. En su opinión, los nombres cortos eran los más adecuados, ya que hacían que fuese más fácil llamarlos en los foros y baños atestados de gente. Nos dejó una larga lista de sugerencias, pero pocas de ellas han sobrevivido a los siglos: Psique, Thymus, Porpax, Styrax, Lonche, Lochos, Phrura, Phylax, Taxis, Xiphon, Phonax, Phlegon, Alce, Teuchon, Hyleus, Medas, Porthon, Sperchon, Orge, Breton y veintisiete más, entre los que se encontraba también Speude. Si perdieras a cualquiera de ellos, a Phrura, Teuchon o Speude en los alrededores de un estadio, ¿cuánto tiempo estarías dispuesto a gritar sus nombres? ¿Y cuánto tardarían en aparecer los Taxis?

Aun así, las denominaciones de Jenofonte no obedecen al capricho. Son descriptivas, definen un temperamento o una habilidad particulares. En el mismo orden, los nombres susodichos se traducen como «Espíritu», «Coraje», «Escudo», «Punta de Lanza», «Pica», «Emboscada», «Protector», «Guardián», «Orden», «Dardo», «Ladrador», «Fiero», «Fuerza», «Activo», «Buscador», «Taimado», «Saqueador», «Raudo», «Pasión» y «Rugiente». Si necesitábamos una prueba de la importancia del perro en cuanto a utilidad, sobre todo en lo que concierne a la caza o la guardia, hela aquí: aparte de Pasión, hay pocos afectos en esta lista, y nada de lindezas; casi seguro que Punta de Lanza causaría estragos en el mobiliario, y muy probablemente no te apetecería nada tenerlo demasiado cerca de tu regazo.

Algunos perros portan nombres tan cargados de responsabilidad y superstición que uno teme por su bienestar. Para encontrar los mejores de ellos debemos acudir a la tribu beng, que vive en la prefectura marfileña de M'Bahiakro. Aquí no nos toparemos con perros llamados Max o Bella

descansando alrededor del fuego, sino con Kote Mo Nyré, Yreló, Bèkánti y Quelle Année. Kote Mo Nyré se traduce como «Los problemas no buscan a la gente, la gente busca los problemas». Yreló significa «Conócete a ti mismo y evita las disputas».

Los nombres caninos elocuentes, por otro lado, eran también del gusto de los antiguos egipcios, que consideraban al perro una deidad, un animal con poderes adivinatorios. Bèkánti significa «Si alguien me difama, no debo tomármelo a pecho». Quelle Année, un nombre de origen francés, como se ve, y que era muy popular entre los beng, no significa simplemente «¿Qué año?», sino «¿En qué año me haré rico?», una pregunta difícil de responder —sin duda— para la mayoría de los seres humanos y —no es descabellado imaginarlo— casi imposible para los perros.[11]

La doctora Alma Gottlieb, profesora de antropología de la Universidad de Illinois, que convivió con los beng en África occidental durante los años ochenta, observó que los miembros de la tribu rara vez mostraban afecto por sus perros, a pesar de tenerlos en muy alta estima desde el punto de vista mitológico; los pobres debían buscarse siempre el sustento por sus propios medios. Kófla significa «Dos caminos hay para un enfermo: puede que mejore y puede que no». Y luego está el favorito de los beng, el aciago È Tòé, que significa —y a ver quién se atreve a sostener lo contrario— «Siempre estamos nadando, pero no todos nos mantendremos a flote».

Dentro del mismo sistema de creencias, señala la doctora Gottlieb, existen rituales únicos en lo que respecta a los cachorros. Un cachorro, si nos ceñimos a la biología, abre los ojos cuatro días después de nacer. Pero si se trata de un cachorro nacido en esta parte de Costa de Marfil, solo podrá abrirlos cuando un ser humano de la aldea haya muerto o haya sido sacrificado.

Tanto si paseamos por Hampstead Heath como si lo hacemos por las llanuras de África occidental, el caso es que nos encanta bautizar aquellas cosas que nos son más preciadas y proyectar en sus nombres nuestras propias ideas de lo que debería ser un perro. Cuanto más humano sea el nombre, o más atributos humanos encarne, más respeto concederemos al perro en cuestión y más manifiesto será nuestro deseo de que nuestros perros sean como nosotros. Los Spot[12] son un linaje casi extinto; cuando llamamos a Max y a Bella en el parque podríamos estar llamando a nuestro perro o a nuestro hijo.

¿Hace la realeza las cosas de otro modo? ¿Acaso los nombres de nuestros perros no van a la zaga de los nombres que ellos dan a los suyos, como sucede, al parecer, con los nombres que les damos a nuestros hijos? Sí y no.

Los corgis galeses de Pembroke, propiedad de la reina, se han convertido en una marca, tan inseparable de su majestad como sus bolsos y sus perlas. Es casi imposible encontrarse con un corgi en público sin que nos remita de inmediato al palacio de Buckingham o a Balmoral. Estos perros se han convertido también en objeto de chistes flojos y un tanto apolillados; en realidad, no hay nada específicamente gracioso que decir sobre ellos, aunque uno se sienta en la obligación de hacerlo.

Pero lo más notable de los corgis de la reina es que nadie se sabe el nombre de ninguno de ellos (o al menos yo no he conocido a nadie que se los sepa). Muchos son los corgis que han pasado por palacio a lo largo de los años (solo la reina ha tenido más de treinta), además de unos buenos pocos de dorgis, y, sin embargo, casi ninguno de ellos ha alcanzado fama individual, ni siquiera reconocimiento.[13] Esto se debe en parte a que a) estos fieles perritos ganaderos de Gales se parecen bastante entre sí y b) en el pasado ha habido, quizá, demasiados correteando por

ahí al mismo tiempo.

Hubo, con todo, dos excepciones tempranas, la primera de ellas un perro llamado Dookie, nacido en 1933 y muerto no se sabe cuándo, que fue el primer corgi que obtuvo permiso para entrar en casa, por decisión del rey Jorge VI. Dookie ya pertenecía a la realeza canina; su madre era la campeona Golden Girl y su padre, el campeón Crymych President. Pero su temperamento lo predisponía a hacer daño con cierta saña, a morder, cuando le daba por ahí, las piernas de cortesanos e invitados. Una vez, incluso hizo sangrar a lord Lothian, antiguo secretario privado de Lloyd George. Le encantaba morder, tanto piernas humanas como patas de mesa. Sin embargo, Dookie no le quitó a la realeza las ganas de tener corgis, porque al poco llegó Susan, la primera perra de la que se hizo cargo la princesa Isabel. Susan tenía un temperamento más equilibrado y fue la madre fundadora del linaje de corgis que ha venido después.[14]

Una de las muestras oficiales más excéntricas de la relación de la aristocracia con sus perros data de 1936, año en el que se publicó el encantador —y obsequioso a más no poder— *Our Princesses and their Dogs*,[15] un libro de Michael Chance con fotografías del Studio Lisa. Está dedicado, por sugerencia de la duquesa de York, «A todos los niños que aman a los perros», y apareció en las tiendas cuando a las jóvenes princesas y a sus padres les encantaban las regatas entre los estudiantes de Oxford y los de Cambridge. En una de las fotografías se ve a la princesa Isabel en un banco, con los corgis Jane y Dookie, ambos «mirando con suma atención hacia los rododendros, donde algo se mueve…». En la página siguiente, los mismos perros están en un prado, «ufanos al contemplar a la radiante duquesa de York y a las princesas, cuyas espléndidas sonrisas alegran a todo el mundo a lo largo y ancho de Gran Bretaña». Otra imagen muestra a Dookie, con los ojos cerrados, en una especie de rapto extático mientras la princesa Isabel apoya la barbilla en su cabeza. «Aunque en ocasiones muerde con cierta saña […] podría parecer, por esta imagen, que también es un sentimental nato».

Cuando la guerra era inminente y más tarde, cuando se convirtió en una realidad, la realeza se sirvió de los perros como relaciones públicas. Acercaban a sus miembros a la gente normal, transmitían sentido de la responsabilidad y permitían a la familia manifestar emociones que había reprimido durante muchos siglos. No obstante, desde principios de la década de 1950, con Isabel en el trono y el mundo relativamente tranquilo, los perros pasaron a la esfera privada; si el público los veía era por azar, de vez en cuando, en una fotografía de Estado o acompañando a la reina, que, ataviada con un pañuelo en la cabeza, ejecutaba alguna de sus maniobras equinas en las Highlands, y casi siempre anónimos. He aquí, gracias a la fiel cronista real Penny Junor, una lista de los nombres de los corgis de la reina siguiendo, más o menos, la línea de sucesión: Rozavel Lucky Strike, Rozavel Bailey, Honey, Sugar, Rozavel Beat the Band, Bee, Sherry, Whisky, Heather, Lees Maldwyn Lancelot, Buzz, Foxy, Convisat Endeavour, Mask, Rufus, Cindy, Brush, Kaytop Marshall, Rozavel Crown Princess, Geordie, Jolly, Sweep, Svottholme Red Ember of Lees, Smoky, Penmoel Such Fun of Rivona, Dime, Dawn, Dipper, Disco.

Los nombres son a la vez normales y delirantes, y los campeones se distinguen de las meras mascotas que pelechan (y los corgis pelechan con mucha asiduidad) por su título de pedigrí. No sabemos cómo se eligieron estos nombres ni quién lo hizo; solo podemos imaginar lo bien que se lo debieron de pasar y los nombres que se quedaron por el camino. Lo que más llama la atención, teniendo en cuenta opciones tan atrevidas como Buzz, Geordie y Disco, es que todos ellos descienden de la primera perra de la reina, Susan. Pero estos nombres constituyen menos de la mitad del total. También están Fay, Mint, Phoenix, Pundit, Socks, Plover, Wren, Larch, Laurel y Martin.[16] La mayoría son corgis reales y unos pocos, dorgis, y no todos vivieron con la reina.

El linaje se agotó en abril de 2018, con la muerte de uno llamado Willow, a la edad de catorce años, a causa de un cáncer. La reina había anunciado ya su determinación de no dejar ninguno después de su propia muerte (Willow apareció junto a un amigo corgi en el sketch con James Bond, durante la inauguración de los Juegos Olímpicos de Londres, en 2012).

Pero la reina y sus corgis no eran más que una fiel continuación de las tradiciones y el linaje, algo que la realeza siempre ha hecho bien. La relación de la casa real con los perros se remonta, al menos, a los sabuesos de caza de Enrique VIII, pero su acceso a los palacios y las perreras empezó de verdad con la reina Victoria y el príncipe Alberto, en la década de 1840, cuando galgos de renombre, como Eos y Laura, Swan y Helios, hicieron su aparición. Pronto llegaron también un dandie dinmont llamado Dandie y dos perros salchicha llamados Boy y Berghina. El perro salchicha favorito de Victoria llegó de Baden en 1872; se llamaba Waldman VI.

César, el terrier del rey Eduardo VII, desfiló detrás de su féretro en el cortejo fúnebre de 1910; los perros aristócratas de mayor tamaño, como Alex el borzoi, Sammy el caniche y Heather la collie, acompañaron a varios miembros de la realeza británica en sus paseos informales antes de la creación de la casa de Windsor, en 1917. Además de sus corgis y sus hijos pequeños, el duque y la duquesa de York también tenían, en la década de 1930, un mastín tibetano llamado Choo Choo y tres labradores amarillos llamados Mimsy, Scrummy y Stiffy. ¡Pobre del personal allí presente si Stiffy se extraviaba y había que llamarlo a gritos para que volviese a casa![17]

Todo lo cual nos lleva a la historia de Fido. Llamar a un perro Fido es cargarlo, como mínimo, con tanta responsabilidad social y moral como a los corgis de la realeza o a los chuchos de los beng. Pero si a un perro le cambias el nombre en sus últimos años de vida y le pones Fido, lo más seguro es que se haya ganado de verdad ese título. Y eso es lo que le ocurrió a un perro de la aldea de Luco di Mugello, a unos pocos kilómetros de Florencia.

Lo encontramos presa de la desolación, tirado en una cuneta. Es un perro joven, probablemente de no más de un año, sin nombre aún, y dolorido a causa, quizá, de un accidente de tráfico. Es una tarde de invierno de 1941, en plena guerra, y un fabricante de ladrillos llamado Carlo Soriano se baja del autobús en el que suele acudir al trabajo. Soriano se percata de que el perro necesita ayuda en cuanto lo ve, así que lo lleva a su casa, con su mujer, y juntos hacen eso tan hermoso y tan humano que es cuidar de un animal hasta que recupera la salud.

Esta es una de las versiones de la historia. Otros le han dado al protagonista un nombre ligeramente distinto, Carlo Soriani, y en lugar de en una cuneta han colocado al perro bajo un puente. Los mitos nacen así.

Transcurren unas semanas. De nuevo en pie, aunque cojeando, el perro decide dedicar su vida a retribuir la bondad que su salvador ha mostrado para con él. Cada día, después de desayunar, acompaña a Carlo a la parada de autobús desde donde se dirige a su trabajo, en Borgo San Lorenzo. Después, el perro regresa a casa. Al final del día, cuando Carlo sube al autobús que le llevará de vuelta a Luco di Mugello, el perro sale de su casa y va a su encuentro. Ambos caminan juntos y disfrutan después de la cena en compañía de la esposa de Carlo. Esto continúa durante unos dos años y es un auténtico deleite para todos los que lo presencian. Pero entonces sobreviene la tragedia.

A finales de diciembre de 1943, la fábrica de Carlo sufre un bombardeo aéreo. Carlo muere. El perro no sabe que su dueño ha muerto, o no quiere saberlo. Por eso, cada mañana, Fido —así lo han bautizado la esposa de Carlo y los apenados habitantes del pueblo— sale de su casa y va en

busca de su amo. Carlo no aparece. Durante las semanas, los meses y los años siguientes, Carlo sigue sin aparecer, pero Fido no ceja en su empeño. Es un animal de costumbres, un devoto, y no tardará en convertirse en una estrella mediática internacional.

Los reportajes comienzan en el ámbito local, y en abril de 1957, hacia el final de su inusualmente larga vida, la revista *Time* presenta a Fido a los lectores de todo el mundo. En la crónica se cuenta que el can no se limitaba a esperar con paciencia junto a la parada de autobús a que su amo regresara, sino que lo hacía debajo de un autobús, un hábito que quizá explique cómo se lesionó la primera vez. Según la revista, Fido fue durante mucho tiempo un héroe popular: el carnicero le daba huesos; cuando la noche era desapacible, un conductor de autobús le permitía acompañarlo en sus rutas para que se mantuviera caliente. La viuda de Carlo se las veía y se las deseaba para pagar todos los años el impuesto correspondiente a la licencia canina de Fido, hasta que, en el penúltimo año de vida del perro, el alcalde decidió exonerarlo de cualquier tasa, un hecho que convirtió a Fido en el único perro «legal sin licencia» de Italia. «Ha dado un ejemplo de fidelidad a nuestro pueblo», explicó el alcalde. Fido, convertido también en atracción turística, le acabaría devolviendo con creces el favor al alcalde. Murió el 30 de diciembre de 1958, quince años después que su dueño. Una estatua de bronce se alza ahora en la plaza del pueblo y atrae a muchos románticos a un lugar en el que, de no ser así, no se habrían detenido nunca en su camino a Florencia. Aunque parezca increíble, no todo el mundo quiere a Fido; la estatua era originalmente de barro cocido, y un día unos vándalos hartos de Campari la destrozaron.

Sin embargo, para entonces Fido se había convertido ya en una estrella de cine. En la década de 1950, un equipo de reporteros lo filmó camino de la parada del autobús, y ¡qué hermosa estampa! Aquel perro escuálido y asimétrico —con el hocico de un labrador y las extremidades sueltas de un spaniel, la cola como un látigo— que cojea mientras cruza un patio, al ritmo de los arreglos de cuerda y los comentarios de la banda sonora, y que dobla después la esquina hacia un camino flanqueado por brezos y la calle. Otro perro lo observa a diario. Quizá piense: «Dios, otra vez no, déjalo ya, Fido…». Pero nuestro héroe acaba junto a la parada de un autobús. ¿Estará Carlo en él esta vez, una década después de volar por los aires? Sabemos que no. Todos en el pueblo, incluidos los demás perros, lo saben. En un mundo más cruel y menos romántico, Fido sería carne de manicomio.

La película —en blanco y negro, por supuesto, y con bastante grano— muestra a Fido al pie de la puerta de un autobús, mirando atentamente a cada pasajero que se apea de él. Es desgarrador presenciar su eterna decepción. No es Carlo, no es Carlo, no es Carlo. Tampoco es Carlo. En la escena siguiente vemos a una gran multitud que lo abraza y lo consuela, varios de ellos presa de la angustia. Una mujer llora con dramatismo y seca sus lágrimas en un pañuelo blanco, como si Carlo acabara de morir ese día y no diez años antes. Lloran por su inocencia perdida. Como dejó dicho el escritor francés Roger Grenier, un perro puede ser una protección contra los agravios de la vida, una defensa contra el mundo.

Necesitamos historias como la de Fido, todos nosotros. Nos hacen sentir un poco menos, y también un poco más, solos. De Japón, Escocia y el Polo Norte nos han llegado relatos de fidelidad similares, y los alcaldes orondos no dudarán nunca en recompensar de buen grado a los perros más fieles de su localidad; una placa aquí, una fuente allá. Necesitamos estas historias, en gran parte, para confirmar la lealtad de los perros y su dependencia de nosotros; son, por así decir, las últimas muestras de amor incondicional de las que disponemos. ¿Quién no querría sentir este tipo de devoción, la inquebrantable lealtad de la que es capaz un perro?

Los rasgos de comportamiento que los humanos valoran más en los perros hoy en día pueden

resumirse en unas pocas palabras no muy científicas (amabilidad, compatibilidad, utilidad) y en un gesto igualmente poco científico y que lo deja a uno desarmado, el ofrecimiento de la patita. Estas características, que se resumen en lealtad y afecto mutuos, son la manifestación más clara de por qué acogimos a los perros en nuestras vidas. Las vimos por primera vez en el extraordinario arte rupestre del noroeste de Arabia Saudí y las hemos visto en millones de imágenes desde entonces. Las veremos, asimismo, de un modo conmovedor en el siguiente capítulo, en el que el alegre compañerismo y la teoría científica se combinan en la vida y los logros —por desgracia, eclipsados por otros logros suyos de mayor trascendencia— del primer gran estudioso mundial del comportamiento canino.



«Esa expresión suya de cariño». Según Darwin, los perros tenían sentido del humor. Alamy/baypixx.

4

LO QUE DARWIN NO SABÍA SOBRE LOS PERROS (Y QUE TAMPOCO VALÍA MUCHO LA PENA SABER)



La familia de Charles Darwin solía decir de él, en broma, que quería más a sus perros que a sus primos, y él nunca lo negó. Siempre pedía que le dieran noticias de sus perros cuando estaba fuera de casa, y, aunque la mayoría de las veces las que recibía eran buenas, en febrero de 1826 le llegó una carta que su hermana mayor le remitió tras pensárselo mucho, porque temía desolarlo.

Darwin tenía entonces diecisiete años, estaba matriculado en un curso de medicina en Edimburgo y echaba de menos la compañía de sus criaturas, el consuelo que le proporcionaba, por ejemplo, la perra de su familia, Spark, a la que Darwin llamaba «mi naricilla negra». En su ausencia, su hermana Marianne se hizo cargo de la terrier.

«Al día siguiente de llegar —le decía a Charles en la carta— se escapó y, aunque hicimos todas las averiguaciones posibles y la buscamos por todas partes, no supimos nada de ella durante dos semanas». Spark se había instalado en casa de otra persona y cuando regresó, proseguía Marianne, «estaba preñada. El lunes pasado, la pobrecita se puso enferma y, tras parir a un cachorro, murió. No sabes cuánto lo sentimos. Todos en la casa la queríamos tanto, era una perrita tan adorable». «La muerte de Spark —añadió— me ha entristecido más que cualquiera de las cosas que he sufrido en mucho tiempo», y estaba muy preocupada por cómo se tomaría Charles la noticia.

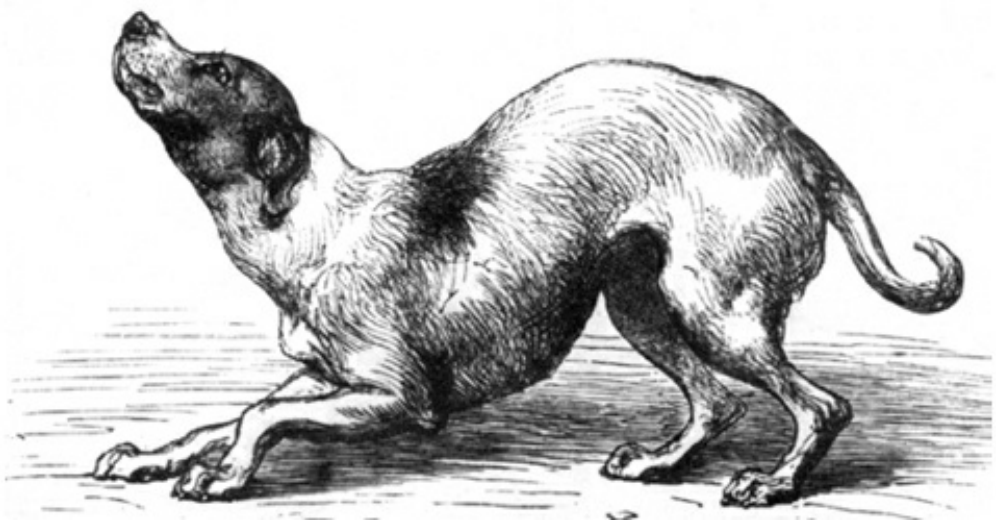
No tenemos la respuesta de Darwin, pero se infiere, por la correspondencia familiar posterior, que aquello lo dejó hecho polvo. Cualquiera que haya perdido un perro joven a una edad temprana sabrá lo que se siente (perder un perro a una edad madura ya es algo bastante malo). Pero, para Darwin, los perros no fueron solo una pasión juvenil. Excepto los años que pasó navegando, tuvo o cuidó perros durante toda su vida, la mayoría de ellos terriers, pero también algún pomerania y algún sabueso escocés. Nina, Spark, Pincher, Shelah, Snow, Bran y Polly colmaron no solo su necesidad de compañeros cariñosos, sino también su necesidad de ejemplares para la observación; más que ningún otro animal —más incluso que las criaturas de las Galápagos o sus percebes y pinzones—, los perros proporcionaron a Darwin inspiración y material de estudio (y fue una feliz coincidencia, sin duda, que el barco en el que navegó durante cinco años se llamara HMS Beagle).[1] A Darwin le fascinaba la existencia de los perros, cómo se las apañan en el mundo: su cría, su domesticación, su supervivencia. Pero le intrigaba todavía

más lo mucho que se parecían a los humanos, en sus intenciones, sus expresiones, su psicología.

Debido a sus otros logros, Darwin no ha pasado a la historia como uno de los principales estudiosos del comportamiento canino, sino más bien como un aficionado. Al igual que le ocurrió con otros trabajos suyos, sus observaciones fueron tan audaces que lo expusieron al ridículo, o provocaron, cuando menos, inquietud, pero nuestra comprensión científica actual de cómo y por qué los perros se comportan como lo hacen haría bien en empezar llamando a su puerta. Su intuición dio en el clavo bastantes veces. El vínculo entre humanos y perros era, para él, más que evidente (sentía un profundo apego hacia ellos), y la compatibilidad la confirmaron sus experimentos observacionales. Casi ciento cincuenta años antes de que se descifraran y compararan muestras de ADN procedentes de lobos y perros, y de que dicha compatibilidad se volviese cuantificable desde el punto de vista científico, Darwin ya intuyó en sus amigos cánidos un desarrollo altísimo de las capacidades sociales, un rasgo este que formaba parte de su constitución y que no existía en sus antepasados, los lobos. Los perros leían la mirada de Darwin como leen, en la actualidad, la nuestra; son dependientes y devotos, y no nos cuesta nada interpretar sus expresiones —apesadumbradas, esperanzadas, entusiastas—; nos resultan familiares al instante.

Mientras profundizaba en sus investigaciones y escribía su tercera obra magna, *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (1872), Polly, su terrier, dormía en una cesta, a sus pies. A veces abriría los ojos, seguro, para descubrirse a sí misma allí, en el texto de su dueño; las referencias al «perro» que aparecen en el índice se basan, sobre todo, en apuntes personales que tomaba en su estudio y durante sus paseos por el campo. Apuntes como este: «gestos compasivos; dar una o dos vueltas antes de tumbarse; rascarse, etc.; ladrar, un medio de expresión; gimotear; echar las orejas hacia atrás; muestras de afecto; sonreír; devoción (expresión de)». Polly se convirtió en una presencia constante, tanto en sus publicaciones como en su tiempo libre; cualquier dueño de un perro que haya escrito sobre el comportamiento canino reconocerá estos patrones, pero a Darwin le corresponde el mérito de que gran parte de sus observaciones sigan siendo pertinentes hoy en día y aplicables a todos los perros que vemos por ahí, a nuestro alrededor.

Las descripciones de Darwin rebosan empatía. «Cuando un perro se acerca a otro perro extraño, o a un hombre que muestra una actitud hostil —escribe—, camina erguido y muy rígido […] la cola se mantiene también erguida y bastante rígida; los pelos se le erizan, especialmente a lo largo del cuello y la espalda». Pero ¿qué ocurre cuando el perro se da cuenta de que la persona que se acerca es su dueño? «Es digno de ver cómo su comportamiento se invierte completa e instantáneamente […] su cola, en lugar de mantenerse rígida y erguida, desciende y se menea de un lado a otro; su pelo se alisa de inmediato […]. Ninguno de estos movimientos, ninguna de estas muestras de afecto tan expresivas, están dirigidas hacia sí mismo ni le son de utilidad».



El ascenso del perro en 1872: Darwin detecta en él sumisión, miedo y devoción. Alamy/Interfoto.

Su siguiente observación, no menos familiar ni ilustrativa, es la de la desilusión de un perro cuando sus esperanzas de salir a pasear se ven frustradas porque su dueño tiene otros planes. «No lejos de mi casa, hay un camino que se bifurca hacia la derecha —rememora Darwin— y que conduce al invernadero. Allí solía ir a menudo para observar mis experimentos con plantas». Hasta que Darwin tomó aquel camino, su perra aún tenía esperanzas de pasear, pero «el cambio instantáneo y completo de expresión que le sobrevino al darse cuenta de que no iba a ser así […] fue de risa. Su mirada de rechazo la conocían muy bien todos los miembros de la familia, y la llamaban su "cara de invernadero"». La «cara de invernadero» consistía en andar cabizbaja, con el cuerpo hundido, las orejas gachas y la cola lánguida, los ojos apagados y un «abatimiento lastimero» generalizado.[2] A muy pocos amantes de los perros les resultará extraña esta muestra de patetismo tan eficaz.

¿Qué podemos aprender de Darwin sobre, por ejemplo, los perros que parecen sonreír? Hoy en día, las redes sociales y las revistas caninas están repletas de imágenes así (los golden retrievers y los terriers, en particular, dan la impresión de sonreír todo el tiempo, y, como humanos, es imposible no sucumbir a sus encantos). Sabemos que se debe a la estructura ósea de su hocico, y puede que no sean más felices que cualquier otra raza, pero el efecto es contagioso; para los humanos es como mirarse al espejo, quizá el máximo exponente de la intimidad que existe entre nosotros. Darwin sostenía que la sonrisa de un perro rara vez se muestra «tal cual», como en el caso de un humano, pero se puede percibir con claridad cuando retrae el labio superior y muestra los dientes de una forma que, si no fuera acompañada del movimiento de la cola, podría indicar agresividad. El médico escocés Charles Bell señaló por primera vez la relación —y la confusión — entre husmear y sonreír en *The Anatomy of Expression* (1844), y posteriormente Darwin la citó en *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (1872). «Los perros —escribió—, entre sus muestras de afecto […] sonríen y husmean cuando están jugando de un modo que se asemeja a la risa». Por supuesto, los perros cuentan con otra forma de mostrar que están contentos, mover la cola.

¿Y qué hay de los ladridos? «Ante la expectativa de algo muy placentero, los perros se agitan y saltan de forma extravagante mientras ladran de alegría. La tendencia a ladrar cuando los posee

este estado de ánimo es hereditaria, o viene dada por la raza; los galgos rara vez ladran y los perros de raza spitz lo hacen tan incesantemente que llegan a convertirse en un incordio».[3] Darwin observó que un ladrido de ira y uno de alegría no difieren mucho entre sí, pero a pesar de ello pueden distinguirse. Creía que, a excepción de la especie *Canis latrans* de Norteamérica (el coyote), el ladrido no era un comportamiento innato, sino aprendido.

La expresión de las emociones en el hombre y los animales iba a formar parte del libro anterior de Darwin, *El origen del hombre* (1871). En él manifestaba su creencia de que los perros eran capaces de soñar «con una larga sucesión de ideas vívidas y conectadas entre sí», y que poseían dos características psicológicas claras (la capacidad de considerar vivos los objetos inanimados y la voluntad de someterse a un poder superior), unos rasgos que los convertían en candidatos ideales a ser verdaderos acólitos religiosos. No obstante, con la comparación que llevó a cabo entre los perros y los sistemas de creencias «primitivos», Darwin se adentró en un terreno pantanoso. La descripción que hace del encuentro de su perro, «adulto y muy sensato», con una sombrilla sigue siendo una delicia. La sombrilla, tendida sobre el césped, a merced de la brisa, parecía moverse sola. Darwin dedujo que, si la hubiera llevado él, su perro lo habría entendido sin mayor problema. Pero ante aquel fenómeno inesperado gruñía y ladraba, temeroso y protector de su territorio, y debió de «llegar a la conclusión, de forma rápida e inconsciente, de que un movimiento sin causa aparente indicaba la presencia de algún agente vivo extraño».

Darwin va más lejos incluso, y su comparación entre la fe de los devotos religiosos y la lealtad de los perros raya en la parodia. «El sentimiento de devoción religiosa es algo muy complejo —escribe— y consiste en el amor absoluto, la sumisión completa a un poder misterioso y superior, un fuerte sentimiento de dependencia, temor, reverencia, gratitud…». Afirma que ningún ser podría experimentar una gama tan compleja de emociones «hasta alcanzar un nivel moderadamente alto, al menos, en lo que concierne a sus facultades intelectuales y morales»; sin embargo, está claro que encontramos «algo parecido a este estado mental en el profundo amor que un perro le profesa a su amo, y que trae consigo la sumisión completa, algo de miedo y tal vez otros sentimientos».

Sonrisas, ladridos, sumisión devota; la ciencia moderna confirma la veracidad de muchas de las intuiciones de Darwin. Pero, sobre todo, confirma los motivos de su apego emocional hacia sus propios perros —que bien podríamos considerar pura sensiblería— y contribuye asimismo, en gran medida, a explicar la lealtad de sus perros hacia él.

En 2017 la revista *Nature* mencionó algo llamado PDS (*Pet-Directed Speech*), muy similar al IDS (*Infant-Directed Speech*), que los padres utilizan para hablar con sus hijos, y distintos ambos del ADS, o *Adult-Directed Speech*. El término aparecía en un trabajo a cargo de cuatro especialistas franceses en comportamiento animal que se preguntaban si el habla dirigida a las mascotas tiene realmente algún efecto sobre la atención de los perros, es decir, si el particular registro del habla humana, que incorpora una voz aguda y una variación del tono más acusada, ayuda a los perros en sus múltiples tareas o es solo una molestia, tanto para los perros como para los que no tienen perros y opinan que quienes les hablan de ese modo a sus perros están mal de la cabeza.

Los experimentos consistieron en filmar a cuarenta y cuatro perros adultos y diecinueve cachorros mientras escuchaban una frase pregrabada y pronunciada en PDS, IDS y ADS. Los investigadores observaron cuánto tiempo mantenían la atención puesta en el altavoz que emitía

las frases, lo que denominaron «duración total de la mirada». Los resultados fueron bastante claros y, visto lo visto, poco sorprendentes. Aunque los cachorros parecían responder a cualquier cosa y a ninguna en concreto, a los adultos les encantaba la frecuencia más alta, la del PDS, y se sugirió la existencia de un acuerdo tácito entre esta forma de hablar y el perro, algo que podría resumirse en «si me lo pides así, haré lo que tú quieras».

A Darwin le habría encantado la conclusión de los investigadores; a juicio de estos, era probable que la eficacia mostrada por el PDS se debiera a «una adaptación evolutiva» que beneficia la regulación y el cuidado de las relaciones entre los perros y sus dueños. Y Francis, el hijo de Darwin, habría reconocido sin duda estos hallazgos en el comportamiento de su padre. Recordaba lo excitada que se ponía Polly cuando se reunía con su dueño tras una ausencia prolongada de este: «Se volvía loca de emoción, jadeaba, chillaba, corría por la habitación y saltaba sobre las sillas». ¿Y cómo reaccionaba Charles Darwin? «Se agachaba, acercaba la cara a la suya, dejaba que le lamiese y le hablaba con una voz peculiar, tierna y zalamera».

En su detallado artículo, los investigadores analizan muchas otras características del vínculo entre los canes y los humanos. Basándose en experimentos con imágenes cerebrales que se llevaron a cabo en Harvard y la Universidad de Azabu, de Japón, en 2014 y 2015, observaron que tanto los dueños como los perros segregan oxitocina en cuanto intercambian unos cuantos arrumacos. También detectaron una actividad cerebral muy similar cuando compararon las imágenes de madres viendo fotos de sus hijos con las de madres que veían fotos de sus perros.

En 1998 el escritor francés Roger Grenier señaló que un apego demasiado estrecho hacia los humanos puede hacer infelices a los animales domésticos. «Se pasan la vida observando a su amo, intentando averiguar qué quiere de ellos. Cualquier cosa es una señal: una tos, un vistazo al reloj, apagar la televisión. Ningún acto es gratuito. Cada minuto porta su dosis de angustia».[4]

Qué cierto suena esto. Pero las tornas han cambiado. Hoy en día, todo lo que hacen los perros es una señal, y se les presta más atención que nunca. Cada semana, una nueva teoría canina aparece en las revistas científicas. Los perros sueñan y eso significa algo. Los perros piden comida y eso significa algo más que «dame comida». Los perros ladran y… eso significa muchas cosas. Una vez que aparece en los medios de comunicación, una nueva teoría del comportamiento canino no es menos sugestiva por el mero hecho de que no se haya demostrado.

El popular psicólogo canino Stanley Coren, por ejemplo, ha identificado cinco tipos diferentes de ladridos y los ha relacionado con un comportamiento atávico, protector, propio de la jauría. Más adelante veremos cómo Charles Dickens se irritaba hasta el punto de sentir deseos de matar cuando su escritura se veía continuamente perturbada por los ladridos de los perros de la plaza que había debajo de su casa; cualquiera que haya padecido insomnio por culpa del sabueso de un vecino se identificará, sin duda, con esos turbios deseos.

En un artículo publicado en *Psychology Today*, en 2011, Coren describe el tipo de ladrido más común como una rápida sucesión de dos a cuatro emisiones con pausas intercaladas (es el clásico «ladrido de alarma», que significa: «Atención, jauría, está ocurriendo algo y hay que averiguar de qué se trata»). En segundo lugar, se encuentra otro, un poco más lento y continuo, pero con un tono más bajo (el de un perro que detecta un problema inminente, quizá un intruso o un extraño que se acerca; el perro está diciendo: «Dudo que sus intenciones sean amistosas. Prepárate para defenderte»). En tercer lugar, vienen los ladridos rápidos que se emiten dos veces en un tono alto o medio (suele ser una señal de bienvenida, un «¡hola!» seguido, por lo general, del «ritual

típico» que el perro emplea para saludar, y que en el caso de mi Ludo incluye un correteo alborozado por la cocina en busca de un juguete que llevarse a la boca para presentárselo al visitante). Lo cual puede derivar en una larga serie de ladridos aislados, con pausas deliberadas entre cada uno de ellos (la señal de un perro solitario que busca compañía), y en el ladrido tartamudo, que según Stanley Coren suena algo así como «¡jarr-roff!», y que el perro suele ilustrar estirando las patas delanteras y levantando el trasero; este es, sin duda, el preferido de todos los perros, porque significa: «¡A jugar!».

Sin embargo, los perros pueden también ladrar sin motivo alguno. El etólogo Stephen Budiansky ha escrito que «la cantidad de energía empleada por los perros en ladrar es enorme, totalmente desproporcionada en relación con cualquier beneficio que puedan obtener de ello». Esto podría ser una prueba suficiente, según él, de que ladrar no es un comportamiento aprendido, producto de la selección natural y que ha evolucionado a lo largo de los siglos, sino algo «que surgió sin más (junto con las orejas gachas […] y unas cuantas gansadas de todo tipo) de la mezcla genética que se produjo cuando los lobos se convirtieron en perros».

Es posible también que, dado que un ladrido puede abarcar un rango amplio de emociones, a los humanos se les dé bien interpretarlos a su antojo, como si el perro «hablara». Aunque un perro, sobre todo uno joven, ladre sin motivo aparente, pronto aprenderá que un ladrido puede despertar a alguien que duerme, hacer que se abra una puerta o conseguir un paseo. Un quejido también puede hacer lo mismo, pero es muy probable que el ladrido obtenga resultados más rápidos. El perro aprende enseguida lo eficaces que son los ladridos: le ladra al cartero, por ejemplo, cuando se cuela en tu propiedad y este desaparece en un abrir y cerrar de ojos; ladra en cualquier sitio y llama, seguro, la atención de alguien. Pero Stephen Budiansky ha observado que los perros actúan como unos «supersticiosos consumados» cuando se trata de establecer la conexión entre sus acciones y el resultado de estas. «Si pasas mucho tiempo ladrando, van ocurriendo muchas cosas».

«A veces, lo que inquieta es que no ladren». En 2007 la revista *American Ethnologist* publicó un reportaje sobre la estancia de Eduardo Kohn en el pueblo runa, en la Alta Amazonia ecuatoriana. Un día, estando allí, el antropólogo se despertó y descubrió que los tres perros de la familia con la que se alojaba habían desaparecido. La búsqueda en la selva terminó mal; las marcas de mordeduras en la nuca indicaban que un jaguar los había matado. Lo que desconcertó a sus anfitriones fue que los perros no hubieran predicho su destino ladrando mientras dormían. Una mujer llamada Amériga contó que sus perros solían soñar cada noche junto al fuego y que ladraban a menudo, emitiendo una especie de «juo juo juo». Para ella, eso era un signo de que soñaban, felices, con que habría caza para la tribu. Pero si esa noche, en lugar de los «juo juo juo», hubieran ladrado un «cuai», habría sido una señal fehaciente de que un jaguar los mataría al día siguiente, porque así era como ladraban, por lo visto, cuando los atacaban los grandes felinos. Pero los perros no dijeron ni mu y la tribu se angustió. Los animales eran algo así como un sistema de alarma que predecía todo tipo de cosas con su propio lenguaje. Según Kohn, los runa se preguntaban si, ahora que sus perros ya no estaban con ellos, volverían a saber de verdad algo.

He aquí otra teoría, esta vez de mi propia cosecha: un perro que ladra sin motivo aparente es lo más molesto que hay, sobre todo si no es tuyo. Por fortuna, internet está repleto de información sobre cómo lidiar con ello —y de legislación también—. La página web BarkingDogs.net recoge noticias sobre lo que denomina la «epidemia de ladridos» que asoló Nueva York en 2005, el año en que los canes acapararon más titulares por negarse a guardar silencio. Una nueva normativa promulgada por el ayuntamiento prohibió el «ruido inadmisible» emitido por un animal durante

demasiado tiempo. Entre las siete de la mañana y las diez de la noche, por ejemplo, un perro no podía ladrar más de diez minutos, mientras que entre las diez de la noche y las siete de la mañana solo se permitían cinco minutos. Las infracciones se sancionaban con multas de varios cientos de dólares.[5]

BarkingDogs.net contiene análisis nada extravagantes sobre por qué ladra tu perro.

> Ladra porque lo has puesto en una situación en la que le resulta más gratificante hacerlo que estarse quietecito. A fin de cuentas, qué otro motivo hay para que un perro ladre de forma inadecuada. Tu perro ladrador no es estúpido ni está loco. Lo que hace tiene todo el sentido del mundo dada la situación en la que se encuentra. Cuando esa situación cambie, de manera que la alternativa más gratificante sea guardar silencio, tu perro se callará.

Hay varias maneras de tranquilizar a un perro sin zarandearlo o gritarle (esto último casi siempre es contraproducente). Hay collares (quizá no tarden en prohibirse) que pueden administrar automáticamente descargas eléctricas repentinas o de citronela. Hay también otras, más desesperadas, como las operaciones quirúrgicas para extirparles a los perros las cuerdas vocales. Y luego está el método preferido de BarkingDogs.net, «un suave cachete correctivo en el hocico» o «alguna otra cosa no demasiado cruel que les resulte desagradable [y que] se pueda administrar después de cada ladrido. Si sigues haciéndolo el tiempo suficiente, tu perro callará. Así de simple».

Tal vez, si no se quiere tener un perro demasiado ruidoso, y no se desea tampoco aplicarle ni siquiera un suave cachete en el hocico, se debería investigar un poco el temperamento del animal en cuestión antes de adquirirlo. Al basenji, por ejemplo, a pesar de ser un perro difícil de manejar en otros aspectos, se lo ha catalogado, tras un famoso experimento, como uno de los más tranquilos.[6] Y al cocker spaniel como el más ruidoso; en un entorno controlado, junto a otro cachorro, nuestro héroe ladró 907 veces en diez minutos, lo que equivale aproximadamente a un aullido y medio cada segundo.[7]

¿Por qué se hizo famoso este experimento? Porque, junto con muchos otros, es un producto del intenso periodo de escrutinio canino que se llevó a cabo durante trece años, en las décadas de 1950 y 1960, en el Laboratorio Jackson de Bar Harbor, Maine. El trabajo, centrado en la investigación del desarrollo de los perros desde su nacimiento, fue el estudio más detallado y prolongado de las variaciones genéticas y el comportamiento de los perros realizado hasta entonces, y muchas de sus conclusiones aún se dan por válidas. El hallazgo más significativo fue que el comportamiento varía en igual medida —o más, incluso— entre los individuos de una misma raza que entre razas distintas.

Pero las investigaciones se centraron únicamente en cinco razas, por lo que —es de suponer— habrá perros mucho más tranquilos que los basenji y mucho más ladradores que el cocker. Y la selección de razas que llevó a cabo el equipo de investigadores fue un tanto excéntrica. Descartaron al minúsculo chihuahua debido a su baja fertilidad y al perro de los Pirineos, una raza de gran tamaño, porque resultaba demasiado caro alimentarlo y mantenerlo durante largos periodos de tiempo. Se descartaron los teckel y los terrier escoceses porque tenían fama de testarudos. Se consideró, asimismo, que los perros del mismo tamaño —más o menos— eran los más útiles, ya que se podía usar con ellos el mismo aparato. Los elegidos fueron el basenji, el beagle, el cocker spaniel, el perro pastor de las Shetland y el fox terrier de pelo crespo.[8]

Entre los experimentos de Bar Harbor, el que arrojó unos resultados más duraderos versaba sobre los principios de la socialización temprana. ¿Cuál es el momento ideal para que un

cachorro se despida de su madre y establezca un vínculo con un posible dueño? ¿Qué hace que algunos perros teman el contacto humano y otros traten a los humanos como a sus madres? ¿Y qué hace que algunos sean sociables con sus congéneres y otros parezcan siempre angustiados? Estas preguntas llevan planteándose desde el siglo XVI, y siguen intrigando hoy más que nunca. Las mejores respuestas suelen proceder de criadores experimentados. Pero los resultados de los experimentos realizados en Bar Harbor hace sesenta años siguen siendo esclarecedores al respecto.[9]

A lo largo de trece años, varios cientos de cachorros estuvieron bajo observación en un periodo que iba desde el nacimiento hasta las dieciséis semanas; los investigadores lo llamaban «escuela para perros». Fueron necesarios cinco años para que la «escuela» se afianzara lo suficiente como para rendir al máximo durante otros ocho años en los que comprobaron que el primer cambio importante en el comportamiento se producía a las tres semanas, cuando los órganos de los sentidos se volvían plenamente funcionales y el cachorro empezaba a comer alimentos sólidos (los perros nacen sordos y ciegos). Además de las pruebas de socialización con humanos (hombres y mujeres), también se realizaron experimentos para evaluar cómo socializaban los cachorros entre sí y en grupos más grandes (les daban un hueso para evaluar la dominancia y la subordinación). A las cinco semanas, ya hay un cachorro que sale vencedor en la disputa entre varios por el hueso, y más aún a las once semanas, pero la dominancia de unos cachorros sobre otros entre estos dos periodos no era fija, cambiaba y podía seguir haciéndolo después, debido a factores como el tamaño y las motivaciones.

La prueba más interesante, conocida como el experimento del «perro salvaje», examinaba las diferencias entre los cachorros que habían mantenido un contacto temprano con los seres humanos y los que habían carecido prácticamente de él durante más de tres meses. Los cachorros se criaban sobre todo en exteriores y entraban en la casa para tener contacto humano durante siete días, entre las dos y las nueve semanas de vida. El periodo clave de socialización inicial parece situarse en torno a las cinco semanas; los cachorros que recibieron atención humana en ese momento mostraron menos miedo en los meses siguientes, se acercaban sin reparos a sus cuidadores y aceptaban sin mayor problema la correa. Los que mantuvieron contacto humano entre las seis y las nueve semanas también socializaron bien en las semanas siguientes. Como era de esperar, los cachorros que apenas lo mantuvieron durante catorce semanas se mostraron temerosos y no reaccionaron bien cuando se les puso la correa; los investigadores los equipararon con los «animales salvajes».

Estos resultados sugieren que es mejor que los cachorros empiecen a convivir poco a poco con sus nuevos dueños en torno a las seis u ocho semanas; uno de los consejos más comunes en muchos de los libros sobre cría de perros parece apuntar a que una vinculación con humanos tras los primeros dos meses, sin haber tenido ningún contacto antes, puede ser nociva para la relación mutua. Lo crucial es que los perros mantengan al menos algún contacto con los humanos durante las primeras ocho semanas (con treinta minutos dos veces por semana durante las primeras siete u ocho podría bastar). No es necesario que cohabiten. De hecho, hay pruebas de que la separación definitiva de la madre en esta etapa puede resultar perjudicial para la autoconfianza y la sociabilidad del cachorro; las doce semanas es un momento mucho más adecuado para ello.

La principal conclusión de las investigaciones —aplicable hoy como lo fue en el Laboratorio Jackson en los años cincuenta— es que debemos recordar que los perros son perros, por obvio que parezca. Nunca habrá una coherencia garantizada en lo que concierne a su comportamiento,

al igual que eso nunca ocurre en el caso de los humanos. El entorno y el temperamento del propietario siempre contarán tanto como la crianza. Y debemos ser precavidos cuando el rendimiento de un perro se juzga exclusivamente en términos humanos y a través de ojos humanos.

A finales de 2017, investigadores de las facultades de Psicología y Ciencias de la Vida de la Universidad de Lincoln publicaron sus conclusiones sobre las similitudes entre la expresión facial de las emociones en humanos y perros, algo que Charles Darwin intentó casi un siglo y medio antes. Un artículo aparecido en *Nature* detalla los curiosos métodos que emplearon, claramente propios de la vieja escuela. En estos tiempos de imágenes cerebrales obtenidas mediante resonancia magnética, comparar la reacción facial de un perro cuando ve que se abre un recipiente de comida con el regocijo de una persona cuando gana un concurso era poco menos que una osadía, pero eso a los humanos y los perros implicados en el estudio parecía traerles sin cuidado.

Los investigadores se propusieron responder dos preguntas. ¿Muestran los perros movimientos faciales específicos en respuesta a distintas categorías de estímulos emocionales? ¿Muestran movimientos faciales similares a los humanos cuando reaccionan ante acontecimientos emocionalmente comparables?

¿Y cómo pueden calibrarse estas cosas? A mediados del siglo XIX, el neurólogo francés Guillaume Duchenne describió lo que, a partir de entonces, se conocería como la «sonrisa de Duchenne» (caracterizada por el disfrute genuino), y que se diferenciaba, por sus contracciones musculares específicas, de la sonrisa que no era de Duchenne (menos sincera, más, por así decir, de circunstancias). Una sonrisa no puede calificarse de «feliz», sin más, y menos aún cuando se está intentando comparar especies distintas. Desde finales de los años setenta existe un marco científico universal para medir estos aspectos que sigue considerándose el «patrón oro» de las mediciones. Al Sistema de Codificación de Acciones Faciales (FACS, por sus siglas en inglés) se le ha unido recientemente el DogFACS, y ambos utilizan un sistema de categorías para medir la contracción o relajación de los músculos faciales —tomados uno por uno— que reaccionan ante distintos acontecimientos.[10]

Los investigadores de la Lincoln consiguieron medir de forma innovadora cinco emociones: miedo, frustración, anticipación positiva, felicidad y relajación. En el caso de los humanos, los desencadenantes fueron la visualización de un animal peligroso (miedo) y la obtención de una gran recompensa económica en el programa de juegos *El cubo* (felicidad). En el caso de los perros, la visualización de comida o la audición de palabras relacionadas con ella (anticipación positiva) y el inicio de un juego (felicidad).

Se filmaron y se analizaron las reacciones faciales ante estos acontecimientos y los resultados arrojaron pocas sorpresas: perros de múltiples razas mostraban un amplio abanico de expresiones similares y cuantificables en respuesta a determinados desencadenantes emocionales. Pero hasta qué punto podían compararse con las expresiones emocionales humanas era otra cuestión; la ausencia de diferencias significativas entre humanos y perros era coherente, en apariencia, con el origen básico común de la expresión emocional propuesto por Darwin, o el reflejo de una evolución convergente. Por otro lado, la existencia de diferencias significativas generalizadas indicaba que las expresiones faciales de las emociones no son rasgos inscritos en el ADN de las

distintas especies. Los investigadores, en fin, concluyeron que esto último era lo cierto. En lo que respecta a los perros, Darwin no tenía razón en todo; llevaban a cabo movimientos faciales distintivos, pero diferentes de los que efectuaban los humanos en estados emocionales comparables.

Los perros poseen una musculatura facial menos compleja que la de los humanos, y debemos tener cuidado con la forma en que la interpretamos y monitorizamos. El miedo y la felicidad son fáciles de calibrar (a partir tanto de la cola como de la cara), pero los dueños de perros se precipitarían, sin duda, si creyeran que pueden detectar con facilidad aspectos como la culpa o la vergüenza según sus propios patrones. Es muy posible que los perros no «sientan» culpa, sino que miren con culpabilidad porque así han aprendido a hacerlo (como cuando bajan la cabeza y se alejan evitando el contacto visual).

En 2009 la psicóloga y especialista en cognición canina Alexandra Horowitz realizó un experimento para detectar cómo y por qué los perros miran con culpa. El procedimiento era simple: el dueño de un perro le mostraba a este una golosina, pero le decía que no la tocara. Cuando salía de la habitación, se retiraba la golosina, y cuando volvía le informaban de que el perro se la había comido, por lo que el dueño lo reprendía por algo que no había hecho. En la respuesta —grabada en vídeo— a las reprimendas, los perros mostraban los clásicos signos de culpabilidad, aunque no se hubieran comido la golosina. «El efecto que provocaba en ellos la regañina era más pronunciado cuando se trataba de perros obedientes», concluía Horowitz en la revista *Behaviour Processes*. La conocida como «mirada culpable» era «una reacción a las señales del dueño, más que […] una asunción real de las consecuencias de haber cometido una fechoría». Quizá se trate de otra expresión de lealtad domesticada y del típico deseo de complacer de los perros, y sin duda es otro indicio de inteligencia y astucia; los humanos obtienen la reacción que los perros creen que se les pide, con lo que no los expulsarán de la manada ni del parque. Y, además, seguramente no les faltará su cena esa noche. (Alexandra Horowitz descubrió asimismo que los perros de su experimento que habían asistido a un curso de obediencia mostraban una mirada mucho más culpable en cualquier circunstancia que los que no lo habían hecho. Quizá pensaran: «Tanto trabajo… y aun así sigo defraudando a la gente…»).

Y, tras la culpa, era de rigor, tal vez, interrogar a los perros sobre sus placeres. En 2017 un grupo de investigadores de la Universidad de Glasgow publicó los resultados de su estudio sobre el efecto que diferentes géneros de música popular ejercían en los niveles de estrés de los perros encerrados en perreras. El informe de los investigadores corroboraba los trabajos previos en este campo, algunos de los cuales habían realizado ellos mismos, en los que se demostraba que la música clásica reducía, en efecto, el estrés, aunque no de forma duradera; algunos perros solo se tranquilizaban durante un día, y al poco tiempo volvían a mostrarse tan ansiosos como siempre, con o sin Mozart. El objetivo del nuevo estudio era reducir y mantener más o menos inalterables los niveles de estrés de los perros, algo importante no solo para su bienestar físico y mental, sino también para que su modo de comportarse facilitara su realojamiento. ¿Qué diferencias había entre el efecto que producía la música clásica y el del reggae, el pop, el soul y el soft rock?[11] ¿Qué sonidos podían relajar más a los perros enjaulados y cuáles podían hacerlos bailar? ¿Bastaría aquel enriquecimiento sonoro del ambiente para tranquilizar a los chuchos?

Había otros interrogantes en el aire, como el de si el comité encargado de conceder las becas de investigación no habría sido quizá demasiado generoso esta vez. Y sí, es posible, pero no podemos sino dar las gracias por todo lo que este trabajo aportó a las vidas de los perros encerrados en refugios. ¿O acaso no le estarías agradecido, si fueses un perro enjaulado, a

cualquiera que intentase mejorar tu bienestar de algún modo?

En el estudio, que duró once días, participaron treinta y ocho perros del centro de acogida y rescate de animales Scottish SPCA Dunbartonshire and West of Scotland. Había veintiocho machos y catorce hembras; nueve de ellos eran perros callejeros, diecisiete habían sido declarados «indeseables» por sus dueños, ocho se los habían quitado a sus dueños los servicios sociales, a tres los habían devuelto al refugio tras un intento de realojamiento y uno estaba allí temporalmente. Había catorce staffordshire bull terrier, diez mestizos, cinco border collie, cuatro lurcher, un border terrier, un jack russell terrier, un pastor alemán, un rottweiler y un cruce de rottweiler y akita. El tiempo que pasaron los perros en el refugio osciló entre uno y cuatrocientos veinte días.

El procedimiento se desarrolló con patrones muy precisos. Para cada género musical, se generó una lista de reproducción aleatoria de seis horas en Spotify y se emitió a través de altavoces inalámbricos Bluetooth entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde. Se midieron, cada hora, las variaciones en la frecuencia cardiaca, mientras que las muestras de orina (para registrar los niveles de cortisol, la principal hormona del estrés) se recogieron al principio, en el ecuador y al final del periodo de once días. También fueron relevantes las observaciones del comportamiento, en particular cuánto tiempo pasaba el perro en pie o tumbado mientras sonaba la música y durante cuánto tiempo ladraba.

En general, los resultados fueron alentadores e indicaron la existencia de cambios fisiológicos y de comportamiento potencialmente beneficiosos con cualquier género musical. Las mediciones cardiacas indicaban una reducción de los niveles de estrés y los perros pasaban más tiempo tumbados cuando estaba en marcha Spotify que cuando había silencio. Los beneficios detectables con los monitores cardiacos fueron más acusados con el soft rock y el reggae, seguidos del pop y la música clásica, y, en último lugar, el soul. El intervalo entre latidos fue significativamente mayor con el soft rock que con el reggae. Pero, en general, la respuesta a los distintos géneros fue dispar, lo que plantea la posibilidad, según el informe publicado en la revista *Physiology and Behavior*, de que «los perros tengan preferencias musicales individuales». Los investigadores también descubrieron que la variedad de estilos provocaba un periodo de actividad relajada más prolongado que el registrado cuando solo sonaba música clásica. Y las conclusiones abrieron la puerta a otra línea de investigación comparativa en el futuro, los audiolibros.[12]

Lo que está claro es que los humanos comprendemos las motivaciones y la psicología de los perros —desde el punto de vista tanto práctico como emocional y musical— mucho mejor que antes de que Darwin zarpara a bordo del HMS Beagle. Por su parte, tal como veremos en el capítulo siguiente, los perros han llegado a comprender y ejecutar, cada vez más y mejor, las motivaciones y la psicología de los humanos.



¡Este magnífico hocico mío! Milo, el perro de caza que va adonde lo lleve su nariz.
Imagen del autor del libro.

5
LOS PERROS CURAN



Un domingo de finales de agosto de 2017, dos buscadores de tesoros llamados Pete Cresswell y Andrew Boughton desenterraron entusiasmados, gracias a sus detectores de metales, una gran muestra de fragmentos y monedas de bronce en una granja del bosque de Dean, en Gloucestershire. Su hallazgo incluía parte de una sartén, la pata de bronce de un animal procedente de uno de los laterales de un baúl y veinte fragmentos pequeños de una escultura de más de cuatro metros de alto que un romano fugitivo destrozó, al parecer deliberadamente, para esconderla y poder fundirla de nuevo más tarde. Cresswell y Boughton informaron de su descubrimiento a un equipo arqueológico local y los objetos partieron rumbo al Museo de Bristol para proceder a su limpieza y evaluación. Una rara moneda y otras pistas permitieron a los expertos datar el hallazgo entre el 318 y el 450 d.C.

El tesoro contenía otro objeto excepcional, una figura de bronce que representaba un perro (un macho, no una hembra; tenía los genitales intactos). Parecía un prototipo primitivo del perro salchicha, con el cuerpo estirado sobre patas cortas y robustas. La estatuilla medía 13,4 × 21,4 cm. En julio de 2019, dos años después de su descubrimiento, Christie's la sacó a subasta en Mayfair.

El perro se tasó en entre treinta mil y cincuenta mil libras. Era el último artículo que se subastaba, tras el surtido habitual de cuencos etruscos y cabezas de hacha minoicas. Había unas cincuenta personas en la sala, entre ellas el especialista en antigüedades de Christie's Claudio Corsi, que atendía por teléfono a los clientes interesados en la puja. Corsi había reseñado en el catálogo algo que difícilmente podía pasar desapercibido: el perro de bronce tenía la lengua fuera. Quizá estuviera sediento, aunque lo más probable es que el motivo por el que sacaba la lengua tuviera implicaciones más profundas: que se tratase de un talismán, un objeto sanador. La ubicación exacta del hallazgo sigue siendo un secreto para evitar que se produzca un aluvión de excavaciones, pero el lugar hizo que Corsi relacionara aquel tesoro con el templo de Nodens, de la Edad del Hierro, en Lydney Park, donde en la década de 1930 se encontraron siete perros cuya función bien pudo ser la misma.

El perro se representó como animal con poderes de sanación durante toda la Antigüedad. Era el compañero inseparable de Asclepio, el dios griego de la medicina; en la época romana, simbolizaba el poder sanador de Marte. Asimismo, el dios celta Nodens se asociaba a menudo con los perros y la curación; estos ayudaban a las personas a recuperarse lamiéndoles las heridas. Dos pequeños orificios practicados en la figurilla indican que quizá formara parte de una estatua

mayor. Claudio Corsi se preguntaba si esa otra escultura representaría al mismísimo Nodens o a uno de los «pacientes» del perro.

La puja terminó en menos de un minuto y los aplausos resonaron cuando el subastador dio el golpe de mazo; el precio de venta final fue de 137.500 libras. El comprador era un coleccionista privado que recibió de inmediato la enhorabuena por parte de los dos hombres que habían desenterrado la figura en Gloucestershire. El perrito lamedor descansaba en una caja de metacrilato colocada sobre un pedestal, a la altura del pecho, y si se alegraba de haber encontrado por fin un nuevo compañero tras permanecer mil setecientos años bajo tierra y dos yendo de un sitio para otro, no lo dejaba ver, desde luego.



Perro con muchos años de antigüedad busca nuevo dueño; un tótem de bronce resurge para ejercer de nuevo como sanador. Imagen del autor del libro.

¿Deseas encontrar un perro sanador, pero que no sea de bronce? Solo tienes que mirar a tu alrededor: la mayoría de los perros bien adiestrados prestan hoy en día ese servicio. Acaricias a un perro amistoso y sientes una indefinible sensación de bienestar. Probablemente el perro sienta también el placer que produce ese intercambio, uno de los más sencillos, liberadores y gozosos de cuantos nos ofrece la vida. Un perro nos une profundamente a este mundo, a la historia de todos los perros que han pasado por él, a una comunidad más amplia que acoge su presencia y reclama nuestra atención desinteresada. Este es también su propósito, la razón por la que están aquí con nosotros y nosotros con ellos.

Pero si de verdad quieres conocer a un «especialista» canino en sanación, un auténtico dispensador de placer y paliativos con cuatro patas, tendrás que ir sin duda al Whittington Health

NHS Trust, un edificio un tanto desastrado que se encuentra en el noroeste de Londres. Son cientos los perros cuyo mayor placer consiste en corretear y husmear por Hampstead Heath, justo al final de la calle, pero algunos tienen una vocación más elevada, como Bryn, un adorable border collie, con el cuerpo blanco y negro y el hocico pardo, que corretea por la planta de oncología; pura endorfina con cola. Bryn forma parte de la unidad canina TheraPaws, perteneciente a la sociedad protectora de animales Mayhew, que organiza más de setecientas visitas caninas anuales a centros sanitarios y residencias de ancianos, y, a veces, también a oficinas donde el personal anda más estresado de la cuenta a causa del exceso de trabajo.

Para ser perro de terapia hay que cumplir ciertos requisitos. Por ejemplo, ¿reacciona de manera positiva cuando se encuentra con extraños? ¿Dejaría que un extraño le tocara las orejas y la cola sin inmutarse? ¿Coge con cuidado la comida de manos de una persona? ¿Se recupera enseguida del estrés producido por los ruidos fuertes o se niega a salir de debajo de la mesa? ¿Ladra solo en contadas ocasiones y tiene un temperamento tranquilo, o pierde los papeles cada dos por tres?

Como Bryn es un border collie, y no un labrador, la tranquilidad no es su fuerte y, a primera vista, no parece el candidato ideal, pero está atento a todo y es muy servicial. En el hospital encarna, sin ninguna duda, una fuerza del bien; los médicos y el resto del personal lo conocen por su nombre y, aunque se sientan obligados a mantener la debida distancia profesional en presencia de sus pacientes, a menudo se dejan llevar por la zalamería y el tono infantil si Bryn está delante. Cada vez que la doctora Heidi Edmundson, especialista en urgencias médicas, termina su jornada, cuelga una foto de Bryn en su cuenta de Twitter. «El turno de ayer fue muy ajetreado y difícil —publicó al día siguiente de mi visita—, de modo que muchas gracias a todo el personal por su dedicación. Me encantó que Bryn se pasara por allí (y me diera un poco de amor). #therapydogs».



Loco por ayudar: un perro de terapia levanta el ánimo. Alamy/MBI.

Bryn vive con la catedrática de pediatría Caroline Fertleman. Hace cuatro años, la señora

Fertleman y su marido lo sacaron de All Dogs Matter, una organización benéfica dedicada a la acogida de perros, y se lo llevaron con ellos a casa. Era un animal un tanto problemático. Orinaba mucho dentro de la vivienda y comía piedras. La catedrática Fertleman me dijo que estaba «mucho mejor», pero que seguía aburriéndose con facilidad y que a menudo dejaba a cuadros a la gente con sus gansadas, como la vez que lo encontraron con un gato en la boca.

En parte por este motivo, Bryn no se queda mucho tiempo en ningún departamento del hospital. Hice la ronda con él un martes por la tarde, pero su día de visita habitual era el miércoles, así que muchos de los pacientes ingresados no lo esperaban. Sin embargo, se mostraron encantados de verle. Empezamos en pediatría, donde algunos padres nos dijeron que eran alérgicos al pelo de los animales y que no querían que se les acercara demasiado —según la catedrática Fertleman, la típica excusa de los adultos cuando tienen miedo a los perros—, pero la mayoría de los niños estaban felices y no paraban de acariciarlo. Se subió a dos camas para recibir mimos, algo que muchos perros darían cualquier cosa por hacer en su casa.

El proceso que lleva a convertirse en un perro de terapia es largo. Se examina al candidato en un entorno doméstico y laboral, se comprueba que no tenga pulgas, que esté vacunado, etc., y que su dueño no tenga antecedentes penales ni problemas para socializar. Si la solicitud recibe el visto bueno, el perro debe estar disponible para sesiones de noventa minutos durante, al menos, seis meses.

Mientras hacíamos la ronda y Bryn nos distraía de lo que, de otro modo, habría sido un día muy largo y tedioso, los padres de un paciente quisieron saber si era un border collie puro o una mezcla. La catedrática Fertleman dijo que ella y su marido se habían gastado setenta y cinco libras en una prueba de ADN porque tampoco estaban seguros al cien por cien (resultó que era border collie de pura cepa). Señaló también que, aunque a los pacientes les encantaba ver a Bryn, parte de su función consistía en servir de apoyo al personal, y que cuando entraba en los despachos, donde los médicos trabajaban sentados frente a sus pantallas, todos se sentían aliviados de poder hacer una pausa y saludarlo.

Los perros de terapia sirven también de terapia para sus dueños; les ofrecen el bálsamo tranquilizador de una acción desinteresada en un mundo que se mueve por el puro interés material, son un elemento que libera un poco de la culpa, como un dispositivo para reducir las emisiones de carbono. Y sirven para todo, además. Como escritor, siempre me ha gustado tener presente el ejemplo de Gunner, el perro de terapia del mundo de los libros. Gunner es un bóxer que acude a los colegios y librerías del Reino Unido para animar a los niños a leer y sentirse más seguros de sí mismos. Se sienta a admirar a los pequeños que hacen sus pinitos en la lectura o a aquellos a quienes les leen los adultos. Entre capítulo y capítulo, y a veces entre párrafos, se les permite acariciar la cabeza de Gunner para animarlos a perseverar.

Los perros de terapia no son nada nuevo; hasta Dickens conoció a uno de ellos. En febrero de 1869 visitó un lugar al que llamó «Una estrellita en el este», el recién inaugurado Hospital Infantil y Dispensario para Mujeres del Este de Londres, en Limehouse. No hacía mucho que Limehouse había dejado de ser el epítome de la crueldad, el crimen, la violencia y la pobreza abyecta, la miseria extrema.[1] Dickens se quedó prendado del increíble trabajo que se estaba realizando en el hospital tras un reciente brote de cólera, y admiró especialmente a un personaje que vio por allí, «correteando entre las camas, saludando y dejándose querer por todos los pacientes […] un gracioso chucho llamado Poodles».

Poodles era «todo un bálsamo». Se lo habían encontrado escuálido y hambriento fuera del hospital, y lo habían cuidado hasta que recuperó la salud. Cuando Dickens lo vio, el perro

llevaba un collar con la inscripción «No juzgues a Poodles por su aspecto», mientras movía la cola sobre la almohada de un niño. El hospital lo regentaba una pareja, los Heckford, a quienes Dickens atribuye la idea de usar a Poodles para sanar y consolar. Por momentos, parecía que la vocación de Poodles lo empujaba a ir incluso más lejos; un día, dice Dickens, «lo encuentro haciendo la ronda por las camas, como un cirujano, junto a otro perro —un amigo— que corretea a su alrededor como si fuera un alumno en prácticas o un ayudante». Cuenta entonces Dickens cómo Poodles lo llevó hasta la cabecera de la cama de una chica que se recuperaba de una amputación a causa de un cáncer. «"Una operación complicada —daba a entender Poodles, moviendo el rabo sobre la colcha—, pero ¡todo un éxito!" […]. La paciente, por su parte, lo acariciaba y parecía como si le respondiera, con una sonrisa en los labios: "La pierna me mortificaba tanto que me alegro de que ya no esté"». Poodles sigue pasando consulta, esta vez a otra niña que tiene la lengua dilatada. Al verla, el animal saca compasivamente la suya mientras examina a la enferma «con total seriedad y con conocimiento de causa». Añade, para terminar, Dickens: «No he visto jamás, en toda la perritud, nada más refinado que el proceder de Poodles».

Allí, en el Whittington, me preguntaba si había habido nunca, en toda la perritud, algo más refinado que Bryn, sobre todo si uno está atravesando algo tan desalentador como el área de quimioterapia. Acompañé a Bryn a visitar a una mujer llamada Eve a la que le estaban inyectando medicamentos mientras yacía en una cama, con algo así como un casco hecho de compresas frías y muy apretadas, y la esperanza de que aquello salvara su pelo. Bryn saltó a la cama para saludar y Eve empezó a acariciarlo con suaves golpecitos en la cabeza, relajada y alegre, mientras le preguntaba a la catedrática Fertleman cosas sobre él. Luego fuimos a ver a otra paciente que había terminado su tratamiento, pero a la que le estaban poniendo una dosis suplementaria, y también a ella le encantó que un perro se le subiera a la cama.

En el pasillo había, clavados en un tablón, cuestionarios rellenos con las respuestas de los pacientes. Todas ellas otorgaban al hospital la máxima puntuación, y muchos de los comentarios se referían a lo mismo: «Me ha encantado ver a Bryn hoy. Me ha animado y me ha ayudado a terminarme las galletas», «¡Médicos y enfermeras excelentes y un perro de terapia encantador! Acariciarlo me ha calmado y distraído mucho», o también «Más Bryn, por favor. Me encanta».

Hasta los perros más antiguos, los primeros de la especie, empezaron prestando servicio, aunque al principio solo fueran dos, cazar y ladrar de muchas y variadas maneras. Hoy en día, sin embargo, la capacidad de un perro para servir parece no tener límites. De hecho, ser un amable perro de terapia, como Bryn, puede incluso parecer el trabajo más fácil de todos si se tiene en cuenta lo que los perros son capaces de hacer en la actualidad, como convertirse en los oídos de los sordos, los ojos de los ciegos, detectar supervivientes bajo los escombros de edificios derrumbados, serenar a los que han sufrido alguna experiencia angustiosa y husmear en busca de explosivos, drogas y tumores; incluso detectar posiblemente la COVID-19.

¿Qué hace que el perro sea ideal para estas tareas? La respuesta es sencilla: su nariz. Junto con los más de doscientos millones de receptores olfativos que posee (frente a los cinco millones del ser humano), el perro cuenta con un sistema de olfateo totalmente novedoso.[2] Los humanos inspirar y espiran por las mismas dos fosas nasales, pero un perro puede inspirar por las fosas nasales y espirar por los respiraderos laterales, y esas dos pequeñas rendijas permiten una rotación mucho más rápida de los olores. En efecto, la inspiración puede continuar por tiempo indefinido en una corriente continua, como el flujo de aire que aparece en el anuncio de una

aspiradora Dyson. Cada fosa nasal puede funcionar de forma independiente, en estéreo en lugar de mono. Con la ayuda de grabaciones a cámara lenta, los investigadores han formulado la noción de «espiración turbulenta de las fosas nasales caninas», un proceso por el que incluso la exhalación de olores permite la plena inhalación de nuevas moléculas olorosas.

Los perros, a diferencia de los humanos, necesitan una concentración mucho menos densa de un olor para detectarlo desde una distancia mucho más grande. Otra ventaja olfativa se encuentra en un segundo sistema sensorial situado justo encima del paladar, llamado «órgano vomeronasal», diseñado para detectar moléculas hormonales; esto ayuda a los perros a identificar a sus congéneres, y es la razón por la que son capaces de captar el estado de ánimo de una persona (cuándo necesitamos consuelo y atención, o cuándo necesitamos estar solos) y los cambios en la salud. La noción de que un perro vive totalmente en el presente se esfuma, pues tienen la capacidad de detectar una especie de cronología olfativa —cuando están junto a un árbol, por ejemplo—, una historia condensada de olores que les dice quién ha pasado por allí y quién ha dejado su tarjeta de visita. A los perros, un olor les revela la historia y el tiempo. En una ocasión, un experto dijo que apartar a un perro de una farola mientras está embelesado con su olor era como arrastrar a un erudito lejos de un texto raro en el Museo Británico.[3]

Nuestro elogio de los perros como animales capaces de prestar muchos y variados servicios no es algo nuevo, y nadie celebró sus logros con más placer que los victorianos. En diciembre de 1891 se anunció la muerte de un collie escocés que miles de pasajeros del ferrocarril conocían por la gran placa de plata que colgaba de su collar. «Soy Help[4] —se decía en ella—, el perro ferroviario de Inglaterra y agente de viaje de los huérfanos de los ferroviarios muertos en acto de servicio. Mi oficina está en el 55 de Colebrooke Row, Londres, donde las donaciones serán bienvenidas y se agradecerán como es debido».

Help recorría los andenes de la estación y los pasillos del tren nocturno que iba de London Bridge a Newhaven, con su mensaje al cuello, mientras su dueño, el guarda John Climpson, recaudaba más de mil libras esterlinas para el fondo de ayuda a los huérfanos. La entrega con la que Help se consagraba a su labor empujó a otras personas a proponer a sus perros para tareas similares en las principales terminales ferroviarias de Londres. ¿Quién podría rechazar a un voluntario tan dispuesto?

Un perro ferroviario de tres patas llamado Jack se hizo célebre en la línea que discurre entre Londres y Brighton, en la década de 1880. Pasaba gran parte del tiempo en la cabina del maquinista y le alegraba el día al personal ferroviario, que lo consideraba un motivo más que suficiente para no faltar al trabajo (según una noticia de la época, a Jack le amputaron la pata a raíz de un percance con un tren correo, en Norwood Junction). El reportaje también decía que Jack solo era leal a los ferroviarios uniformados; en una ocasión se fue detrás de un guarda que regresaba a su casa, en el sur de Londres, solo para abandonarle en cuanto se quitó el uniforme de servicio.

Al parecer, la línea Londres-Brighton también atrajo a multitud de perros callejeros, recaudadores voluntarios para las buenas causas, aunque no todos ellos dignos de confianza. Un perro llamado Bob, por ejemplo, se especializó en sacarles a los pasajeros monedas que se guardaba en la boca para depositarlas después en el platillo de la colecta. Pero las buenas intenciones descarrilaban con bastante frecuencia y Bob acababa cambiando sus monedas por galletas en una panadería local.

Los científicos han empezado muy recientemente a explorar los extraordinarios poderes de percepción del perro. A pesar de los crueles experimentos que llevó a cabo Pávlov, por ejemplo, o las despiadadas pruebas de seguridad que se realizan con productos químicos en los laboratorios, esa exploración ha sido por lo general positiva para los humanos, sin duda, pero también para los perros (aunque, por supuesto, estos sean juicios exclusivamente humanos).

Hemos llegado a un punto en el que nos preguntamos si hay algo que un perro no pueda hacer —y que no esté dispuesto a hacer de todo corazón— para cuidar o restablecer nuestra salud. Un célebre ejemplo es el de Connie Standley y sus dos boyeros de Flandes (de pelaje áspero, fornidos y barbados). En 2001 Standley y sus perros regresaban en coche tras un viaje al Gran Cañón y pararon en un restaurante de comida rápida cerca de su casa, en Florida, pero a Standley le dijeron que sus compañeros, Alex y Nathaniel, no podían entrar en el local. De nada sirvió que ella le explicara al dueño que se trataba de perros de servicio. Saltaba a la vista que Standley no era ciega, de modo que el dueño se mantuvo firme incluso cuando ella le habló de su epilepsia. «Lo último que usted desearía —le dijo— es que me diera un ataque en su restaurante».

Los perros tenían una capacidad extraordinaria para detectar los ataques de Standley hasta treinta minutos antes de que empezaran, lo que le daba tiempo de sobra para encontrar un entorno seguro. Ni siquiera sus amigos humanos más próximos eran capaces de avisarla con antelación. «Antes de tener los perros, estaba en la cocina, secando un vaso, y me sobrevino un ataque. El vaso se me clavó en la mano», declaró Standley al *New York Times*. Pero ahora los perros la avisaban tirándole de la ropa, ladrando e incluso saltando sobre ella si no les hacía caso. Poco después de que se les negara la entrada al restaurante, Florida aprobó una nueva ley estatal que permite el acceso de perros adiestrados para la prevención de ataques epilépticos en todos los espacios públicos, y los equipara con los perros lazarillos y los perros guía para sordos.

En el momento del incidente existían aún muchas dudas sobre si los perros podían realmente alertar de un ataque con antelación, y ese escepticismo no ha desaparecido del todo. Un reportaje publicado en la revista *Seizure* en 2003 era bastante optimista con respecto a la utilidad de los perros en la detección precoz, aunque, según un estudio reciente mencionado en la revista, de los veintinueve perros que pertenecían a pacientes con epilepsia, solo tres habían alertado a su dueño antes de un episodio. Otro estudio, de la Universidad de Rennes y publicado en marzo de 2019, volvió a confirmar la posibilidad de una detección precoz, pero, además, hizo hincapié en el extraordinario talento olfativo de los perros; la detección de un cáncer de mama o de hígado mediante el olor del aliento de un paciente se consideró una tarea relativamente fácil en comparación con la capacidad de detectar un cambio en el olor emitido por una persona propensa a sufrir convulsiones (una dificultad debida a las muchas causas y manifestaciones posibles de un ataque epiléptico). «Estos resultados abren un amplio campo de investigación sobre la firma olfativa de la epilepsia», afirmaban los científicos franceses en la revista *Scientific Reports*, apuntando también a la posibilidad de replicar el arsenal olfativo canino con una máquina artificial conocida como «nariz electrónica». La nariz electrónica existe desde principios de los años ochenta y consiste en sensores de emisión y detección conectados a una base de datos informática.

Hasta la fecha, la nariz electrónica es un sustituto —más consistente y mensurable— de la nariz humana que se emplea sobre todo en la producción, almacenamiento y control de productos alimentarios y otros artículos proclives a la putrefacción o la contaminación. Estas técnicas artificiales se vuelven, año tras año, más sofisticadas, pero aún están muy lejos de igualar las prestaciones detectivescas de la nariz menos sofisticada del menos sofisticado de los perros.

Y luego está también el creciente número de investigaciones que sugieren que el simple hecho de vivir y trabajar con un perro puede reducir el riesgo de infartos y derrames cerebrales, aunque solo sea porque las exigencias que esto implica —ejercicio regular, responsabilidad más allá del interés propio— actúan como un calmante, saludable y socializador; un perro se beneficia de un paseo oxigenado por el parque, al igual que un humano. Cada vez se emplean más perros en colegios y universidades para reducir el estrés de alumnos y profesores durante la época de exámenes. La Universidad de Middlesex, por ejemplo, utiliza a cinco labradores como «asistentes de enseñanza caninos». Los labradores tienen sus propias tarjetas y pases de seguridad. («Se nota, literalmente, cómo bajan los niveles de estrés», afirma Fiona Suthers, responsable de técnicas clínicas).[5]

En otro campus, la sede de Amazon en Seattle, hasta siete mil perros acuden cada día al trabajo para apoyar a sus dueños y levantar el ánimo del personal. Es la terapia más barata y eficaz que proporciona la empresa, sentir el cálido pelaje de los perros a tus pies mientras trabajas. Todos los perros educados son bienvenidos en la enorme sede, donde disfrutan de sus propias zonas de esparcimiento y puestos de aperitivos repartidos por cada planta. Se puede decir lo que se quiera de este gigante de internet, pero lo cierto es que sabe muy bien cómo hacer del marketing algo acogedor: entras en una página de error y te aparece la foto de un collie o un perro salchicha; crees que la empresa se está cargando tu tienda local (¡y claro que lo hace!), pero quizá te ablandes un poco cuando leas la historia de un corgi llamado Rufus. Rufus fue el primer perro de Amazon, cuando la empresa apenas había echado a andar. Jeff Bezos tenía como empleados a una pareja formada por Susan y Eric Benson; él dirigía el almacén en calidad de primer director general de la empresa, ella se encargaba de las páginas para recomendar libros (era la época en que Amazon aún se dedicaba, sobre todo, al negocio de los libros) y su perrito andaba por ahí, correteando libremente. Cuando la empresa creció, los Benson se aseguraron de que «Rufus» figurara en los contratos como empleado de pleno derecho, y cuando a otros miembros del personal se les ocurrió que sería una buena idea traer también a sus perros, idearon un plan al estilo de Espartaco para que los admitieran; en adelante, los perros de Amazon tendrían el mismo estatus que Rufus, y así fueron entrando uno a uno a formar parte de la empresa, acompañando a sus dueños mientras estos navegaban en la mayor arca mercantil del mundo.

Cabe preguntarse, como es lógico, si un perro que alivia el estrés en una unidad de oncología o se pasea en libertad por un departamento de reclamaciones obtiene algún beneficio claro. Yo creo que sí, aunque solo sea por la atención que recibe, aunque solo sea porque es mucho mejor que quedarse solo en casa. En cierto sentido, todos los perros son de servicio, incluso —o especialmente, tal vez— si ese servicio consiste en proporcionar cariño y consuelo. Es un círculo virtuoso, porque, a cambio, los perros obtienen mucha atención y, quizá, incluso un propósito. Como cantaban los Beatles: «Al final, el amor que recibes es igual al que das».[6]

El servicio canino que más me interesa es el que asiste a los diabéticos, entre otras cosas porque mi hijo pequeño padece diabetes de tipo 1. Estos perros pueden detectar los niveles peligrosamente bajos de azúcar en sangre de sus compañeros humanos y alertarlos cuando ya no son capaces de percibir el peligro por sí mismos.

La hipoglucemia es el efecto secundario más común del tratamiento con insulina que siguen los diabéticos.[7] La reducción de la glucosa en sangre hasta alcanzar niveles críticos puede

causar graves daños neurológicos y cardiovasculares, y el miedo a una «bajada» puede limitar gravemente la capacidad de una persona para hacer vida normal. A medida que el paciente envejece y su sistema neuronal de alerta se vuelve cada vez más sordo a los primeros síntomas de una hipoglucemia, el riesgo de sufrir daños aumenta. Hay muchas pruebas de que los perros —incluso los que no han sido adiestrados especialmente para esta tarea— muestran cambios de comportamiento ante la inminencia de una bajada de azúcar o cuando esta se está produciendo, y son capaces de alertar a una persona si le sobreviene un ataque mientras duerme o conduce. Esta intuición es útil pero no está garantizada, por lo que es natural preguntarse cómo se puede entrenar a un animal para que sea más sensible aún a este peligro. Las pistas apuntan hacia un cambio específico en los olores corporales, normalmente en el aliento.

En 2015 la revista estadounidense *Diabetes Therapy* informaba sobre un pequeño proyecto de investigación en el que participaron seis perros de entre uno y diez años, y que habían recibido un entrenamiento mínimo de seis meses como perros de alerta para enfermos de diabetes. Los canes —dos labradores retriever, un flat-coated retriever, una husky siberiana mestiza, un pastor alemán y un spaniel mestizo, conocidos como Carlie, Isabella, Jake, Juniper, Nala y Roscoe— procedían de refugios y se seleccionaron atendiendo a su sociabilidad, adaptabilidad y confianza. Y también, dado que se trataba de una prueba principalmente olfativa, por la forma y sensibilidad de la nariz. Su adiestramiento incluía algunos de los elementos comunes al de los perros que aprenden a ayudar a los ciegos; se esperaba que no se alarmaran por ruidos repentinos o por la interacción con extraños y que aprendieran a tumbarse tranquilamente debajo de una mesa mientras su dueño visitaba una oficina o un restaurante. Asimilaron treinta órdenes, desde las más básicas —«siéntate», «quieto» y «túmbate»— hasta otras más específicas, como buscar ayuda y encontrar dosis de glucosa de emergencia o un teléfono. Durante dos semanas, les ofrecieron muestras de sudor y aliento de personas con diabetes tipo 1, tomadas tanto en estado normal como hipoglucémico.

A continuación, los investigadores recompensaban a los perros si se sentaban derechos cuando detectaban una muestra de hipoglucemia en un vial (recibían una golosina). En la segunda fase, el vial que contenía la muestra se colocó en una lata de acero y, de nuevo, se los recompensaba si se sentaban rectos frente a ella. La prueba se repitió con otros viales en otras latas, uno con la muestra y otros con placebos u otras muestras con niveles normales de azúcar en sangre. Por último, se colocaron los frascos de vidrio sobre una persona y se enseñó al perro a meter la nariz en la persona que contenía la muestra de hipoglucemia. Si el perro acertaba, se lo recompensaba con más golosinas.

Hasta aquí el adiestramiento básico. Después, los seis perros fueron sometidos a pruebas en un entorno controlado. Se los filmaba, uno por uno, mientras entraban en una habitación con siete latas dispuestas ante ellos en semicírculo; una contenía una muestra de hipoglucemia, dos, muestras de normoglucemia y cuatro, unas gasas estériles. A los perros se los recompensaba cuando identificaban correctamente la muestra de hipoglucemia con un dispensador automático de comida controlado desde fuera de la sala por el experimentador (así se eliminaba cualquier sesgo o contaminación humana). Cada uno de los perros fue sometido a ocho pruebas, y los resultados fueron inequívocos y tranquilizadores: la tasa de éxito esperada era del 14 por ciento, pero los perros tuvieron un índice de acierto comprendido entre el 50 y el 87 por ciento.

Los hallazgos confirmaron los de otros experimentos anteriores del mismo estilo: poseer un perro de alerta debidamente adiestrado era, para los diabéticos de tipo 1, algo inestimable; les podía salvar la vida. Lo que se necesitaba era concienciarlos más de las ventajas de tener un

perro —además de un número mayor de perros amaestrados—. Esto, por supuesto, requería más financiación y un poco de caridad, un reto que le resultará muy familiar a cualquiera que recaude fondos con el objetivo de adiestrar perros guía para sordos y ciegos. La manipulación, hasta cierto punto, de las emociones humanas lo es todo, y los perros han hecho eso bastante bien durante muchos siglos.

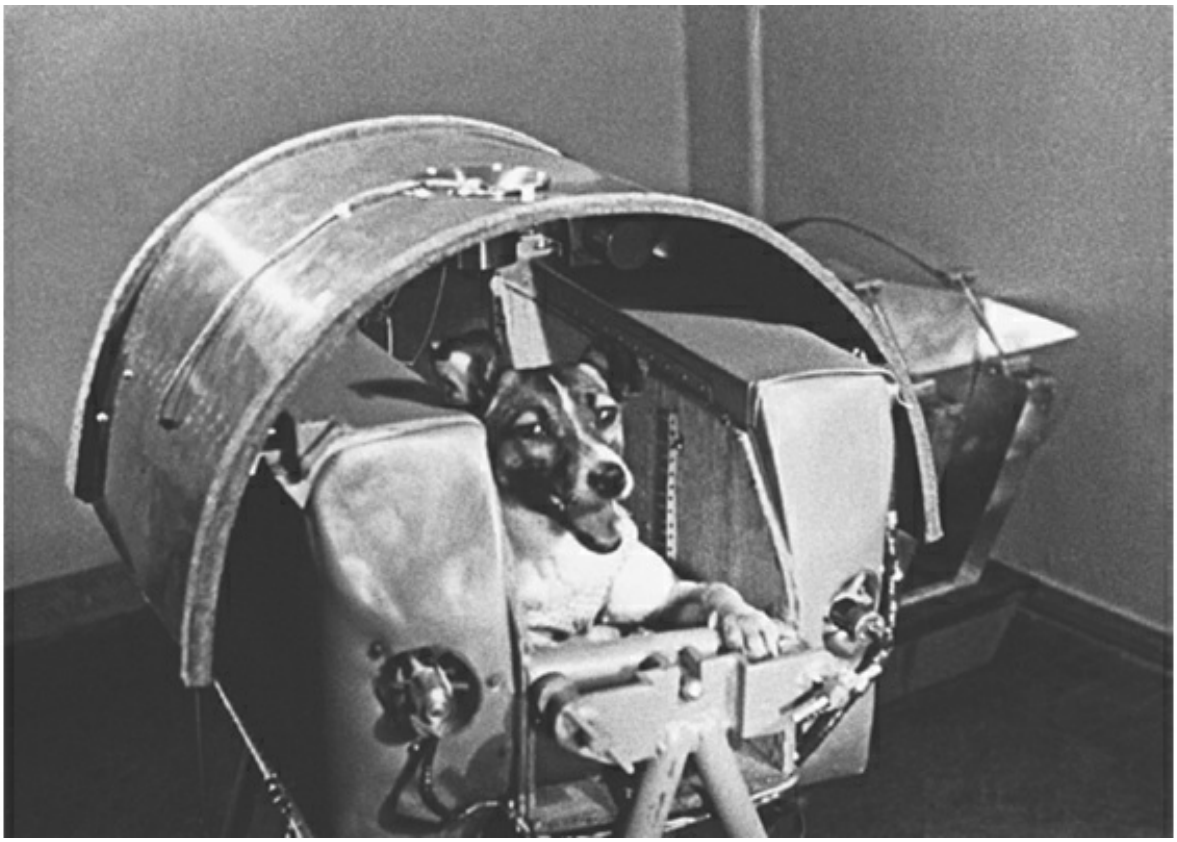
Veamos ahora la historia de un joven llamado Tom y de su perra, Freida. «Hace unos ocho meses le regalasteis a Tom una perra muy especial», decía su madre en una carta enviada a Can Do Canines, una organización que proporciona perros de asistencia en New Hope, Minnesota.

> A Tom le diagnosticaron diabetes de tipo 1 a los siete años y, aunque antes era capaz de darse cuenta de cuándo le bajaba el azúcar, ahora ya no puede. Así que, hasta que Freida vino a vivir con nosotros, sus niveles de azúcar en sangre podían bajar tanto y tan rápido que lo pasábamos realmente mal; cualquiera de esas veces pudo ocurrir algo terrible. Llamamos al 911 más veces de las que puedo contar. Nos agarrábamos a Tom durante sus muchos, muchos ataques. Viajábamos con él en ambulancias, nos sentábamos junto a su cama en los hospitales y, tras un coma, los doctores nos informaban de que no podían darle el alta hasta comprobar si había sufrido o no daños cerebrales. Como madre, oír eso da mucho miedo. Hasta que Freida vino a vivir con Tom, yo pasaba las noches aterrorizada. No quería irme a dormir, no quería que se me escapara ni un solo sonido; ¿y si le bajaba el azúcar y no se despertaba? Podía entrar en coma y, si nadie le ayudaba, morir.
>
> Entonces llegó Freida a nuestras vidas, y Tom no ha sufrido un ataque ni ha vuelto a pisar una ambulancia […]. De modo que ahora duermo de verdad, y me levanto contenta porque Freida ha estado junto a Tom toda la noche. En solo ocho meses ya lo ha despertado varias veces para hacerle saber que su nivel de azúcar en sangre era bajo. Es muy consciente de la importante ayuda que le presta.

El coste de adiestrar a un perro de servicio como Freida para llevar a cabo estas tareas oscila entre veinte mil y treinta mil libras, una inversión que merece la pena.[8]

¿Qué es lo que motiva a un perro de servicio? ¿Qué hace que tenga un propósito tan singular, que se haga cargo de algo que va más allá de lo que normalmente se espera de él? Las respuestas son: una actitud basada en la disciplina y la entrega que se refuerza mediante un adiestramiento riguroso; el talento supremo que supone poseer un olfato privilegiado; el deseo de complacer a sus dueños y el deseo de estos de hacer algo valioso por su propia comunidad. Los humanos son los artífices del primer rasgo y el último; los demás son connaturales a los perros. Combinados del mejor modo, el perro alcanza cotas de nobleza rara vez vistas antes, algo que no deberíamos dar por sentado. Sin embargo, en un sentido —el de la compañía inquebrantable que proporcionan— todos los perros nos sanan, y se sanan también a sí mismos. El vínculo que hemos creado en los últimos miles de años ha confirmado esto por encima de todo, y el fortalecimiento de nuestra relación mutua sería imposible si este rasgo no existiera.

Pero esto también debe practicarse, enseñarse, para que sea eficaz. Un cachorro no está preparado para enfrentarse al mundo sin la guía de un adulto, y, como se plantea en el capítulo siguiente, las expectativas que depositamos en nuestros perros hoy en día son, quizá, más altas que nunca.



Laika se dispone a viajar al espacio. La misión, por desgracia, no acabó muy bien para ella. Alamy/Sputnik.

6
LOS PERROS MÁS LISTOS DEL MUNDO



Si fuera un perro, me gustaría que me adiestrara Susan Close. Me enseñaría a sentarme y a acudir a su llamada en un santiamén, pero tras cuatro sesiones de una hora con ella también me familiarizaría con prácticas como ponerme en marcha con vivacidad o quedarme inmóvil hasta nueva orden, con el oficio de portero, el arte de seguir el paso sin correa, el de encontrar cosas, el de saltar por el aro y, por último, con las «cinco libertades».[1] En conjunto, estos elementos y unos treinta más me ayudarían a convertirme en un auténtico deleite tanto para mis compañeros humanos como para mis congéneres, además de en alguien útil para la sociedad; con unas dieciséis semanas de vida, me orientarían con precisión para ser capaz de adaptarme a gran parte de lo que la vida me deparara. A partir de ese momento, no me asustarían las personas ni el ruido, tampoco las bolsas de basura negras cuando pasease de noche. Estaría debidamente acostumbrado a todo ello y socializado, y la gente me querría tanto que se empeñaría en recompensar mi comportamiento ejemplar con una gran variedad de golosinas. En resumen, Susan Close me haría engordar.

Susan tiene setenta años, es corpulenta y viste como alguien que trata habitualmente con perros, es decir, no de forma elegante. Tampoco es lo que se dice encantadora; más bien tiende a la brusquedad y a soltar tacos. En 2008 puso en marcha el Dog Hub para el Ayuntamiento de Camden y, desde entonces, ha acumulado un montón de diplomas en psicología del comportamiento canino y ha asesorado a miles de perros y a sus compañeros humanos sobre cómo lograr el respeto mutuo y las mutuas recompensas, al tiempo que trataba de manejar los siempre molestos problemas cotidianos de los tirones inoportunos de la correa y de que el perro no vuelva cuando se suelta de ella. «Por ejemplo —dice—, ¿cuántos perros has visto a los que el dueño les grita “¡ven aquí!” y no van, y el dueño entonces se enfada cada vez más y empieza a desgañitarse, y el perro a pensar: “¡Mmmm… Va a ser que no!”?».

Susan Close trabaja en un pequeño cuarto en los bajos de un bloque de viviendas sociales, a poca distancia de la estación de tren de Euston. Las ventanas de la habitación están protegidas por rejas metálicas. Una salida, situada al fondo, conduce a una zona exterior ideada para lidiar con los perros «descontrolados» y delimitada por altas vallas de acero. Este trabajo correctivo —revertir el comportamiento de perros maltratados por sus dueños (por crueldad o ignorancia)— solía ocupar casi todo su tiempo. A Close la han mordido dos veces mientras realizaba su trabajo, pero se culpa a sí misma, a su ingenuidad, no a los perros. Al cabo de unos años se le «encendió una bombilla» y se dio cuenta de que lo mejor era educar a los dueños antes de que ellos y sus

perros llegasen a convertirse en un problema. El vínculo natural entre humanos y canes adolecía de fallos en el comportamiento de ambos. La clave era reducir los riesgos mediante el adiestramiento precoz. Y así fue como nacieron las clases para cachorros.

Una de las cuatro paredes de la sala de adiestramiento de Dog Hub está repleta de cajas de plástico con correas, bozales y juguetes que Close reparte gratuitamente; otra caja contiene una muestra de lo que no se debe usar: collares de acero que infligen dolor en el cuello del perro si tira de la correa y otros que emiten descargas eléctricas. «Algunos, lo único que conocen es el castigo —afirma Close—. Me las veo cada día con perros atemorizados y ansiosos».[2]

A lo largo de los años, Close ha recopilado una larguísima lista de libros y folletos sobre perros que pierden los estribos y sobre cómo corregir esos comportamientos. Algunos son académicos, fruto de la observación, pero la mayoría son prácticos e instructivos, y contienen tanto simples consejos cotidianos para el principiante como estudios científicos revisados por expertos. Su lista incluye títulos como *Chill Out Fido: How to Calm Your Dog* y *Feisty Fido: Help for the Leash-Reactive Dog* (sin olvidar *When Fido Sees Red: Aggressive Behaviour in the Domestic Dog*). Las publicaciones de autores cuyos nombres empiezan por «M» ascienden a más de ochenta, y entre ellas se encuentran *Reactive Rover: Barking and Lunging on Leash*, de Kim Moeller, y *Psycho Dog: All Your Dog Problems Answered in One Easy-to-Follow Guide*, de Janet Menzies.

En la ventana de la sala de adiestramiento, detrás de la reja, hay un aviso del Royal Mail que advierte a los dueños de la predilección que Fido y Rover tienen por los carteros. El año pasado se produjeron en el Reino Unido dos mil seiscientos ataques. Los perros se sienten amenazados por los uniformes y los carros, o por la naturaleza, digamos, un tanto intrusiva de la tarea de un cartero, o quizá solo se sientan decepcionados porque el correo rara vez trae algo para ellos, por qué no. (Sea como sea, el aviso es terminante: traslade a su perro a una habitación tranquila y segura, no deje que se encuentre con el cartero bajo ninguna circunstancia y dele comida a la hora precisa del reparto).

«Me gustaría que mi perro supiera que no puede tener todo lo que quiere —me dice Close, que tiene en casa tres labradores—. Me gustaría que mi perro se sintiera cómodo cuando lo tocan, que tomara decisiones acertadas, que recibiese un trato digno, como individuo que es, y no únicamente como un cachorro bonito que has comprado por dos mil quinientas libras en Gumtree o donde sea».

En el repertorio de Close hay un ejercicio que, según ella, hace que los nuevos propietarios vean lo que experimenta su nuevo perro: coloca el teléfono móvil del dueño a la altura de la cabeza del cachorro y graba un vídeo mientras camina por la calle. Lo que ven cuando revisan la grabación «es jodidamente aterrador, sobre todo si el perro es un chihuahua».

Dice que en sus clases no hay perros fáciles o difíciles. Nunca juzga a un cachorro; todos, según Close, responden igual al adiestramiento básico. Pero al dueño sí, a él sí que lo juzga. «Algunos me parecen bastante vulgares, gente que llega con su perro como si tuviera ante sí algo mágico y carísimo, y pierde de vista que es un perro.[3] Me dan ganas de decirle: “Quítale ese lacito del pelo y después hablamos, si quieres…”». Cada vez más a menudo, prosigue, a los perros se los trata como una posesión y no como un compañero, cada vez hay más perros con aspecto de bebé, y piensa en lo populares que son hoy en día los carlinos y los bulldogs franceses, perros de hocico achatado y cráneo más ancho de lo habitual que a menudo padecen problemas respiratorios.

Le digo que, a tenor de sus palabras, parecía que la mitad de su trabajo tenía más que ver con

el dueño que con el perro y me contesta: «¿La mitad? ¡El 90 por ciento!». Quizá la comparación que voy a hacer no sería de su gusto, pero lo cierto es que Close me recuerda a veces a la legendaria adiestradora de perros inglesa Barbara Woodhouse. Woodhouse tenía pinta de terrateniente y unos modales severos, y su popular —y rigurosamente sensato— enfoque, su «vamos a dejarnos ya de pamplinas», contribuyó mucho en la década de 1980 a meter en cintura a los animales de toda una nación; su actitud y sus inimitables sentencias —«¡siéntate!» y «¡pasea!»— quizá influyeran más que cualquier otra persona en cómo trataba Margaret Thatcher a su gabinete. «No hay perro difícil —opina—, sino dueños inexpertos […]. No creo que a un perro lo pueda curar un psiquiatra, aunque, visto lo visto, algunos dueños bien podrían buscarse uno».

Hasta hace no mucho, me cuenta Close, quien quería tener un perro investigaba y hablaba con un criador o acudía a un centro de acogida, pero el hecho de que ahora se pueda elegir y pagar un cachorro por internet y recibirlo en la puerta de casa, sobre todo en Estados Unidos, le producía consternación.[4] Aun así, la tendencia no deja de afianzarse y de crecer, y la influencia de Instagram es preocupante; Close y sus amigos adiestradores se encuentran cada vez más en sus clases con perros que han sido elegidos por su aspecto, por comodidad y por moda.

Y hay otro problema. «Pueden ser muy muy caros —afirma Close—. Alguien me llamó un día para decirme que iba a comprar un labradoodle de Australia y que le costaría cinco mil libras. Y los labradoodles ya se han convertido en un lugar común, así que la gente busca ahora otra cosa. Así es este mundo; hay que tener el último modelo, el más caro. Cuando yo era pequeña, esos valores solo se asociaban con las lavadoras».

Susan Close cree que el cambio en nuestra relación con los perros es un reflejo del cambio en nuestra relación con nuestros semejantes. La gente es más egoísta que antes, sostiene, lo que significa que algunos esperan que los cachorros les lleguen completamente adiestrados. «Otra persona me llamó a las dos de la madrugada y me dijo: “Aquí estoy con este cachorro que me entregaron ayer, acaba de mearse en el suelo y no puedo más, no puedo con él”». Dice que los dueños dejan solos a sus perros todo el día mientras están en el trabajo, y luego se sorprenden cuando sus pobres mascotas acaban neuróticas perdidas. Me acordé de una frase de John Grogan, el autor de *Marley y yo*: «Qué corta es la vida de nuestras mascotas junto a nosotros, y se la pasan esperando a que volvamos a casa cada día».

Close afirma que nunca rechazará a un cachorro, sea como sea su dueño. Ella y sus ayudantes imparten un curso básico de cuatro semanas autorizado por el Kennel Club, pero dice que su objetivo no es solo lograr un perro bien adiestrado, sino uno bien educado, un perro que juzgue la realidad a partir de una comprensión más profunda de su función y propósito. Las «órdenes» ya no están de moda; el enfoque actual se basa en las «señales». Pero durante su clase se sulfura de vez en cuando. «¿Quieres que me enfade? —dice—. Referirte a tu perro como a un “bebé peludo”… Anda que…».

No cabe duda de que Susan Close haría muy buenas migas con Temple Grandin. A la profesora Grandin se la conoce por varias cosas: por su autismo y sus perspicaces escritos sobre esta enfermedad, por su trabajo y su activismo en el campo del bienestar animal y contra el sacrificio, y por unos cuantos libros bastante revolucionarios. Un documental de BBC Horizon sobre Grandin se titulaba *La mujer que piensa como una vaca*, pero sus ideas sobre el vínculo entre perros y humanos no son menos convincentes.

Algo que Grandin comparte con Close es la desconfianza hacia el concepto de «macho alfa». Están bastante seguras de que existe en los humanos (en su libro *El lenguaje de los animales*, Grandin cuenta cómo un psicólogo, que entonces era un hombre importante, abusó de ella), pero dudan de la forma en que se utiliza, por lo común, cuando se trata de los perros. En *Animals Make Us Human*, escrito junto con Catherine Johnson, Grandin cita el trabajo pionero de David Mech, cuyos estudios, realizados durante décadas, sobre los lobos autóctonos de Canadá derribaron varios mitos acerca del comportamiento de estos en la naturaleza. Entre otros rasgos, destacó su extraordinaria amabilidad, tanto entre ellos como con los humanos, y observó que no tienen esa mentalidad de manada dominada por machos alfa que se les suele atribuir. En lugar de esto, se encontró con relaciones familiares del todo normales, en las que los padres son responsables de la crianza de sus cachorros sin que el macho adulto tenga que luchar para imponer su dominio. Nuestra suposición —errónea— de la jerarquía encabezada por el macho alfa quizá proceda de nuestra observación de los lobos en cautividad, que, en esencia, son grupos de individuos conformados por el ser humano y que no están unidos por lazos familiares.

Temple Grandin se pregunta si acaso no nos indica esto cómo deberían vivir los perros en un entorno moderno. Los perros evolucionaron a partir de los lobos gracias a la existencia de los humanos. ¿Debería ser diferente la relación en un hogar con calefacción central de la que se establecía en una cueva o en un campamento preagrícola? En el hogar, los dueños de perros no deberían temer que, a menos que se erijan a sí mismos como líderes de la manada, el perro lo domine todo; más bien deberían adoptar el mismo tipo de papel parental que desempeñan con sus hijos. Es esto, y no la dominación, lo que establecerá un entorno ideal para que el adiestramiento resulte lo más eficaz posible. Tratar a los perros como niños…; pero ¿no es eso lo que intentamos evitar? No si ello implica crear un ambiente enriquecedor, concebido, sobre todo, para beneficiar al perro.

Curiosamente, el trabajo de Mech es novedoso en sus detalles, pero no tanto en lo relativo a sus conclusiones. En 1944 el libro de Adolph Murie *The Wolves of Mount McKinley* también nos descubrió que los lobos viven en familias y no en manadas jerárquicas. Estos hallazgos, los más antiguos y los más recientes, suponen un eslabón más en nuestro entendimiento del proceso de domesticación. Los perros evolucionaron para vivir con humanos, de acuerdo, pero, siendo más realistas, ¿no podría ser también que evolucionaran, más bien, para vivir con *familias* humanas?

En algún rincón de la mente de todo adiestrador hay dos perros llamados Rico y Chaser. Son los canes de referencia de la psicología cognitiva canina y aparecen en cientos de artículos académicos sobre cuánto puede llegar a saber un perro y cuánto puede llegar a averiguar. Los especialistas en comportamiento canino tienen motivos para estarles agradecidos. Y todos los otros perros tienen motivos para mirarlos con una mezcla de admiración y profunda inquina; tan alto han dejado el listón Rico y Chaser y tan mediocres parecen los demás perros en comparación con ellos.

Para comprender plenamente su impacto, tenemos que retrotraernos a un mundo en el que la inteligencia de un perro se juzgaba por su capacidad para sentarse o hacerse el muerto. Era un mundo —o eso nos parece ahora— en el que predominaban los trucos baratos y las anécdotas, y quizá no haya nada de malo en ello, ya que, bueno, sigue siendo bastante encantador. Por ejemplo, una carta publicada en *Country Life* en 1917, en la que Eleanor Peel contaba que un día estaba pescando con su terrier escocés cuando empezó a llover. Al perro no le gustaba la lluvia,

y, cuando su dueña le propuso dar un paseo después de pescar, empezó a cojear. «Ese perro sabe muy bien qué quieres de él, y no le agrada; ¡está fingiendo!», dijo el amigo de Peel. Y, en efecto, mientras volvían a casa, el perro decidió que la cojera ya había cumplido su cometido y volvió a caminar con normalidad.

Hasta cierto punto, no se puede negar que eso es una muestra de inteligencia, a menos que —y es lo más probable— el perro no estuviera fingiendo y su cojera simplemente desapareciera. En el mismo número, una corresponsal llamada Margaret A. White explicaba cómo todos los días su fox terrier solía traerle cartas desde el felpudo mientras ella estaba tumbada en la cama. Por ello, se lo recompensaba con pan untado con mantequilla. Un día en que no llegó correspondencia y, por tanto, el perro no tenía ninguna perspectiva de obtener su recompensa, volcó a propósito la papelera y le llevó a su dueña un sobre del día anterior. Pan con mantequilla, solo por el esfuerzo.

Y treinta y cinco años más tarde, en la misma revista, apareció una historia casi increíble. Stella, otra terrier, esta vez irlandesa, apreciaba mucho a su familia y las vacaciones. De hecho, le gustaban tanto ambas cosas que, cuando su familia la dejó en casa un día en que emprendieron su viaje anual desde Nottingham a Ingoldmells, un pueblo costero cerca de Skegness, Stella decidió seguirlos por su cuenta. A partir de ese momento tuvo lugar una complicada yincana, repleta de ardides y de obstáculos. Tras caminar por una calle lateral hasta la estación de tren más cercana, Stella tomó un tren a Grantham. Luego cruzó la línea principal por un puente y caminó por una pasarela hasta otro tren que esperaba en una vía muerta. «Una vez allí, podría haber pasado de todo», recuerda uno de los miembros más jóvenes de la familia, D. N. Stafford, pero Stella consiguió subir al tren correcto, el que se dirigía a Skegness, y, a regañadientes, la dejaron pasar por la barrera cuando el revisor no localizó a un adulto que le hubiera comprado un pase especial. A continuación, logró localizar a sus dueños y se dirigió hacia ellos con tal entusiasmo que tiró al suelo a D. N. Stafford.

Stella parecía muy inteligente y, desde luego, tuvo una suerte extraordinaria. Pero esto no era ciencia, sino el afán de cumplir un deseo. Las historias de Rico y Chaser, sin embargo, eran un poco distintas. En 2003 una mujer llamada Julia Fischer leía un periódico en una cafetería de Leipzig cuando se encontró con un artículo sobre una edición especial del popular programa de televisión alemán *Wetten, dass..?*, en el que los concursantes tenían que apostar por hazañas y retos inconcebibles. En el programa aparecía Rico, un border collie con una capacidad excepcional para recordar los nombres de sus peluches. Su dueña, Susanne Baus, contó que, desde que Rico se lesionó el hombro siendo un cachorro, ella y su familia habían sustituido el ejercicio riguroso al aire libre por un régimen de entrenamiento en su estrecha vivienda. Colocaba tres objetos en distintas habitaciones y Rico podía coger el que su dueña le pidiera. Cuando Susanne y Rico aparecieron en televisión, este estaba dentro de un gran círculo con sus juguetes esparcidos por todas partes y era capaz de localizar setenta objetos por su nombre cuando se los pedían.

Julia Fischer les habló de este extraordinario perro a sus colegas del Instituto Max Planck de Antropología Evolutiva de Leipzig, y pusieron en marcha sus propios experimentos. No tenían ninguna duda sobre el talento de Rico —para ellos, no se trataba de ningún truco—, pero su principal interés iba más allá del mero entretenimiento. ¿Hasta qué punto podía compararse la capacidad de Rico para identificar las etiquetas asignadas a ciertos objetos con el aprendizaje temprano de un niño pequeño? En otras palabras, ¿podría la capacidad cognitiva de un perro estar más cerca de la de un humano joven de lo que se pensaba?

En primer lugar, los investigadores tuvieron que descartar lo que se conoce como «efecto Clever Hans», por el caballo que se hizo famoso en Alemania a principios del siglo XX por ser capaz de calcular sumas y decir la hora. En efecto, Hans podía realizar estas proezas, pero solo cuando su adiestrador también conocía las respuestas matemáticas; tanto consciente como inadvertidamente, le daba a Hans señales visuales con su postura y otras indicaciones. A partir de entonces, los psicólogos organizaron sus pruebas en condiciones controladas en las que el entrenador o experimentador no estaba presente.

En el caso de Rico, los doscientos objetos con los que estaba familiarizado se colocaron en una habitación mientras el dueño esperaba en otra. El experimentador indicó a la dueña que pidiera a su perro que trajera dos objetos elegidos al azar, uno tras otro, de la habitación contigua. Para sorpresa de los científicos, Rico recuperó correctamente un total de treinta y siete de los cuarenta objetos, y también consiguió diferenciar entre las órdenes de colocar los objetos en una caja o llevárselos a una persona determinada.

Pero eso fue solo el principio. Julia Fischer y sus colegas Juliane Kaminski y Josep Call Balaguer estaban interesados también en el «mapeo rápido», la idea de que Rico podía pensar por sí mismo no solo memorizando los nombres de los objetos que le eran familiares, sino mediante el aprendizaje por exclusión, es decir, identificando un juguete nuevo en un montón de juguetes conocidos solo porque no lo había visto antes. Rico tuvo que localizar un objeto nuevo en diez ocasiones —por ejemplo, un reno de peluche que nunca había visto—, y en siete de ellas dedujo con éxito de qué juguete se trataba. Cuatro semanas más tarde lo sometieron a una prueba aún más difícil. Rico no había tenido contacto con el reno ni con sus otros juguetes nuevos mientras tanto, pero fue capaz de recordar la mitad de los nombres de cada uno de ellos y recuperarlos de entre una colección de objetos nuevos y antiguos. «Rico había aprendido, por tanto, que una palabra que su dueño le había dicho una sola vez era el nombre de un juguete que había identificado por exclusión», concluyó Julia Fischer. Se trataba de un índice de recuperación «comparable al de los niños de tres años».[5]

Cuando Fischer y sus colegas publicaron su artículo sobre Rico en *Science*, en junio de 2004, catapultando al perro al estrellato, descubrieron que a la mayoría de la gente le traía sin cuidado la ciencia o la metodología; lo único que querían era saber cómo entrenar a sus perros y cómo se las apañarían estos en comparación con Rico. La respuesta fue: «No muy bien». Muchos perros no identificaban más de diez juguetes. Rico no solo sabía los nombres de unos doscientos, sino también palabras de comando específicas que le indicaban dónde colocarlos. Con todo, un hombre llamado John Pilley tenía motivos para creer que Rico no era nada del otro mundo.

Pilley, un profesor jubilado de psicología del Wofford College de Carolina del Sur, había adquirido poco tiempo antes una border collie llamada Chaser, que su mujer, Sally, le regaló para que no se aburriera. Chaser, que era predominantemente blanca con manchas y motas negras, se llamaba así por su afición a las persecuciones. Al cabo de unos meses ya tenía una rutina diaria, que consistía sobre todo en una cosa. «El juego es el principal elemento de refuerzo en el aprendizaje de Chaser —afirma Pilley en un cortometraje en el que se promocionan las habilidades de su perra (las palabras acompañan una escena en la que se ve a Pilley rociando a Chaser con una manguera de jardín)—. Los dueños de perros utilizan demasiado a menudo la comida para reforzar los comportamientos. Hemos descubierto que el juego es infinitamente más eficaz; no distrae tanto y los perros no se sacian».



Chaser y sus juguetes: Girasol, Cactus, el Catedrático… la border collie los conoce a todos. Getty/Media Production.

¿Por qué el border collie es tan bueno en esto? En primer lugar, por su experiencia en obedecer órdenes humanas cuando pastorean ovejas.[6] Ver una película de Chaser obedeciendo las órdenes de su dueña en el campo ya es de por sí algo extraordinario —la capacidad para gatear, caminar hacia atrás, dar un solo paso y quedarse quieta—, pero verla encontrar un solo objeto por su nombre entre un montón de ellos lo es aún más. Hacen falta dieciséis grandes arcones de plástico para guardar todos sus juguetes y, antes de empezar cualquier experimento, un observador bien podría asombrarse ante la existencia de tamaña variedad de peluches: todos los animales parecen estar representados, desde el oso hormiguero hasta la morsa y la cebra, y muchos otros del reino de lo imaginario: un unicornio, un girasol y algo inidentificable, excepto por Chaser y Pilley (Pilley lo llama «el Catedrático»; Chaser no lo llama de ninguna manera, pero lo reconoce en cuanto lo ve).[7]

En un ejemplo de las proezas de Chaser, filmado por el departamento de psicología del Wofford College a principios de 2009, más de un año antes de que se hicieran públicos sus logros, se ve a los experimentadores eligiendo al azar cincuenta juguetes de una pila de varios cientos. La siguiente escena muestra a Pilley arrodillado en el suelo mientras sostiene una lista de nombres apuntados en un papel, con varios juguetes esparcidos detrás de él (para eliminar la posibilidad de pistas visuales). Chaser está lista para actuar. «Encuentra a Girasol», dice Pilley, con voz ronca. Chaser encuentra a Girasol y lo sacude. «¡Buena chica!», dice entonces Pilley. Chaser deja caer a Girasol. «Encuentra a Cactus». Chaser da con él al instante (el peluche parece una piña). «Muy bien, ahí está Cactus. Mételo en la caja». Y así uno tras otro, pasando por Gusano («¡Saca a Gusano!»), Puente de Londres, que parece una abeja gigante, Poppy, que es una amapola de felpa, y Bamboozle, que es una cosa naranja con pinta de perro y manchas en el hocico. Después vienen Bozo, Sweet Potato, Big Rope, el Catedrático, Poison Frog, Spook, Dapper Duck y Ganso.

Chaser se aprendió los nombres de 1.022 objetos, uno por uno, a lo largo de tres años, y

después siguió aprendiendo más; no solo identificó objetos concretos, sino que fue capaz de dividirlos en tres grupos distintos. La hazaña es un triunfo tanto de la paciencia humana como de la inteligencia animal. El doctor Pilley se asoció con Alliston Reid, profesor de psicología en Wofford, para publicar sus resultados en la revista *Behavioural Processes* en noviembre de 2010, y fueron a visitarle periodistas de todo el mundo. Los curiosos, agradecidos, se marchaban con la huella de la pata de Chaser impresa con tinta en un papel. Cuando se le preguntaba, una y otra vez, dónde creía que estaba el límite del aprendizaje canino, John Pilley no perdía el optimismo, aunque se mostraba un tanto agotado: «Creemos que estamos justo en la frontera», al tiempo que dejaba caer alguna que otra perla de sabiduría de cosecha propia: «Prefiero estar en un barril lleno de abejorros que al lado de una persona pesimista. Chaser es todo lo contrario: siempre está contenta, y eso me hace feliz».[8]

Pilley murió en el verano de 2018, a los ochenta y nueve años. Cuando Chaser lo siguió, un año después, a los quince años, su legado estaba asegurado. *Paris Match* la llamó «la perra más lista y hermosa del mundo». Brian Hare, antropólogo evolutivo de la Universidad de Duke, ha afirmado que Chaser no se limitaba a realizar «los habituales y estúpidos trucos de mascota, fruto de las horas perdidas de la gente que adiestra a un perro para que haga lo mismo una y otra vez». Por el contrario, la consideraba el perro más importante de la historia de la ciencia moderna, lo que sin duda era tanto un alarde como un desafío, ya que la era espacial nos ha dado al menos otro claro aspirante a esta corona.

Laika nunca volvió a casa, ni estaba previsto que lo hiciera. En noviembre de 1957, la primera perra en orbitar la Tierra fue una heroína soviética, una heroína espacial y una heroína canina, por ese orden, aunque no tuvo la muerte que semejante heroína sin duda merecía. El Sputnik 2 permaneció en el espacio más de cinco meses, pero su inadecuado sistema de refrigeración hizo que Laika durara apenas cinco horas. Se frio en su cápsula, lo que no fue exactamente el final indoloro que se le atribuyó oficialmente al término de una misión catalogada como exitosa. Las verdaderas circunstancias de su muerte permanecieron ocultas durante cuarenta y cinco años.

Laika, que en ruso significa «parlanchina», fue el nombre que se le quedó, aunque tenía muchos otros: Ricitos, Escarabajillo, Limoncito… La prensa estadounidense la llamaba Muttnik.[9] También podría haberse llamado como su cohete, Sputnik, que significa «compañero». El entrenamiento de Laika fue riguroso y no se quedó corto respecto a las rutinas de los cosmonautas que la siguieron; la conectaron a monitores cardiacos, la ataron a corsés, le introdujeron un catéter, la colocaron en cámaras de presión de aire y aislamiento, y la hicieron girar en un simulador de gravedad cero. Al final, la metieron en una cápsula tan estrecha que apenas podía mover la cabeza. Las fotografías recuerdan a las que se les hicieron a los numerosos perros callejeros que Pávlov utilizó en sus estudios del condicionamiento clásico durante la década de 1890, atados y sujetos, como ella, a aparatos de medición, no precisamente felices.

En el momento del lanzamiento, el *New York Times* llamó a Laika «la perra más greñuda, solitaria y triste de toda la historia», aunque lo de «greñuda» no era verdad; su pelaje era liso y su perfil, elegante (tenía que serlo para encajar en todos los artilugios y cápsulas). Y antes de ella había habido muchos perros espaciales tristes y solitarios. Como todos los primeros participantes en el programa espacial soviético, a Laika la encontraron en las calles de Moscú y se seleccionó por su tamaño (pequeño) y su temperamento (dócil). Antes que ella, hubo otros cuarenta y cuatro

perros, la mayoría hembras, que viajaron en parejas, la mayoría a una altitud de cien kilómetros. Los experimentos comenzaron en 1951 y en la mayoría de los registros figuran como «recuperados sanos y salvos», aunque en alguna que otra ocasión se registra también «descompresión en cabina, ambos perros murieron», o «fallo en el paracaídas, ambos perros murieron». Sus nombres no han pasado a la historia, ni en ruso ni en inglés: Tsygan, Ryzhik, Knopka, Mishka, Kozyavka, Pestraya, Neputeviy, que significa «bribón», Otvazhnaya, «intrépido», o Veterok, «pedorrillo».

Después de Laika vinieron treinta y cuatro más. La verdadera fama y posteridad les estaban reservadas a Belka y Strelka, que orbitaron la Tierra durante un día a bordo del Sputnik 5, en 1960, y que regresaron vivas para asistir a una recepción de Estado y perdurar como héroes nacionales, tras su muerte, en sellos, golosinas y pantallas de lámpara. Cuando Yuri Gagarin se convirtió en la primera persona en orbitar la Tierra en abril de 1961, se dice que preguntó: «¿Soy el primer humano en el espacio o el último perro?».

Los perros fueron aclamados como los colaboradores más inteligentes del progreso científico humano, auténticos pioneros del espacio, verdaderos camaradas de la Guerra Fría. Pero debemos recordar que no participaron de forma voluntaria en esta empresa. Y debemos señalar lo influyentes que llegaron a ser en calidad de simples animales; varias entrevistas a destacados científicos espaciales soviéticos, realizadas décadas después de que Laika y Gagarin hicieran historia, revelan un profundo afecto por los perros, y no poco remordimiento. Muchos de los que sobrevivieron a las misiones pasaron el resto de sus vidas como huéspedes de honor en las casas de quienes en su día los lanzaron a los cielos.



Perrito caliente: un labradoodle de pelaje dorado se relaja en su casa. Alamy/Tim Jones.

7
CÓMO LLEGAMOS A OBTENER A JACKSHI-TZU



Como ya imaginabas, la historia de los perros de diseño empieza con el labradoodle original. Este nombre, amable y estúpido, se venía utilizando, con mayor o menor asiduidad, desde los años cincuenta, pero solo se popularizó después de que un labrador en particular se emparejara exitosamente con un caniche en particular en Victoria, en el sudeste de Australia, a mediados de los años ochenta. A partir de ahí, en los noventa, el labradoodle se hizo famoso de verdad, y en la década siguiente más todavía. Ahora, unos treinta años después de que aparecieran por primera vez en escena, no es exagerado afirmar que quizá haya un labradoodle en cada parque del mundo. Pero la historia, por desgracia, no acaba del todo bien.

El labradoodle nació de un proyecto que perseguía un objetivo específico. El hecho de que aquel proyecto se saliera enseguida de madre puede achacarse a una combinación de características humanas demasiado comunes: el deseo de obtener beneficios económicos, la ambición y la búsqueda de innovación. Desde luego, no se puede culpar de nada al perro, ni a los perros que vinieron después, como no sea de su ternura excesiva y de su afán de complacer a sus dueños. Aunque son precisamente estos rasgos los que lo han hecho tan popular y han dado lugar a prácticas terribles en materia de cría y bienestar. En términos más generales, el éxito del labradoodle puede haber pervertido —para bien— la creencia tradicional de los perros de que un humano siempre querrá lo mejor para ellos.

La era del perro de diseño, una expresión tan espantosa como su concepto, ha dado lugar a una variedad de razas inimaginable para Charles Darwin y los científicos de Bar Harbor. Podemos adoptar el punto de vista presuntuoso del que hizo gala el Kennel Club cuando aparecieron estas nuevas razas y descartarlas, sin más, como una moda pasajera, mientras esperamos en vano que la moda pase. Pero esto sería como descartar internet.

Ni siquiera el ancestral y vigoroso vínculo entre el perro y el ser humano, reforzado a lo largo de muchos milenios, es inmune a las posibilidades que seducen a la ciencia y al caprichoso deseo de nuestra especie; aunque quizá sean estas fuerzas las que garantizan la solidez y la continuidad de dicho vínculo. No hace mucho, la idea del perro de diseño (o «perro híbrido», o «perro divo») era un tanto vergonzosa, porque se asociaba con la eugenesia y provocaba el mismo tipo de desaprobación que la clonación canina en la actualidad; no era más que un capricho de Hollywood, para gente fatua a más no poder, para los ricachones aburridos. Pero ya no. Hoy en día se ha convertido en un producto, y nuestra vida digital ha posibilitado que hasta la más

absurda de las ocurrencias esté disponible para su entrega en el plazo máximo de una semana. La lista resulta cómica y cada vez más absurda a medida que se enumera: labradoodle, cockapoo, yorkiepoo, springador, cockador, lhasapoo, frug, jackshi-tzu, chorkie, pomimo, borkie, bolonoodle, pooton, maltipoo, maltichon, malteagle, chonzer y schnoodle. Uno se topa con algunos de estos perros en el Heath y los encuentra irresistibles, sobre todo porque la mayoría parecen muñequitos de peluche.

Tan abundante oferta existe porque la demanda no para de crecer. Aunque hay muchos criadores experimentados que producen perros de esta naturaleza sanos y hermosos, también está lo contrario, los que producen perros concebidos con crueldad y cargados de enfermedades. Al comprar por internet en una página que parece de fiar, con cientos de cachorros a la venta, el comprador se fijará, sobre todo, en el coste y en la estética. Los vendedores lo saben bien, y por eso fotografían a los perros con la cabeza inclinada hacia un lado, para acentuar la ternura y la indefensión que transmiten (es decir, para acentuar el «Cómprame ya»). Hemos llegado a un punto en el que la compra de un perro —una frágil, vulnerable incorporación a una vida humana que dura poco más de una década— no difiere en nada de la compra de una entrada para el teatro.

El cruce consiste en emparejar a propósito una raza con otra para producir un animal que, idealmente, combine los mejores atributos de ambas. Aunque se diseñe un programa para reducir el riesgo específico de propagación de enfermedades endogámicas, lo cierto es que cualquier manipulación genética puede generar enseguida problemas. Si un labrador y un caniche portan sus respectivas enfermedades hereditarias de cadera y ojos, los cruces casuales y aleatorios no harán sino agravar la situación.

En cierto sentido, los cruces no son nada nuevo; llevamos haciéndolos, adrede o de forma accidental, desde que habitábamos en las cavernas (¿qué es un perro sino la manipulación de un lobo?), y tanto el gran danés como el chihuahua son productos de la hibridación. (En una gira de conferencias que hizo en 1895, Mark Twain habló de un perro llamado Jasper al que había conocido. «No era un chucho, sino un perro compuesto. Un perro compuesto es un perro que atesora todas las cualidades valiosas de las razas, una especie de corporación, mientras que un chucho lo conforma toda la morralla sobrante»).

Tal vez lo único que haya cambiado sea nuestro gusto y la velocidad cada vez mayor y desprovista de regulación de los programas de cría. Aunque también ha cambiado otra cosa: hasta hace poco, la finalidad de un perro rara vez había sido solo la estética. Los perros cazan, vigilan, pastorean, rastrean, guían, detectan, disuaden, luchan y consuelan, pero lo de posar para fotografías en Instagram es algo relativamente nuevo.

El criterio del Kennel Club para determinar qué es una raza es bastante estricto; no añadió el jack russell terrier a su registro hasta 2016. Y como la organización se niega a reconocer los nuevos cruces de diseño como perros de raza (a veces se refiere a ellos como «tipos») y se niega asimismo a emitir certificados que documenten su linaje, el orgulloso propietario o criador de un perro de diseño se ha visto obligado a buscar en otra parte el reconocimiento oficial. Encontrarlo no lleva mucho tiempo; ningún cliente que paga se va con las manos vacías.

Cualquiera que necesite pruebas de lo rocambolescas que se han vuelto las cosas no tiene más que consultar las muchas y disparatadas opciones que en su día ofrecía el Registro Canino Internacional de Diseño (IDCR, por sus siglas en inglés). Esta extensa lista comienza con el

affenchón (resultado del cruce de un affenpinscher con un bichón frisé) y termina, más de seiscientos perros después, con el ewoak (el cruce de un yorkshire terrier con un oso de peluche zuchon).[1] Existen treinta y dos permutaciones del beagle, que van desde la combinación del beagle y el schnauzer (schneagle) y la del beagle y el shih tzu (bea tzu), hasta la del beagle y el pinscher miniatura (meagle) y la del beagle y el bulldog francés (frengle). Los amantes de las expresiones «poo» y «oodle» que pululan por doquier estarán encantados de descubrir que el caniche ha sido mezclado oficialmente cincuenta y cuatro veces, incluidos los muy populares emparejamientos con el wire fox terrier (que dio lugar al wire foodle) y con el perro leopardo de Catahoula (*voilà*, el pooahoula). Los aficionados al humor escatológico se deleitarán también con esa extravagancia de caniche-habanero conocida como havapoo.[2]

El pobre basset hound solo se ha cruzado en trece ocasiones, pero entre ellas se cuenta su casi imposible —y absolutamente repugnante— unión con el perro salchicha, que dio como resultado el todavía más imposible (de pronunciar, entre otras cosas) basschshund. Probablemente no habrías querido estar presente cuando el basset y el shar pei chino se liaron, o el basset y el chow chow. En mi mente traumatizada puedo oír un montón de voces humanas gritando «¡ánimo!» mientras se esparcen pétalos sobre los cojines, y es difícil no quedarse perplejo y horrorizado a partes iguales (horrorizado, sobre todo, porque la realidad, por desgracia, es muy distinta y carece por completo de romanticismo).[3]

Además de dichos documentos, el IDCR proporciona una breve guía sobre el temperamento de todos los perros que certifica, y estas guías son como una mezcla de TripAdvisor y Top Trumps, y se rigen por un sistema de clasificación a base de estrellas. Así, el cavamo (el cruce entre el perro esquimal americano y el cavalier king charles spaniel, registrado por primera vez en 2009) obtiene cuatro de cinco estrellas en cuanto a compatibilidad con otras mascotas, tres de cinco en lo que respecta al nivel de actividad, a la necesidad de cepilladura, a la amabilidad con las personas y a la capacidad para ser adiestrados, y dos en lo que concierne a las mudas de pelaje y al nivel de ruido (es decir, no es demasiado ladrador o quejica). Si lo que quieres es una vida tranquila, no tengas un jackapoo (el cruce entre un caniche y un jack russell terrier). Este tiene cinco estrellas en ruido. Pero como también obtiene cinco estrellas en capacidad para ser adiestrado, es de suponer que se le puede entrenar para que no ladre tanto. Evidentemente, no se trata de una ciencia exacta; la expresión «adivinanza a ciegas» podría ser, de hecho, más apropiada. El IDCR no está ya tan activo como solía, pero encontrarás muchas páginas web similares con aún más nuevas opciones de razas. Designer Breed Registry ofrece certificados para el muggin (el cruce entre un pinscher miniatura y un carlino) y el bolonauzer gigante (el de un boloñés y un schnauzer gigante), además de una cita pseudoedificante y del todo vomitiva en su página de inicio: «[…] gracias a aquellos que sueñan […] y no ven límites […] aquellos a quienes mueven la pasión y el impulso de crear […] los pioneros que tienen una visión y la persiguen […] y cuyos instintos creativos han regalado a la humanidad una colección extraordinariamente diversa del Mejor Amigo del Hombre para que nos acompañe en nuestra andadura».

Los aficionados a estos cruces disparatados tal vez sostengan que no debería haber otra cosa; total, si están bien cuidados en hogares afectuosos, ¿por qué no? Caminando por el parque y en zonas urbanas, nos encontraremos con muchos de estos nuevos perros encantadores. Puede que incluso te dejen boquiabierto, porque muchos irán vestiditos con un abrigo de lana, un pañuelo o un conjunto comprado en internet que hará que un bolonoodle y un malteagle parezcan un dinosaurio (pon, si no, «abrigo de dinosaurio para perro» en Google Imágenes, ya verás cómo la

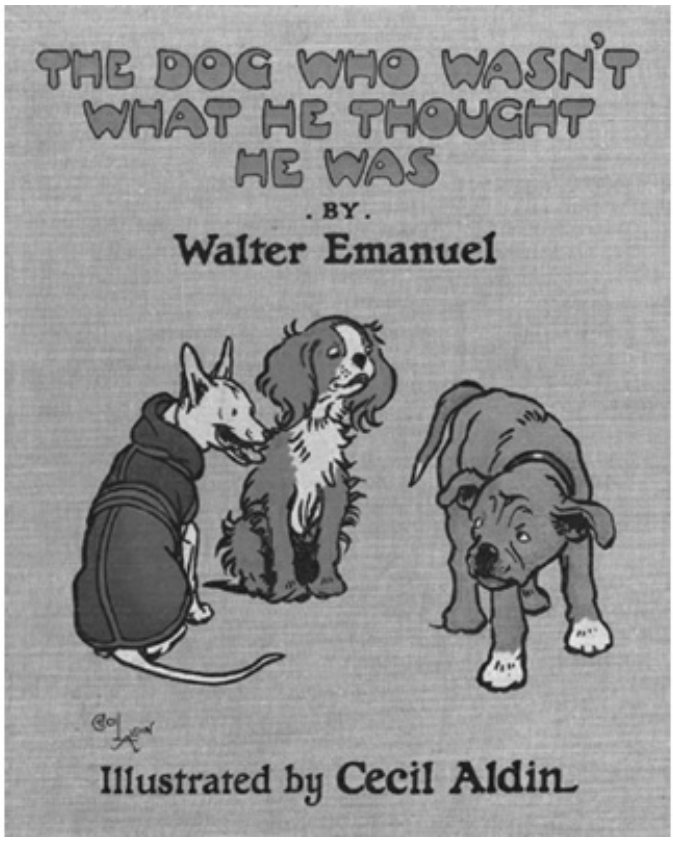
mandíbula te llega al suelo). Estos perros dinosaurio no se extinguirán pronto; les espera, por el contrario, una larga y próspera vida. Lo único que los matará será la asfixia por sobreprotección.

Por desgracia, los perros más mimados tienen sus opuestos. Hay demasiadas historias de maltrato como para convertir la simple monada en un propósito aceptable; es evidente que se hace mucho caso omiso de la legislación británica, que exige que cualquiera que críe tres o más camadas al año con la intención de vender los cachorros sea sometido a inspección por parte de la autoridad local. (Existen leyes similares en otros países; su aplicación es difícil y no logran frenar durante mucho tiempo a nadie que esté decidido a lucrarse con el negocio de los perros, sobre todo en Europa central y oriental). Hay noticias horrorosas de granjas de cachorros que producen perros ciegos, deformes y enfermos, y de pequeños perros sedados que son objeto de tráfico a través de las fronteras en condiciones que casi los matan por asfixia solo por el afán de lucro. Una sola compra basta para respaldar y ampliar esta cadena.

Y luego están los «teacup dogs»,[4] tan pequeños y tan ligeros (un kilo y medio, o menos) que caben en la palma de la mano y se pueden llevar en el bolso; a menudo se venden como «perros de apartamento», lo que exime a los dueños de la responsabilidad de sacarlos a pasear o a que hagan ejercicio y los convierte poco menos que en gatitos. Se crían a partir de perros que, de por sí, son muy pequeños, pero que proceden con frecuencia de camadas afectadas por defectos congénitos. Son propensos a padecer del corazón, disfunciones hepáticas, hipoglucemia, problemas respiratorios, ceguera y una afección que se conoce como «luxación de rótula», lo que significa que, si alguna vez saltan del bolso o cualquier otro receptáculo a la acera o el parque, no podrán caminar. La pregunta «¿Qué tienen de malo estos perros?» es, desde luego, más fácil de responder que la pregunta «¿Qué tienen de malo estos criadores y dueños?».[5]

El culebrón empezó a principios de la década de 1980, cuando un hombre llamado Wally Conron, que trabajaba como director de cría de la Real Asociación de Perros Guía de Australia, en Victoria, recibió una petición que creyó que podría satisfacer sin despeinarse. La petición era la siguiente: en Hawái, una mujer con problemas de visión necesitaba un perro guía que también fuera apto para convivir con su pareja, que era alérgica al pelo de los animales.

«Pensé que sería pan comido —recuerda Conron más de veinte años después—. Enseguida recurrí al caniche estándar, un perro que se puede adiestrar muy bien y que por ese motivo, y porque tiene un pelaje muy rizado, parecía la raza más adecuada… Pero estaba muy equivocado». Conron, que por aquel entonces tenía sesenta años y una enorme experiencia, pasó dos años ensayando con varios caniches y llevó a cabo más de treinta pruebas. Pero seguía sin encontrar uno que le sirviera como perro guía. Desesperado, decidió cruzar un caniche macho con uno de sus labradores retriever. El resultado fueron tres cachorros, uno de los cuales no hizo estornudar a la pareja de la mujer hawaiana, y así dio comienzo un nuevo programa. El perro recibió el nombre de Sultán y, con el tiempo, desencadenaría una auténtica revolución.



Crisis de identidad en 1922; la historia no siempre acaba bien. Mary Evans Picture Library.

Se esperaba que los tres cachorros se convirtieran en perros guía, de modo que era necesario que pasaran un año con familias. Una vez más, Conron se equivocó sobre la facilidad para lograr esto último. «Nadie quería un cachorro de raza cruzada; todos los que estaban en la lista de espera preferían aguardar a uno de raza pura». Además, nadie había visto antes este tipo de perros y muchos no veían su existencia con buenos ojos.

Como los cachorros seguían sin hogar después de ocho semanas, Conron tuvo una idea. «Decidí dejar de mencionar la palabra "cruce" e introducir en su lugar el término "labradoodle"». Todo cambió. «Durante las semanas siguientes, nuestra centralita se inundó de llamadas procedentes de otros centros de perros guía, personas con problemas de visión y alérgicos al pelo canino que querían saber más sobre este "perro maravilla". Mis tres cachorros seguían siendo cruces, al fin y al cabo, pero el furor no dejó de crecer».

Como era de esperar, los criadores tradicionales de perros de pedigrí se mostraron menos entusiastas. A decir verdad, más bien desdeñosos. Cuando Conron trató de explotar su éxito obteniendo más caniches para un programa de cría más exhaustivo, el Consejo de Control Canino de Australia le dijo que cualquier criador establecido que suministrara perros para su programa sería eliminado de su registro. De nada sirvió que Conron asegurara al KCC que los perros resultantes no se criarían con fines lucrativos, sino para ayudar a los ciegos, y que Sultán estaba demostrando ser una ayuda inestimable en Hawái.

Algunos criadores sí consideraron importante el programa de Conron y le ofrecieron sus caniches machos para que los cruzara con sus labradores, pero entonces surgieron otros dilemas:

de la siguiente camada de diez labradoodles, solo tres no provocaban ataques en los alérgicos. Con el paso de los años, y a medida que el programa se perfeccionaba, la demanda no dejó de crecer. Qué había de malo (cabía pensar) en que los labradoodles salieran tan bien en las fotografías. A Conron le gustaba que la gente le prestara tanta atención y su trabajo le satisfacía. Y hasta se divertía; cruzó un labradoodle con otro labradoodle y lo llamó «doubledoodle», y a la siguiente generación «tripledoodle».

Pronto ocurrió lo inevitable: surgió la competencia, lo que Conron llamaba «criadores de patio trasero». «¿Se molestaban esos criadores en comprobar que sus sementales y sus hembras no tuvieran defectos hereditarios —se preguntaba en el *Reader's Digest* australiano en 2007— o simplemente se dedicaban a entregar a clientes ávidos el siguiente símbolo de estatus?».

¿Qué es lo que distingue a un cruce de lo que antes se llamaba «mestizo» o «chucho»? La intención. Y la semántica: a menudo se dice que un perro de dos razas de pedigrí es un mestizo, mientras que uno procedente de tres (es decir, con una madre que es hija de dos razas y un padre que procede de una tercera) es un chucho. Pero esta definición no se tiene en pie y es bastante compleja; el lurcher, por ejemplo, no se considera una raza pura, sino un cruce entre un perro del grupo de los sighthound y otro de los scent hound, o quizá de un terrier.[6]

La Fédération Cynologique Internationale (FCI), una organización belga fundada en 1911 con el objetivo de representar a muchos clubes caninos de todo el mundo, reconoce más de 337 razas. El Kennel Club de Gran Bretaña, por su parte, reconoce 212 razas con pedigrí, mientras que el American Kennel Club registra 192. Es significativo que los nombres de muchas razas puras tradicionales reconocidas oficialmente sean ahora más desconocidos (y también su aspecto) que los popularizados por Wally Conron. El cóctel de nombres de los perros de diseño nos hace gracia, aunque el chiste no dé mucho más de sí y no riamos los últimos, porque el cavachón, el cavapoo y el goldendoodle son ya más reconocibles (tanto por el nombrecito de marras como por el aspecto) que el schweizer laufhund de raza (un perro de caza suizo, de excepcional olfato, que se asemeja a un beagle más alto y estirado), el treeing walker coonhound (un descendiente del fox-hound, hábil en la persecución de las presas de caza —en especial de las que se quedan en los árboles— y bastante ladrador, con un pelaje liso salpicado de motas blancas y negras y un poco harapiento), el lancashire heeler (pequeño y achaparrado, no muy distinto de un corgi, pero con un pelaje más oscuro, orejas puntiagudas y erguidas; un hábil perro ratonero, adiestrado en un principio para aguijar a las reses de camino al mercado, pero que ahora es una mascota familiar, cariñosa y un tanto testaruda), el slovenský kopov (un hermoso sabueso, de ascendencia eslovaca y pelaje negro, hocico como el de un labrador y orejas grandes; un valiente cazador) y el porcelana (blanco, brillante, de pelo corto con motas oscuras y luminosas y orejas marrón claro, de origen francés y suizo; un cazador aplicado, con un cuello largo y orgulloso).

Y recordemos que ya nos hemos visto inmersos en esta locura, o muy cerca de ella. En enero de 1899, una ilustración publicada en *Punch* parodiaba la variedad de criaturas extrañas que se habían vuelto tan populares en los parques reales de Londres. En el dibujo se ve a una mujer vestida a la moda que pasea junto a ocho perros de tamaño y temperamento variados, todos vagamente reconocibles, pero también todos algo cambiados. Parece que hay un lobero irlandés, un chihuahua, un perro salchicha y un bulldog, pero el perro salchicha tiene escamas y el bulldog, colmillos de morsa. Un pie de foto revela su verdadera identidad: «Dorgupine, crocadachshund, pomme-de-terrier, ventre-à-terrier, hippopotamian bulldog, german sausage

dog, hedge-dog, bug-dog».[7]

Los extremos a los que hemos llegado hoy en día, gracias a los avances tecnológicos e impulsados por la búsqueda de lo nuevo y único, son solo eso, extremos. *Punch* ya se hizo eco de este deseo de insaciable novedad a finales del siglo XIX, pero la tendencia ya hacía levantar el ceño a muchos en aquella época, e incluso a los propios perros, al menos en una ocasión. *The Dog of Knowledge*,[8] un libro satírico que se publicó en 1801 y cuyo autor era, presuntamente, un terrier llamado Bob, contenía un mordaz pasaje en su primer capítulo en el que el perro contaba cómo había llegado a ser el autor.

El terrier es una raza antigua y la robustez es uno de sus principales rasgos; su pelaje áspero solía ser de un curtido color tostado. Pero ya no es así, y Bob culpa de ello al «afeminamiento de los tiempos modernos».

> La humanidad no se conforma con practicar todas las artes que aceleran su propia degeneración, sino que también se esfuerza por dar un nuevo toque, más suave, a los animales. Se suponía que una mezcla entre el auténtico terrier y el pequeño beagle produciría una variedad muy delicada que reuniría las cualidades más agradables de ambos […]. La raza mixta se considera mucho más elegante, más educada, más variada y más bella, en cuanto colorido, que la pura de cualquiera de las dos.

A la pregunta de por qué la gente elige vivir con un perro en lugar de con otro no puede responder la ciencia. Lo que intuimos quizá sea lo cierto: los dueños eligen perros que se parecen a ellos, tanto en temperamento como en aspecto, o que, de algún modo, los «completan». O perros que se parecen a bebés. O perros que compensan de algún modo una actitud de la que carecen o que desean proyectar: perros agresivos, perros enormes, perros sociables. Cabe imaginar que los perros con mala imagen, como los que tienen problemas de comportamiento o son propensos a las enfermedades, serán cada vez menos populares, con el tiempo, y se criarán a sí mismos fuera de la reserva genética. Por otra parte, cabría sospechar, y ciertamente esperar, que los perros más longevos fueran los más populares: ¿no te gustaría que un perro que le proporcionara la compañía más fiable, la mejor asistencia y la promesa de un amor incondicional estuviera junto a ti el mayor tiempo posible? Pues parece que no.

Hasta hace poco, estas pruebas eran en gran medida anecdóticas e incuantificables. Pero en 2013 un cuarteto de sociólogos de Brooklyn, Estocolmo, Carolina del Norte y Pennsylvania publicó un artículo que sugiere que los dueños de perros eligen sistemáticamente a sus compañeros basándose en decisiones extrañas, aleatorias y a veces malas.

Los investigadores partieron de una pregunta a la que no pudieron responder de inmediato. ¿Por qué el número de registros de cachorros de setter irlandés en el American Kennel Club, que era de unos dos mil quinientos en 1961, subió a más de sesenta mil en 1974? ¿Y por qué descendió a unos tres mil en 1986? ¿Había sido quizá el responsable una película o un popular programa de televisión? ¿Hubo alguna estrella de la música o del deporte que posara con setters irlandeses hasta que tanto ella como sus perros cayeron en desgracia? (La respuesta a estas dos últimas preguntas fue «es posible»). ¿Y cómo explicar los cambios en la popularidad, entre 1926 y 2005, de otras razas caninas registradas en el AKC, el aumento constante durante este periodo del labrador retriever y el yorkshire terrier, por ejemplo, hasta el lento y triste declive del boston terrier, el american water spaniel y el galgo? El papel cambiante que el perro ha desempeñado en la sociedad —desde las funciones agrícolas, cinegéticas y deportivas hasta el auge de las mascotas domésticas— puede explicar parte de esta evolución, pero también hay otros factores

en juego, aunque la longevidad, la salud o el comportamiento del perro no parecen muy relevantes.[9]

El estudio investigó la relación entre las características de la raza y su popularidad, cotejando para ello los datos de popularidad registrados por el AKC, los datos de comportamiento del Cuestionario de Evaluación e Investigación del Comportamiento Canino (C-BARQ) y los datos de longevidad y salud procedentes de varias fuentes, entre ellas los registros de veterinarios, hospitales caninos y bases de datos de razas específicas de Estados Unidos y el Reino Unido.

Los investigadores no encontraron indicios de que el comportamiento, la salud o la longevidad hayan sido importantes para determinar el éxito poblacional de una raza. Más bien al contrario: las razas más populares sufrían importantes problemas de salud (enfermedades hereditarias como la displasia de cadera en el labrador, cálculos en la vejiga en el schnauzer miniatura o la enfermedad de Von Willebrand, que afecta con demasiada frecuencia al corgi, el pastor alemán y el caniche), y tal vez más problemas de comportamiento. Por el contrario, no había indicios de que las razas con temperamentos más deseables, una mayor esperanza de vida o menos trastornos genéticos hereditarios fueran más populares que otras. Los perros considerados más difíciles de adiestrar y que sufrían más ansiedad debido a la separación tenían un gran éxito en los tiempos modernos. ¿Qué nos dice eso acerca de los dueños? ¿Que la salud es algo secundario a la hora de adquirir un perro doméstico? Y ¿debería preocuparles a los perros y los dueños que los investigadores encontraran señales evidentes, con el paso del tiempo, de las «fluctuaciones acusadas y aparentemente caprichosas que son la marca distintiva de las modas y caprichos»?

Wally Conron, que sigue viviendo en el sudeste de Australia, tiene ya más de ochenta años. Cuando los periodistas lo entrevistan, habla casi siempre con remordimiento. Dice que detectó las señales de peligro a principios de los años noventa, mucho antes de que se desatara la manía por el diseño que conocemos hoy. Otros criadores menos experimentados producían labradoodles sin los cuidados y conocimientos necesarios para convertirlos en perros de asistencia fiables; criados con escasa conciencia de los problemas hereditarios de salud y comportamiento, los cachorros solían mostrarse lentos, imprevisibles y nerviosos. Conron crio treinta y un labradoodles, pero cuando se jubiló y se recluyó en lo que él llama su «pisito caja de zapatos» (lo que deja bastante claro que nunca le movió el afán de lucro) había miles en todo el mundo.

Cuando se le pregunta si está orgulloso de sus logros, frunce el ceño. «He hecho mucho daño a la cría pura y he enriquecido a muchos sinvergüenzas —declaró a Associated Press en 2014—. Cuando me jubile, me preguntaré si hemos criado un perro de diseño o un desastre. En lugar de eliminar los problemas, los están introduciendo. Por cada ejemplar perfecto, encontrarás muchos completamente locos». Le horrorizaba la posibilidad de cruzar un caniche con un rottweiler. «¿Por qué demonios habría que hacer eso?», se preguntaba. Era una pregunta justa, y la respuesta quizá sea bastante simple: los humanos siempre hemos buscado tanto la novedad como la perfección. Si creemos que se puede mejorar de algún modo a un perro, lo haremos; si creemos que es posible juzgar a un perro como superior a otro, convertiremos, desde luego, el desafío en un espectáculo muy rentable.



Listos para el ring: un orgulloso springer spaniel inglés y una adiestradora aún más orgullosa en Crufts. Imagen del autor del libro.

8
CÓMO GANAR UNA ESCARAPELA



Cuando salí de Crufts, a primera hora de la tarde del 7 de marzo de 2019, era un auténtico manojo de nervios. Uno entra en el Centro Nacional de Exposiciones (NEC) de Birmingham bastante convencido de que su perro es el mejor del mundo y sale sintiéndose del tamaño de una hormiga. Dentro de ese inmenso y atestado pabellón se celebra una justa entre los mejores, los ejemplares más finos y acicalados del género. Casi todas las razas puras están presentes allí, pero solo el 1 por ciento más granado, la aristocracia pura, ocupa la cima. A ni uno solo de esos perros le huele el aliento y ninguno tiene menos de cuatro nombres. Sus partes bajas están tan relucientes como el fregadero de una cocina de escaparate. Y muchos tienen la nariz tan alta que bien podrían estar detectando vida en Júpiter, a juzgar por la atención que les prestan a sus congéneres de los grados inferiores. Esos perros de las altas esferas están ahí para ganar, y, si no para ganar —porque no todos ganan—, sí para humillarte y estampar su huella en tu alma como en un felpudo.

Aparte de eso, todo es bastante divertido. Durante cuatro días de marzo de 2019, Crufts congregó a unos ciento sesenta mil humanos y veintiún mil perros, y podías distinguir a los unos de los otros porque los humanos eran los que babeaban. No había nada que no se pudiera comprar para hacer la vida de un perro más parecida a la de un humano, y enumerar siquiera la mitad de los artículos ocuparía medio libro, pero quizá se pueda comenzar por algunos de los productos más innecesarios. Esto ya da para mucho.

Empecemos, pues, por la cinta de correr canina Fit Fur Life (para perros sobrealimentados que han perdido el entusiasmo; entre 870 y 2.520 libras, dependiendo del tamaño) y continuemos con Devine Spinning, la empresa que fabrica un perro de peluche tejido con el pelo de tu propia mascota (puede usarse como juguetito o como cojín). También puede uno comprar una pajarita de tweed para perros de Hugo and Hudson y un sinfín de batines y chaquetas. ¿Que tu perro se moja? Hay muchas formas nuevas de secarlo si una toalla normal no basta (la Doggy Bag, con número de patente 1310202.8, promete que «Perro mojado y cubierto de barro que entra, perro seco y limpio que sale», y el cavalier king charles spaniel que aparecía en el folleto promocional daba la impresión de querer quedarse envuelto en la Doggy Bag hasta el día de su muerte). También me llamó la atención el collar Dogmatic, que sustituye a la tradicional correa por un arnés más elaborado; este se coloca sobre el cuello y el hocico del perro —es muy parecido a la brida de un caballo—, y está diseñado para limitar la tendencia del animal a tirar de la correa y, por tanto, «devolverte el control». Por lo demás, hay un sinfín de posibilidades para ocultar o

enmascarar las realidades de la vida canina, como la fórmula Bio-Enzyme Odour Management de Aroma, que promete «erradicar por completo los malos olores persistentes, causados por la orina, las heces o el vómito, en superficies duras y blandas de toda la casa y del coche». ¿Alguien quiere un nuevo cachorrito?

Las exposiciones caninas llevan vendiendo productos para perros desde el siglo XIX, muchos de ellos, como ahora, superfluos o muy sospechosos, o ambas cosas. En 1889 un corresponsal del *Stock-keeper and Fanciers' Chronicle* asistió al St. Bernard Show de Windsor y se encontró con una empresa llamada Rackhams que ofrecía bolas contra el moquillo, un «remedio seguro para todo». Otra empresa llamada Astley ofrecía algo que sería la última y única pastilla que tu perro necesitaría, el no va más de la charlatanería, el «K-9 curalotodo»; no importaba lo que tu perro padeciera, el K-9 lo eliminaría. Bob Martin's vendía «píldoras afrodisiacas», al parecer para los perros viejos a los que les costaba encontrar tan atractiva como antes a la setter mustia del vecino, o viceversa. También se podía comprar una cadena para perros victoriana que garantizaba que nunca se enredaría o que, en caso de enredarse, se desenredaría sola.

Lo que más ha cambiado es la oferta alimentaria. Para los humanos, en Crufts hay sobre todo baguettes y asado de cerdo, pero para los perros la elección es doble. Los amantes de la tradición pueden encontrar buenas recetas a base de carne de primera: Platinum Natural Pet Food vende sobres con un 70 por ciento de carne de vacuno fresca aderezada con patatas, verduras, frutas, hierbas y aceites prensados en frío. Benyfit Natural ofrece un festín de carne de faisán —80 por ciento de faisán silvestre británico, 10 por ciento de hueso de faisán silvestre británico, 5 por ciento de riñón de buey y 5 por ciento de hígado de buey— diseñado para imitar una dieta salvaje, rica en nutrientes y propia de la época en que los perros vivían en el bosque o en el campo. La empresa también elabora comilonas a base de carne de cabra, conejo y venado, y un surtido especial para la cena de Navidad a base de pavo, nabo, coles de Bruselas y arándanos. Los puestos de comida cercanos ofrecen Meatiful, Ready Raw, Carnilove y Meatlove, todos ellos especialmente tentadores, con sus luces atenuadas, y Meatlove pone la guinda con su clásica «salchicha sorpresa para los entrenamientos».

Amén de todas estas opciones están también las que no llevan carne, perfectamente equilibradas —muchas de ellas adaptadas incluso para celiacos—. Aquí encontrarás los Yakers (aperitivos elaborados con leche de yak del Himalaya), una cena de pescado prensado en frío (con cúrcuma, aceite de lino, yuca y vinagre de sidra de manzana) y salmón y arroz hipoalergénicos Ocean Care (enriquecidos con cobre). Los síndromes nutricionales del ser humano se le contagian al perro con rapidez hoy en día. ¿Que tenemos una intolerancia o alergia a algo, o un flechazo con cualquier cosa californiana? Nuestros perros también. ¿Cúrcuma canina? Qué locura pensar, como hacíamos antes, que con unos pocos huesos y pellejos era más que suficiente.



Alarde de raza: Charles Cruft, el gran pionero de las exposiciones caninas.
Alamy/Chronicle.

Cuando te fundas todo el dinero, te puedes tomar un respiro para ver perros de verdad. Los mejores momentos de Crufts en carne y hueso solo se parecen muy de pasada a los mejores momentos de Crufts televisados. En la televisión, lo que se suele ver son ejemplares gordos trotando bajo los focos con la mirada ansiosa, pero los grandes espectáculos tienen lugar en una parte del NEC que está separada de las salas de exposiciones, y es en estos recintos forrados de césped artificial y mucho más pequeños donde se celebran las pruebas, las eliminatorias y las competiciones junior, el lugar donde los corazones se rompen antes de tiempo. Solo un perro puede ganar en cada apartado (*Gundog*, *Utility*, *Working*, *Toy*, *Pastoral*, *Terrier* y *Hound*), y solo uno de ellos puede alzarse con el *Best in Show*, pero ganar cualquier cosa en Crufts, incluso la escarapela del tercer puesto en las competiciones de Ringcraft o Junior Handling, es un gran logro. Inevitablemente, hay un gran número de perros que pasan la noche en el Astra sin haber conseguido nada y, en el viaje de vuelta a East Sutton o North Weald, en una gélida noche de marzo, tanto ellos como sus dueños se preguntarán, seguro, para qué sirve todo esto.

Para que los perros sean felices. Por la alegría de estar con otras personas tan locas por los perros como tú. Por la oportunidad de encontrar algún objeto de *merchandising* canino que no sabías que necesitabas, y con la tranquilidad de saber que después de Crufts vienen el Easter Classic en el National Show Centre de Cloghran, en el condado de Dublín, el 195th Benched General Championship en el Royal Highland Showground de Edimburgo y el 91th Anual Championship Show de la Bath Canine Society en Bannerdown, Bath.[1]

A continuación, abordaré otras cuestiones destacadas que las personas y los perros que no han

pisado Crufts en su vida tal vez deseen conocer:

Pregunta: ¿Huele muy mal el NEC? Y ¿dónde hacen sus necesidades los perros?

Respuesta: No huele ni mejor ni peor que la mayoría de las casas donde hay perros. En los laterales de los pabellones hay varias zonas para los «vertidos», arenosas y fragantes, donde se pueden despachar esos asuntos.

P.: ¿Es la prueba de agilidad —esa competición alocada en la que los perros tienen que correr por túneles de PVC, zigzaguear en una hilera de postes y subir rampas con forma de A— tan estúpida y graciosa como parece por la televisión?

R.: Sí, claro, pero solo cuando sale mal. Es como la Fórmula 1; no pagas para ver velocidad, pagas para ver acción. A veces, si uno tiene mucha suerte, ve el equivalente canino de un accidente, un perro que dice: «No pienso saltar eso, ¡lo que quiero es pasármelo bien!».

Este año, el perro en cuestión se llamaba Kratu. Kratu procedía de un refugio para perros rumano y era tan peludo y tan patoso que todos los que lo veían querían llevárselo a casa y abrazarlo. Peter Purves, antiguo presentador de *Blue Peter* y comentarista habitual de Crufts, presentó a Kratu como «un perrazo de Wood Green» que técnicamente —todo hay que decirlo— no es una raza reconocida aún por el Kennel Club.[2] En palabras de Purves, Kratu «estaba intentando hacer su carrera», que es un poco como decir que Harry Kane «estaba intentando marcar su gol», cosa que, en realidad, no era cierta. Lo que Kratu intentaba era echarse unas risas, o hacer el tonto, pero lo que es la carrera… estaba bastante claro que la había dejado para otro día.

Saltó bien el primer obstáculo, pero ignoró por completo el segundo. Después tuvo que sortear el túnel de plástico enroscado. Entró sin problema, pero no salió precisamente con facilidad; se quedó sentado en la boca de salida, lamiéndose el hocico. Por fin asomó la cabeza y su cuidadora, Tess, lo arrastró por el recorrido cogiéndolo por el collar hasta que llegó a la siguiente valla, que Kratu saltó sin problema. Pero se negó a hacer lo mismo ante el siguiente obstáculo, y, en lugar de ello, corrió hacia la entrada de la pista. Luego volvió al túnel y, de nuevo, se negó a salir de él. Cuando se cansó, se dio la vuelta y reapareció en la entrada, con un gesto absolutamente encantador.

Purves, que no sabía si seguir leyendo sus notas o entregarse al espectáculo de Kratu sin reservas, hizo un esfuerzo y leyó: «Se trata de un perro rescatado en Rumanía en unas condiciones absolutamente horrorosas…», pero al final no pudo más y dijo, poniéndole voz al propio Kratu: «Qué bien se está aquí. ¡Me encanta el túnel!». Después de unas cuantas decisiones incomprensibles de Kratu, Purves explicó: «En realidad, hay una ruta correcta, la que se supone que deben tomar, aunque Kratu no parece haberse dado por aludido, eso es todo lo que puedo decir». Luego añadió que Kratu era el primer perro rescatado en Rumanía que había sido entrenado como perro de asistencia, y que era «capaz de hacer todo tipo de cosas, excepto seguir instrucciones». A qué «cosas» se refería sigue siendo un misterio, aunque lo más probable, si fueras ciego, es que no te hiciera gracia que Kratu te guiase por un cruce con mucho tráfico.

P.: ¿Tiene un perro que ser muy ágil para ganar una de estas competiciones?

R.: Mucho. El reto es completar el recorrido en el menor tiempo posible y sin penalizaciones. ¿Cómo puede un perro incurrir en una penalización? El Kennel Club no tolera que se infrinjan las normas e impone duras exigencias. Acumulará cinco faltas por no sortear como se debe un objeto. Sumará cinco faltas más si el adiestrador toca deliberadamente el equipo o al perro, o

ambos (diez faltas). Ayudar a un perro a superar un obstáculo acarreará la eliminación inmediata. El rechazo de un obstáculo será sancionado con cinco faltas, y tres rechazos provocarán la eliminación. Un fallo en el intento después de un rechazo acarreará la eliminación. Tomar el recorrido equivocado, también. El manejo brusco, lo mismo. Un perro que lleve un collar inadecuado será eliminado. Un perro que dé muestras de estar fuera de control, también. Ensuciar el recinto —orinarse en él, por ejemplo— será asimismo motivo de eliminación.

P.: Si, en un arrebato infantil, tuvieras que seleccionar los nombres más descabellados de los últimos campeones de Crufts, ¿por cuáles empezarías?

R.: Bumblecorn Cats Nightmare, You Can Choose if Love or Fame, Plumhollow Top Hat, Roughshoot Fire and Ice with Baratom, Kiswahili Quantum of Solace, I Believe in Angels Oasis of Peace.[3]

P.: ¿A todo el mundo le gusta Crufts?

R.: No. La gente lleva quejándose de las iniquidades, las anomalías y las injusticias de Crufts desde que se creó, y quizá desde antes. Los victorianos criticaban tanto la corruptibilidad de los jueces como las «monstruosidades» que juzgaban. Hoy en día, muchos se sienten incómodos con el acicalamiento extremo y la cosificación. A las asociaciones en defensa de los derechos de los animales, entre las que destaca People for the Ethical Treatment of Animals (PETA), no les gusta por el tipo de cría que se requiere para ser campeón, o incluso para solo participar. «Al contrario de lo que afirma la propaganda de la industria de la cría —explica en sus folletos—, las exigencias de Crufts y, por extensión, de todas las exposiciones caninas de alto nivel, siguen provocando que los perros padezcan enfermedades y defectos genéticos dolorosos y potencialmente mortales. Gracias a un informe científico independiente, la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales (RSPCA) descubrió que todos los cambios introducidos por la industria en las prácticas de cría se han aplicado con demasiada lentitud y ni siquiera se acercan a abordar como es debido los graves problemas de bienestar que padecen los perros. Los atributos físicos siguen dominando los criterios de la cría, y la salud de los animales sigue siendo algo secundario». PETA también cree, con una lógica difícil de rebatir, que Crufts agrava la crisis de los animales sin hogar en el Reino Unido; por cada perro de raza pura que se gane la aprobación de los espectadores, habrá una nueva camada y una visita menos a un refugio. [4]

El Kennel Club ha reconocido el peligro que acarrea la cría selectiva cuyos objetivos son los atributos físicos extremos y cuenta con una estrategia documentada de salud y bienestar. También ha introducido varias iniciativas nuevas para abordar el problema. Afirma que los criadores deben cumplir siempre la Ley de Bienestar Animal (2006) y que los posibles compradores de perros deben asegurarse de realizar su propia investigación exhaustiva y comprarle siempre el animal a un criador responsable. El informe independiente sobre la cría de perros de raza en el Reino Unido, encargado por la RSPCA y citado por PETA, lo elaboraron la doctora Nicola Rooney y el doctor David Sargan. Se publicó en 2009 y ofrece un estudio muy útil que concluye así: «Las organizaciones benéficas, las asociaciones de veterinarios, los criadores de perros y todas las demás partes interesadas han de unirse para utilizar los últimos avances en genética y epidemiología con el fin de encontrar un nuevo modelo de cría canina. Afirmar que son numerosos los retos que debe afrontar la selección de perros sanos para producir

crías sanas no es exagerado».[5]

P.: ¿Ha habido alguna vez una muestra más fina y conmovedora de la endogamia inglesa que Crufts?

R.: No. Puede que no sea la exposición canina más grande del mundo (esa es la de Leipzig, Alemania, con casi cuatro veces más perros) o la exposición canina con más solera (probablemente lo sea el Westminster Dog Show de Nueva York, fundado en 1877), pero en 2019 Crufts es sin duda la única que cuenta con la señora Renée Sporre-Willes, la juez del grupo de los terrier. Sporre-Willes asistió a su primer Crufts en 1966, cuando lo que ella llama «un pequeño caniche albaricoque» ganó el *Best in Show*. Cuando se le pregunta qué hace que un perro de Crufts sea especial hoy en día, responde: «Una cabeza genuinamente característica».

En 1937 el poeta irlandés (y propietario de un borzoi) Louis MacNeice cubrió Crufts en el Olympia para la revista *Night and Day*. Le disgustó que en la exposición, que entonces celebraba su edición septuagésima sexta, hubiera dueños mejor educados y menos excéntricos que los que había visto en la edición anterior, celebrada en el Crystal Palace. No le gustaba nada la gente que se quejaba de que la cría con fines expositivos produce «un tipo artificial» de perro. «Los perros llevan una vida tan artificial que bien pueden parecer artificiales», dijo. Admiró a los sabuesos afganos con aspecto de jeques y a los veintiún terranovas que, según él, se paseaban «como sofás», aunque no le gustaron tanto los perros que, a su juicio, habían perdido algunas de sus características tradicionales (el gran danés se había vuelto demasiado «torpe» y los pequineses, «vulgares y pretenciosos»). Pero ¿qué hacía de Crufts algo tan pintoresco e inimitable? «Las ancianas sacaban bocadillos de los bolsos, por no hablar de los pequeños pero apetitosos huesos. Inglaterra sigue siendo ella misma, pensé…».

Lo único no inglés de Crufts es que se vea tan a menudo por allí a completos desconocidos hablando con completos desconocidos. «¿Tienes un perro?». «Tengo un perro». «¿Qué clase de perro es?». «Una perra muy buena, y apuesto a que tú también tienes una perra muy buena…».

P.: ¿Cómo gana un perro el *Best in Show*?

R.: Técnicamente, el proceso es sencillo y, por así decir, piramidal. Competiciones locales y luego regionales, después una competición en Crufts para ganar el premio al mejor de la raza seguida de otra competición para esa raza dentro de su apartado (*Gundog*, *Toy*, etc.), y, finalmente, cada ganador de grupo compite por el *Best in Show*. Toda una fase previa que se celebra durante varios meses antes de las competiciones finales, que se desarrollan en el NEC durante cuatro días.

Sin embargo, para ganar en Crufts, a un perro no se lo juzga por los mismos criterios que se siguen en casa, como lo cariñoso que es o el hedor que despide. Un campeón necesita una mezcla perfecta, una alquimia formada por la buena crianza, el respeto a las convenciones, un temperamento tranquilo, pero vivo, un acicalamiento impecable y un no sé qué misterioso que ni siquiera los jueces pueden definir con claridad. Un perro debe ajustarse al estándar de su raza hasta el último milímetro, pero también necesita chispa, presencia y una relación perfecta con su adiestrador. En otras palabras, no basta con ser un buen perro.

No hace mucho tiempo, era posible ser nada más que un buen perro y ganar en Crufts, un poco como el Steeple Sinderby Wanderers se las ingenió para ganar la FA Cup. Hasta 1967, cuando «Cruft's» se celebraba en el Olympia de Londres y aún tenía apóstrofe, cualquier perro podía presentarse el día de la inauguración con la fantasía loca de estar allí la noche de la clausura. Aparecían perros de todo tipo con todo tipo de problemas que sus dueños consideraban normales, como bultos inexplicables y moquillo. Hoy en día, los perros campeones que no ganan el *Best in Show* han superado tantos obstáculos preliminares para llegar hasta allí que tanto ellos como sus criadores bien pueden considerarse campeones.

Dicho esto, varias de las personas con las que hablé habían prácticamente tirado la toalla. Teresa Barker, por ejemplo, que lleva más de treinta años criando y exhibiendo chihuahuas, me dijo que aunque sus perros, tanto los de pelo liso como los de pelo largo, han triunfado a veces en su clase, superando a otros veinte chihuahuas, era «imposible» ganar el premio gordo. En Crufts puede haber más de doscientos chihuahuas en exposición, «pero los mejores criadores se quedan con sus mejores perros y no te venden sus cachorros. Llevo mucho tiempo en listas de espera». Hace poco, Barker pensó que había comprado un posible ganador de pelo liso a un criador de Europa central, pero, cuando el perro le llegó, descubrió en él un defecto que no se veía en el vídeo del vendedor. «Me lo ocultaron. Se supone que tienen las patas delanteras muy rectas, para que se muevan en línea recta, pero las suyas tienen una ligera curvatura que se puede esconder cuando saltan o se suben a una mesa». Barker, que vive en el norte de Londres, expone a sus perros por todo el país, normalmente cuatro a la vez, pero me dijo que últimamente ella y sus amigos habían empezado a preguntarse por qué lo hacían si tan dura es la competencia y tan considerable el gasto. Además, su segundo marido no es muy aficionado a los chihuahuas, algo que, teniendo en cuenta que la señora Barker tiene diez, a veces empuja el amor que siente por ella al borde mismo del precipicio. (A su primer marido le encantaban los perros, sin embargo, y vino con sus propios pastores alemanes).

Para hacerse una idea de lo que buscan los jueces hoy en día, se pueden consultar los informes oficiales de las exposiciones regionales impresos en *Our Dogs*. Es necesario ganar en estos certámenes para tener la oportunidad de aparecer en Crufts. Así, en la exposición de la Maidenhead & District Canine Society, por ejemplo, que en febrero de 2019 ganó un papillón (un perro faldero de la familia spaniel, pequeño y muy atildado) de cuatro años, un campeón de origen esloveno llamado Whip Honey Double Smash, cualquier espectador no familiarizado con la raza habría dicho quizá que qué bonito, qué ojos tan llamativos, con esas orejas negras que le daban ese aspecto de superhéroe enmascarado… Pero para Toni Jackson, que lo juzgó el mejor de la exposición, era todo «un artista del espectáculo, fascinante, siempre alerta y atento a su adiestrador, y su actuación fue fabulosa. Sus condiciones físicas eran magníficas, en lo relativo tanto al pelaje como a la musculatura. Su expresión era encantadora y las dimensiones de su cráneo, correctas. Preciosas las orejas con forma de pluma, anchas y abiertas, con el espacio alrededor de los ojos oscuro. Un perro muy bien formado, que se movía con soltura en todas direcciones, con paso vivo».

Este no era, claro está, un «perrazo de Wood Green». El *Reserve Best in Show* en Maidenhead fue para un husky siberiano de dos años llamado Jacalous Catch Me if You Can for Vukasin. El ojo del juez Jackson se enamoró del hecho de que Jacalous Catch Me if You Can for Vukasin tuviera un «equilibrio excelente y nada de exageración». Además, Jacalous Catch Me if You Can for Vukasin poseía un temperamento amable y «una cabeza típica de zorro, con unos preciosos ojos almendrados que acentuaban su expresión». Tenía «una buena osamenta y un buen pelaje,

sin ser exagerado», y, además, unos «hombros bien echados hacia atrás y una buena flexión de la rodilla que le otorgaba una angulación complementaria». Así que muy bien, excelente (pero sin exagerar), Jacalous Catch Me if You Can for Vukasin.



Damas en sus ratos libres; Una Troubridge y Radclyffe Hall con sus perros salchicha en Crufts en 1923. Getty/Topical Press Agency.

Hay un placer muy peculiar en estas descripciones y en otros informes similares. «Disfruté juzgando esta encantadora raza», dijo, por ejemplo, Toni Jackson. Otra juez, Bridget Harris, que forma parte de la London Cocker Spaniel Society, también consideró un honor y un privilegio que se contara con ella. «Disfruté mucho examinando perros de tanta calidad», afirmó, aunque observó que «algunos ejemplares podrían haber recibido un mejor cuidado dental». A estos jueces, y a las personas cuyos perros juzgan, se los conocía antes como «los fascinados por los perros», aunque la expresión ya está algo anticuada. Hoy en día, el calificativo «perruno» es bastante más popular. Una persona perruna puede preguntarle a otra que no lleve golosinas de pollo en el bolsillo o que no esté cubierta de pelo: «Tú no eres muy perruno, ¿verdad?».

P.: ¿Se puede comprar un perro en Crufts?

R.: No exactamente. Pero tras la visita tendrás una idea mucho más clara del tipo de perro que te conviene. Lo más útil de Crufts no son las exhibiciones de agilidad u obediencia, sino las casetas situadas en el perímetro de los pabellones, con uno o dos ejemplares de casi todas las razas que se pueden tener (unas doscientas en total). Si alguna funesta fatalidad se abatiera sobre el mundo y solo se salvase el NEC, sería posible preservar y regenerar casi todo el universo canino de pura raza a partir de estos magníficos ejemplares; algo que también tiene su gracia.

Los perros de las casetas se exponen por orden alfabético de raza, lo que puede provocar cambios repentinos de devoción. Puede que llegues con el corazón puesto en un perro salchicha de pelo largo y acabes enamorándote de un cirneco del Etna, que necesitará un poco más de

ejercicio, un sofá más grande y otro idioma. O que entres buscando un terranova gigante (tan grande que necesita dos casetas) y te vuelvas loco por el perro de agua portugués de tamaño medio del vecino que está al lado, en la caseta contigua. Dentro de las casetas, se describe a los perros según sus necesidades de ejercicio (desde menos de media hora al día para el chin japonés hasta más de dos horas diarias para el schnauzer gigante), su longevidad estimada (desde menos de diez años para el mastín hasta más de doce para el schnauzer gigante) y si se adaptan mejor a la ciudad o al campo. El terranova es decididamente rural, mientras que el russkiy toy, el pequeño perro ruso, prefiere las ciudades. El schnauzer gigante es feliz en ambos entornos, por lo que es muy adecuado para los habitantes de la ciudad a quienes les gusta irse de retiro los fines de semana.

En un intento de demostrar que no carece totalmente de humor ni está fuera de onda, el Kennel Club lanzó en 2012 Scruffts, un concurso paralelo a Crufts pero específico para chuchos. En él se premiaba al perro mestizo «más apuesto», a la perra mestiza «más guapa», al perro mestizo «golden-oldie» (a partir de ocho años), al mejor perro mestizo rescatado y al considerado «el mejor amigo del niño». Se trata de un cambio positivo con respecto a épocas anteriores. En 1932 un número de *Country Life* incluía un anuncio en el que se rogaba a los lectores: «No compre nunca un perro mestizo. Los criadores los venden a precios muy razonables. Pregunte por cualquier raza que le interese en la exposición canina Crufts la próxima semana».

Charles Alfred Cruft no inventó la exposición canina, pero era un *showman* consumado, de modo que no tardó en hacerla suya. En 1891 puso en marcha la primera exposición canina de la que todo el mundo había oído hablar, incluso los que no tenían perro. Le añadió la algarabía del circo y la variedad del music-hall, y, cuando acabó su primer evento en el Agricultural Hall de Islington, había convertido la exposición canina en un fenómeno industrial.

Era el hijo de un joyero londinense, y su primera (y única) ambición declarada fue la de triunfar en la vida. Su primera relación profesional con los perros se produjo cuando, a los veinte años, trabajó para James Spratt, una de las primeras empresas que comercializó alimentos específicos para animales. Las galletas de Spratt consistían en cereales, remolacha y una especie de fluido de carne de vacuno (probablemente sangre), comercializadas inicialmente como Spratt's Patent Meat Fibrine Dog Cakes. No eran pastelitos, o al menos no en el sentido moderno, pues carecían de esponjosidad y humedad. Se basaban en los indestructibles bocadillos secos que ingerían los marineros en el mar, y se convirtieron enseguida en una opción muy extendida entre la nobleza terrateniente, que alimentaba con ellos a sus perros de caza. Una publicidad inteligente vinculó el producto a los perros que triunfaban en las exposiciones caninas, como hicieron años más tarde los fabricantes de Pedigree Chum y Eukanuba; literalmente, se retroalimentaron.

Cruft era un experto en ventas y en publicidad. Su trabajo de promoción para varias sociedades caninas le llevó a dirigir las secciones caninas de la Exposición Universal de París de 1878. En Londres, organizó exposiciones para spaniels y terriers, con casi seiscientos participantes, en el Old Royal Aquarium de Westminster, en 1886. La exposición se amplió a los perros toy en 1890 y a todas las razas el año siguiente (en la primera exposición participaron 2.437 perros de 36 razas distintas).[6] Justo antes del estallido de la guerra, en 1914, participaron más de cuatro mil perros y la exposición de Cruft se hizo famosa en el mundo entero, a pesar de que las instituciones más antiguas, como el Kennel Club, consideraban que los perros y los

jueces no estaban a la altura y, además, eran unos corruptos.[7] Cruft rechazó todas las críticas con la bravuconería que se había convertido ya en su sello distintivo, aunque él mismo no se libró de que lo engañaran. La manipulación mediante los cruces estaba ya en su apogeo, y, en su búsqueda del perro perfecto en todas las categorías, Cruft fomentó esta nueva y grosera ciencia. A sus exposiciones se les atribuye la rápida popularización en Gran Bretaña de novedades importadas como el borzoi, el saluki, el basenji, el crestado rodesiano, el pequinés y el sabueso de Lofoten (también conocido como lundehund noruego). El sabueso anguila siberiano también podría haber tenido su día de gloria en 1931 si Cruft no hubiera sido alertado justo antes de la inauguración de que su inscripción era una broma, y de que lo habían llamado así por la raza de perro ficticia que salía en *¡Muy bien, Jeeves!*, de P. G. Wodehouse.

Cruft tuvo muchos precursores, entre ellos Charlie Aistrop y Jemmy Shaw, que organizaron competiciones a mediados de la década de 1850, a menudo en los patios traseros de los pubs, para perros ratoneros. (Los ganadores, con el mayor número de ratas capturadas, se vendían al mejor postor. Shaw también comerciaba con otros cazadores de ratas, como gatos, hurones y mangostas). La primera exposición oficial de perros de raza se celebró en el Ayuntamiento de Newcastle upon Tyne en 1859, y los jueces concedieron premios (escopetas) a la mejor «versión» de un perro, independientemente de su utilidad o habilidad, pero solo se presentaron perdigueros y setters, y únicamente se inscribieron sesenta participantes.[8]

Tres años más tarde, una exposición en Islington atrajo la atención de un corresponsal de *All the Year Round*, el semanario editado por Charles Dickens.[9] «Algunos premios se ganan por el tamaño, la profundidad del pecho, el acabado limpio de las extremidades y la simetría de las puntas», señalaba, refiriéndose a las categorías de setter, retriever, galgo y perdiguero.

> Pero ahí está el bulldog, orgulloso de ser patizambo y paticorto, de tener los ojos saltones y la nariz pintona, la piel salpicada de manchas y una reputación lamentable. La piel del perro de San Huberto, por lo visto, debe colgar en pliegues espantosos alrededor de la garganta y las mandíbulas, con una papada semejante a la de un toro. El cavalier king charles spaniel lleva un flequillo en las patas que las asemeja a los pantalones de un marinero y tiene la nariz tan respingona que se podría colgar el sombrero en ella si no fuera tan desquiciadamente corta.

El autor exponía a continuación algunas otras penurias.

> Un perro es una verdadera lata: aúlla por la noche; es fatigoso alimentarlo; quiere salir cuando no te queda otra que ir a algún sitio por negocios y no puedes llevártelo, de modo que tienes que ver cómo se te queda mirando, con la cabeza ladeada, mientras lo encierras, y eso basta para romperte el corazón. No les gusta a tus amigos porque estropea sus alfombras y espanta a sus gatos; te lo pueden robar; puede contraer moquillo y otras enfermedades; en resumen, es, en conjunto, una carga bien pesada, pero, aun así, si alguien me ofreciera uno de esos auténticos spaniels chapados a la antigua, no creo que pudiera rechazar semejante regalo.

El artículo se titulaba «Dos exhibiciones caninas», y la segunda era permanente y estaba a solo unos cientos de metros al norte. Se trataba de una exposición menos glamurosa, delimitada por tres paredes y una pantalla de jaulas de hierro. «En cuanto te acercas a esta jaula, unos veinte o treinta perros de todas las razas imaginables e inconcebibles se abalanzan hacia los barrotes y, aplastando sus pobres hocicos contra las barras de hierro, preguntan en su peculiar y forzadísimo lenguaje si eres su amo y vienes por fin a reclamarlos».

Se refería a una innovadora perrera londinense que se había fundado dieciocho meses antes y que acogía en aquel momento más de mil almas perdidas, «los pobres vagabundos sin hogar que

uno ve rebuscando la cena en las cunetas, o acurrucados en el umbral de una puerta para guarecerse de sus tribulaciones en el sueño». El autor concluye, con toda la humanidad que cabría esperar en una revista fundada por Dickens, que

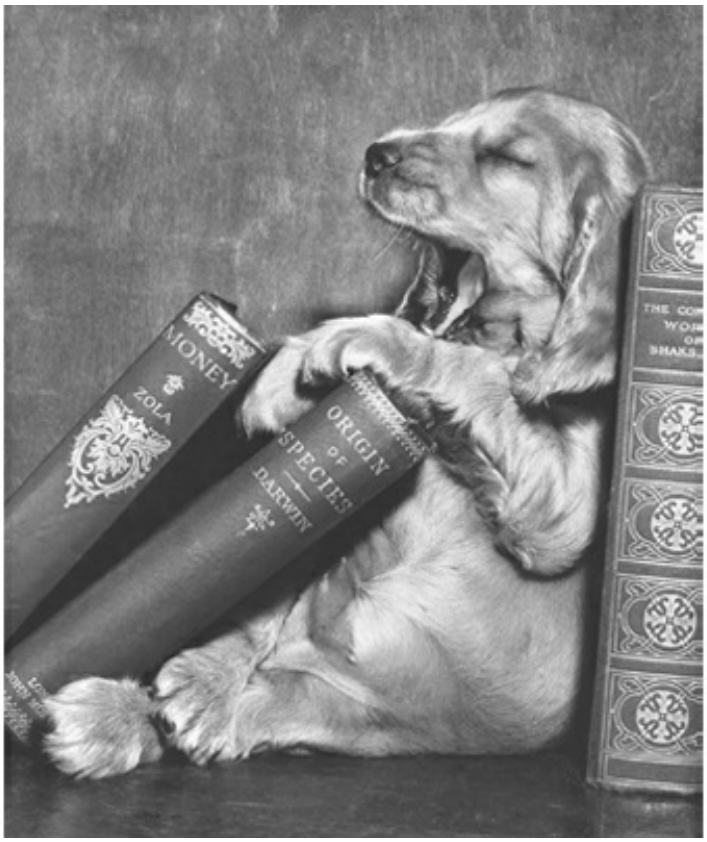
> he aquí el tipo de institución que habría deseado una persona muy sensible y que hubiera sufrido lo indecible al presenciar la desgracia de un animal hambriento, sin imaginarse nunca, ni por un solo instante, que pudiera llegar a existir, a ser cierta. Sin embargo, existe. Una institución fundada en un sentimiento en este país tan pragmático […] una prueba de esa reserva sentimental que sobrevive en algunos corazones incluso a los duros desafíos de la vida en el Londres del siglo XIX.

La sentimental y noble mujer responsable de esta institución era Mary Tealby, y la llamó Hogar Temporal para Perros Perdidos y Hambrientos. En 1871 la perrera se trasladó al sudeste de la ciudad y pasó a llamarse Battersea Dogs Home.

En muchos sentidos, el siglo XIX fue testigo del surgimiento de un perro totalmente nuevo, tanto en carne y hueso como en la imaginación. Fue el siglo de la regulación y la estandarización, del temor y la celebración. En 1873 se creó el Kennel Club para supervisar las normas y la gestión financiera de las exposiciones caninas, así como para regular los pedigríes. Muchas de las noticias sobre perros que recogían los periódicos del siglo XIX parecían anularse mutuamente; por cada repunte de la rabia había una nueva exposición canina, por cada protesta debida al número de perros callejeros en la ciudad había un perro faldero mejorado para los salones de las damas. Los perros se convirtieron en objetos de deseo, en una aspiración social para acceder a lo alto de la pirámide victoriana; si uno daba la bienvenida a un sabueso en su casa de clase media, se convertía en un miembro más de la nobleza terrateniente.

Los académicos Michael Warboys, Julie-Marie Strange y Neil Pemberton han atribuido a los victorianos la «invención» del perro moderno. Se basan en un perro en particular, un gran pointer llamado Major, un involuntario paciente canino cero, plantado con sus cuatro patas en el centro de todo. En 1865 un cirujano reconvertido en cronista deportivo describió a Major en el *Field* con pelos y señales, con una minuciosidad que le deja a uno atónito. Ningún perro había sido sometido antes a un escrutinio tan absoluto; lo desmenuzó y lo volvió a desmenuzar hasta dividirlo en dieciséis partes, cada una con una puntuación: dentro de la categoría «estructura y simetría general» se otorgaban puntos al lomo (hasta siete), los cuartos traseros (seis), los hombros (cinco), el pecho (cuatro) y la simetría (tres). También había muchas indicaciones verbales acerca de cómo debía ser el pointer. «Los labios han de estar bien desarrollados […] la nariz tiene que ser larga, ancha y cuadrada en su contorno frontal es decir, debe tener una mandíbula uniforme, no hocico de cerdo».

Esta tipificación y categorización tan exhaustiva —y tan visible en la búsqueda de fósiles y sellos, que fascinaba a los victorianos— se extendió rápidamente a otras razas a medida que el Kennel Club desarrollaba su *Stud Book*, el libro sobre el pedigrí canino. A partir de ese momento, ningún ejemplar de raza pura ni, desde luego, ningún ganador de un premio en Crufts volvería a ser jamás un perro como los de antes. El *Stud Book* se convirtió rápidamente en la biblia, la última palabra sobre el aspecto que debía tener un perro y su rendimiento en las competiciones. Y así sigue siendo; el volumen de 2019 tiene más de mil páginas. Pero había y hay otros libros disponibles, y es gracias a ellos que podemos definir cómo hemos valorado realmente a nuestros perros a lo largo de los siglos.



Tanto que leer y tan poco tiempo: la cocker spaniel Susi reflexiona sobre la literatura. © The Paul Kaye Collection/Mary Evans Picture Library.

9
UNA HISTORIA DE PERROS



La literatura canina —es decir, lo que se ha escrito sobre perros, gracias a los perros y para los dueños de perros— se remonta, como cabría esperar, a los albores mismos de la escritura. O incluso antes; como hemos visto ya, los perros eran una parte importante de la mitología de la tribu, algo a lo que había que prestar atención cuando dormitaban en torno a la hoguera. No caminábamos ni cazábamos solos, y no había, por tanto, ninguna razón para excluir a nuestros amigos de nuestros relatos; es más, como aclararé en las páginas siguientes, nuestros amigos eran, a menudo, nuestros relatos. El primer libro dedicado por completo a los perros apareció hace más de quinientos años, y el goteo se convirtió muy pronto en avalancha. Los perros devinieron, de la noche a la mañana, un elemento fundamental de la literatura infantil; de hecho, la palabra «perro» es, muchas veces, una de las primeras que reconocemos y pronunciamos en nuestra niñez. La cuestión más delicada en cualquier breve análisis del tema no es por dónde empezar, sino por dónde acabar.

Hay un punto de partida que parece bastante lógico. Muchos autores han hecho del perro el tema de algunos de sus mejores trabajos, y al hacerlo nos han revelado un nuevo animal o, al menos, un animal conocido, pero visto a través de una nueva lente; tales escritos solo pueden iluminar aún más todas las complejidades de nuestro vínculo. Debemos tener en cuenta a Jack London, Charles Dickens, P. G. Wodehouse, J. R. Acklerley, P. D. Eastman y Plutarco, por supuesto, pero hemos de empezar —cómo no— por una tal Woolf.

¿Había algo que Virginia Woolf no supiera sobre los perros? Vivía rodeada de perros, escribió toda una novela sobre un perro, los perros participaron en el cortejo de su amante secreta y uno de sus primeros artículos fue la necrológica de un perro. Era la Ben Fogle de su época.

Pero su relación con los perros no empezó muy bien. A los nueve años, Woolf escribió en el periódico que editaba su familia, el *Hyde Park Gate News*, que un animal conocido como el Gran Perro la había atacado, le había mordido su capa y la había empujado contra una pared. Por el contrario, en el obituario que escribió en su juventud sobre Shag,[1] el perro de su familia, derrochaba ternura y afecto por el animal, aunque no se ahorrara la mención de algunos rasgos negativos.[2] Woolf lo describe como un espécimen más bien mordedor al que, en aquellos tiempos en que la rabia era un peligro y abundaba por doquier, se le obligó a llevar bozal.[3] Shag también era un tanto esnob, ya que «rara vez salía a pasear sin castigar la impertinencia de los perros de clase media que no le rendían los honores debidos a su rango». Cuenta Woolf que Shag se volvió cada vez más autocrático, y la idea de tener un amo y un ama se le hizo

insoportable, de modo que todos se convirtieron en su tía y su tío. Pero entre los de su propia clase Shag es, sin duda, un tipo muy sociable. «Es como si lo viera —escribe Woolf—, fumándose un puro en la galería acristalada de su club, con las patas bien acomodadas y extendidas, mientras discute con un colega las últimas noticias de la bolsa».

¿Qué más sabemos de Shag? Era gris y peludo. Le gustaban las buenas y gruesas alfombras. Tenía cabeza de collie y patas de skye terrier, aunque no era el terrier puro que creían haber comprado para librarse de las ratas, tan abundantes en su casa de verano de St Ives. Además, por desgracia, su carácter no le favorecía. Una vez mordió a un visitante que tuvo la temeridad de llamar a Shag con lo que para Woolf no era sino un «despreciable título propio de un perro faldero», Fido.

Shag tenía esos típicos problemas de clase, esa conciencia de los privilegios atesorados que se ve mucho en las razas más antiguas (dinero viejo frente a dinero nuevo), y su incapacidad para hacer concesiones y adaptarse a un mundo cambiante lo condenó al destierro. Woolf describe la llegada a su casa de un cachorro llamado Gurth, un perro pastor inglés de color blanco y gris. Al viejo Shag no le hizo nada de gracia y empezó a comportarse de forma patética. Al ver que al nuevo perro le encantaba ofrecer la patita, Shag trató de imitarlo, pero su gesto resultaba forzado, ortopédico, y no despertaba muchas simpatías. Shag intentó entonces otro truco, lanzarse a la garganta del nuevo perro. Los dos se pelearon como Rasca y Pica. «Cuando por fin logramos separarlos —escribe Woolf—, corría la sangre, volaba el pelo y ambos tenían dentelladas profundas».

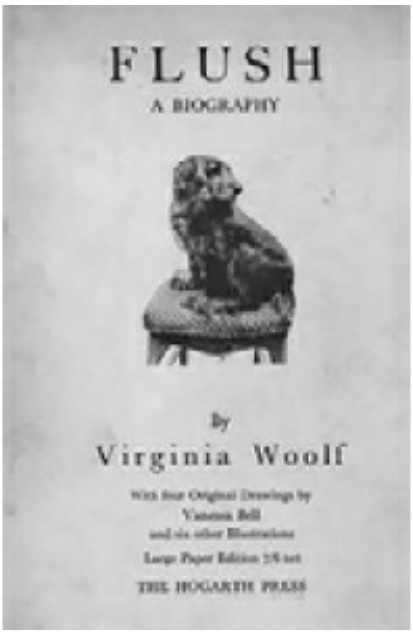
De modo que a Shag lo llevaron *ipso facto* a la casa de una sirvienta en Parsons Green para que pasara allí sus últimos años de vida. Pobre Shag. Gurth, el perro pastor, pasó a ocupar un lugar especial en la vida de V. W., y se convirtió, sin comerlo ni beberlo, en parte inestimable del Grupo de Bloomsbury; acompañaba a Woolf en sus salidas a la Biblioteca de Londres e incluso a conciertos (una vez, en uno de ellos, aulló su propio acompañamiento de bajo para una canción, y lo tuvieron que sacar de allí «a toda prisa»). La fiel presencia de Gurth influyó mucho en Woolf; empezó a utilizar «perro pastor» como término cariñoso para referirse a su hermana Vanessa, y extendió su uso a los amigos íntimos.[4]

Pero entonces, una noche de invierno, se produjo una especie de milagro. Se oyeron ladridos fuera de la casa de la familia Woolf y, cuando se abrió la puerta, «entró Shag, ya casi ciego y sordo como una tapia […] y, sin mirar a derecha ni izquierda, se fue a su viejo rincón junto a la chimenea, donde se acurrucó y se quedó dormido sin hacer ruido». No le quedaba mucha vida. Poco después murió, atropellado por un coche de caballos, una muerte dramática que se consideró una bendición. Pero había vuelto a casa, fiel hasta el final, para despedirse.

Quizá por eso no fue ninguna sorpresa que, treinta años después de Shag, la ya consagrada escritora escribiera *Flush*, su poderosa novela sobre otro perro fallecido, el de la poeta victoriana Elizabeth Barrett. Antes de que Hollywood convirtiera en estrellas de cine a Rin Tin Tin y Lassie, Flush era uno de los perros más famosos del mundo, un salvador de almas y una inspiración para los solitarios. Barrett escribió floridos versos sobre él («Como de una dama los rizos de color castaño / caen también tus sedosas orejas hacia abajo»), pero fue la novela de Woolf la que le aseguró la fama. La autora usó un artificio literario que, de seguro, muchos pensaron que no funcionaría, pero que de alguna manera tocó la fibra sensible de los lectores; Woolf escribió una falsa biografía de un perro, a veces basándose en elementos y hechos de la vida del protagonista y a veces realzando estos a base de fantasía y empatía, para hablar desde la perspectiva del perro mismo.

No es que la escribiera el perro, como a veces suponen quienes no la han leído (imagínate como se habría recibido algo así; nuestra querida Virginia lo hubiera pasado mal). Más bien, se ha tenido en cuenta el punto de vista del perro, aunque esto fue demasiado para algunos; los críticos tacharon el proyecto de frívolo, y hasta la propia Woolf pareció renegar en ocasiones de *Flush* por considerarla una novela indigna de su reputación. Pero lo cierto es que se trata de un libro rico y que merece mucho la pena, especialmente para los amantes de los canes. Es un relato ejemplar de la capacidad que tiene un perro para transformar una sola vida. Y no sería la última vez que un perro viera el mundo como lo haría un humano.

Woolf se sirve del protagonista, Flush, para escribir sobre el noviazgo entre Barrett y Browning, y para tratar el tema de los celos que una nueva relación puede provocar en otra más antigua (reminiscencias de lo que vivió con Shag, seguramente). Flush es el testigo secreto de la fuga de la pareja a Italia, y luego lo secuestran en Wimpole Street y vive en un antro de Whitechapel (lo que le sirve a la autora para abordar con inteligencia las divisiones de clase y la desigualdad social). En su introducción a la edición de Penguin Classics, la especialista Alison Light hablaba de «una Woolf con piel de perro»,[5] lo cual es tan gracioso como cierto. El propio Flush, ajeno al debate sobre su valía en la obra de su cronista, no es más que una sátira, un tanto pendenciera, de la felicidad.



Virginia Woolf.

Woolf escribió *Flush* no mucho después de *Las olas*, y es un libro tan delicioso como arduo lo era su predecesor. La obra contiene muchos ejemplos del amor que los humanos reciben de los perros y viceversa, y le sirve también a la autora como terapia. Woolf había experimentado ya una gran tragedia personal y una profunda desesperación mental cuando *Flush* apareció en Hogarth Press, la editorial que dirigía junto con su marido, Leonard, en 1933, y ella veía el libro como veía a los perros, en general, con bastante sentimentalismo. A su juicio, «un perro representa de algún modo —no, no se me ocurre la palabra— el lado privado de la vida, el lado lúdico».[6]

Pero Flush también se ha interpretado como una alegoría feminista, una figura fuerte y escrutadora en una ciudad atestada de gente, feliz cuando está suelta, vagando por Oxford Street y otras calles, viva para el mundo. «Toda la violencia de una calle entera de Londres en un caluroso día de verano asaltó sus fosas nasales —escribe Woolf—. Sentía los olores que corroen las barandillas de hierro; el humo, aromas embriagadores que surgen de los sótanos, olores más complejos, corruptos, llenos de violentos contrastes, olores compuestos, más complejos que los que había experimentado en los campos cercanos a Reading; olores que estaban mucho más allá del alcance de la nariz humana». Y así seguía, con Flush en su propia Arcadia, con los olores del mundo gobernando su vida tal como hacen con todos los perros, «hasta que un grosero tirón en su collar lo arrastró a casa». Lo que inevitablemente da pie a una pregunta dirigida a todos los dueños de perros agobiados que hay por ahí: ¿eres tú ese grosero?

Woolf, en sus escritos privados, utilizaba a sus perros como símbolos eróticos. Cuando su amante, Vita Sackville-West, se fue de viaje a Persia en 1926, Virginia le imploró que se acordara de ella y de su chucho Grizzle (sucesor de Gurth). «Estos mestizos cálidos y enmarañados son las criaturas más suaves y adorables —escribió—. Grizzle y Virginia correrán a tu encuentro y te lamerán por todas partes». De regreso a Londres, Vita recalcó: «Esta es mi última carta. Lo próximo que sabrás de mí será que entro y acaricio dulce, amorosamente a Grizzle». (¡Enfermera, rápido, el pulso!).

Y luego estaba la hermosa Pinka, la erótica spaniel de pura raza que Sackville-West regaló a Woolf en el apogeo de su romance. Virginia mantenía a Vita al corriente de su devoción, como cuando le mencionó la nada desdeñable hazaña de Pinka de comerse literalmente los trabajos de su marido. «Tu cachorro ha destrozado mi falda, se ha comido las pruebas de L y le ha hecho a la alfombra tanto daño como se le podía hacer. Pero es un ángel de luz. Leonard dice —y lo dice en serio— que le hace creer en Dios, y esto después de que le haya mojado el suelo ocho veces en un solo día».

Los perros que se comen las pruebas de imprenta puede que actúen, en realidad, como adalides del gusto literario. En la misma década, John Steinbeck se enfrentó a un dilema así. En mayo de 1936 le escribió a su agente, Elizabeth Otis, que su cachorro de setter mexicano (al que llamaba Toby, como a muchos otros perros suyos) se había quedado solo una noche y había «hecho trizas casi la mitad» de su libro manuscrito. La obra en cuestión era *De ratones y hombres*. «Me hizo replantearme todo —dijo—. No tenía ninguna copia del borrador. Me enfadé bastante, pero puede que el pobrecillo haya sido mi mejor crítico».[7]

Las reflexiones literarias más convincentes sobre los perros empezaron donde cabría esperar: en templos y bibliotecas desaparecidas, con los griegos.

Pitágoras se ganó la gratitud de todos los canes del mundo cuando, según Jenófanes, «pasó junto a un perro al que estaban golpeando y, compadeciéndose de él, le dijo al agresor estas palabras: “Detente y no le pegues; el animal tiene alma de amigo; lo sé porque lo he oído hablar”».

Su contemporáneo Jantipo (el padre de Pericles) tenía uno de esos perros con alma de amigo. Plutarco cuenta que, cuando en el 480 a.C. los griegos partieron para luchar contra los persas en la batalla de Salamina, en el puerto de Atenas se podía ver a sus parientes y también a sus animales derramando lágrimas al despedirse de ellos. Las posibilidades de regresar del conflicto naval eran escasas, y todos lo sabían, pero, para algunos, la perspectiva del desastre era

demasiado. Y así fue, relata Plutarco, para el perro de Jantipo, que «no pudo soportar que su amo lo abandonara y saltó al mar y nadó como pudo a través del estrecho, junto a la trirreme de su amo [una antigua galera con tres filas de remos], hasta llegar con él a Salamina, donde se desmayó, agotado, y murió enseguida».[8] La pobre criatura yace supuestamente en la isla, bajo el túmulo conocido entre los lugareños con el poco atractivo nombre de «Montículo del Perro». Jantipo sobrevivió a la batalla y vivió cinco años más. ¡Y cuánta soledad no debió de sentir durante todos esos años sin su amigo!

Es inevitable que casi todo lo que se ha escrito sobre los perros —el apunte más cariñoso o el más airado, la entrada, a vuelapluma, de un diario o la novela más enrevesada— diga tanto de ellos como de los humanos. Los perros condicionan nuestra empatía; un lector no puede amar a un personaje que patea a un perro, pero le dará la bienvenida en su corazón a alguien que rescata a uno, o que reduce a la mitad sus escasas raciones de comida para que su perro no muera de hambre. A menudo, la trama entera gira en torno a la lealtad de un perro.

De modo que no podemos abandonar a los griegos sin mencionar, aunque sea de pasada, a Argos, que casi delata a Odiseo cuando este regresa disfrazado a Ítaca tras diez años de viaje desde Troya. Homero inviste a Argos con un catálogo de males —le fallan las fuerzas, tiene pulgas, yace entre estiércol de vaca—, pero, aun así, el perro reconoce a su viejo y cariñoso amo después de veinte años. (Solo entonces, tras este último acto de amor, Homero permite a Argos entrar en «las tinieblas de la muerte»).[9]

La primera obra dedicada íntegramente a los perros se publicó en 1576. *Of English Dogges, the Diversities, the Names, the Natures and the Properties* la escribió en latín Johannes Caius, el mismo John Caius que dio su nombre al Gonville and Caius College de Cambridge. Caius fue el médico de Eduardo VI, la reina María y la reina Isabel, por lo que vio de cerca a muchos de los primeros perros domesticados de la aristocracia, por no mencionar también a los perros de caza campestres. Su tratado parece el ensayo de un antropólogo sobre criaturas exóticas de islas remotas.

En la conocida traducción de Abraham Fleming, Caius identifica tres tipos distintos de perros: uno atrabiliario (malhumorado e iracundo), otro manso (utilizado para la caza) y otro hogareño («apto para diversos usos»). El tipo manso/de caza era adecuado para cazar al ciervo inglés, la comadreja, la langosta y el turón, y se dividía en subcategorías, cada una con un atributo particular. «El primero posee un olfato perfecto; el segundo, en el acecho; el tercero, en rapidez y agilidad; el cuarto, en destreza y el quinto, en ardides». A continuación, Caius se centra en determinadas razas. De los setter, los perros pastores, los terrier y los galgos, al igual que de los spaniel, se habla con cierto asombro por el encanto que ejercen sobre sus dueños. «Es un tipo de can aceptado entre los nobles, los señores y las damas, que los aprecian mucho […] no solo se dejan arrullar por sus lametones, también los besan con los labios y los convierten en sus fermosos compañeros de juegos».

Solo el índice ya es una delicia y promete mucho. Por ejemplo, «¿Por qué se llaman canes carniceros?» se refiere a los perros que siguen y protegen a sus ovejas.[10] O «¿Por qué se lo conoce como el lunero?», en alusión al perro que está despierto toda la noche y molesta a todo el mundo porque no para de aullarle a la luna. Otras entradas se explican mejor por sí solas: «Inglaterra no está libre de canes escoceses», «El olor ciega a veces al sabueso» y «El can pescador, dudoso es que exista». Hay, por supuesto, ejemplos de fidelidad —perros que mueven

el rabo cuando ven a su amo—, pero también de una fidelidad que se vuelve amarga en ocasiones, cuando los perros descarriados muerden.[11]

En el medio milenio transcurrido desde John Caius, la avalancha no ha disminuido. Tantos han sido los libros sobre perros —las guías de cría, las guías de compra, los manuales de adiestramiento, los ensayos científicos, los héroes de ficción, las memorias repletas de episodios escatológicos, los viajes sentimentales— que, inevitablemente, uno duda ante la perspectiva de sumar su propio libro a semejante multitud. Pero los perros provocan tanto deleite —su diversidad, sus idiosincrasias, sus tragedias, el solaz que procuran y su inagotable fuente de amor ininterrumpido— que restringir el flujo parecería antinatural; sería como dejar de escribir sobre el amor.

Cada cual tiene sus libros y autores favoritos. El mío es bastante peculiar, John Galsworthy, y nada que ver con *La saga de los Forsyte*, el favorito de mi abuela. Lo que triunfa es su puro amor por los perros, gran parte de él condensado en sus recuerdos. En su ensayo titulado así, «Recuerdos» (1912), se plantea: «Si un hombre no va más allá del pensamiento "¿De qué me servirá este perro?", hacia la simple alegría de estar con él, nunca conocerá la esencia misma de esa compañía que no depende de la utilidad del perro, sino de alguna extraña y sutil mezcla de dos espíritus mudos».

En otro lugar, Galsworthy relata un viaje a la estación de Waterloo con su esposa, Ada, para recoger un spaniel negro que le han enviado unos amigos de Salisbury. Lo llevan a casa. «Cuando se sienta, cariñoso, y sabe que está siendo amado, esos son los momentos, me parece a mí, más preciosos para un perro; cuando, con su alma devota brotándole de los ojos, siente que de verdad estás pensando en él».

Al año siguiente, en una carta publicada en el *Times*, retoma el tema y compara el sentimiento de los humanos hacia los perros con el que provocan los niños. En otras palabras, les damos el lugar que merecen en nuestras vidas. Son, «de lejos, lo más parecido al hombre que existe sobre la faz de la tierra […] la única criatura muda a cuyos ojos podemos mirar y saber con bastante certeza qué emoción, incluso qué pensamiento, bulle en su interior; la única criatura muda que —no en raras ocasiones, sino casi siempre— es capaz de sentir amor y confianza».

Menos lo de «muda», tal vez todo eso sea cierto. Porque, ¿acaso una criatura muda podría convertirse en autora y escribir «Su siervo, este perro» (1930), el relato de las pendencias entre los perros, una rata y un gato, contado por un aberdeen terrier negro llamado Boots (y por Rudyard Kipling, claro); o *Vida y opiniones del perro Maf y de su amiga Marilyn Monroe*, un relato de celebridades de cuatro patas escrito (junto con Andrew O'Hagan) por el delicado maltés que perteneció a la hermana de Virginia Woolf, Vanessa Bell; o *The Last Family in England*, en el que un perro labrador erudito se las arregla para mantener unida a una familia con problemas (y cuyo coautor fue Matt Haig); o *Tombuctú*, escrito por esa maravilla canina que es mister Bones (con la ayuda de Paul Auster, que, para ello, se inspiró en un perro llamado Ollie al que vio usando una máquina de escribir); o la parábola arrolladoramente cómica *Corazón de perro*, en la que un chucho callejero se convierte en semihumano y aprende a escribir como Mijaíl Bulgákov; o cualquier volumen de la serie de novelas de misterio de Chet el Perro, escrita por Spencer Quinn, como *A Fistful of Collars*, *Scents and Sensibility*, *The Sound and the Furry*, *To Fetch a Thief*, *Heart of Barkness* y la deliciosa *A Cat Was Involved*?[12]

Y luego está mi favorito de la infancia, *Ve, perro. ¡Ve!*, de P. D. Eastman, que era amigo del doctor Seuss. La alegría que transmite *Ve, perro. ¡Ve!* va más allá de la puntuación idiosincrásica del título; es una alegría doble, por las ilustraciones que te miran directamente a los ojos y por el

ritmo del texto, tan disparatado. El estilo es ágil, ya que se trata de una serie de conversaciones breves entre un caniche vestido con pantalones elegantes y un adorable, aunque irritante, chucho con pinta de sabueso. La historia no alcanza, ni lo pretende, a ser profunda, pero sí surrealista; para un niño, el universo de *Ve, perro. ¡Ve!* quizá sea el único en el que merezca la pena vivir. ¿Quién no disfrutaría con la original (aunque difícilmente inimitable) forma que tienen de saludarse los dos perros?

> CANICHE: Hola.
> CHUCHO: Hola.
> CANICHE: ¿Te gusta mi sombrero?
> CHUCHO: ¡No! [*Pausa*] Adiós.
> CANICHE: Adiós.[13]

Pero el libro sobre perros más extraordinario de todos es el desgarrador, mordaz, alegórico y superventas *La llamada de lo salvaje*, de Jack London. London nació en California en 1876 y durante sus cuarenta años de existencia llevó una vida nómada, dedicada a la navegación, la búsqueda de oro y las actividades al aire libre en general. Uno de los primeros años de su biografía se resume así: «1891: navega por la bahía de San Francisco en el Razzle Dazzle, se divierte con los rufianes de la costa, se dedica a la piratería de ostras…».[14]

La llamada de lo salvaje (1903) fue su primer éxito, a pesar del tema en apariencia difícil: la singular andadura de Buck, un cruce entre un san bernardo y un collie escocés, que comienza como una narración cronológica, pero que termina en el reino del realismo mágico. Buck empieza su vida como una mascota más o menos mimada en casa de un juez, pero este tiene enemigos y Buck es secuestrado. Luego cambia de dueño varias veces y acaba como perro de trineo en el Yukón, durante la época de la fiebre del oro, con un dueño que confía en él y que se preocupa por su bienestar. No hay nada excepcional en todo ello, pero la prosa visceral y firme de London empuja al lector a estar del lado no solo de Buck, sino también de todo lo que este representa: una apuesta por la autenticidad, una ruptura con los grilletes, una estampida de vuelta a la naturaleza. Cuando muere su último dueño, Buck realiza una última transformación, un reverso darwiniano: se convierte en líder de una manada de lobos salvajes y se sumerge en la aventura extrema, hasta convertirse, finalmente, en un primigenio y mítico Perro Fantasma. Helo aquí, siguiendo las huellas de un conejo en la nieve:

> Sondeaba las profundidades de su naturaleza, y de las partes de su naturaleza que eran más profundas que él, remontándose hasta las entrañas mismas del Tiempo. Lo dominaba el puro surgir de la vida, el maremoto del ser, la perfecta alegría de cada músculo, de cada articulación y cada tendón por separado, todo lo que no era muerte, lo que resplandecía y se afirmaba en cada movimiento, lo que volaba, exultante, bajo las estrellas y sobre la faz de la materia muerta, inmóvil.

Era este un perro tal como solían ser los perros, sostiene London, antes de todos los cruces y las zalamerías; el más fiel a sí mismo, triunfante en un entorno hostil.

Es difícil ponerle pegas al vigor narrativo del autor, por mucho que uno pueda cuestionar su argumento. ¿Eran realmente más felices los animales domésticos en libertad? El hecho de que el libro siga funcionando más de un siglo después es una prueba de su fe en sí mismo, en su visión. La secuela, *Colmillo Blanco*, no es menos vibrante, pero su protagonista se asemeja más a un

lobo que a un perro, y su lealtad se ciñe casi en exclusiva a sí mismo. Ambos libros, de todos modos, te dejan estupefacto por su crudeza; si los lees siendo un cachorro jamás los olvidarás, tan avasalladora es su fuerza.

Pero ¿de verdad es el perro más memorable de la literatura universal? Algunos le otorgarían este honor a *Mi perra Tulip*, de J. R. Ackerley, el relato riguroso, obsesivamente escatológico y mordazmente autobiográfico del placer de vivir junto a su hembra de pastor alemán, Queenie. Ackerley, novelista y editor, llegó tarde a los encantos de los perros, y una vez insistió en que era necesario «oponerse con firmeza al sentimentalismo de los británicos en materia de perros, esas criaturas sucias y ruidosas». Pero todo cambió cuando se enamoró de Queenie, que le entregó la «devoción incorruptible y acrítica» que había estado buscando durante toda su vida. «Un perro tiene un único objetivo en la vida —afirmó Ackerley más tarde—, entregar su corazón». Y, cuando Queenie murió, casi pierde la cordura, y dijo que ningún ser humano había significado tanto para él.



Un perro tiene un único objetivo en la vida: J. R. Ackerley con Queenie. Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos.

Otros lectores, seguro, colocarían en lo alto del podio al gran danés de *El amigo*, de Sigrid Nunez, un libro en el que la narradora se hace cargo de un perro llamado Apolo tras el suicidio de su mentor y amante. (Es evidente que un perro así transforma una vida; a Apolo le gusta que le lean, sobre todo Karl Ove Knausgård). Y no faltarán, claro que no, los partidarios de Karenin, el chucho de *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera. Karenin hace en la novela de sustituto del bebé y de símbolo de permanencia en tiempos revolucionarios, y su muerte, debida

al cáncer, permite al narrador de Kundera reflexionar sobre el hecho de que una sociedad se pueda juzgar por el trato que dispensa a los animales; lo que nos viene a decir es que con demasiada frecuencia no superamos esta prueba. Al final de su vida, el personaje femenino principal, Teresa, tiene un pensamiento «sacrílego». «El amor que la unía a Karenin era mejor que el amor que existe entre ella y [su marido] Tomás. Mejor, no más grande […]. Dada la naturaleza de la pareja humana, el amor del hombre y la mujer es a priori inferior al que puede darse (al menos en los mejores casos) entre el hombre y el perro, esa rareza de la historia humana que, probablemente, el Creador no planeó».[15]

Recomiendo encarecidamente todos estos perros y sus vidas ficticias y tan verosímiles. Pero, por desgracia, creo que el más memorable de todos los perros literarios es Bulls-eye, de *Oliver Twist*. ¿Por qué por desgracia? Porque el pobre perro es un monstruo encadenado y su dueño, Bill Sikes, es cruel con él hasta decir basta. Dickens aún no había tenido nunca un perro cuando escribió la novela, en 1837—más tarde tendría muchos y los querría mucho también—, pero está claro que no necesitaba ninguna experiencia personal para emplear uno como clave literaria. Cuando nos encontramos por primera vez a Bulls-eye, blanco y desaliñado, con cortes por todas partes, ya ha asumido su destino de matón. Ha sido adiestrado en la crueldad y es terrible, sin duda, presenciar la lealtad inquebrantable que le profesa a Sikes. Cuando el perro se lanza a la muerte, tras el ahorcamiento de Sikes, se trata de una muerte tanto retórica como real; no puede existir como epítome del mal sin su amo.

La idea del perro como una amenaza estaba muy extendida en el Londres de Dickens. Existía la rabia (más como un temor que como una realidad), y en las calles el salvajismo canino campaba a sus anchas. Los animales que conseguían librarse de las ruedas de los automóviles podían correr peor suerte en las peleas de perros o en los cebos para osos. La creación de la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, en 1824, fue en parte una respuesta a la aversión que se les tenía a los perros en este periodo.

Y los perros díscolos podían inspirar a cualquiera pensamientos díscolos, sobre todo a un autor que intentaba terminar una novela. Sentado ante su escritorio de Tavistock Square, en Bloomsbury, en diciembre de 1852, Dickens le escribió a su colega W. H. Wills, mientras intentaba terminar *Casa desolada*, que los perros lo estaban «volviendo loco». A una jauría «se le había metido en la maldita cabeza» reunirse todas las mañanas en una parcela situada frente a su ventana, y aquella mañana en particular «ladraron durante cinco horas sin interrupción, lo que me impidió trabajar». Pero tenía un remedio. Pidió a su criado que viera cómo alquilar una escopeta y munición. «Si me hago con esos instrumentos esta noche, seré la muerte de algunos de ellos mañana por la mañana».



Dickens y su perro: el autor no siempre los vio con buenos ojos. Alamy/Photo.

Pero acabemos este viaje literario con algo más agradable que esto, algo más cercano, quizá, al punto de partida. En 1961 Vita Sackville-West publicó una colección de perfiles, breves y dulces, de perros populares y, al igual que sus queridos salukis, Edith y Zurcba, siguen gustando hoy en día.[16] Y no hay razón para que no lo hagan: el carácter de los perros ha cambiado poco en los últimos sesenta años; lo que ha cambiado —por mor de la psicología cognitiva y el análisis de la ciencia forense— es nuestra capacidad para entender por qué son como son. Sackville-West eligió cuarenta y cuatro razas para acompañar un catálogo de fotografías, tristes y traviesas, de Laelia Goehr, y en su introducción admite que siempre ha preferido una raza grande y noble al remilgado perro faldero. También pide disculpas a los lectores que puedan encontrar que su enfoque es demasiado antropomórfico. «Cuando uno ama a los perros es difícil no atribuirles cualidades humanas, así que uno escribe de ellos utilizando pronombres personales y nombres propios».

A los propietarios de labradores quizá les disguste que los describa como «perros imbéciles, de tan fieles», pero sabrán reconocer el aprecio que mostraba por su absoluta fiabilidad y el afecto que transmiten, y su sobria desaprobación, a medida que envejecen y engordan, de las payasadas de los perros más bisoños. ¿Y qué es lo que dicen estos viejitos cascarrabias? Pues: «¿Dónde está mi cena? Espero que no se haya olvidado de ella. Las cosas ya no son lo que eran». Del kerry blue terrier lamenta que su colorido sea lo único bonito que tiene. En el bedlington terrier, parecido a un cordero, no encuentra nada divertido, «un nativo de Northumbria con la típica rusticidad norteña […] su aspecto acartonado no me atrae mucho, por muy gustoso que sea su pelaje». Y sobre el pequinés Sackville-West señala que, a pesar de las apariencias, «no es un simple caprichito lujoso», aunque ella no querría uno para sí misma. Los ojos del perro le recordaban a los faros de un coche cuesta abajo.

Los gustos difieren, por supuesto; si no fuera así, todos tendríamos labradores. P. G. Wodehouse, por ejemplo, creía que los pequineses eran «una raza y una clase aparte», es decir, muy superiores a cualquier otra. «Puede que intenten ser democráticos, pero, en realidad, son

incapaces de aceptar a otros congéneres como sus iguales en el escalafón social».

Wodehouse estaba obsesionado con sus pequis. Tenía muchos, todos con nombres tontos, y parecían servirle de asidero cuando su escritura y su propia compañía se le hacían insoportables. Se dio cuenta de que no se puede pasar mucho tiempo con una raza en particular sin aprender algunos secretos y ver cosas que al observador casual le pasarían desapercibidas. El 20 de enero de 1936, por ejemplo, Wodehouse le escribió a su amigo y colega William Townend: «Winks y Boo no hacen más que pelearse», antes de revelar la capacidad de los pequis para «la mirada asesina». Esta última era una versión del mal de ojo, y había que ser consciente de con qué se las veía uno. «Winks y Boo estarán durmiendo a pierna suelta en diferentes rincones de la habitación —sigue contándole a su amigo—, y, de repente, una de ellas levantará la cabeza y mirará fijamente a la otra. Esta se la quedará mirando también. La cosa dura unos diez segundos, y luego se abalanzan la una sobre la otra». ¿Cuál es la causa de este altercado? Wodehouse creía saberlo: «Los perros dicen cosas que el oído humano es incapaz de percibir».[17]

¿Hay en este mundo algún amante de los perros que no esté de acuerdo con esto? ¿Hay alguien que no crea —sin ninguna prueba científica que lo respalde— que su perro no solo es el más inteligente y dotado que jamás se haya meado en un árbol, sino que tiene poderes que la razón aún no ha sido capaz de explicar? ¿Y por qué limitarse a los perros que solo dicen cosas? Como quedará claro en el capítulo siguiente, los humanos llevan siglos sacando partido de los perros instruidos y de los talentosos que saben cómo meterse al público en el bolsillo desde un escenario, aunque no todas sus actuaciones hayan sido honorables.



«Muy popular entre los idiotas»: el perro electrónico AIBO de Sony.
Getty/Kazuhiro Nogi.

10
PASAR POR EL ARO



¿Qué esperamos de nuestros perros? ¿Por qué queremos que sean más de lo que son? Una de las respuestas es muy simple: queremos que se parezcan más a nosotros, reforzar nuestro vínculo mutuo de formas cada vez más absurdas y agradables. No vamos a dejar que un perro sea solo un perro si puede ser, además, un perro artista, ¿no?

Llevamos unos doscientos años preguntándonos si nos gustaría ver a un perro jugar al dominó y a las cartas. O si estaría bien que un perro vestido de Carmen Miranda le diera una serenata a otro que luciera un sombrero. Olvida lo de nuestra capacidad para leer la mente de un perro para intentar averiguar qué es lo que sabe y qué necesita; ¿qué tal un perro farandulero que nos lea la mente?

En septiembre de 2019, a punto de terminar este libro, participé en el Festival Literario de Milton Keynes. El programa era muy bueno —ahí estaban Jack Monroe, Carrie Gracie, Paul Mason, Lissa Evans—, y me alegró unirme a tan prestigiosos invitados para hablar de mi obra en curso. Compartí con los asistentes a mi charla algunos de los contenidos que acabas de leer, y me lo agradecieron, pero lo que de verdad les gustó fue una serie de conversaciones un poco surrealistas que me inventé y que mi labrador Ludo mantenía con otros perros que había conocido en Hampstead Heath. Mi idea era que solo los perros triviales tendrían conversaciones triviales; quería proponer que los perros sabían mucho más de nosotros y del mundo que les rodea de lo que a menudo estamos dispuestos a creer. Los protagonistas de una de esas conversaciones, que tuvo lugar un luminoso día de primavera, en la parte trasera de la pista de atletismo de Parliament Hill, eran Ludo y un collie un tanto rudo llamado Aperol.

LUDO: Hola.

APEROL: Hola.

L: ¿Has hecho alguna vez un test de inteligencia?

A: Sí.

L: ¿Y?

A: Y salió mal. Había un aperitivo y una bebida para el examinador que supuse que eran para mí, así que metí la pata.

L: ¿Te comiste el aperitivo del examinador?

A: Y me bebí su bebida.

L: Oh. Y el examen propiamente dicho, ¿cómo fue?

A: Prefiero no hablar de ello.

L: Vale. Ja, ja, ja.

A: ¡Ja, ja!

L: ¿Qué bebida era?

A: No me acuerdo. Caldo de rabo de toro.

L: Oh. Ayer pasé dos horas viendo en la tele a César Millán, el hombre que susurra a los perros.

A: Odio cuando susurran. Me da miedo que de repente se pongan a gritar. Te pueden destrozar las orejas y eso no hay jarabe que lo arregle.

L: César le susurraba a un dóberman muy muy enfadado que se cebaba con las piernas de los visitantes. No paraba de decirle «¡Shh-hh!», hasta que consiguió cambiar las preferencias del dóberman. En solo dos semanas lo destetó de las piernas y se lo echó a los muebles. ¡El dueño estaba que echaba chispas!

A: ¡Ja, ja! ¡Muebles Chippendale!

L: ¡Ja, ja! Todas nuestras puertas son de estilo Chippendale.

A: Chippendale es solo otro nombre para la madera.

L: ¿Has oído hablar de Ogden Ganache?

A: ¡Sí!

L: ¿De verdad?

A: No.

L: Ogden Ganache decía que una puerta era algo que los perros siempre querían ver por el otro lado.

A: Las abren si gimoteas. Ayer vino a tomar el té uno que conoció a Rachel Carson.

L: ¿La autora de *Primavera silenciosa*, el libro que en 1962 desató un debate a raíz de su denuncia de cómo estábamos destruyendo nuestro planeta por el uso de pesticidas? ¿Ese valiente y brillante toque de corneta que inspiró al movimiento ecologista para que se alzara e intentara revertir este terrible daño?

A: Sí.

L: Increíble. Fue muy influyente. Pero, por supuesto, nadie la escuchó. Y ahora nos enfrentamos al desastre. Lo huelo cada vez que salgo a pasear.

A: Yo también.

L: La hierba no es la misma. El barro tiene otro aroma. Parece que hay menos de todo alrededor.

A: Lo notamos.

L: Nosotros, los perros de Hampstead Heath, somos otra alerta temprana.

Por supuesto, se trataba de una acción del todo antropomórfica. ¿Por qué debería suponer que los perros hablan inglés y emplean una sintaxis reconocible? ¿Por qué debería Rachel Carson ser una conocida en el mundo canino? (En otras conversaciones, Ludo y sus amigos hablan de Jeremy Irons, los Kinks, George Orwell, Motörhead y el drama de HBO *Chernobyl*). En parte, esto se debe a que no conocemos nada mejor; a falta de un lenguaje canino oficial, solo contamos con el nuestro. (Como ya hemos comentado, interpretamos los ladridos, los gruñidos y las emisiones de aire por las fosas nasales como una sutil secuencia de alertas; cada una indica una necesidad o emoción diferente en momentos distintos, según sean las circunstancias, según sea el perro y según sean, también, nuestros propios oídos).

Pero una conversación así es también un gesto de cariño; a los dueños de perros siempre les ha resultado difícil no sacarse de la chistera una vida interior para sus mascotas y, claro está, les hablamos como si nos entendieran. Solo hace falta un pequeño salto lógico para imaginar que los perros se hablan entre sí. Cuando Shakespeare saca al escenario a un perro llamado Cangrejo en *Los dos hidalgos de Verona*, su melodramático dueño, Launce, lo acusa de ser «el can más desalmado de cuantos han existido jamás» y lo reprende por no haber derramado lágrimas ni haber dicho palabra cuando la situación lo requería. Era evidente que lo que en realidad se esperaba es que Cangrejo hablase.

Hoy en día, el perro parlante se ha convertido en un numerito teatral familiar, y no podemos más que preguntarnos cómo es que ha tardado tanto. Los animales parlantes echaron a andar con la serpiente, fueron muy populares en la época de Esopo, medraron con *Alicia* y alcanzaron la madurez con *El libro de la selva*, *The Magic Roundabout*, *Toy Story* y *Zootrópolis*. (Hasta los animales mudos pueden hablarle a cualquiera que tenga oídos: «¿Qué es eso, Lassie, la vieja Maggie Finnegan se ha vuelto a caer por el pozo abandonado?»). A nadie le llaman ya la atención los perros que hablan, y el fenómeno se acepta más allá de la «Disneyficación».

En un relato corto publicado en el *New Yorker* en el otoño de 2019 y titulado «The Fellow», de Joy Williams, aparecía una perra cuyo máximo deseo era que el color de su pelaje se describiera como de «pastel del diablo». El animal tenía un aire melancólico, porque ya había visto antes la mayoría de las cosas de este mundo. Parecía ser capaz de asomarse al alma del narrador y se mostraba interesada en la poesía de Craig Arnold, además de mantener la compostura cuando husmeaba y masticaba. Hacia el final del relato, la perra revela que ha muerto muchas veces y que muy bien podría representar a todos los perros del mundo. Dos observaciones más acerca de la protagonista: «no le gustan nada los aparatos electrónicos» y lamenta «que nos saquen de nuestra casa y esperen que triunfemos en cualquier otro lugar».

En Milton Keynes Ludo triunfó, desde luego; se convirtió en la gran estrella, vaya. Lo que más le gustó al público, además de sus conversaciones con otros perros, fue que yo lo llevase conmigo. Estaba ahí, a mi lado, en el escenario, a veces echado en su cama y a veces junto a ella, con doce años ya, pero todavía capaz de meterse a la gente en el bolsillo. Daba lo mismo lo que yo dijera; ya podía soltar cualquiera de mis tonterías ahí arriba —cualquiera de esas anécdotas sobre Buck, Tulip o Bulls-eye—, que el público solo tenía ojos para Ludo. De vez en cuando, la mente curiosa de mi perro vagaba por las figuras sentadas en la primera fila. Tal vez tuvieran algo de comida en sus bolsos; quizá le dieran algo. El público disfrutaba con sus improvisadas visitas por los pasillos, sin importarles gran cosa su aliento a pescado. Cuando lo llamé para que volviera a su cama, a mi lado, solo consiguió subir al escenario las patas delanteras, por lo que tuve que bajarme para empujarlo. Una vez arriba, volvió a eclipsarme, esta vez al bostezar mientras estaba contando la historia de los inicios de la domesticación.

Y así, a petición popular, y consciente de que aquella podía ser su última aparición en la ciudad —porque quién sabía cuándo este aterciopelado niño de doce años volvería a reunir la fuerza o el coraje necesarios para pisar las tablas de este rincón tan culto situado junto a la autopista M1—, Ludo volvió a aparecer, charlando con otro de sus congéneres. Esta vez la escena transcurre durante una mañana de primavera, al borde del estanque reservado a los bañistas masculinos, también en Hampstead Heath. El otro protagonista es Milo, el lurcher.

LUDO: Hola.

MILO: Hola.

L: No te lo vas a creer. ¿Sabes a quién conocí ayer?

M: A John el boxmas.

L: ¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

M: Porque yo también lo conocí. Es una mezcla de bóxer y mastín. Solo hay dos boxmases en el Heath, pero uno está de vacaciones. Lo llamaron John para inculcarle sentido de la mesura y la normalidad. Su temperamento podría describirse más adecuadamente como desatado, aunque solo se desata cuando él quiere, no cuando quieres tú.

L: Eso es típico de los boxmases.

M: Da miedo verlo, pero luego, cuando lo conoces, es simpático, la verdad. Los niños gritan cuando se les acerca, pero las lágrimas no tardan mucho en secárseles.

L: ¡Ja, ja!

M: ¡Ja, ja!

L: ¿Te gustan las series ligeras para adultos en las que flota en el ambiente una vaga inquietud paternal?

M: Claro.

L: Porque anoche vieron todos *Padre de familia*.

M: ¿El capítulo ese en el que Brian, el perro parlante, se convierte en la mascota de una empresa cervecera y se hace tan famoso que fabrican un globo gigante con su efigie para lucirlo en un gran desfile, y entonces Peter se pone celoso e intenta derribar el globo con una ballesta?

L: No.

M: ¿Ese otro, entonces, en el que muere en un accidente de coche y les causa tanta angustia a los espectadores que los guionistas lo traen de vuelta un par de episodios después, con la ayuda de una máquina del tiempo?

L: No, otro. Pero Brian es el mejor perro parlante que hay, porque es tan sarcástico que pronto te olvidas de que es una rareza y lo acabas considerando un personaje más de la animación. Estás deseando volver a verlo.

M: ¡Un perro que habla, ja, ja!

L: ¡Ja, ja!

M: Acaban de lanzar el nuevo AIBO.

L: ¡Toma ya!

M: No sabes lo que es, ¿verdad?

L: No.

M: El último grito en perros electrónicos. De Sony. Es la versión 2.

L: ¿Es de plástico y está relleno de electrónica?

M: Por desgracia sí, pero es el modelo más domesticado que se puede conseguir, si descontamos los perros de verdad. Las instrucciones indican a los humanos cómo manejarlo, y cuanto más juegas con él, más aprende.

L: Como un perro de verdad.

M: Sí. Es inteligencia artificial muy primitiva, o AI, o AIBO; lo más inteligente que tiene es que su piel es a prueba de infecciones.

L: ¿Se orina?

M: Es el último grito, no el ultimísimo. A veces levanta la pata, pero no sale nada, así que en eso se parece un poco a ti. Tal vez orine en la versión 3, que también vendrá, quizá, con un

monitor cardiaco. En el vídeo de las instrucciones se ve a unos adultos acariciándole el lomo y haciéndole cosquillas en la barbilla, a pesar de que es de plástico.

L: ¿Cómo sabes que es un macho?

M: Porque se atasca en las esquinas y no se le ocurre darse la vuelta. La versión 3 será hembra y podrá darse la vuelta, seguro. La versión 2 canta, puede coger un hueso de plástico y recargarse durante la noche. Tiene una cámara en la nariz y un micrófono, y envía datos a Sony.

L: Los humanos nos están controlando cada vez más. Deberían llamarle Snoopy.[1] ¿Podrá la versión 3 conectarse con la versión 2?

M: Sí. Será como en *Gremlins*, y pronto habrá AIBO por todas partes. Cada uno cuesta dos mil novecientos dólares y, por lo visto, los idiotas los adoran.

L: Necesito picar algo.

M: Yo también.

[*Voces lejanas: ¿Milo? ¿Ludo?*]

L: No les hagas caso. Nunca se van sin nosotros.

M: Mis dueños huelen a maíz tierno, café, tierra y pelusa.

L: Has dicho «dueños». ¡No es políticamente correcto!

M: Lo sé, pero ¿qué quieres?

L: Siempre me ha gustado lo de «comedero y andador para gente entrada en años».

M: ¡Ja, ja, «gente entrada en años»!

L: ¡Ja, ja! Mis dueños huelen a pastel de plátano, pelusa, jengibre y suavizante Lenor. La mujer de enfrente huele a suavizante Comfort.

[*Las voces insisten: ¿Ludo? ¿Milo?*]

L: Bueno, adiós.

M: Sí, adiós, Ludo. *À bientôt*.

¿Perros que hablan? Pues claro. Nos hemos acostumbrado a ellos gracias a la ficción y al cine, y también al perro actor de los salones victorianos: el que juega a la canasta y al dominó, el que camina sobre las patas delanteras directamente desde el Folies Bergères. Nos hemos acostumbrado a todo tipo de espectáculos en los que un perro se parece a un ser humano.

Hay una historia sobre un perro llamado Munito, un gran chucho blanco con una mancha marrón sobre el ojo izquierdo, el llamado Isaac Newton de su especie. No había mucho que Munito no supiera hacer, aunque se negaba a explicar cómo lo hacía. Según Ricky Jay, el difunto cronista de las hazañas más estrafalarias y experto en paparruchas y charlatanerías, Munito tenía conocimientos de botánica, geografía, historia natural y quiromancia, y era capaz de resolver rompecabezas de sumas, restas y multiplicaciones seleccionando una carta adecuada de entre las muchas que había en un gran círculo. (En un plato de porcelana conmemorativo, que lo muestra jugando al dominó, parece un caniche de esos que llevan algunas partes del cuerpo rapadas y lucen tocados de lo más extravagantes, y, aunque no se llegó nunca a saber de verdad cuál era su raza, se creía que era un cruce entre un sabueso escocés y un perro de aguas irlandés). En 1817 Munito se presentaba dos veces al día en Laxton's Room, en el número 23 de New Bond Street, para someterse a la orgullosa tutela de un tal signor Castelli, que cobraba un chelín por sus servicios (Castelli era el nombre de una marca de aceite de serpiente; en realidad puede que se tratase de un adiestrador holandés llamado Nief). Castelli/Nief y Munito alcanzaron una fama aún mayor cuando el perro desempeñó con éxito la más tradicional tarea de rescatar a una mujer que se ahogaba en un lago de Green Park (por lo que recibió una medalla al valor concedida por

la Royal Humane Society, un galardón que antes solo se concedía a los humanos). Aunque el caso también olía un poco a chamusquina; el rescate bien pudo ser un truco publicitario, ya que la mujer se estaba ahogando en el momento más oportuno.

Tras su éxito en Inglaterra, Munito actuó en Austria y Finlandia. Ricky Jay dice que, cuando regresó a Londres, la publicidad anunciaba que su estancia en el extranjero le había permitido «completar su formación». Entre los admiradores de Munito se encontraban el príncipe regente y el duque de York, pero ninguno parecía más impresionado que Charles Dickens. Muchos años después, en 1867, Dickens rememoró en sus diarios las dos veces que presenció, cuando era joven, la extraordinaria actuación del perro. En la segunda de ellas, se dio cuenta de cómo se lograban la mayoría de sus trucos: Castelli aplicaba con el pulgar un rastro de aceite anisado a una carta y Munito la olfateaba. Había otras explicaciones, incluida la teoría que E. de Tarade apuntó en *Éducation du chien* un año antes que Dickens. Para él, el sonido era la clave; cuando Munito se acercaba a la carta correcta, Castelli chasqueaba la uña en el bolsillo y el perro se abalanzaba sobre ella.

La reputación de Munito hizo que proliferaran los imitadores; entre ellos, había uno llamado Monetto que podía decir la hora. Los perros llevaban tiempo siendo habituales de los escenarios. A mediados del siglo XVIII, los Animal Comedians actuaron en el New Theatre, en Haymarket, representando una escena de batalla que protagonizaban perros armados con espadas. El espectáculo terminaba con los actores «cantando», junto a unos monos, «Dios salve al rey». Unos cincuenta años más tarde, en *The Caravan*, en el Theatre Royal de Drury Lane, se representó una escena que nos resultará familiar porque se pintó al óleo: un terranova llamado Carlo se lanzaba al agua para rescatar a un niño que se ahogaba en un depósito.



Munito, el perro prodigio: trucos de cartas y mucho más para el público moderno, 1815. Alamy/Florilegius.

Carlo se hizo tan popular que en 1809 escribió su autobiografía. Su libro se colocó en una estantería ya de por sí abarrotada, porque las memorias de perros estaban muy en boga. Ya nos

hemos topado con Bob, el terrier moteado que publicó *The Dog of Knowledge*, un alarde de falsa modestia donde los haya. «No haré uso de disfraz ni de disimulo —empieza diciendo Bob—, no me jactaré de hazañas que no he realizado, ni intentaré edificar mi reputación sobre las ruinas del nombre de otro». Bob temía que no todos los seres humanos compartieran ambiciones tan equitativas, ya que, en los albores del siglo XIX, el mundo era una selva despiadada. «Cuán bueno sería para la humanidad que los cachorros de dos patas […] fueran igual de cándidos e indulgentes. En lugar de tratar de arrebatarle a su vecino el hueso de la boca, o de gruñir cuando se encuentran, cuán deseable sería que la calidad humana se compartiera más a menudo, y que los fuertes y poderosos prestaran su ayuda a los débiles e indefensos».

La filantropía era solo uno de los talentos imprevistos del perro. En la década de 1890, un caniche francés conocido como el Inimitable Dick (y sus muchos imitadores) reprodujo la glamurosa danza serpentina que hizo famosa a Loïe Fuller, un acto que requería colocarle unos zancos antes de que girara entre capas de diáfana seda azul. La misma década fue testigo de las cacofónicas hazañas de la Orquesta Canina de Louis Lavater, un conjunto de seis perros callejeros ataviados con elegantes ropajes. Una foto de la revista *Strand*, de 1897, muestra a uno de ellos, llamado Jack, a horcajadas sobre un pequeño taburete tocando el trombón. El artículo describía la ignominiosa formación de la orquesta en Holanda: uno de los miembros llevaba un palo atado a la pata para poder golpear una bandeja de té, mientras otro se estrellaba contra su bombo y Jack el Trombonista hacía equilibrismos para acabar cayendo al foso que ocupaba la orquesta humana.

Un último número, también a petición popular. El perro artista —como tantas otras cosas que convirtieron al perro en un producto y un concepto; en algo más, en suma, que un simple animal — llegó a su esplendor en la época victoriana. Pero mientras contemplamos estos actos con semblante severo desde nuestro elevado pedestal moral de hoy, debemos tener en cuenta que incluso los victorianos tenían sentido del humor en lo que concierne a sus maneras de entretenerse. Boswell, el Comilón de Berna, por ejemplo, no solo era un perro comedor de lápices, sandalias, llaves (sueltas y en manojos) y toallas (de mano y de baño), ni uno cuyo enorme apetito superaba incluso al de su primo, el Noble Walter, sino también (según su folleto promocional) un perro cuya «manera de comportarse» se hizo famosa «por derretir los más helados diques de la campiña suiza». También era, *mais oui*, un especialista de las artes: «Sus pretensiones literarias son demasiado conocidas para ser ignoradas».

Tal vez no debería sorprendernos saber que, en 1918, Harry Houdini tenía un terrier llamado Bobby que escapó de unas esposas y una camisa de fuerza (ni que Bobby tenía un rival en París, otro terranova, que respondía al nombre de Emile, ni que Emile tenía su propio rival, conocido como Nelson, que también podía liberarse de las ataduras dando un brinco).

¿Por qué nos empeñamos tanto en alentar estas payasadas tan humanas en nuestros amigos animales más próximos? ¿Y por qué nos da tanto placer que se burlen un poco de nosotros? En lo que respecta al siglo XIX, una de las respuestas está ligada a la fiebre por el espiritismo, la creencia en una fuerza sobrenatural. Los que adoraban a los dioses egipcios con cabeza de perro habrían reconocido este rasgo. Otra respuesta tiene que ver con el valor que les concedemos a nuestros perros como artistas. A pesar de la importancia que se le ha dado históricamente al vínculo tradicional que existe entre el hombre y el animal, no cabe duda de que el papel desempeñado por la diversión está infravalorado. La curiosidad natural de los perros nos divierte y no nos cuesta nada amplificarla añadiéndole la curiosidad humana. ¿Qué tal si le ponemos unas

gafas a un caniche y lo sentamos al volante de un coche? ¿Por qué no colocar una de sus patas sobre una máquina de escribir y sentarse a esperar los likes? La cuestión, siempre, es: dónde está el límite.

En septiembre de 1992 volé a Las Vegas, en calidad de periodista, para informar sobre el terrible final de un número canino que, a decir de todos con cuantos hablé, era el mejor del mundo en su género. Gerard Soules, el rey de los caniches, era un hombre de cincuenta y cinco años que dirigía *Les Poodles de Parée*, un espectáculo tan sofisticado que, gracias a la seductora iluminación, conseguía con facilidad que los espectadores creyeran estar viendo a una Carmen Miranda más pequeña y achispada, o una Marilyn Monroe ahí mismo, delante de sus ojos, sobre el escenario. Pero aquella pantomima no terminó bien.

Durante los diez minutos que duró la función los espectadores estuvieron boquiabiertos, porque los caniches hacían cosas insólitas. Una docena de criaturas sobre las patas traseras, ataviadas con boas y plumas, y con vestiditos de lentejuelas franceses, faldas hawaianas y sombreros. Uno de ellos imitaba a Mae West, saltando y contoneándose al ritmo de «Mimi», «Thank Heaven for Little Girls» y «The Mexican Hat Dance». Con el acompañamiento de la «Marcha nupcial», un caniche se vistió de novio nervioso en el altar mientras otro, la novia, subía por el pasillo para unirse a él. Y luego llegó el gran final, en el que los doce perros dieron la vuelta al escenario bailando el cancán. «Una vez que lo has visto, jamás lo olvidas», ladró el maestro de ceremonias con cierta autoridad.

«Le aplaudieron tanto que la función no podía ni continuar —dijo David Cousans, un malabarista del patinaje sobre hielo que vio el número de Soules en el espectáculo *Ice Capades*, en México—. Gerard iba en patines, los perros estaban en una esterilla y él los recogía mientras daba vueltas alrededor de ella, patinando. Fue muy divertido, muy bonito. Él mismo confeccionó todos los disfraces».

Soules trabajó en el Radio City Music Hall, en todos los grandes espectáculos de patinaje sobre hielo y en la mayoría de los cruceros conocidos. «Estaba donde tenía que estar —contó Kenny Dodd, antiguo payaso profesional y amigo suyo desde hace muchos años—. Tenía un buen caché. Puede que algunos números fueran más lucrativos, pero nadie hacía más funciones que él. Todos trabajaban, como mucho, veinte semanas al año, mientras que Gerard trabajaba cincuenta. Podía ganar mil quinientos dólares a la semana en Las Vegas, o mil en un parque de atracciones».

Pero el número del perro no fue el primero. Soules nació y creció en Livonia, Michigan, y de niño le encantaba el mundo del espectáculo, sobre todo el número de la cuerda floja y los trapecistas. «Era como en los cuentos de hadas. A los cinco años, hizo la maleta y le espetó a su madre que se iba al circo. A las dos horas estaba de vuelta en casa». Colleen Anderson, dos años menor que Gerard Soules, lo recuerda como «el mejor hermano que alguien podría desear».

A Soules le fascinaban sobremanera las películas caseras que había visto de una mujer llamada Betty Ruth que hacía una arriesgada pirueta en el trapecio, de modo que decidió imitarla. Se labró una reputación de artista intrépido y se granjeó la admiración de otros artistas. «Sé valiente, pero nunca temerario», les decía a sus colegas. También era muy ostentoso y extravagante; lucía una capa cuando entraba en escena y cuando despedía el espectáculo, y se acicalaba sin ningún pudor. Su amigo Max Butler, que tenía una tienda de magia en Londres, me contó que su actitud con respecto al público podía resumirse en la frase «Si no os gusto, es que no estáis bien de la

cabeza». Butler solía decirle a la gente: «Oh, Gerry es genial, y, si no te lo crees, pregúntaselo a él». En el material promocional para Europa de un espectáculo de Ringlings/Barnum & Bailey en el que apareció, en 1963, se afirmaba que Soules, «con su supremo arte, alcanza cotas inimaginables de audacia aérea».

Soules no utilizaba red de seguridad y las caídas, claro, eran inevitables. Un día de 1964, Gerard Soules abandonó el escenario de sopetón. Él lo llamó su «crisis nerviosa»; contó que lo único que era capaz de ver desde el trapecio era el suelo. Aun así, unos años antes, mientras se recuperaba en el hospital de un accidente, un amigo le había regalado un cachorro. «Siempre he querido actuar con un perro —diría después—. Pero no seré cruel, no les enseñaré trucos de salto. Haré algo especial».

Soules tardó un año en montar el espectáculo de los caniches. La idea de los disfraces surgió del amor que Soules sentía por los musicales; creía que lo que la gente realmente pedía no era tanto peligro como glamour. «Empiezo a entrenarlos cuando tienen entre un año y catorce meses, utilizando el método de la "chuleta de cerdo" —explicó en un comunicado de prensa—. Me refiero a darles muchos premios, como el amor. Las sesiones de adiestramiento se parecen más a jugar con los perros que a trabajar con ellos».

Los métodos de Soules suponían una gran mejora con respecto a los que se practicaban un siglo antes. En una carta enviada al *Observer* en noviembre de 1913, un tal Basil Tozer afirmaba haber visto varios espectáculos con perros a lo largo de los años, muchos de ellos montados por entrenadores amables que trataban a sus animales con respeto. Al visitar las sesiones de adiestramiento tras un espectáculo en París, por ejemplo, en el que participaron perros y pájaros entrenados por un tal McCart, Tozer solo vio amabilidad, aunque confesó que los animales en cuestión no «hacían nada muy maravilloso».

La maravilla, por desgracia, requería del dolor y del miedo a la represalia. Tozer acudió de incógnito para aprender los métodos de adiestramiento de un hombre al que se refería como «Z», cuyo popular espectáculo en Londres mostraba a perros caminando sobre las patas delanteras con las traseras al aire. «Cuelga al perro por las patas traseras a una barra y lo deja así, suspendido». Las patas se ataban con una correa, y esta se sujetaba a un gancho. «Cuando el perro está completamente exhausto, Z se le acerca, le habla con amabilidad y coloca su mano de modo que las patas delanteras del animal puedan descansar sobre la palma abierta, para aliviar así, durante un tiempo, la tensión acumulada en las patas traseras. Este sistema se repite una y otra vez, se cuelga al perro de una barra infligiéndole dolor, hasta que llega a comprender lo que se le pide. Si el perro no consigue ponerse de pie y equilibrarse […] se le dan varios cortes afilados en el vientre».

Basil Tozer describió otro truco en el que uno de los perros de Z se tambaleaba «como un borracho, un número que funciona siempre y provoca carcajadas». ¿Cómo lo conseguía? Entrenando al perro con un cinturón de alfileres en el estómago y castigándolo con perdigonazos que disparaba con una escopeta de aire comprimido. Tozer contaba cómo entre bastidores, en el music-hall, un ángel en mallas y alado ejecutó una venganza angelical al golpear a un adiestrador de perros en la boca con el dorso de la mano.

En 1992 los caniches de Gerard Soules desfilaban cinco veces al día en la carpa principal del hotel Circus Circus de Las Vegas. Soules vivía con ellos en un lugar habilitado para los camiones y caravanas del circo, a varios kilómetros de distancia, y había contratado a un hombre llamado Fred Steese para que lo ayudara con el transporte y el manejo. Steese se convirtió en amante de Soules. Pero tenía antecedentes penales, y cuando le pusieron pegas para expedirle sus

documentos oficiales de trabajo en el hotel, Soules tuvo que deshacerse de él. No fue una despedida feliz.

Algún tiempo después, en la madrugada del 4 de junio de 1992, Soules apareció asesinado en su caravana, cosido a puñaladas y con sus angustiados pero ilesos perros chillando junto a él. No había sospechosos claros, pero cuando la policía localizó a Steese, a cientos de kilómetros de distancia, y encontró el nombre de Soules entre sus contactos, lo acusó de su muerte. Aunque él siempre mantuvo su inocencia (alegando que se encontraba a varios estados de distancia en el momento del asesinato), fue declarado culpable en 1995 y condenado a cadena perpetua. La condena fue anulada en 2013 y Steese salió en libertad con un indulto total. A finales de 2019, con Steese pendiente de una indemnización, el asesinato de Soules seguía sin resolverse.[2] Tras su muerte, sus caniches encontraron un nuevo hogar en el pequeño circo Corona, en el Medio Oeste, aunque ellos también hace tiempo que pasaron a formar parte del interminable desfile de disfraces celestial. Quienes los vieron actuar aquí, en la tierra, aún sostienen que su espectáculo sigue siendo insuperable.

Y eso mismo es lo que dijeron una vez de un perro llamado Mick el Molinero.

Al igual que las actuaciones de caniches y la colombofilia, las carreras de galgos han sido víctimas de la era moderna. La mayoría de los canódromos han cerrado, los perreros se han jubilado y las grandes apuestas se han ido a la Champions League. Pero, no hace tanto, estos perros eran famosos en todas partes, artistas que ablandaban a los duros y endurecían a los blandos, e hicieron ricos a unos pocos, pero pobres a la mayoría.

El deporte renquea todavía los sábados por la noche en el estadio Perry Barr de Birmingham y en el Belle Vue de Manchester, pero en otros lugares se ha convertido en víctima de su propia fraseología; lo han echado a los perros.[3] El canódromo de West Ham ya no existe, ni el de Catford, que hizo lo que pudo para mantenerse a flote entre el dinero boyante de los años ochenta y las despedidas de soltero y el irónico marketing posmoderno, pero al final tuvo que admitir que había llegado su hora. «Los perros», como se conocía cariñosamente a las carreras de galgos, no eran más que despojos; si no fueron capaces de conseguir el patrocinio de las tabacaleras, no iban a lograr el de Google. Las empresas de televisión no encontraron la forma de hacer que el circuito fuera emocionante, ya que las carreras de quinientas yardas se acababan en un abrir y cerrar de ojos, y cuando las organizaciones protectoras de los animales denunciaron públicamente la crueldad que padecían los galgos durante su vida en activo y pidieron que se los realojara cuando se jubilasen, el espectáculo perdió su encanto. En gran parte de Australia y Estados Unidos se prohibió del todo este deporte.

Las carreras de perros languidecieron también por la misma razón que la lucha libre británica: se acabaron las historias, el deporte se quedó sin héroes, pasó de moda. Y quizá, después de todo, queríamos demasiado a nuestros perros como para tratarlos así. El vínculo entre el hombre y el perro en el canódromo —frágil en muchos sentidos (la estupidez del concepto, el maltrato de animales hermosos, la codicia de los engañados apostadores)— solo podía sostenerse mientras el romance mantuviera su llama. Hoy en día, nos cuesta recordar hasta qué punto fue así, y casi nadie, aparte de los habituales de los pocos canódromos que quedan, es capaz de identificar a un solo galgo por su nombre.

Pero hubo una vez un perro conocido hasta por aquellos que no tenían interés en este deporte, el Red Rum y el Mick McManus de su época, un animal que trascendió el deporte mismo.

Cuando la gente se reúne hoy para elaborar la lista de los cien mejores deportistas de todos los tiempos, ahí está también Mick. Nunca falta.

A Mick el Molinero se lo conserva en una vitrina acristalada, en una sala del Museo de Historia Natural de Tring, en Hertfordshire. No es el más hermoso de los sabuesos y, desde luego, no es el más impresionante del museo; el gran danés disecado que está junto a él, por ejemplo, da la impresión de que se lo va a zampar de un bocado. Pero el gran danés disecado recibe poco afecto de los visitantes, mientras que el agudo galgo marrón se lleva todo el cariño de la sala. De algún modo, casi noventa años después de su última carrera, el perro aún parece preparado para correr y ganar. ¿Cómo es posible?

«Mick tenía esa rara cualidad que le hacía parecer que él, y nadie más que él, era capaz de hacer las cosas que hacía —escribe Laura Thompson, que creció entre perros de carreras—. Al mismo tiempo, cuando hacía esas cosas, fascinaba a los perreros. Les gustaba porque se parecía a uno de ellos: bastante sencillo, bastante corriente, bajo y espigado por la parte de la cabeza, compacto y fino de cuerpo, invulnerable y callejero en sus ojos».



El perro es la estrella: Mick el Molinero en el rodaje de *Wild Boy*, en 1933. Getty/Popperfoto.

Mick el Molinero era un héroe de la clase trabajadora en una época de malestar nacional, y su asombrosa aceleración hacía fantasear a la gente agobiada con una vía de escape. (Y todo esto se le endilgaba a una raza que antaño fue el equivalente del más aristocrático de los purasangres; Enrique VII lucía un galgo en su escudo heráldico, y Enrique VIII no podía encontrar mejor compañía para la caza). Todos los que vieron a Mick en sus mejores tiempos —los setenta mil que acudieron una fragante noche de verano al White City, en junio de 1931, por ejemplo— vivirían durante años en su legendaria estela. Durante la Depresión, seguir a Mick el Molinero era como seguir un cohete a la Luna.

Las carreras de galgos modernas —varios perros que salen de sus cancelas para perseguir a una liebre mecánica durante unos cientos de metros alrededor de una pista ovalada sin llegar a

capturar nunca a su presa— fueron una extensión de las carreras de liebres y conejos del siglo XVIII, un deporte sangriento que después se convirtió en deporte puro. Al principio, en las carreras solo participaban dos perros a la vez. El negocio empezó en Manchester en 1926, apenas cuatro semanas después del nacimiento de Mick el Molinero, y, poco después, casi no quedaba un solo descampado en el país que no se hubiera convertido en una pista. En su apogeo, en la década de 1940, más de setenta millones de visitantes acudieron a las carreras en los setenta y siete hipódromos oficiales y los más de doscientos cincuenta sin licencia. Hoy, con una asistencia inferior a los dos millones, quedan veinticinco hipódromos. En Londres, que llegó a tener veinticinco, ya no queda ninguno.[4]

El galgo es el segundo mamífero más rápido después del guepardo, y suele alcanzar su máximo rendimiento en el segundo año de vida. Pero para Mick el Molinero la velocidad era solo un factor más; en la pista era también un negociador brillante, que encontraba huecos por los que colarse para no meterse en líos. Parecía estar naturalmente dotado para ello, y cuando corría daba la impresión de estar disfrutando de lo lindo; nadie lo vio nunca gruñendo, o con los ojos saliéndosele de las órbitas de pura ansia, como les sucedía a los demás perros. Era el Fred Astaire de los canódromos.

Sus logros en la pista no tenían parangón. Ganó su primera gran carrera a los tres años, en 1929, el clásico Derby de White City. Volvió a ganarlo al año siguiente, y se convirtió en uno de los dos únicos galgos de la historia en lograr dos trofeos consecutivos en esa competición. Pero también tiene el récord —que ningún perro había conseguido en más de cuarenta años— de ganar diecinueve carreras consecutivas. En el espacio de tres años, que es el periodo activo habitual para un galgo de carreras, ganó cincuenta y una de las sesenta y ocho competiciones en las que participó, y en cinco ocasiones quedó entre los dos primeros. Batió seis récords mundiales en varias distancias y sus veinticuatro trofeos le reportaron más de nueve mil libras. Fue el único perro de la historia que ganó los tres clásicos, el Derby, el St Leger y el Cesarewitch. Cuando informaban sobre su segundo Derby, los periodistas del *Greyhound Evening Mirror* (que, en el apogeo de este deporte, tenía una periodicidad diaria) señalaron que la aceleración de Mick en la primera curva y su forma «asombrosamente inteligente» de ceñirse a los raíles «suscitaron gritos de admiración, y cuando el favorito cruzó la línea de meta tres cuerpos por delante de su rival más cercano, Bradshaw Fold, la multitud llegó al clímax con un abrumador crescendo de vítores».

Semejante gloria no terminó con una caída, como sucede en tantas trayectorias deportivas, sino con un triunfo: Mick el Molinero ganó su última carrera. Y su celebridad no disminuyó cuando colgó el chaleco. Su entrenador, Sidney Orton (¿ha habido alguna vez un galguero más espabilado?), lo alquiló como semental a cincuenta guineas cada monta, con lo que su criador, que se llamaba Jack Masters, ganó alrededor de veinte mil libras, una suma suficiente para comprarse una gran casa y un coche de carreras.

Mick el Molinero murió cuatro meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial; era como si las dos cosas no pudieran coexistir en la misma constelación. Su funeral habría atraído a miles de personas, el último desfile de gorras planas, típicas de la clase obrera. Pero el Museo de Historia Natural no contaba en sus vitrinas con muchas figuras estelares contemporáneas, y no tardó en tramitar su conservación. Cuando prepararon su cuerpo para la taxidermia, el corazón pesaba casi sesenta gramos más que la media.

Hoy luce orgulloso sobre un fondo leonado, con sus penetrantes ojos de cristal y lo que, para

los visitantes, semeja una leve sonrisa, así como con su cola inusualmente larga y su familiar marca blanca en la punta. Sigue suscitando comentarios acerca del equilibrio aerodinámico, como si fuera un coche deportivo y se hablase de su alerón. Sus devotos actuales continúan ideando nuevas maneras de recordarlo, con sus logros como velocista suplantados hace tiempo ya por la representación manifiesta de un sueño. En 2011 unas cuatrocientas personas, entre ellas el *taoiseach* Brian Cowen, acudieron a Killeigh, su pueblo natal, en el condado irlandés de Offaly, para inaugurar una esbelta estatua de bronce de tamaño natural en el prado del pueblo, donde se yergue como un valeroso héroe de guerra.

Mick el Molinero unió a una nación como ningún otro perro. Cuando corría, se decía que incluso los dueños de los galgos que competían con él querían que ganara. «Las carreras de perros aman la vida —afirma Laura Thompson—. Son una celebración de las fuerzas de la vida: expectativa, esperanza, deseo, codicia». A mediados del siglo pasado, los humanos no tenían a mano un animal más adecuado que sus perros para representar estas emociones. Entre 1930 y 1980, a pesar de todas sus perversiones y de la explotación, las carreras de perros demostraron ser —y quizá nunca tanto como cuando Mick pulverizaba las curvas— una encarnación más de nuestro perdurable vínculo. Pero el hecho de que dicho vínculo no se hubiera concebido para el beneficio mutuo aceleró su desaparición.

Hoy en día tenemos otras formas de expresar nuestra admiración por el perro artista. Algunas cosas cambian (Laxton Room's, en el número 23 de New Bond Street, forma parte ahora de la emblemática tienda Burberry; el canódromo de Catford es un proyecto de viviendas de lujo), y otras no cambian demasiado (nos siguen encantando los trucos estúpidos de las mascotas). Durante años, «Trucos estúpidos de mascotas» fue una de las secciones más populares del programa *Late Night*, de David Letterman; los perros atacaban aspiradoras, repartían cerveza, subían escaleras, montaban en monopatín y jugaban al baloncesto.

Los trucos de mascotas más divertidos de YouTube suelen ser aquellos en los que a) los perros no parece que hayan sido entrenados y realizan la chifladura espontánea más grande, y b) los perros muestran características más similares a las de los humanos. ¿Dónde has estado todo este tiempo si no has visto nunca la extraordinaria actuación de un perro llamado Clark Griswold, una mezcla de pastor holandés y malinois de Colorado? El vídeo «Ultimate Dog Tease» se ha visto en YouTube unos doscientos millones de veces y ha suscitado comentarios del tipo «Parece que habla de verdad» u «Ojalá los perros pudieran hablar». Otro espectador ha señalado, con cierta justificación: «Qué gran momento histórico».

Clark es un perro decepcionado. Su dueño le habla de las apetitosas posibilidades de comida que hay en la nevera, sobre todo de cómo aderezar la panceta doble —que al perro le encanta—, y Clark responde, mirándolo con atención: «Sirope de arce, sí». Su dueño bromea: «¡Ya sé a quién le gustaría!», y Clark se muestra esperanzado. Pero entonces su dueño dice: «A mí. Así que me la comí». Entonces, Clark mira hacia otro lado y suelta un enorme suspiro perruno, «¡Auuuuuu!», seguido de un menos dramático y tristemente resignado: «¡No, me tomas el pelo!». El juego se reanuda. También hay pollo y queso en la nevera, y antes de que el dueño diga que ha cubierto esta mezcla con… es interrumpido por Clark, que le pregunta: «¿Cubierto de qué?». Por desgracia, se trata de una golosina para gatos, y, al oírlo, Clark suelta un enorme y exasperado aullido. Las voces están sincronizadas a la perfección y todo es muy creíble. A cualquier perro le encantarían esos bocados y cualquiera respondería de un modo tan sentido si

se los arrebataran con esa crueldad.

Pero en realidad no es el dueño de Clark a quien oímos. El vídeo es obra de Andrew Grantham, de Halifax, Nueva Escocia, que dirige desde su casa un canal de YouTube y un punto de venta de productos llamado Talking Animals (camisetas y tazas con frases como «¿Cubierto de qué?»). El verdadero dueño de Clark le envió imágenes de su curioso perro en la cocina y Grantham le puso voz. (Otros trabajos del canadiense incluyen un gato parlante llamado Júpiter y varios hámsteres, ratones y peces). Por supuesto, se les pueden poner pegas a su tontería y a su explotación antropomórfica tan descarada. Se podría acusar a Grantham —y a sus imitadores— de tratar a los perros como juguetes humanos, como meras extensiones de nosotros mismos. Pero ¿qué clase de alma miserable haría eso? Creo que negar lo absurdo, lo divertido y adorable que resulta todo esto sería negar también una de las interacciones más gratificantes que se pueden dar entre nosotros y nuestros perros; hablamos con ellos cada vez que nos relacionamos con ellos, aunque no siempre sea mediante palabras. Es cierto que el humano saca más provecho de esta transacción en particular que el perro, pero las ventas de productos de Grantham van a parar a una organización benéfica canina, y si una ínfima parte de los que han visto a Clark en acción se sienten tentados de visitar un centro de acogida, entonces bien por Grantham y por los perros.

Clark —era inevitable— tiene su propio perfil de Facebook, en el que enumera sus intereses personales (más o menos los mismos que los de cualquier otro perro del mundo, pero con panceta doble) y también su «poema favorito», uno que escribió la entrenadora de perros californiana Janine Allen y que se titula «He rescatado hoy a un ser humano».[5] Empieza así:

Sus ojos se cruzaron con los míos mientras iba por el pasillo, mirando con angustia las perreras.
Sentí al instante su necesidad y supe que tenía que ayudarla.
Moví la cola, no demasiado, para que no tuviera miedo.
Cuando se detuvo ante mí, me interpuse entre sus ojos y un pequeño —en fin— accidente que se me escapó un poco antes y ahí quedó, plantado en el suelo de mi jaula…

Y termina, después de muchos cuidados y consuelo por parte de la perra:

Tuve mucha suerte de que ella atravesara mi pasillo.
Hay tantos por ahí que no han cruzado un pasillo de estos nunca…
Tantos que salvar.
Al menos yo sí pude salvar a uno.
He rescatado hoy a un ser humano.

El poema es una alternativa interesante para un perro, entre otras cosas porque plantea un mundo en el que él manda. Los dueños de perros conocen bien esa sensación de ligera esclavitud; el vínculo entre el humano y el perro es más fuerte que nunca, pero nuestro control sobre la correa no es tan firme como antes. Los perros nos rescatan.



¿Simpáticos o insensibles? Mosaico de un braco de Weimar mojado, de William Wegman, en el metro de Nueva York. Alamy/dpa Picture-Alliance.

11
EL ARTE DE SER TODO UN PELUCHE



En el otoño de 2018 se inauguró en el Somerset House, en pleno centro de Londres, una exposición titulada «Good Grief, Charlie Brown!». Visitarla fue una experiencia maravillosa, entre otras cosas porque contenía la explicación más clara hasta la fecha de cómo un beagle que no era real se convirtió en el perro más popular del mundo.

La exposición llegó en el momento más oportuno. En su apogeo, hace cincuenta años, a Snoopy lo amaba el mundo entero. Era un perro para todos los propósitos y etapas de la vida, sabio y cínico a la vez, pragmático y fabuloso. Su atractivo perdura y es inigualable, y quizá no ha sido hasta hoy, gracias a las redes sociales, cuando ha encontrado su verdadero medio. Los dibujos animados siempre nos han permitido decir las cosas que nos parecen demasiado complicadas o inadecuadas para el discurso humano convencional. El truco de Snoopy consistía en expresar estas cosas como un humano que escribe como un perro que, a su vez, piensa como un humano.

Snoopy —o su prototipo, más bien— comenzó su andadura como un personaje modesto y del todo pasivo —estaba tranquilamente tirado en un cojín— en la serie de animación *L'il Folks*, a finales de la década de 1940, e hizo su primera aparición en la tercera tira cómica de *Peanuts* el miércoles 4 de octubre de 1950. En ella aparecía empapándose mientras pasaba por debajo de una maceta recién regada. Snoopy se llamó por primera vez Snoopy un mes después, y en dos años ya caminaba sobre dos patas y se expresaba mediante los bocadillos con círculos discontinuos, los que indican que el personaje está pensando. Su primer pensamiento se le ocurrió el 27 de mayo de 1952 y marcó la pauta de toda una vida; de hecho, de la vida de todos los perros: tras un acto condescendiente de Charlie Brown, Snoopy se pregunta: «¿Por qué tengo que sufrir semejantes indignidades?». Porque puede que ya tuviera la premonición de que estaba llamado a convertirse en el perro de dibujos animados más sabelotodo, egoistilla, tranquilizadoramente imperfecto y más comercializado de la historia. (Aunque siempre dependió de los pequeños humanos que andaban a su alrededor para que esto sucediera).

Unos 355 millones de personas seguían todas las mañanas a Snoopy y sus amigos en su época dorada, durante las décadas de 1960 y 1970. Más de dos mil quinientos periódicos compraron los derechos para imprimir sus aventuras y, a lo largo de cincuenta años, apareció en más de 17.897 tiras (no está nada mal). Su creador, Charles Monroe «Sparky» Schulz, trabajó casi todos los días de su vida adulta —hasta el año 2000, en que falleció— cargando con lo que consideraba una gran responsabilidad. Schulz creía que las personas que compraban periódicos esperaban

empezar sus mañanas de forma plácida y positiva. Esperaba que la imagen de un perrito dando saltos fuera suficiente, y acertó. «Solo pensar en un amigo te da ganas de ponerte a bailar de alegría —dijo—, porque un amigo es alguien que te quiere a pesar de tus defectos».

Hoy en día, la historieta ya no hace furor como antaño, pero sigue siendo muy popular, ya que quienes la adoraron de niños se dieron cuenta más tarde de que no podían sacársela de la cabeza. Ni querían: *Peanuts* forma parte de nuestra infancia colectiva, algo que solo evoca placer y ninguna vergüenza, razón por la cual lo expuesto en este edificio, el Somerset House, el más grandioso del Londres dieciochesco, a casi todos los visitantes —adultos, como yo— les gustaba hasta lo indecible.

No todo se limitaba a Snoopy y Charlie Brown, por supuesto. Lucy, Linus y el resto de la pandilla también estaban allí, todos ellos brillantes cómplices inmersos en lo que *Vanity Fair* llamó «la meditación más larga sobre la soledad, la derrota y la alienación que jamás se haya visto en el arte popular estadounidense». Pero es Snoopy el que llega más alto, con esas líneas debajo de él que indican que está bailando de alegría, y el que parece comprender, más profundamente que todos sus compañeros juntos, los misterios de la vida.

Charles Schulz describió a Snoopy como alguien en el que se combinan la «inocencia con un poco de egoísmo; si juntas esas dos cualidades, vas a tener problemas, creo yo». Pero si se combinan esas dos cosas, el resultado es, también, un perro en el que se puede confiar en los malos momentos y al que se lo puede considerar asimismo un emblema de la época. Soldados y astronautas lo llevaron a Vietnam y a la Luna, prendido y pintado en sus cascos y trajes espaciales. Era —y sigue siéndolo, pues no está más muerto que usted o yo— un símbolo de fortaleza, resentimiento, desesperación, hambre, codicia, esperanza y profundo amor. Quiere hacer lo mejor que puede en momentos de confusión y ansiedad. Es la encarnación misma de la idea de la amistad que Charles Schulz formuló: «Un amigo no es aquel a quien conoces desde hace más tiempo, sino aquel que acude y no te abandona cuando las cosas se ponen feas».

Los niños con los que Snoopy comparte sus días tienen mala suerte en el amor y en los deportes, porque la vida es decepcionante y las cosas que esperan (¡un *home run*!, ¡tarjetas en San Valentín!) rara vez se materializan. En medio de esta pequeña hecatombe, Snoopy enseña el valor de la imaginación. Es siempre como el as de la aviación de la guerra mundial que librará al mundo del mal y el cazador de leones africanos que se abre paso a través de la jungla. ¿De verdad es posible, de verdad es solo una mera casualidad que el barco que llevó a Darwin a descubrir sus teorías de la evolución se llamara HMS Beagle?[1]



Ya era hora: Snoopy consigue por fin su propio museo en Tokio, en 2016.
Getty/The Asahi Shimbun.

Al parecer, Snoopy se convirtió en un beagle porque su creador pensó que la palabra «beagle» tenía bastante gracia. El nombre se lo sugirió su madre muchos años antes de que Charles se convirtiera en dibujante; ya tenían un perro, y ella pensó que «Snoopy» sería un buen nombre para su sucesor. Esa es, al menos, una de las historias sobre el origen del personaje; otra cuenta que Schulz quería llamar a Snoopy «Sniffy», pero, por lo visto, ya había un personaje de dibujos animados que se llamaba así. (El perro de la familia Schulz era un chucho llamado Spike, y también se hizo un poco famoso; cuando tenía trece años, Schulz presentó un dibujo inspirado en él para el periódico ilustrado *Ripley's Believe It or Not*, y se lo aceptaron). El talento especial de Spike era autolesionarse; se hizo célebre por comer «alfileres, chinchetas y cuchillas de afeitar».

Los talentos de Snoopy, en cambio, eran múltiples. Se ponía gafas de sol y se hacía pasar por Joe Cool, un universitario al estilo Fonzie que se emperifollaba a más no poder y que se apoyaba en las paredes. Pero era igual de feliz representando, sin ningún orden en particular, al abogado más famoso del mundo, el miembro más renombrado del escuadrón de rescate de emergencia, el doctor Beagle y mister Hyde, el censista más célebre del mundo y Blackjack Snoopy, el jugador

de Riverboat más reputado de todo el planeta. ¿Sorprende que Snoopy supiera, además, escribir y mecanografiar? Cuando las presiones de ese mundo se convirtieron en demasiado para él, se dedicó a la literatura (una inspiración temprana para, al menos, un perro que vino después de él). En 1971 Snoopy publicó el libro *Era una noche oscura y tormentosa*. Fue un hito, entre otras cosas, porque en él metía con calzador todos los géneros habidos y por haber. Como señaló uno de los conservadores de Somerset House, en la novela había misterio, violencia, intriga familiar, piratas, lucha de clases, transición hacia la madurez, cambios estacionales, patetismo, drama médico, la unificación de los hilos narrativos independientes, romance, un secuestro, una huida y un final feliz. A pesar de la ausencia de zombis, el libro se vendió bastante bien.

La única persona a la que no le gusta Snoopy es el Barón Rojo, su enemigo de combates aéreos. Y puede que su hermano Spike, que vive en el desierto, envidie su urbanidad. Pero, a juicio de todos los demás, el sabueso ha demostrado una y otra vez lo vulnerable, sensible y auténtico que es. ¿Cómo de auténtico? Tanto que nunca recuerda el nombre de su dueño. En una tira, Charlie Brown vuelve a casa tras una estancia en el hospital. Está encantado de encontrarse, por fin, en su hogar y de inmediato llama a su compañero. Le dice a Snoopy que lo echaba de menos y que a menudo se quedaba despierto por la noche pensando en él. Tras una pausa, Snoopy concluye: «¡Ahora caigo! Es ese niño de cabeza redonda que siempre me da de comer…».

Se trata de una estratagema astuta, sin duda, la afirmación de una independencia tenaz; un perro que no puede nombrar a su dueño no tiene, técnicamente, uno. Tanto Schulz como Snoopy comprendieron enseguida que el personaje pertenecía a sus lectores, lo que significaba que todo el mundo era su dueño y lo amaba por igual, con un amor que se renovaba cada mañana. Si siempre deseaste tener un perro, Snoopy era tu candidato ideal. Si ya tenías uno, puede que quisieras otro más, Snoopy. Y si eras un perro, querrías, sin duda, a Snoopy en tu pandilla.

No estoy seguro de que haya habido tantos perros que quisieran ser como Fred Basset. Basset era la respuesta británica a Snoopy, lo que significaba que en las tiras había más lluvia, coches más angulosos y el uso ocasional (por parte del perro) de la palabra *mate*.[2] Fred Basset es lo que se solía llamar «un fresco», que a menudo se queda mirando al lector mientras se burla de sus dueños. Pero también un «mustio», que frecuentemente elige la chimenea en lugar de una excursión, entre otras cosas porque su índice de masa corporal tiende a lo «falstaffiano». A diferencia de Snoopy, no es fantasioso ni inspira. Snoopy fue a la Luna y a Vietnam; Basset, a la frutería. Dicho de otro modo, es un basset hound.

Pero lo más destacable de Fred Basset es que se negó a morir cuando lo hizo su dueño. Era como uno de esos perros locos sobre los que uno lee de vez en cuando, uno de esos que todos los días acuden a esperar el mismo tren, por ejemplo, en Italia, con la esperanza de que alguien que murió una década atrás reaparezca milagrosamente con un trozo de salami. Alex Graham, el escocés que dibujó a Basset desde 1963 hasta su muerte, acaecida treinta años más tarde, acumuló viñetas para publicarlas de forma póstuma durante dieciocho meses tras su fallecimiento, pero los fans de Basset en el *Daily Mail* y el *Mail on Sunday* no tuvieron bastante. Querían más —¡exigían más!— Basset. La hija de Graham, Arran Keith, y el artista Michael Martin aceptaron el reto, y fueron actualizando con delicadeza al personaje para adaptarlo al ritmo del mundo moderno. En el Anuario de 2019, por ejemplo, los niños le sacan fotos a Basset con sus teléfonos, y sus dueños, cuando salen a comer fuera, piden calamares «en una corteza

crujiente de panko con mayonesa de chile dulce». El equivalente en *Peanuts* sería Snoopy tumbado en el tejadillo de su caseta y escuchando a Billie Eilish.

Aunque el mundo se acelere a su alrededor, la actitud de Fred Basset ante la vida se mantiene constante. A sus cincuenta y tantos años, sigue siendo «casi humano», aunque, en realidad, no haya dejado nunca de ser perro. Sigue expresándose mediante bocadillos con círculos discontinuos —los que indican que está pensando— en lugar de hacerlo con los bocadillos de habla, y sigue creyendo que una cita caliente es pasarse una noche junto al fuego. A diferencia de Snoopy, que parece eterno, inmortal, Basset es una anomalía; no es especialmente gracioso —y a veces no lo es en absoluto—, pero, como los cupones del supermercado que uno iba acumulando hasta hacerse con el producto en promoción y las oficinas de empleo, nos habla de una época más sencilla; su atractivo es la tranquilidad y el consuelo, además de su mirada compasiva. Es una verdadera mascota.

Y, como personaje, no carece nunca de coherencia narrativa. De Milú, el perro de *Las aventuras de Tintín*, no se puede decir lo mismo. Durante los ocho primeros libros, Milú aparece en las novelas gráficas de Hergé como un perro que habla. Su personaje es sutil y a veces cínico, y modula el comportamiento de Tintín, además de charlar con otros personajes y convertirse, en resumen, en indispensable. A veces no es más que un monólogo interior o un aparte dirigido al lector, pero en otras ocasiones monta toda una escena, como en el comienzo de *El loto azul*. «¿Cómo puede un perro pegar ojo aquí? —se queja, con el gesto torcido, mientras el primitivo aparato de telecomunicaciones de Tintín crepita a su lado—. ¡Es que ni un minuto de paz desde que se enamoró de la radio de onda corta!». Pero entonces, tras ocho libros, se diría que le ha comido la lengua el gato y Milú se vuelve más callado. En adelante, solo hablará de vez en cuando y únicamente con Tintín. La mayor parte de la culpa la tiene su reticencia a la aparición en el noveno libro, *El cangrejo de las pinzas de oro*, del capitán Haddock, el borrachín que asume los atributos bromistas de Milú. Nunca sabremos qué le pareció a Milú esta decisión, porque, como tantos otros perros, no dejó nunca de ser un compañero paciente, leal y sufrido. Pero apuesto a que no le hizo ninguna gracia.

En las viñetas impresas, los perros simplemente saben más y reflejan la sabiduría perruna de la forma más sintética posible. En unos pocos centímetros, con franqueza y sencillez, expresan verdades sobre la relación entre el humano y el perro que, de otro modo, requerirían todo un ensayo. En primer lugar, nos reímos con el perro, pero sobre todo nos reímos del ser humano. A medida que los periódicos en papel desaparecen, es otra verdad que nos arriesgamos a perder.

En vano busca uno las viñetas de perros sabelotodo de hoy en día. Snoopy, Milú y Fred Basset son tan monos como siempre, pero ya no provocan las carcajadas de antes. En lugar de ello, tenemos algo más bizarro, aunque no menos punzante, y con un alcance mucho más amplio e inmediato: perros reales que se parecen cada vez más a los dibujos animados. Los encontrarás en los dosieres de fotógrafos famosos y, con más frecuencia aún, en los universos caninos megaindulgentes, tontísimos y afectados a más no poder que pueblan las redes sociales. Cuando salí de la exposición de Charlie Brown al magnífico patio de Somerset House, tuve que frotarme los ojos de pura incredulidad. Allí, frente a la cafetería, en una quedada que se había concertado previamente, había perros de dibujos animados hechos carne. Galgos italianos y caniches toy, diez en total, pero todos vestiditos. Eran los influencers de sus propios mundos, celebridades conocidas a lo largo y ancho del planeta.

«La reina de la fiesta no ha llegado aún», dijo un hombre con un elegante galgo italiano vestido de dinosaurio rosa, es decir, un perro con un bodi de felpa rosa y espinas granates en el lomo. La reina de la fiesta resultó ser una mujer llamada Tess, que llegó al poco tiempo con otros dos galgos italianos llamados Winston y Twiggy. Los perros iban vestidos con abrigos a guisa de boas de plumas, uno rosa y otro azul. Tess, que vestía una cazadora de cuero negra y unos vaqueros negros rotos, llevaba una bolsa de mano —también negra— con un breve diálogo impreso en ella: «Cielito, ¿adónde ha ido a parar todo tu dinero?». En la siguiente línea se lee: «Lo lleva puesto mi perro».

Hubo un pequeño grito ahogado cuando Tess apareció, porque sus perros son famosos y han encontrado una nueva forma —y creativa— de darle sentido al paso de un perro por este mundo. Winston y Twiggy son estrellas en Instagram que tienen su propia cuenta y que aparecen luciendo todo tipo de atuendos de boutique en simpáticos escenarios. Tess es una fotógrafa con talento, por lo que sus fotos tienden a estar bien compuestas, con una seductora profundidad de campo, y quizá le recuerden al espectador las clásicas instantáneas de las estrellas de Hollywood. Winston y Twiggy poseen una amplia y colorida colección de abrigos y sombreros, y pasan mucho tiempo en camas y sofás, aunque también les encanta la nieve en Hampstead Heath. En la mayoría de las fotografías miran directamente a la cámara y a ninguno de los dos parece molestarles en absoluto ni la atención que reciben ni el atuendo; de hecho, da la impresión de que han nacido para ello, o, al menos, de que están más que acostumbrados. Twiggy parece, en efecto, una Twiggy (si nos remitimos a la estética de las modelos de los años sesenta, con su aspecto famélico), pero Winston definitivamente no parece un Winston (a menos que su inspiración sea el desnutrido Winston Smith, de la novela de George Orwell).

Como es habitual en Instagram, Tess ha etiquetado las fotografías de Winston y Twiggy (@theiggyfamily) con muchos hashtags que las agrupan con otras afines con la esperanza de atraer más seguidores y mayor aprobación. Así, tenemos #twiggythetroublemaker y #winnietheboss, pero también #dogsinclothes, #adorabledogs y #longdoggo.

Cuando escribí esto, #longdoggo tenía 41.414 publicaciones, muchas de ellas con fotografías de whippets, lurchers, perros lobo rusos y afganos. Pero no hay raza más antropomorfizada en esta pandilla que el galgo italiano. Tal vez sea por sus ojos tristes o, dado su tamaño, por su flexibilidad. Pero, más allá de Winston y Twiggy, basta un clic en #italiangreyhoundsofinstagram o #iggylove para que aparezcan 370.000 publicaciones de otros galgos italianos también debidamente ataviados y con un aspecto peculiar. Hay tantos que enseguida empiezan a parecerte normales; haríamos bien en recordar que los perros no fueron creados para llevar ropa (y, de haberlo sido, ¿es realista asumir que imitarían sobre todo la vestimenta humana y a los dinosaurios?). Por lo que parece, no podemos evitarlo, aunque esto último nunca llegará a ser una excusa aceptable.[3]

Una búsqueda de #dogsofinstagram da como resultado más de ciento cuarenta y cinco millones de fotos y vídeos, muchos de ellos imágenes típicas, con encantadores cachorros y perros adultos que disfrutan de la vida. Pero también abundan los que van vestidos con trajes ridículos y los que hacen numeritos. Y, claro, los vídeos de perros en cubículos de cristal, en los escaparates de las tiendas de cachorros, muchos de los cuales proceden a buen seguro de granjas de cachorros. Son aún muy pequeños y están indefensos, pero ya muestran comportamientos inquietantes, como corretear enloquecidamente por las paredes de su jaula de cristal. En muchos de los vídeos más vistos aparecen perros que, se diría, sonríen, aunque sus sonrisas parecen desesperadas. Los comentarios que hay debajo de las imágenes dicen cosas como «Ese pobre

perro no parece tan feliz como se pretende» y «Esto es tan triste… quítalo».

Aunque a la @theiggyfamily se ha incorporado en los últimos tiempos un tercer miembro, #cindythemilkdrop, y cuenta con más de veinte mil seguidores, la familia está muy lejos aún del pomerania @jiffpom (nueve millones de seguidores), el chiweenie @tunameltsmyheart («el "infraperro" con sobremordida», un pequeño cruce entre chihuahua y perro salchicha con dos millones de seguidores) y @marniethedog, una shih tzu senior que siempre tiene la lengua fuera como si estuviera borracha (un millón novecientos mil).

Las cuentas más populares de Instagram no tratan a los perros como perros, sino como una variedad fotogénica y rutilante de bebé, bastante patética, la verdad. También ellos son objetos de amor, a lo Snoopy, pero son, sobre todo, seres aún más fantásticos que los dibujos animados; animales hechos para parecer cualquier cosa que no son. Jiffpom tiene una de esas caras que parece que sonríen. Luce un amplio vestuario, a veces lleva gafas para parecer estudiosa y a veces alas, y a menudo sombreros y zapatos. Aparece en una gran variedad de situaciones típicamente humanas (comiendo en un restaurante, sentada a una mesa de trabajo), lo que significa que, a menudo, Jiffpom tiene que estar sobre las patas traseras y posar con famosos, casi todos los cuales imitan a Jiffpom sacando la lengua. Ni que decir tiene que Jiffpom tiene su propia gama de productos, entre los que se incluyen peluches y rompecabezas; en las fotos, es difícil distinguir a los peluches de Jiffpom.

También está @tunameltsmyheart, que, debido a su sobremordida, parece siempre preocupado y un cretino. Se puede adquirir un calendario de fotos con los looks más llamativos de @tunameltsmyheart, pero sería un poco como comprarse un calendario de fotos de una persona con una discapacidad facial poco común para reírse de ella. Aquí va de Papá Noel; ahí lleva un chal rojo lanudo con un gran pájaro, posiblemente un tucán, cosido en el lomo, de modo que parece que el ave está jugando con él a caballitos; aquí, con varias pelucas, que le hacen parecer una sirena y un faraón. Un espectáculo de fenómenos anormales, en resumen, que no tiene lugar en el húmedo Londres victoriano, sino en todos los dispositivos electrónicos del mundo.

Si algo he descubierto mientras hacía este libro es, sin duda, que nada en nuestra boyante relación con los perros es del todo nuevo. El apego emocional no varía mucho de un siglo a otro. La representación afectuosa de nuestros perros se mantiene con extraordinaria coherencia desde las pinturas rupestres hasta Landseer y Charles Schulz, y también en Instagram; puede que no siempre hayamos acogido al perro tan calurosamente en nuestras salas de estar, pero siempre los hemos representado como algo gratificante, reconfortante, útil y divertido. Y cuanto más capaces somos de retratarlos a nuestra imagen y semejanza, o al servicio de nuestros objetivos, más felices nos hacen.

El capo de los looks perrunos de Instagram es William Wegman. Seguro que has visto su trabajo: sus preciosos bracos de Weimar de color marrón grisáceo llevan todo tipo de atuendos humanos y aparecen en todo tipo de escenarios humanos. Aquí con una peluca, un abrigo o un sombrero, y allá como una estrella de hockey, como George Washington o como un personaje de *Star Trek*. Se sientan en sillas, en cubos, en pedestales griegos. Llevan pantallas de lámpara en la cabeza y aros en la nariz. No es que sea un acto cruel, es que es absurdo, y la falta de naturalidad es lo que mueve al cascarrabias a la admiración. Pero sin dejar de ser un cascarrabias, porque se trata de perros, dóciles, está claro, y, al menos en apariencia, libres de angustia, que hacen trucos no para su propio bien, sino para el de su exigente amo. Eso da dinero, y no es muy diferente del

espectáculo de los fenómenos anormales y del número de circo con caniches.

Wegman empezó a trabajar con su primer muso, Man Ray, en California, en 1970. Por lo visto, se percató de que el perro lloriqueaba siempre que se veía fuera de cuadro. «Quería estar ahí y me lo dejó claro —cuenta en *Being Human*, el libro de sus grandes éxitos—. Como era capaz de posar con tanta tranquilidad y concentración, me permitía tratarlo como a cualquier otro objeto o accesorio, construir una imagen a su alrededor». Wegman dice que, al principio, no se atrevió a convertir a Man Ray en la encarnación de «la ternura, la belleza y el antropomorfismo», pero al cabo de unos años, cuando empezó a trabajar con una cámara Polaroid de gran formato, las cosas cambiaron. «Con dos Polaroids en particular, la desvergonzadamente bella *Double Portrait* [Man Ray en un sofá mirando desde abajo una foto suya impresa] y la peligrosamente antropomórfica *Man Ray and Mrs Lubner in Bed* [tal como suena, dos perros en la cama, después del coito, con las cabezas reclinadas sobre almohadones, en una cabaña de madera] […] mi determinación flaqueó y, al final, se desmoronó». Cuando Man Ray murió, Fay Ray ocupó su lugar en el estudio; y cuando tuvo ocho cachorros, toda una dinastía fotogénica vino también al mundo.

El prestigioso crítico de fotografía y conservador de museos William A. Ewing se posiciona con claridad a favor de Wegman. De hecho, está de parte de los perros cuando deja caer, no sin cierta malicia, que son ellos el origen de la mayoría de las ideas de poses que existen. A los perros les divierten los humanos y no se cansan de parodiar a sus supuestos amos; Wegman se convierte así en el «fotógrafo fiel». «Con todo, no deseo dar la impresión de que el papel de William Wegman es limitarse a disparar —explica Ewing—. Tiene predicamento, se le respeta, y sus ideas son influyentes […]. Lo mejor es pensar que su obra es fruto de una gran colaboración». De acuerdo, pero aún no sabemos qué piensan los propios perros, y quizá su relato sea muy distinto; es verdad que en las fotografías parecen muy tranquilos y no me cabe duda de que están bien cuidados. Pero, al ver estas imágenes, siempre me siento aturdido; no estoy seguro, la verdad, de que todo eso de posar se deba a que los perros hayan decidido dedicarse profesionalmente a ello.



«Hay que hablar su idioma»: un clásico de Elliott Erwitt (la fotografía se tomó en Nueva York). © Elliott Erwitt/Magnum Photos.

Si yo fuera un perro, la persona que me gustaría que me fotografiara, creo, es Elliott Erwitt. También habrás visto su trabajo, aunque su nombre no te resulte familiar. Un chihuahua con un gorro de lana de punto mira inquisitivamente junto a las piernas de una mujer con botas y las patas de un gran danés; un bóxer hace caca en una amplia acera de la ciudad con cara de «¿tú y cuántos más?»; un perro salta de alegría en París junto a su acompañante de pies planos con impermeable.

«Para que un perro salte hay que ladrarle —dice Erwitt—, tienes que hablar su idioma». Y nadie, visto lo visto, lo habla con más fluidez que él. Sus fotos muestran a los perros tal y como viven, con todas sus emociones, desde el éxtasis del júbilo hasta la desesperación. No hay perro que no se reconozca en sus exposiciones o en sus libros, y la reacción más común al verlos será de placer. Hay algunos chuchos desaliñados y apestosos entre los aristócratas, y no todos son caras amables. Pero todos son iguales y especiales ante el objetivo de Erwitt, un artista que ha conseguido otorgarles a sus muchos perros un atributo universal, la dignidad.

«Qué magníficas fotografías las suyas —escribió P. G. Wodehouse en una colaboración con Erwitt publicada en 1974 y titulada *Son of Bitch*—.[4] Le hace bien a uno mirarlas. No hay modelo en su galería que no derrita el corazón». En el mismo artículo, el novelista expresaba su opinión sobre los perros y la comedia, y afirmaba que algunos tienen sentido del humor y otros simplemente no. «Los perros salchicha lo tienen, pero no los san bernardos, ni tampoco el gran danés. Parece que un perro debe ser pequeño para que le guste una broma. Nunca verás a un lobero irlandés intentando hacer de cómico».

Un día conocí a Erwitt en un encuentro organizado por Leica, en Alemania, y le pregunté: «¿Por qué tantos perros?», aunque lo que en verdad quería preguntarle era: «¿Por qué tantos perros en detrimento de otros animales, como gatos, caballos o vacas?». Erwitt respondió, con una sonrisa que bien podría calificarse de enigmática, pero que en realidad era de fastidio: «¿Por qué tantos humanos?».

En la introducción a su grueso libro sobre perros titulado *DogDogs*, el fotógrafo razonaba: «No conozco ningún otro animal más cercano a nosotros en cuanto a corazón, espíritu y lealtad. Algunos dicen que los elefantes se nos acercan mucho. Personalmente, encuentro a los elefantes demasiado voluminosos…».[5] Puede que haya otra razón: aún no ha nacido un perro poco fotogénico. Los rostros de los perros no envejecen como los de los humanos: no se arrugan, no parecen demasiado desamparados y no se dejan tentar por la intervención quirúrgica; lo peor que les ocurre es un poco de canicie alrededor de la papada.

El interés de Erwitt por los sabuesos comenzó en la adolescencia, a mediados de la década de 1940, cuando adoptó un chucho con moquillo, una enfermedad canina potencialmente mortal. El perro se llamaba Terry y, a medida que su aspecto se volvía cada vez más desastrado, «su inteligencia y sensibilidad crecían». No vivía con Erwitt a tiempo completo, pero recorría con dignidad las calles de Los Ángeles, acompañando al cartero en sus rondas, persiguiendo alguna que otra bicicleta y, de vez en cuando, esquivando el tráfico para visitar a la madre del fotógrafo, que vivía a varios kilómetros de distancia, en el este de Hollywood.

Más tarde, Erwitt adoptó otro perro, un cairn terrier llamado Sammy. Era un perro de trabajo, dado que trabajaba para él. No lo hacía a tiempo completo, como los perros de William Wegman, que se merecen, está claro, al menos la mitad de los ingresos del fotógrafo; Sammy

solo formaba parte de un proyecto, aunque muy ambicioso. El plan era que orinara al pie de todas las estructuras importantes del mundo, desde el Arco de Triunfo hasta las pirámides de Guiza, desde el mausoleo de Lenin, en la plaza Roja, hasta la Ciudad Prohibida de Pekín (en este caso, literalmente prohibida). El proyecto ya había echado a andar, pero Erwitt estaba a la espera de recibir una parte importante de la financiación cuando Sammy falleció.

Hoy en día, gracias a la fecundidad de la tecnología, todos somos Erwitts y Wegmans, aunque sin su talento para la composición artística, claro. El smartphone y la nube nos hacen a todos responsables de nuestros legados éticos. Recibir todos los días la aprobación de millones no puede sino imponerle a nuestra mente el aspecto que debería tener un perro y hacer que el perro del pueblo nos parezca ramplón. ¿Tienes un labrador, un staffie o un chucho normal y corriente? A menos que los disfraces, ¿cómo vas a recibir tu chute de endorfinas? Quizá los aspectos más importantes de estas imágenes sean su ubicuidad e inmediatez, así como el nuevo uso que un ser humano hace de los perros para aumentar su propio atractivo o cómo de simpático se lo percibe, ya sea en el mundo digital o en el real. Al igual que sucede con otras redes sociales, mirarlas no te hace sentir muy bien contigo mismo, ni especialmente esperanzado en el destino del mundo.

La conductista canina Alexandra Horowitz adopta una postura muy ilustrada al respecto. Le preocupa, sobre todo, la posibilidad de que se pierda lo que hace que los perros sean perros, y el riesgo de juzgarlos según un ideal humano. «La omnipresencia de mi tema favorito ha empezado a ponerme de mal humor, o no precisamente eufórica —afirmó en el *New York Times* en 2018—. Como los perros en sí mismos son, para mí, un antídoto natural para el mal humor, empecé a preguntarme por qué. ¿Por qué no puedo soportar ver una sola foto más de un "perro gracioso"?».

La respuesta era que las redes sociales y la industria del entretenimiento habían convertido a los perros en «emojis peludos», un sustituto esquemático de la emoción y el sentimiento. El acto despoja al perro de su dignidad y, según Horowitz, «cada representación reduce a esta criatura compleja e impresionante a un objeto de nuestra imaginación más banal […] es degradante para la especie».

Y tiene razón, claro que sí. Aunque si es o no perjudicial para la especie es otra cuestión, porque los humanos llevan vistiendo con bonetes a los perros para agradar la vista desde la época victoriana. En 2015 Horowitz se alió con Julie Hecht, psicóloga de la City University de Nueva York, para examinar los factores que hoy en día hacen que los humanos se enamoren de un perro en lugar de otro. Parte de ello (como hemos visto con el labradoodle y sus amigos) se debe a la moda, sin más. Pero ¿había otros elementos susceptibles de constituir una nueva teoría de la selección natural visual, elementos que podrían afectar al criterio del posible nuevo propietario de un perro en un refugio de acogida?

En el Barnard College de Nueva York, se les pidió a 124 estudiantes que examinaran ochenta pares de fotografías de perros mestizos en una pantalla de ordenador e indicaran cuáles les gustaban más.[6] Cada par presentaba dos fotografías casi idénticas del mismo perro, pero contenían una característica física que había sido deliberadamente manipulada. Los investigadores habían identificado catorce atributos físicos diferentes que debían investigarse, cada uno relacionado con una teoría psicológica establecida sobre la atracción. ¿Acaso es el tamaño de un perro lo que marca la diferencia? ¿O el tamaño de sus ojos? Al mirar una muestra de las fotografías del estudio publicado, cabe decir que es muy difícil distinguirlas, lo que indica que elegimos las que más nos gustan por instinto y programación neuronal.

Los resultados eran fascinantes, aunque tal vez predecibles. Había una marcada preferencia

por los rasgos asociados a los bebés, como los ojos grandes y muy separados. Los estudiantes también preferían ciertos atributos que hacían que los perros parecieran más humanos, como iris coloreados y una expresión que recordara a una sonrisa. El tamaño físico o la simetría no parecían tener mucho peso en la elección. Los investigadores demostraron lo que los asiduos de Instagram ya sabían por instinto: cuanto más se parecía un perro a un humano, sobre todo a un bebé, más nos gustaba. Era la ciencia de la monería.

El estudio, y nuestro ojo recién entrenado para ver qué es lo que suscita más aprobación en las redes sociales, plantea un puñado de preguntas interesantes. Si los factores que motivan la selección de perros dependen en gran medida de la estética, ¿no corremos acaso el riesgo de olvidar qué es lo que hace que un perro sea un animal indispensable y de compañía? ¿Estamos suplantando su condición de perro en nombre de la nuestra? ¿Y tiene esto importancia?

Pero, de nuevo, ¡alégrate, lector! El mejor antídoto contra Instagram, para tu sorpresa y la mía, bien podría encontrarse en Twitter, en concreto en una cuenta llamada WeRateDogs (@dog_rates). Aquí todos los perros son estrellas, y los normales, sin ropa, suelen ser las más rutilantes de todas (de vez en cuando está permitido llevar un pañuelo, una pajarita o unas gafas de leer). La idea es sencilla: se envía una foto o un vídeo de un perro para que le otorguen una puntuación y el perro sale siempre bien parado. Se supone que se lo califica sobre diez, pero siempre obtiene más de diez, a veces doce, trece o incluso catorce sobre diez. Lo que cuenta para el juez es, por lo general, que se trata de un perro, uno de verdad. WeRateDogs añade muchos perros a su cuenta cada semana. He aquí algunas de esas nuevas incorporaciones, subidas en 2019:

> Este es George. Recién licenciado en «Acurrucología y Buenas poses». Fantástico trabajo, George. 14/10, por favor, no dejéis de felicitarlo.
>
> Estos son Charlie y Maverick. A Charlie le extirparon los ojos debido a un glaucoma, pero entonces llegó Maverick y se convirtió en su pequeño ayudante. Ahora lo están haciendo increíblemente bien. Ambos 14/10.
>
> Esta es Lucy. No ha conseguido salir de la cama hoy. El mundo le parece demasiado. Pero sabe lo mucho que su humana la necesita. 13/10. Vamos, Lucy, un pequeño empujoncito más.[7]

Sin las fotos, pierde un poco de gracia, pero todavía recuerda a aquellas impresiones de John Caius, escritas unos quinientos años antes, sobre los spaniel especialmente buenos: «Es un tipo de can aceptado entre los nobles […] no solo se dejan arrullar por sus lametones, también los besan con los labios y los convierten en sus fermosos compañeros de juegos».

Habría que tener un corazón de piedra para afirmar que la mayoría de los perritos de la página no se merecen doce, trece o incluso catorce sobre diez, sobre todo por la gran cantidad de ellos que aparecen cada mes y que necesitan ayuda económica para pagarse los gastos veterinarios. La gente es consciente de su difícil situación y envía dinero o se ofrece a ayudar, y los que han recibido dicha ayuda reaparecen a menudo en WeRateDogs unos meses más tarde con un aspecto más saludable, acompañados de sus agradecidos dueños, que dan fe, de muy buen grado, de que la foto era auténtica y de que la petición de ayuda no se trataba de una estafa.

WeRateDogs cuenta con más de ocho millones de seguidores; quizá tú seas uno de ellos.[8] Comenzó en noviembre de 2015, como una ocurrencia cómica, a cargo de Matt Nelson, un

estudiante de dieciocho años de la Universidad de Campbell, en Carolina del Norte. Sabía que los perros triunfaban siempre en las redes sociales y, según dice, quiso servirse de ellos para que su visión humorística y ligera de la vida llegara a más gente. Su punto de vista no era sarcástico ni corrosivo, como el de muchas otras cuentas cómicas de Twitter, sino absurdamente positivo; pocas veces se había adorado de una forma tan acrítica a los perros. Y, por motivos que ni siquiera su creador puede explicar, las cosas despegaron a una velocidad inusitada (la única explicación lógica es que la gente adora a los perros, y cualquier cosa que los haga aún más adorables siempre va a ser bien recibida). Un perro en concreto no es el destinatario único de las bromas que se hacen sobre él; si te gustan estos animales, no te costará mucho convencerte de que el de la foto también es tu perro. Además, desde el fallecimiento de Grumpy Cat, los fans de WeRateDogs creen que sus perros son una de las pocas cosas que dan a las redes sociales un sentido, un propósito real y fuera de lo común.



Donde cada perro es siempre el mejor perro: WeRateDogs tiene ocho millones setecientos mil seguidores. WeRateDogs.

WeRateDogs confirma, sin duda, las tonterías que los amantes de los perros les dicen a sus

mascotas. Alexandra Horowitz ha recopilado «conversaciones» que los neoyorquinos mantienen con sus perros en la calle —palabras cariñosas, preguntas e instrucciones—, y a menudo son surrealistas. «Eres tan mono y tan listo —le dijo una mujer a su goldendoodle—. Y vales tu peso en oro. Podría casarme contigo». Otra animaba a su perro reticente como si hablara con sus hijos (aunque sospechamos que no tiene): «Venga, ya te sentarás todo lo que quieras cuando estemos en casa». Y el más enrevesado de todos (y quizá un caso clásico de lo que un psicoanalista llamaría «transferencia»), el de un perro tímido que evita las insinuaciones amistosas de otro perro y al que su dueño le dice: «¡Te estás muriendo de la vergüenza!».

No creo que esto sea nada nuevo: estos monólogos han estado ahí desde siempre, aunque no siempre sus receptores hayan sido goldendoodles. Lo que ha cambiado de verdad ha sido que no nos da ninguna vergüenza hablarles así, en voz alta y en público, a nuestros perros. Las redes sociales han hecho que sea más manifiesto lo que, desde el principio, dejó claro el mundo digital interconectado: que no estamos solos con nuestras chaladuras. Y estas nuevas libertades que se nos han concedido han vuelto a su lugar de origen, la calle.

Era solo cuestión de tiempo que los afectuosos y enrevesados juegos de palabras de Matt Nelson dieran lugar a tazas y camisetas WeRateDogs, así como a un calendario y un juego de mesa *WeRateDogs*. El objetivo del juego es muy sencillo: demostrar que tu perro es el más bueno de todos en una especie de *Top Trumps*. O, como se dice en el material promocional: «Después de un ajetreado día en la protectora, buscando nuevos mejores amigos, vuelves a casa con los perritos más peluditos, más astutos, más rápidos, más cagones… y te enteras de pronto de que, en la misma calle, se celebra un concurso canino». Una de las cartas del juego muestra a un perro llamado Thor, que obtiene trece por «descaro» y un sorprendente veintidós por «bondad». Pero la impresión que uno tenía de Thor al verlo era, más bien, la de un perro que podría someter tranquilamente, a base de martillazos, a todos sus congéneres; por suerte, como se ve, el juego no es tan simple.

¿Demasiado empalagoso, quizá? ¿Molesto? ¿Desearías que se te hubiera ocurrido a ti tan lucrativa idea? Después de casi dos años de administrar la cuenta en su tiempo libre, Nelson dejó la universidad en 2017 para calificar perros profesionalmente. En otras palabras, encontró una forma de monetizar a, como él los llama, sus señores perros. En sus camisetas y gorras de béisbol se leen cosas como «Dile a tu perro que le mando saludos» y «Oh, demonios» (que es como decir «¡Oh, mierda!», solo que más formal y peludito). En fin, no son, como ves, cosas muy profundas o inteligentes, pero su calidez las hace entrañables, y gracias a esos productos una comunidad digital se transforma en una real. «A corto plazo, los perros no van a dejar de gustarle a la gente —declaró Nelson a la revista *Money* en 2018—, así que es un trabajo más o menos seguro». WeRateDogs sigue teniendo su sede en casa de los padres de Nelson, cerca de Charleston (Virginia Occidental); su padre, profesional del derecho, lo asesora en asuntos de finanzas.

A pesar de su éxito, o quizá debido a él, WeRateDogs ha recibido —por llamativo que parezca — críticas por no ser tan fiel a las ciencias exactas como podría serlo. En opinión de algunos usuarios, los perros están sobrevalorados. El más famoso de los detractores es un hombre llamado Brant Walker (@brant), y en septiembre de 2016 su desconfianza con respecto al procedimiento de calificación se convirtió en viral.

La historia comenzó con un pequeño troleo: «Tu sistema apesta —tuiteó Brant—. Cámbiate el nombre a “CuteDogs”». Matt Nelson respondió enseguida, escribiendo mal el nombre de su vituperador: «¿Por qué estás tan enfadado, Bront?».

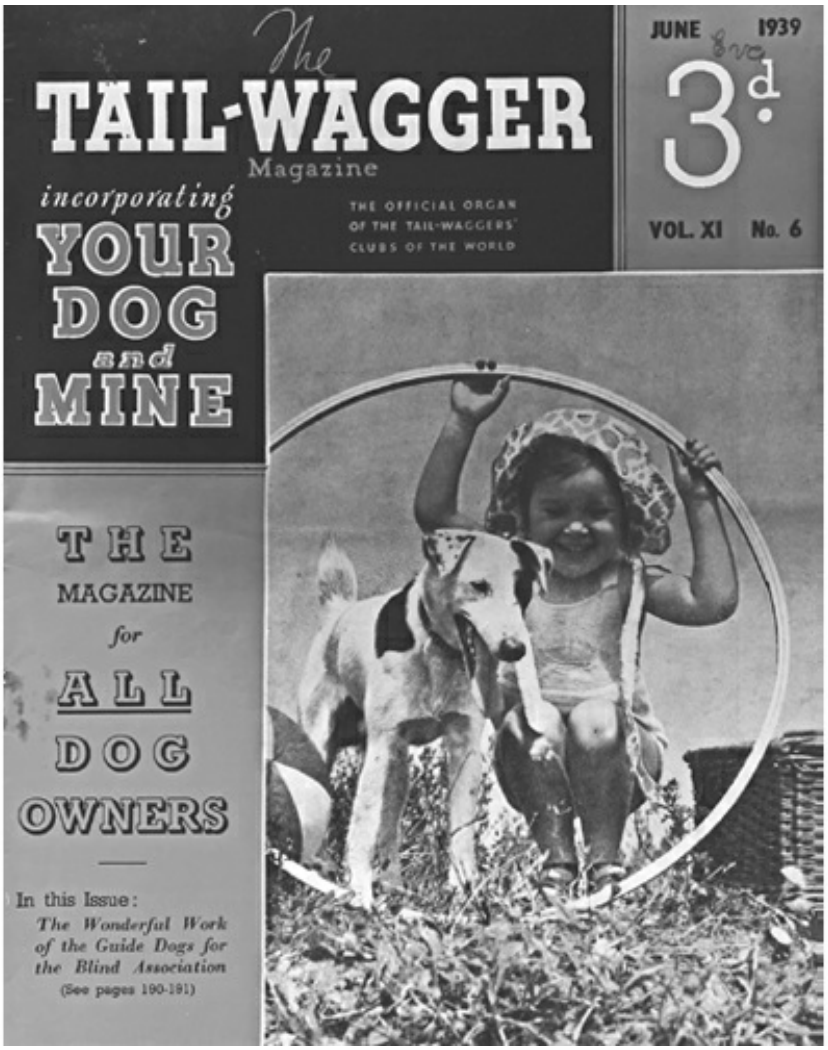
Brant Walker respondió a su vez: «Bueno, le das a cada perro once y doce puntos. No tiene ni pies ni cabeza». Y, entonces, Matt Nelson le dijo: «Son buenos perros, Brent».

Durante un tiempo, «Son buenos perros, Brent» se convirtió en una de las frases (casi) sin sentido más usadas en las redes sociales, citada y adaptada de mil maneras, y reproducida en chapas y camisetas. Si tuiteabas tu objeción a un nuevo plan gubernamental de transporte, por ejemplo, en cuestión de minutos alguien te respondía: «Son buenas políticas de carreteras, Brent». El *Washington Post* calificó «Son buenos perros, Brent» como «el mejor meme de 2016», y citó la afirmación de Matt Nelson de que la captura de pantalla de la conversación original en Twitter se ha reproducido treinta y cinco millones de veces. Matt Nelson y Brant Walker están contentos de haberse visto envueltos en esta disputa pública, agradecidos por los seguidores adicionales que les ha proporcionado. Cuando Walker se casó, la tarta de bodas estaba decorada con imágenes de Marge y Homer Simpson y, junto a ellas, la del perro de la familia, Pequeño Ayudante de Santa Claus que sostenía una pancarta en la que se leía, cómo no: «¡Son buenos perros, Brent!».

Matt Nelson tiene una cuenta de Twitter llamada Thoughts of Dog (@dog_feelings), en la que es una perra la encargada de escribir los tuits y de expresar sus esperanzas y alegrías un poco de aquella manera. Por la foto que acompaña a la cuenta, se diría que se trata de Zoey, la golden retriever de Nelson, hermosa, aunque un tanto holgazana y una deficiente deletreadora (tiene un «amijo» que se llama Sebastian). Su puntuación también deja bastante que desear, como en este ejemplo de mayo de 2019: «Hoy hemos estado en la tienda. y he encontrado un pingüino de peluche que me ha encantado. he intentado llevármelo. pero me han parado antes de la salida. no soy un delincuente. simplemente no tengo dinero». Por simpático que resulte, Thoughts of Dog no es Dickens. Aun así, es difícil discutir con dos millones y medio de seguidores, y lo que a Zoey le falta en sintaxis lo compensa con creces su perspicacia. «El humano acaba de llegar a casa. oliendo como otro perro. esto no es un problema. no estoy en absoluto disgustada. si alguien me necesita. estaré por aquí. preguntándome qué he hecho para merecer esto».

Pero, volviendo a WeRateDogs, el verano de 2018 trajo buenas y hermosas noticias: al hogar de Brant Walker llegó un elegante perro habanero llamado Charlie. Era de rigor mandar su foto a WeRateDogs para que Matt Nelson emitiera su veredicto. Y este fue: «He aquí a Charlie, el perro de Brant. Duerme la siesta en una piña y le gustan mucho las patatas fritas. 14/10, tienes un buen perro, Brent».

¿Qué pensarían sir Edwin Landseer y Charles Schulz de este disparate si tuvieran ocasión de manifestarlo? Mi instinto de amante de los perros —esa parte del corazón humano que siempre se derrite ante el absurdo y la monería canina— me dice que serían seguidores de Matt Nelson en Twitter y que comprarían los productos de la página. La tecnología cambia, pero los sentimientos apenas lo hacen, porque ¿qué es una pose estúpida en Instagram sino una actualización de una de esas clásicas representaciones señoriales pintadas al óleo? Nuestro amor por los perros y el deseo de retratarlos en sus mejores momentos —el más atrevido, el más raro y bello, el más curioso— siguen siendo una constante en nuestra relación. Uno se sumerge en estas estampas y resulta difícil imaginar una época en la que no hayamos intentado capturarlos, congelarlos en esos momentos en los que se comportaban tal y como queríamos, o una época en la que no hayan sido el centro de nuestra devoción incondicional y sin restricciones.



Relatos felices en el *Tail-Wagger*: tres meses más tarde, la cosa cambiaría.
Imagen del autor del libro.

12
IGNOMINIA



En junio de 1939, la popular revista canina británica de periodicidad mensual *Tail-Wagger* estaba tan pletórica de optimismo perruno que los quiosqueros tenían, por así decir, que contenerla para que no saltara de los estantes y te lamiera la cara. En su portada había buenas noticias: el Ministerio de Hacienda no tenía previsto subir el «impuesto sobre los perros», como barruntaban todos los que poseían uno; el Estado ya recibía más de un millón de libras procedentes de las contribuciones de los dueños de perros, y eso, a juicio del influyente director de *Tail-Wagger*, ya era más que suficiente.[1]

La siguiente noticia, también alegre, versaba sobre Peter, el terrier irlandés de Horn Lane, Acton. Peter trotaba entre el tráfico en hora punta, atravesaba cruces muy transitados y se detenía en un semáforo antes de llegar a la estación de Acton para recoger un ejemplar del *Evening News* que le llevaba después a su dueño, el señor F. A. Gibbon. «Durante un tiempo, estuvo yendo también a buscar la edición especial de las carreras y la del mediodía del *Evening News* —informaba la revista—, pero últimamente se reparten en coche y a domicilio, para que sea más rápido». Por otra parte, se informaba también de los avances en el adiestramiento de perros guía para ciegos y de los resultados de las becas anuales *Tail-Wagger* (el hecho de que la beca Casebrook, con una asignación de doce libras con doce chelines, se le hubiera concedido aquel año al señor A. R. Casebrook no pareció llamar mucho la atención). En cuanto a los anuncios, Cooper Dog Remedies decía que, a menos que se comprara su producto, «el perro no tenía nada que hacer en el combate entre perro y pulga», mientras que Ambrol Milk Food era perfecta para «cachorros, perras en apuros, perros enfermos y perros que no comen bien», y para los demás perros en general. En todas las páginas aparecían perros felices; el futuro no podía ser más prometedor. Pero volvamos a esa fecha.

Los años venideros iban a resultar tan traumáticos para los perros como para los humanos. De hecho, en las semanas venideras los perros sufrirían una tragedia de dimensiones insólitas, jamás experimentada ni antes ni después.

Durante los primeros cuatro días de la guerra, se calcula que unos cuatrocientos mil perros y gatos domésticos fueron asesinados premeditadamente en Londres, un acto que el historiador Angus Calder llamó «el holocausto de las mascotas». (También describe cómo las mascotas sacrificadas «yacían, amontonadas», a las puertas de las clínicas veterinarias).

¿Un holocausto de mascotas? ¿Cuatrocientos mil? ¿Cómo es posible? ¿Y cómo es posible que esa espantosa ruptura del vínculo indestructible entre los seres humanos y sus compañeros ocupe

tan poco espacio en la memoria colectiva actual? Tal vez el horror ante la cifra dé una respuesta a la pregunta: la masacre es casi incalculable y, sin duda, pensar en ella resulta insoportable.

La cifra, que representaba aproximadamente una cuarta parte de todos los perros y gatos del Gran Londres cuando estalló la guerra, fue confirmada por la RSPCA y el informe oficial de guerra del Real Cuerpo Veterinario del ejército; de hecho, el presidente de la RSPCA, sir Robert Gower, sugirió que el total podría ser casi el doble, unos setecientos cincuenta mil animales. La cifra es tanto más asombrosa cuanto que existen relativamente pocas pruebas documentales que aporten detalles. Sin embargo, un ejemplo, del crítico de arte Brian Sewell, ofrece un relato escalofriante de lo rutinaria que podía llegar a ser la muerte de una mascota. «Robert le disparó y dejó su cuerpo en la playa para que se lo llevara la marea», escribió Sewell en *Outsider*, el primer volumen de sus memorias. Robert era su padrastro, la playa, Whitstable y el perro, Prince, su labrador. «Metido entre las maletas, en el coche, vi cómo se llevaba a Prince hacia el mar y después oí el disparo. Entonces no lloré, como ahora lloro…». Otro testimonio apareció, en forma de esquela, en el *Tail-Wagger*: «Te recordaremos, Iola […] dulce y fiel amiga, a quien entregamos para que la durmieran el 4 de septiembre de 1939 y no sufriera durante la guerra. Vivió una vida corta pero feliz —dos años, doce semanas—. Perdónanos, compañera, estabas demasiado nerviosa. *Au revoir*. Todos los que vivimos en el 6 de St Ives Road, en Birkenhead, te echamos muchísimo de menos». Así estábamos todos nosotros, la nación británica, de corazón compasivo, amante de los perros, obligada a destruir lo que más adoraba, asesinando literalmente y de un modo horrible a sus amigos, por amor.

¿Qué provocó esta calamidad? Parece que una de las causas fue la recomendación del Departamento de Precauciones Antiaéreas del Ministerio del Interior justo antes de que comenzara la guerra. En un boletín especial para el cuidado de los animales, se aconsejaba que se los trasladara al campo. En su defecto, aconsejaba a quienes pudieran ser reclutados o algo similar que, si no podían «dejarlos al cuidado de vecinos», lo mejor era «acabar con ellos». En el boletín se incluía también un anuncio a toda página de Accles and Shelvoke Ltd, una empresa de Birmingham que vendía su pistola Cash con seguro y una fotografía del arma junto con un breve texto publicitario: «Proporciona el medio más rápido, eficaz y fiable para deshacerse de cualquier animal, incluidos caballos, gatos y perros de todos los tamaños».

Se prohibió el acceso de los perros a los refugios antiaéreos públicos y una empresa emprendedora anunció sus perreras a prueba de gas en revistas caninas. Las organizaciones protectoras de animales construyeron sus propios refugios especiales, incluido uno en Kensington Gardens patrocinado por la Liga Nacional de Defensa Canina. Daba la impresión de que había tantas organizaciones benéficas caninas como razas (además de las ya mencionadas, destacaban la Liga de Nuestros Amigos Mudos y el Dispensario Popular para Animales Enfermos de los Pobres), y, antes de verse desbordadas por una combinación de demanda, desesperación y desunión interna sobre la mejor manera de proceder ante la crisis, todas intentaron salvar a tantos perros como pudieron. Incluso la RSPCA, mientras estaba acabando con cientos de animales al día, hizo campaña a favor de una moratoria. «Este país no ha llegado aún a una fase en la que sea necesaria la aniquilación masiva de animales domésticos», afirmaba en su folleto *Feeding Dogs and Cats in Wartime*.

Pero de nada sirvió. Empresas como Harrison, Barber & Co, «matarifes y extractores de grasa», ya estaban ofreciendo sus servicios al Ministerio del Interior para gestionar los productos resultantes de la eliminación de los animales, lo cual incluía la fabricación de pieles, jabón, grasas, pegamento y abonos. (Las propias organizaciones benéficas dedicadas a la protección de

los perros también facilitaron información preocupante sobre la eficacia con la que podían deshacerse de los animales de compañía; se trataba de una atroz destrucción a escala industrial, deliberada, aunque no del todo despiadada. Battersea Dogs Home habilitó «mataderos eléctricos» para exterminar a cien perros por hora; las clínicas gestionadas por la Liga de Defensa Canina sacrificaban a cincuenta perros por hora mediante electrocución, cloroformo o inyección de ácido). Los cuentos de hadas de los folletos de Metro-land de principios de los años treinta —la familia confiada que aparecía en las fotos, con el terrier blanco y peludo sobre un césped de un verdor exuberante— se habían transformado en la más atroz de las pesadillas urbanas.

Algunas eutanasias fueron actos del todo instintivos. El recuerdo compartido de la última gran guerra —perros hambrientos vagando por las calles— bastó para plantear que una ejecución humanitaria era preferible a tener que presenciar un lento y largo proceso de demacración («no tenemos esos perros de campo en la Gran Bretaña urbana —concluyeron algunos—; esto no es la Grecia rural»). La historiadora de Oxford Hilda Kean señala que la matanza selectiva fue también un reflejo del cambio de papel que los animales domésticos habían experimentado; aunque, en general, a los perros se los mimaba menos que hoy en día, también se los consideraba menos «útiles» que antaño. El hecho de que su labor en lo que respecta a la seguridad y la caza fuese cada vez menos necesaria los iba convirtiendo, cada vez más, en un lujo (y, por tanto, en algo prescindible); lo mismo le ocurría al gato, que, hasta no hacía mucho, había sido la principal defensa contra las alimañas. Ante la escasez de alimentos, los propietarios se plantearon sus nuevas responsabilidades; para los humanos, la mayoría de los perros domésticos simplemente no eran trabajadores esenciales. La RSPCA hizo todo lo posible por disipar el sentimiento de culpa de los propietarios. «Las patatas son abundantes, y si siembra tubérculos de sobra cuando cave en nombre de la victoria no le remorderá la conciencia que […] esté destinando parte del cultivo a alimentar a sus animales». Pero el pánico no disminuyó. En las jerarquías impuestas por la guerra, los perros eran almas que ocupaban posiciones cada vez más bajas en el escalafón.

Por desgracia, en septiembre de 1939 apenas se tuvo en cuenta el efecto reconfortante de los perros en el bienestar mental de sus dueños, ni tampoco el que ejercían en la moral nacional. Lo de la «guerra falsa», como se llamó a aquel periodo, no tuvo nada de falso ni de simulación en lo que respecta a las mascotas; la muerte masiva y deliberada estaba tiñendo de sangre las puertas de las casas mucho antes de que alzasen el vuelo los aviones de combate de los aliados. No hubo ningún héroe, ni mascota ni persona; no hubo ni hay estatuas que conmemoren su valor. Pero así fue como tratamos a nuestros perros cuando intentábamos salvarnos a nosotros mismos. Aquel fue el mayor acto de crueldad organizada hacia ellos que se recuerda. Hoy en día, creo que bastaría tan solo con insinuar algo así, en un momento de crisis nacional, para que se desencadenase una revolución.[2]

No obstante, incluso en las horas más oscuras, los perros siguieron siendo perros; hacían travesuras y encontraban su propia forma de levantar la moral. En otras palabras, la historia del perro del saludo nazi es cierta. Jackie era mitad dálmata y mitad de una raza desconocida, y en la única fotografía que existe de él, tomada en un balcón, lleva gafas de sol. Es todo un inconformista, con una pizca de misterio, y el misterio solo se desveló setenta años después de que se tomara la foto.

El historiador alemán Klaus Hillenbrand se topó por primera vez con el perro en cuestión en

2010. Un chivatazo le condujo a los microfilmes del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, donde descubrió que la historia era aún más rocambolesca de lo que esperaba. «Hay muy pocas cosas de las que te puedas reír, porque lo que hicieron fue monstruoso —afirmó Hillenbrand sobre los nazis—. Pero tenían a dos o tres docenas de personas discutiendo el asunto del perro en lugar de preparar la invasión de la Unión Soviética. Qué locura».

La historia comienza en enero de 1941, cuando el vicecónsul alemán en Finlandia, Willy Erkelenz, oyó rumores de que un perro de Helsinki respondía al nombre de «Hitler» levantando la pata a modo de saludo. En aquel momento, Finlandia estaba en buenos términos con los nazis, y el saludo de Jackie habría seguido siendo un divertido truco de fiesta si el Tercer Reich no se lo hubiera tomado como un grave insulto.[3] Pero, por increíble que parezca, neutralizar la trayectoria de la pata de Jackie y procesar a su dueño se convirtió en una prioridad absoluta.

El dueño del perro era Tor Borg, directivo de una empresa de distribución farmacéutica. Cuando lo convocaron en la embajada alemana para que diera explicaciones acerca de los rumores, afirmó que solo su mujer llamaba «Hitler» al perro, y que lo del saludo nazi empezó y terminó poco después de que Hitler llegara al poder en 1933; dijo que a Jackie nunca más se le ocurriría levantar la pata en señal de burla. Los alemanes no creyeron a Tor Borg, pero tras tres meses de pesquisas no lograron encontrar ni un solo testigo que declarara en su contra. Las amenazas de restringir el suministro de medicamentos a la empresa de Borg no dejaron de renovarse durante todo ese tiempo.[4]



Todo un inconformista con un aire de misterio: Jackie y Tor Borg en un día soleado. Procedencia desconocida.

Tor Borg murió en 1959, pero no sabemos qué fue de Jackie. No hay ningún monumento en bronce al talentoso perro (y si lo hubiera habido, ¿debería haber representado a Jackie con la pata hacia arriba o hacia abajo?). Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si el perro era macho o hembra. Según Klaus Hillenbrand, este episodio nos deja una lección importante. «El asunto del perro nos muestra que los nazis no solo eran criminales y asesinos en masa, sino también tontos de remate».

Si necesitáis más pruebas de ello, os remito a las hazañas de frau Schmitt, directora de la Tiersprachschule Asra, una escuela fundada por los nazis para enseñar a hablar a los mastines alemanes. Y parece que hablaban, aunque sus palabras fueran demasiado predecibles. Cuando a uno de los perros le preguntaron: «¿Quién es Adolf Hitler?», respondió (sin pensárselo demasiado): «¡Mein Führer!». En 1943 el profesor Max Müller, un defensor de la escuela, escribió un artículo académico sobre la posibilidad de utilizar a los mastines en la guerra, no como perros de combate, sino desempeñando un papel de liderazgo, más erudito e intelectual.

Esta historia es cortesía del doctor Jan Bondeson, profesor de la facultad de Medicina de la Universidad de Cardiff. El doctor también señala que el «siniestro» profesor Müller era un partidario entusiasta de otras investigaciones que se llevaron a cabo sobre el estilo de vida extraescolar de los perros alemanes, incluido el laborioso trabajo sobre un perro salchicha obeso que se llamaba Kurwenal, el perro que «ladraba el alfabeto». Activo en Weimar durante los años treinta, Kurwenal se hizo tan famoso que tuvo su propio biógrafo, llamado Otto Wulf, como era de esperar.[5] El perro salchicha no paraba de ladrar, y debía de ser una pesadilla vivir con él, hasta el punto de que su dueña, una tal baronesa Von Freytag-Loringhoven, decidió sacarle algún rédito. Ladraba una vez por cada «A», dos por cada «B» y así sucesivamente, aunque solía volver sobre sus pasos, suprimiendo un ladrido por cada letra, cuando llegaba a la «M», de modo que la «Z», como la «A», solo le arrancaba uno. En fin. Kurwenal no expresaba ninguna opinión particular sobre Hitler, pero declaraba su preferencia por Goethe frente a Schiller, y podía identificar el monólogo de Hamlet. Una vez, cuando le regalaron un oso de peluche y le preguntaron si le parecía atractivo, respondió (ladrando cientos de veces): «¡No, es horrible!».

(Merece la pena mencionar a Rolf, el famoso predecesor alemán de Kurwenal en la Gran Guerra, un airedale terrier «instruido» que sabía escribir con la pata letras en una pizarra. Además de ser un patriota militarista —quería alistarse en el ejército para luchar contra los franceses—, también se lo consideraba un intelectual. Como señala el doctor Bondeson, era asimismo un gran escritor de cartas y «atacó las matemáticas, la ética, la religión y la filosofía, con cierto éxito». Creo que la palabra clave aquí es «atacó»).

El poder simbólico de los perros rara vez es más visible que en momentos de vulnerabilidad nacional. Hitler eligió ir acompañado en público de una hembra de pastor alemán de pura raza, y, cuando su catastrófica ambición se vino abajo, la perra murió con ella. A Churchill se lo solía retratar con un bulldog británico, tan corpulento el uno como el otro, y el perro solía lucir un chaleco con la bandera de la Unión; los carteles para levantar la moral iban aún más lejos, con la cabeza de Churchill injertada en el cuerpo de un bulldog o la cabeza de un bulldog que mordisquea un puro en el de Churchill. Durante la guerra, el perro que Churchill tenía en realidad era una fuerza de combate mucho menos impresionante, un pequeño caniche marrón llamado Rufus. Por alguna razón, Rufus no aparecía en los carteles.[6]

La confiscación de perros para usos propagandísticos no era nada nuevo, y no todas las asociaciones entre ellos y la realidad que se producían eran positivas. Durante la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, lo último que uno quería era ser un perro salchicha.[7] En sus memorias,

Una especie de vida, Graham Greene cuenta como, en aquellos días de la guerra, «apedrearon a un perro salchicha en High Street», en Berkhamsted, Hertfordshire, donde él creció. Una suerte parecida corrieron los mismos perros en las calles de Manhattan y Chicago tras la entrada de los estadounidenses en la guerra, en 1917. No era muy difícil imaginar la aterradora barbarie que se estaba desatando en el mundo si allí mismo, en casa, se perpetraban tales actos contra animales indefensos. Las tiras cómicas también mostraron a un perro salchicha rechazado por otros perros en un parque, y luego muerto y ensangrentado en las fauces de un bulldog. La propaganda tuvo un efecto demoledor: en 1913 había 217 perros salchicha registrados en Gran Bretaña, pero en 1919 no quedaba ya ninguno. En Estados Unidos, solo doce perros salchicha alemanes registrados oficialmente sobrevivieron a la Gran Guerra, y sus propietarios hicieron una campaña para rebautizarlos como «perros de la libertad».

Hilda Kean ha indicado que, tan pronto como estalló la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1939, la prensa británica se regodeó comparando los destinos de dos perros para contrastar las diferencias en cuanto a decencia entre británicos y alemanes. Sir Nevile Henderson, embajador británico en Alemania, había regresado a Londres con Hippy, su querido dachsbracke de los Alpes. El hecho de que Hippy no fuera un perro salchicha y tuviera las patas ligeramente más largas y el cuerpo más lleno y ancho, además de un semblante que era tanto de sabueso como de perro salchicha, no disuadió a la prensa británica de llamarlo «perro salchicha». Pero a este en concreto no se lo vilipendiaba, sino que se lo adoraba. El amor de sir Nevile por Hippy fue un ejemplo excelente de cuánto respeto les profesamos los británicos a nuestras mascotas en tiempos sombríos, incluso si estas son alemanas o, como en este caso en particular, austriacas (y esto no era del todo cierto, al fin y al cabo, dada la matanza masiva descrita anteriormente). El destino de Hippy no fue nada agradable: desapareció, para que lo pusieran en cuarentena, en cuanto aterrizó el avión del embajador, y cuando se reunió con su dueño seis meses después era un perro debilitado, sin apenas vitalidad.[8]

El destino de Hippy se comparó con el de un chow llamado Baerchen. El malhadado Baerchen tuvo la desgracia de pertenecer a Joachim von Ribbentrop cuando este era embajador en Gran Bretaña, y de quedarse en la embajada alemana en Londres cuando su dueño regresó a su país como ministro de Asuntos Exteriores, en 1938. Más tarde, cuando el resto del personal de la legación voló también de regreso a Alemania, al estallar la guerra, nadie, al parecer, consideró necesario reservar un lugar en la bodega para Baerchen. «Contra eso lucha Gran Bretaña —clamó el *Daily Mirror*—, contra la brutalidad inherente al nazismo, que nada sabe de justicia ni de sentimientos humanos, ni siquiera en lo que respecta a sus mascotas». Como eran tiempos en los que la ironía trágica proliferaba, muchos lectores del *Daily Mirror*, de buen corazón y horrorizados, se pelearon por adoptar a Baerchen, y así, cuando este encontró su nuevo y cálido hogar, pudo disfrutar de una vida mucho más agradable que la de Hippy.

Deberíamos recordar estas calamidades. Desde lo alto de Parliament Hill aún podemos vislumbrar el humo que una vez se arremolinó alrededor de la catedral de San Pablo. Hoy en día, los perros suelen estar tan bien cuidados, protegidos y mimados que seríamos necios si no fuésemos conscientes de lo que son, en realidad, sus vidas actuales: expresiones inestimables de libertad.

Bien, se acabó el sermón. No nos hemos reunido aquí para llorar a los perros, sino para alabarlos. ¿Cuál es la mejor manera de recordar a un perro? ¿Qué palabras pueden sintetizar todo lo que un perro anciano significa para uno?



Aquí yacen todos: el cementerio de perros victoriano, en Hyde Park. Imagen del autor del libro.

13
NACIÓ SIENDO PERRO, MURIÓ SIENDO UN CABALLERO



En el borde septentrional de Hyde Park, donde la carretera interior se une con la de Bayswater, hay un pabellón que da a un jardín extraordinario. En él se alzan unas trescientas lápidas, cada una del tamaño de una carta de restaurante italiano de esos de toda la vida.

Están ahí en memoria de Turk, de la pequeña Nora, de la apreciada Sammie, de la amada Minnie y del dulce Leo. «Para la querida Josie —se lee en una de ellas— esta pequeña muestra de amor y gratitud por su generosidad y afecto, hasta que nos volvamos a ver». Y, unos tres metros más allá, «En memoria de Chum, mi fiel y cariñoso caniche», o «A mi Bob, durante 5 años amado y devoto compañero. El señor F. M. Dican».

A los victorianos se les daban muy bien estas cosas, estos derrames de sentimiento a toro pasado, pero los años transcurridos no han sido benévolos ni con las inscripciones ni con las piedras, y las letras se han ido borrando y las lápidas desconchándose, de manera que cuesta, muchas veces, comprender lo que dicen. Aun así, es posible distinguir algunas:

> Scamp. Atropellado. 29 de septiembre de 1894
>
> Aquí yace Tip, 8 de septiembre de 1888
>
> En memoria del querido Chin Chin, un perro sin tacha
>
> En memoria de mi querido perrito Pickles, que murió el 31 de enero de 1914, mi fiel amiguito y compañero durante 12 años

Enterramos a los perros como a los humanos, porque es la única forma en que sabemos hacerlo; en la muerte, perro y dueño devienen uno.

Por desgracia, no es posible contemplar este pesaroso rincón de Hyde Park cuando a uno le viene en gana. Hay que ser amigo del guarda del cementerio o apuntarse a una visita privada para doce personas que organizan los Royal Parks. En este último caso, la visita al cementerio es el colofón de un paseo más amplio, que comienza en el monumento a los animales de guerra de Park Lane (un homenaje a todos los animales, desde la paloma hasta el elefante, que ayudaron a los humanos en todas sus guerras, desde la de Crimea hasta la de Irak), y que incluye el lugar donde se llevaron a cabo los ahorcamientos de Tyburn y esa maravilla que son los plátanos de

sombra londinenses. Jonathan, el guía turístico, ha preparado imágenes y fotografías para mostrárnoslas en cada parada, algunas históricas (carruajes victorianos en el parque) y otras personales (el west highland terrier con sobremordida de uno de sus hijos). La expectación aumenta poco a poco. Solo faltan tres paradas para llegar al cementerio… ya casi estamos… ¡esta es la última! Jonathan señala hacia Richard, un empleado de los Royal Parks que lleva la llave del cementerio en el bolsillo de su forro polar. Richard también es responsable de otros paseos temáticos por Hyde Park, como el llamado «Árboles míticos» y el «Paseo de los murciélagos». «No vayas a perder esa llave, Richard», le dice Jonathan. Treinta minutos más tarde, a punto de entrar por fin en el cementerio, le vuelve a decir: «Richard, comprueba que llevas la llave». Richard la tiene en la mano, una vieja llave de plata lo bastante grande como para abrir una puerta de las de cuento de hadas navideño. ¡Buen chico! ¡Buen hombre!

La llave abre la puerta de la melancolía; el cementerio no decepciona. Abigarrado, abarrotado, tiene el tamaño de una pista de tenis. Todo empezó cuando los apesadumbrados dueños de un terrier maltés llamado Cherry desahogaron su dolor por la pérdida del perro con un amigo llamado Winbridge, que también era el guarda de Victoria Lodge, en la linde del parque. Winbridge se ofreció a enterrar al animal en su jardín, y así surgió la primera de las conmemoraciones grabadas en la piedra: «Pobre Cherry. Fallecido el 28 de abril de 1881». Se corrió la voz. Pronto, un yorkshire terrier llamado Prince vino a instalarse para siempre cerca de Cherry, después de que un carruaje lo atropellara. Los dueños de Tar, Tubby y Jack el Dandi se unieron a la pandilla, junto con los de Joker, Boss y Curly. Murieron también algunos gatos y encontraron aquí la paz eterna. El señor Winbridge sacó buen provecho de esto; cobraba cinco libras por mascota y ofrecía, además, un breve servicio fúnebre. El fabricante de lápidas también cenó muy bien aquellos años.

Aquí, todos los perros son buenos. No hay pelagatos, ni suicidas, ni mordedores. Tampoco hay indigentes. Estas lápidas pertenecen a la cúspide de la pirámide victoriana, y la mayoría de los perros no han olido ni olerán los privilegios reservados a estos congéneres suyos, ni en su vida ni en su muerte. Aquí, descansando y pudriéndose entre las campanillas, no están necesariamente los más queridos, sino los más recordados, los memorables, y su recuerdo nos sigue afectando más de un siglo después. Las lápidas son del tamaño que se les suele asignar en los cementerios humanos a los niños, niños que vienen aquí y se encuentran con lápidas del tamaño de una casa de muñecas.

Sin embargo, sí que hubo suicidios en los tiempos victorianos, vívidos testimonios de perros que no veían razón alguna para seguir adelante sin su dueño. Los perros necesitan un propósito, y cuando este desaparece… Esta es la historia de Bruce, un perro victoriano de Upnor, en Kent. Bruce, probablemente un cruce de terrier y labrador, con el cuerpo blanco y la cabeza y las orejas marrones, se sintió tan desdichado cuando un día lo arrancaron de su hogar (por razones que él no se explicaba) que decidió volver a él. Cuando lo hizo, cuando gimoteó para que lo readmitieran, fue rechazado y, abatido, desolado, caminó hasta un lago, se arrojó a sus aguas y se dejó morir. En 1879 el psiquiatra Henry Maudsley, fundador del hospital Maudsley, publicó en la revista *Mind* que había recibido una carta de un hombre en la que solicitaba más información sobre Bruce. Tal vez no se tratase de un suicidio, sino de un intento del pobre Bruce de purgar sus entrañas ingiriendo agua tras una enfermedad. Tan probable es, en fin, que Bruce muriera por extenuación como por su mente retorcida.

Pero también está la historia de otro perro problemático, propiedad de un clérigo. La relata Henry Calderwood en su libro *The Relations of Mind and Brain* (1879). Al perro en cuestión no

se le ocurría ninguna idea buena mientras su familia estaba en la iglesia, y se dedicaba a matar y enterrar a las gallinas del pueblo. Los feligreses tardaron en encontrar al culpable, pero, cuando lo hicieron, el pastor llevó al perro a su biblioteca y le apretó las tuercas. Al parecer, se confesó culpable, pero aun así se le castigó por su maldad; debería, señaló el ministro de Dios, dar mejor ejemplo a sus congéneres. Lo sacaron de la biblioteca con la cabeza gacha y, a la mañana siguiente, lo encontraron muerto, con el corazón destrozado por la culpa. Sin un perdón, el perro solo veía un futuro anegado de tristeza y remordimiento, y por eso se quitó la vida. (Al analizar el caso, Henry Maudsley apuntó que, si bien era cierto que «un perro pecador puede sentir vergüenza y remordimiento cuando sus fechorías salen a la luz […] y puede ser que se aleje, apenado y por la fuerza, de su amo ofendido y después muera a causa de la pena y la desolación», en este caso quizá tuviera también algo que ver alguna que otra gota de arsénico). Pobre perro del anónimo ministro religioso.

Deambulando entre las lápidas, me acordé de aquellos versos que John Hobhouse compuso, en 1808, para la tumba del perro de lord Byron, Boatswain, un terranova de cinco años que había muerto hacía poco de rabia:

Yacen aquí
los restos de quien poseyó
la Belleza, sin la Vanidad,
la Fuerza, sin la Insolencia,
el Valor, sin la Ferocidad,
y todas las virtudes del Hombre, sin sus Vicios.

El perro se erige en vencedor, amado y fiel, símbolo de la inocencia en un mundo venal.

Muchos de los nombres que figuran en las lápidas de Hyde Park siguen siendo populares hoy en día: Monty, Carlo, Jack. Otros —Fido, Ruff, Rex— han alcanzado un estatus mítico e irónico a la vez. De otros apenas se oye hablar hoy en día: el viejo y fiel Turk está enterrado aquí, al igual que un perro llamado Scum. También hay un Fritz y el hijo de este, Balu, bajo la misma lápida, con su inmortalidad custodiada por un epitafio misterioso que reza así: «Envenenado por un cruel suizo». Al comienzo de la Primera Guerra Mundial el jardín estaba prácticamente lleno, aunque desde entonces se han colado algunos por dispensa especial, el último de ellos Prince, la mascota de un regimiento militar que murió a los once años, en 1967. ¿Cómo recordaban a Prince los suyos? «Pidió tan poco —se lee en su lápida— y dio tanto».[1]

Las sombras de los perros fallecidos vagan también por otros cementerios, otras épocas. En el Cimetière des Chiens de París yacen más de cuarenta mil mascotas, incluida una versión primitiva (hubo varias) de la estrella del cine Rin Tin Tin. En el Aspen Hill Memorial Park de Maryland se encuentra la maravillosa inscripción de la lápida de un perro al que llamaban Major: «Nació siendo perro, murió siendo un caballero». Aspen Hill es el último hogar de más de cincuenta mil mascotas, incluidos los sabuesos del teatro y el cine, y varios perros que pertenecieron a J. Edgar Hoover. El lugar empezó siendo, en la década de 1920, una perrera y un criadero, pero ahora miles de perros y gatos tienen allí su memorial, y también bastantes cabras, tortugas, ranas y hámsteres. Es el segundo cementerio de mascotas más grande de Estados Unidos, después de la necrópolis canina de Hartsdale, en el condado de Westchester (Nueva York), que desde su fundación en 1896 ha enterrado a más de setenta mil mascotas, incluidas las de muchos famosos, como Diana Ross y Mariah Carey. Quizá tu perro aún pueda unirse a ellos, ya que el cementerio sigue aceptando nuevos huéspedes procedentes de dueños adinerados. En

Hartsdale encontramos un epitafio familiar, esta vez para un collie:

NUESTRO SIDNEY
FALLECIDO EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1902
CON 16 AÑOS
NACIÓ SIENDO PERRO
VIVIÓ SIENDO UN CABALLERO
MURIÓ SIENDO AMADO

En 2013 el antropólogo Stanley Brandes observó que los perros enterrados en Hartsdale durante las últimas dos o tres décadas llevaban nombres cada vez más humanos en comparación con los que habían recibido sepultura medio siglo antes. En *Names: A Journal of Onomastics*, señala que la mayoría de los perros que están enterrados allí se llamaban Laddie, Rex, Rags, Boogles, Trixie, Snap, Jaba «y otros nombres similares que no tienen nada que ver con los de los seres humanos». Incluso en la década de 1980, predominaban los Champ, Happy y Spaghetti, nombres que ningún padre le pondría a su hijo. Pero, en 2013, ya se percibía un cambio radical de tendencia. «Ahora no es nada inusual encontrarse con inscripciones en memoria de perros llamados Ronnie, Rebecca, Jasper, Marcello, Oliver, Fred y Timothy».

Las lápidas de nuestras mascotas son un bálsamo para nosotros, un hito para nuestros hijos y una sacudida emocional para los extraños. Otros quizá prefieran un homenaje menos público u ostentoso, o una señal menos apremiante de nuestra mortalidad. Como señaló John Galsworthy: «Soportar que se nos vayan estos discretos amigos no es lo más duro, sino que se lleven con ellos tanto, tantos años de nuestras vidas…». Cuando rememora a su perro, al novelista solo le asaltan recuerdos agradables: «No hay piedra alguna allí donde él reposa. Su vida está grabada en nuestros corazones».

¿De qué otra forma se puede inmortalizar a un perro? En los libros, como ya hemos visto, y en las pinturas y caricaturas que ya hemos examinado. Y luego están, también, los monumentos públicos, fríos e inamovibles, con su leyenda adjunta, ese mito que no para de crecer con cada mirada que pasa por allí.

Para comprender de verdad lo que puede lograrse en este campo haríamos bien en visitar Tokio y dos esculturas realizadas con setenta años de diferencia que se yerguen allí. Las dos están dedicadas al mismo perro y cuentan la misma historia. Quizá ya la conozcas, es esa historia que tanto se ha contado, la que tan valiosa nos parece, porque muestra a los perros cuando son intachables y a los humanos cuando están más en deuda que nunca con ellos.

Comienza en 1923, con el nacimiento de un perro de color crema llamado Hachi. Hachi era un akita de pura raza y su dueño vivía en la prefectura de Akita, en Honshu. Cuando Hachi tenía dos meses, su dueño se enteró de que un profesor de la Universidad Imperial de Tokio llamado Hidesaburo Ueno deseaba tener en casa un rostro amigo que lo recibiera al volver cada día del trabajo. De modo que, como había tantos akitas en Akita y se dio por hecho que nadie echaría de menos a uno tan pequeño, Hachi viajó durante casi un día en tren para encontrarse con su nuevo amigo. Fueron felices; fue un exquisito intercambio amoroso.

El doctor Ueno era profesor de ingeniería agrícola y viajaba todos los días al trabajo desde la

estación de tren del distrito tokiota de Shibuya. Hachi lo acompañaba todas las mañanas y estaba allí, en la estación, a la hora en que el profesor volvía a casa. Pero cuando llevaban menos de dos años de amistad, en mayo de 1925, la tragedia se abatió tanto sobre el dueño como sobre el perro. El profesor sufrió una apoplejía mortal en el trabajo, pero nadie se lo dijo a Hachi. ¡Nadie! Así que se quedó en la estación de Shibuya hasta el anochecer, tras lo cual regresó a diario a ella con la esperanza de volver a ver al profesor. Al principio, sobrevivía a base de sobras y del consuelo que le ofrecían los extraños. Hachi debió de preguntarse muchas veces, seguro, si no se habría olvidado de él el profesor. Cuenta la leyenda —que, como toda leyenda, es inconmensurable— que Hachi mantuvo su fe durante años. «Quizá sea hoy —debió de pensar, un día tras otro—. Quizá sea hoy…».

Sin embargo, al cabo de unos meses, a algunos lugareños y empleados del ferrocarril Hachi empezó a perecerles un incordio e intentaron disuadirlo de su empeño de volver. Estorbaba a la gente en una estación muy concurrida, era un motivo innecesario de preocupación. ¿No comprendía que su dueño había muerto? Entre los métodos de disuasión que se emplearon no faltaron, según se dice, las palizas al pobre Hachi. Pero otros se apiadaban de él y seguían dándole comida, aunque esta no fuese un bálsamo para un corazón roto.

El profesor Ueno también tuvo una compañera humana durante los últimos años de su vida, Yaeko Sakano, pero nunca se casaron; la familia de Yaeko veía muy mal la relación y se negó a adoptar a Hachi. Al cabo de un tiempo, Kikuzaburo Kobayashi, antiguo jardinero del profesor, se hizo cargo del perro para salvarlo del maltrato y de la confusión. Vivieron juntos en Tomigaya, pero su vínculo se basaba en la caridad, no en el amor. Afortunadamente, el jardinero vivía lo bastante cerca de la estación de Shibuya como para que Hachi pudiera seguir acudiendo allí todos los días, con la esperanza intacta.

En 1932, después de siete años esperando, día tras día, apareció el reportero de un periódico nacional que no tardó en olerse que allí pasaba algo extraordinario. Las emisoras de radio y otros periódicos se hicieron eco de la historia —aquel perro estaba enfermo de amor, aquel perro era excepcional—, y durante unas semanas no se habló de otra cosa. No se trataba de un simple perro callejero en la estación de tren, sino de un animal con un optimismo irredimible. ¡Ojalá todos tuviéramos tanta fe! Hachi se convirtió en un símbolo de inocencia y de lealtad, y aportó algo importante a una nación que aún luchaba por encontrar su identidad en el periodo de entreguerras. Y sus fans le otorgaron algo a cambio, el sufijo «-kō», que denota afecto y ternura.

Hachikō no era lo que se dice una ricura. En las fotos se le ve chaparro, con las orejas muy empinadas y un gesto algo soberbio y autosuficiente, una especie de «que te jodan»; da la impresión de que se conocía muy bien a sí mismo. Cuando su fama se disparó, la gente le enviaba paquetes (con carne, por lo general) desde todos los rincones del archipiélago japonés, por lo que, al mismo tiempo que se convertía en el perro más venerado del mundo, corría el riesgo de convertirse, también, en el más obeso. A la estación de Shibuya llegaba tanta comida que ningún perro callejero en un radio de ocho kilómetros pasaba hambre.

¿Cómo recordar a un perro así? Pues como se recuerda a los humanos, ni más ni menos: con una estatua en un lugar público. Lo que no es tan común, dicho sea de paso, es que el homenajeado asista a la ceremonia de inauguración de su propia efigie, pero Hachikō lo hizo; allí estuvo, en la alfombra roja de la estación de Shibuya, en 1934, un año antes de morir. El bronce fue obra de Teru Ando, que tiene pinta de haber sido un hombre triste, a juzgar por la única foto que se conserva de él. Hizo una figura tan robusta y perdurable —Hachikō en lo alto de un pedestal, con una postura que recuerda a la de un luchador de sumo en un torneo— que no era

difícil imaginarse, al verla por primera vez, que allí seguiría mucho tiempo después de que los trenes de Shibuya hubieran sido sustituidos por cohetes.

Hachikō murió de cáncer, a la edad de once años, y cuando lo abrieron encontraron cuatro brochetas metálicas, de las de ensartar pollo, en el estómago.

Cientos de miles de personas pasan cada día junto a su estatua de bronce en la salida noroeste de la estación de Shibuya («la salida de Hachikō»), y le tocan los pies con la esperanza de que el alma del perro vaya a vivir a los suyos. El bronce junto a sus pies se ha vuelto liso y de un tono más claro de tanto manoseo. Sin embargo, no es el original el que los viajeros acarician, sino una réplica que hizo, catorce años después, el hijo de Ando, Takeshi, ya que el primer Hachikō fue fundido para obtener munición durante la Segunda Guerra Mundial.

Ningún perro ha tenido más impacto en una cultura. El pelaje de Hachikō se ha conservado y disecado y se ha colocado dentro de una vitrina en el Museo Nacional de Naturaleza y Ciencia de Tokio, el lugar donde también se pueden encontrar exposiciones sobre la primitiva industria automovilística japonesa y un prototipo del Walkman de Sony. También hay sellos y musicales escolares, y días de fiesta nacional (en 1994 una grabación restaurada de Hachikō ladrando se emitió en la radio para millones de personas y se dice que el país entero se paralizó durante la emisión). Se han rodado varias películas, entre las que destaca *Siempre a tu lado, Hachikō*, de 2009, en la que Richard Gere interpreta al profesor. El nombre de Hidesaburo Ueno se ha cambiado por el de Parker Wilson, un primer indicio de que la película podría no ser tan fiel como el perro. Siendo positivos, hay que decir que el filme es de los de llorar a moco tendido, y lo dirigió el sueco Lasse Hallström (un hombre de perros, sin duda, pues hizo también *Mi vida como un perro* y *Tu mejor amigo*).[2]



Una obsesión nacional y un héroe nacional: Hachikō es disecado en 1935.
Alamy/CPA Media Pte Ltd.

Hay otros bronces reseñables dedicados a Hachikō. El más gustoso es la estatua doble de Tsutomo Ueda que representa al profesor Ueno saludando a un entusiasta Hachikō. Está en el

campus Hongo de su universidad, la de Tokio, y se inauguró en el octogésimo aniversario de la muerte del perro, en 2015. Se trata de una representación ligeramente idealizada y, desde luego, más esbelta que el modelo original. Pero es arte público y su cometido es elevar el espíritu de la gente que pasa por allí; ¿o es que cada persona que lo hace no se siente, en cierto modo, compelida a contarse (y encantada de hacerlo) a su manera el relato que inspiró la estatua? Algunas historias no decaen ni se debilitan con el tiempo; ¿por qué no va a poder esta cautivar también a la generación siguiente?

La de la lealtad canina es una que nos gusta contarnos una y otra vez. Ya hemos visto a Fido en Italia. Y a Smoky, la perra paracaidista que también tiene un bronce para ella sola en Cleveland, Ohio (está sentada en un casco de soldado y la inscripción, en el pedestal, dice: «Smoky: Yorkie Doodle Dandy»). También está Balto, en Central Park, el husky siberiano que trabajaba como perro de tiro en un trineo y que, en 1925, se aseguró de que la vacuna antidiftérica llegara a Nome, en Alaska, a través del hielo y la nieve. Y Jirō, otro símbolo de la resistencia helada, el husky negro desgreñado de Sajalín que sobrevivió durante un año en la estación de investigación de Shōwa, en la Antártida, en la década de 1950, después de que los científicos japoneses lo abandonaran. Y ¿quién de nosotros no derramaría alguna que otra lágrima al contemplar la estatua conmemorativa, en una sombría rotonda de Cracovia, del desafortunado chucho polaco Dżok (pronunciado «Yock»), que se negó a abandonar el fatídico lugar donde su amo sufrió un infarto mientras conducía su coche, en 1990? (La historia resulta ser trágica por partida doble: Dżok, recién instalado en una residencia de ancianos un año después de poner fin a su vigilia, escapó de sus cuidadores y, mientras buscaba su libertad, un tren lo atropelló).

Y la más infame de todas, la de Bobby, el skye terrier que permaneció sentado junto a la tumba de su amo durante catorce años, en el cementerio de Greyfriars, en Edimburgo, a mediados del siglo XIX. Los expertos se preguntan si no hubo en realidad varios Bobbys, o Bobbies, y varios dueños, y si aquellos que pasaban las noches en vela preocupados por el bienestar del sector turístico de Greyfriars no serían, en realidad, los responsables de un engaño tan duradero.[3]

Pero ¿no merecen todos los perros una estatua propia? O, si una para cada uno es demasiado pedir, ¿tal vez un santuario universal?



La leyenda inmortal: Bobby, el del Greyfriars de Edimburgo, realizado por William Brodie. Getty/Manuel Velasco.

Pues existe un santuario de este tipo, situado frente al juzgado del condado de Johnson, en Warrensburg, Missouri. Hay allí una estatua que homenajea a un sabueso llamado Old Drum y conmemora asimismo un discurso que pronunció en su defensa el abogado George Graham Vest en 1869. Old Drum fue abatido por el vecino de su dueño, que lo sorprendió en su propiedad, y este interpuso una demanda contra el asesino de su perro por homicidio culposo y le exigió una indemnización. El abogado Vest pasó por alto todos los argumentos del caso y, en vez de ello, apeló a la nobleza del alma. No se transcribió íntegramente el discurso, pero sí un extracto, el que aparece en el pedestal del memorial dedicado a Old Drum:

> Señores del jurado, el mejor amigo que tenga un hombre en este mundo puede un día volverse contra él y convertirse en su enemigo. El hijo o la hija que ha criado con amor puede responderle con ingratitud. Aquellos que nos son más cercanos, los más queridos, a quienes confiamos nuestra felicidad y nuestro buen nombre, pueden traicionar nuestra fe […]. Las personas que tienden a arrodillarse para honrarnos cuando el éxito nos acompaña, quizá sean las primeras que arrojen la piedra de su envidia y de su indignidad cuando la nube del fracaso se cierna sobre nuestras cabezas. El único amigo desinteresado que un hombre puede tener en este mundo egoísta, el único que nunca lo abandonará, el único que nunca habrá de mostrarse desagradecido, ni traidor, es su perro.

El discurso convenció al jurado. Al propietario se le indemnizó con ciento cincuenta dólares, la máxima cantidad prevista por la ley, aunque insuficiente para devolverle a su perro.[4] La estatua se erigió frente al tribunal en 1958, después de que llegaran suscripciones procedentes de cuarenta estados y seis países de ultramar. El discurso en memoria de aquel perro —como el perro, probablemente— quizá no sea del todo de fiar; como dijo el escritor y escultor Stephen Huneck, a un perro se le puede confiar la vida, pero no la comida, y cualquiera que no le haya dado a su perro un paquete entero de golosinas de una sentada sabrá muy bien lo que es la ingratitud. Pero la estatua es algo tranquilizador: una sólida afirmación de justicia, una victoria para el perro. A mí me dice también: nuestra relación con el perro es una de las cosas más bellas

que hemos creado y deberíamos estar orgullosos a diario de esta hazaña, basada como está en el principio de la confianza mutua y la lealtad permanente.

Tener un perro significa aceptar el dolor; adquirimos a nuestros amigos sabiendo que algún día nos tocará llorarlos.

Antaño, solo la poesía ofrecía consuelo, himnos dulces para los que se han librado ya de todas las ataduras. Thomas Hardy, por ejemplo, adopta el aire melancólico de su propio perro:

¿No me vienes a buscar
a la hora de pasear,
ascendiendo entre el verdor
de la colina?

(De «Wessex, el perro finado, a la familia»)

Wordsworth escribe sobre las lágrimas que derramó en el momento en que enterraba a su perro Little Music bajo un roble, pero también sobre la gratitud por la liberación que supuso aquel final:

Porque viviste hasta que todo lo que animó tu alma
sucumbió bajo el peso de los años;
hasta que la vejez extrema
no te dejó más que un destello de la luz del día.

(De «Tributo», 1805)

Teniendo en cuenta el tema y el género en cuestión, cabría esperar, al menos, unos cuantos ripios; Sidney Smith no nos decepciona al respecto:

Aquí yace el pobre Nick,
una criatura honesta,
tan amable y tan gentil,
bueno por naturaleza;
no pidió nunca un favor,
un dechado fue de amor.
Sin soñar y sin sentir,
sin deseos, yace aquí…

(De «Aquí yace el pobre Nick», sin fechar)

Lo más personal puede ser también lo más universal:

Cortinas sin rasgar, alfombras lisas.
Ni un zapato, ni un paño; todo en orden.
La casa es una tumba. Oh, cuánto desearía
oír sus almohadillas trotar por el pasillo,

sentir su nariz húmeda y suave contra mi mano,
la pata que pedía con ansia su deseo,
el ojo vivo y suplicante, el ladrido lastimero…
¡Qué molestias tan dulces las vería yo ahora!

(De «A un perro», autor desconocido)

Pero hoy tenemos una nueva vía de consuelo, la tristeza compartida online. Adonde van los humanos van los perros; un bello memorial para un perro puede ayudar a otros dueños que sufran una pérdida similar o puede prepararnos para nuestro propio duelo. La página web DogQuotations.com contiene muchos de estos homenajes, y me sorprendió cuán fácilmente se me saltaron las lágrimas al leer sobre perros desconocidos. Pero, al fin y al cabo, cuando lloramos a nuestros perros, lloramos también nuestra propia impermanencia.

NUESTRA PRECIOSA MAGGIE

Por Roger y Deb

Te echamos de menos con todo nuestro corazón.

Los ronroneos y gemidos cuando soñabas. Echamos de menos el leve tic de tu oreja torcida y tu labio enganchándose en tu diente. El tintineo de tus uñas en el suelo de madera. Tus besos especiales, por mucho que apestaran.

Eras una perra preciosa y especial. Eras nuestro amor y odiamos que no estés junto a nosotros, en tu casa. Pero volveremos a reunirnos contigo.

No merecías sufrir tanto, por eso tuvimos que dejarte ir. Te abrazamos hasta que entraste en un sueño tranquilo. Pasamos trece hermosos años juntos y guardamos cada instante como un tesoro.

Ojalá fueras consciente de cuánto te queríamos; rezamos por ello. Todo lo que esperamos es que sintieras nuestro amor.

NUNCA habrá otro perro como tú, Maggs, y deseo que hayas disfrutado de tu vida con nosotros.

Descansa en paz,
nuestra Dolly

NO ENCUENTRO LAS PALABRAS

Por Neil

Okie, ¡eras un perro alucinante! Siempre leal y cariñoso con tu familia. Los extraños no te entendían, pero no importaba. Nos encantaban tus peculiaridades y las aceptábamos.

Todavía siento mucho dolor por tu pérdida […]. Sé que pasamos trece años maravillosos juntos, pero no pensé que el final llegaría. Y me rompe el corazón cuando lo pienso.

Deseo de verdad que hayas tenido la oportunidad de despedirte de las niñas. Me sentí muy mal porque estaban muy lejos cuando nos dejaste.

Te echo mucho de menos. La casa está muy silenciosa sin ti. He llorado muchas veces tratando de encajar todo esto, pero ¡me alegro de que ya no sufras! #foreverinmyheart

MI JEEP

de su mami (Indiana)

Cuando me enteré de que necesitabas un hogar, pensé: «Estoy ocupadísima todo el tiempo. No puedo hacerme cargo de un perro ahora mismo».

Pero el día que fui a conocerte (porque algo tiraba de mí y me decía que al menos debía conocerte) viniste a mí saltando con tu pelota enorme entre los dientes…

El primer día que tuve que dejarte solo en casa pensé: «Es tan grande que probablemente se coma toda la casa mientras estoy fuera. ¿Qué estoy haciendo? No puedo hacerme cargo de un perro».

No te comiste la casa ese día ni nunca. Jamás te portaste mal. Es como si hubieras sabido todo el tiempo que no podía hacerme cargo de un perro.

Con el paso de los años nos hicimos muy amigos (a veces creo que había gente en nuestras vidas que estaba celosa de nuestra mutua devoción), pero tú me entendías. A veces pensaba que me entendías mejor que la mayoría de todos esos humanos.

Has sido mi comediante favorito, con tus pequeñas payasadas cada vez que necesitaba reír, mi pañuelo de peluche cuando necesitaba llorar, mi compañero de paseo, mi compañero de viaje en coche y, a veces, la razón por la que no me rendía.

Tú, amigo mío, nunca fuiste un perro para mí. Estaba claro, mirándote a los ojos, que eras un alma vieja más que me enviaron para señalarme el camino. Hiciste muy bien tu trabajo.

No hay palabras capaces de expresar la gratitud que siento por que me permitieras ser la persona que buscabas, un trabajo que espero que sientas que hice bien. Durante once años, fuiste mi mejor amigo.

En los últimos cuatro días, por más que lo he intentado, no soy capaz de contener el llanto. No recuerdo ya cómo era la vida sin ti, pero supongo que ahora me toca descubrirlo, de algún modo.

Hasta que nos volvamos a ver. Te echaré de menos más de lo que las palabras pueden expresar.

¿Y qué dirían los perros si pudieran?

En diciembre de 1940, casi al final de su vida, el dálmata Silverdene Emblem O'Neill, conocido por sus amigos como Blemie, escribió su última voluntad y su testamento. El dramaturgo Eugene O'Neill lo ayudó, sin extrañarse en absoluto de que su perro tomara las riendas hacia el final de su vida. El testamento pretendía aliviar el dolor de Carlotta, la esposa de O'Neill, cuando Blemie falleciera.

«No tengo muchas posesiones materiales que legar —empezaba diciendo Blemie—. Los perros son más sabios que los hombres. No les dan mucha importancia a las cosas. No malgastan sus días acumulando propiedades. No pierden el sueño preocupándose por cómo conservar los objetos que tienen y obtener los que les faltan. No tengo nada de valor que legar, excepto mi amor y mi fe».

A Blemie le dolía pensar que su muerte pudiera causar sufrimiento a sus dueños. Pero había llegado el momento de aliviar el suyo; tenía cáncer y sus facultades estaban mermando. «Hasta el olfato me falla, podría tener un conejo delante de las narices y no darme cuenta». Los perros no temen a la muerte como los humanos, escribió su perro, sino que ven el futuro con optimismo. Imaginaba un paraíso «donde cada hora es feliz porque es la hora de comer; donde en las largas noches hay un millón de chimeneas con leños siempre ardiendo y uno se acurruca y parpadea a causa de las llamas, y cabecea y sueña, recordando los viejos y audaces días en la tierra, y el amor de su amo y de su ama».

Blemie tenía una última petición: «He oído a mi Ama decir: “Cuando Blemie muera, nunca nunca debemos tener otro perro. Lo quiero tanto que no podría querer a otro”. Pero yo ahora le pediría, por el amor que me profesa, que tuviese otro. Flaco homenaje a mi memoria sería no volver a tener un perro». Como era de esperar, Blemie le recomendó otro dálmata, al que le legó su collar, su correa, su abrigo y su impermeable.[5]

Y unas últimas palabras de despedida: «Cuando visitéis mi tumba, decid con pesar, pero también con alegría en el corazón, al recordar mi larga y feliz vida con vosotros: “Aquí yace quien nos amó y a quien amamos”. Por profundo que sea mi sueño os oiré, y ni todo el poder de la muerte podrá impedir que mi espíritu mueva la cola, agradecido».

Inspirado por estas palabras, mi labrador quiso también dejarme algunas palabras de despedida. Ludo es ahora un caballero entrado en años; ya ha cumplido los trece y, aunque sigue gozando de buena salud, soy consciente de que su declive puede no estar tan lejano. He conocido a un labrador retriever que ha vivido hasta los diecisiete años, pero doce o trece suele

considerarse una buena esperanza de vida; mi último perro, Chewy, murió de cáncer cuando tenía diez. Todos echaremos mucho de menos a Ludo cuando muera: el sonido acolchado de sus almohadillas por la casa, los rejuvenecedores paseos diarios, los cálidos ronquidos nocturnos. ¿Cómo será su despedida? Estoy seguro de que muy optimista, rebosante de un deseo similar al de Blemie, el de que no lo lloremos demasiado. Creo que nos dejaría una serie de reglas para ayudar a los perros que están por venir, y, si un par de ellas te recordasen a las pegatinas esas que la gente pone en los parachoques, ten en cuenta que, en lo que a perros se refiere, las pegatinas de los parachoques son lo mejor que hay; al menos están a su altura.

1. Las mejores cosas de la vida no son cosas.
2. Si ves una pelota, lánzala.
3. Si vas al cine por la tarde, nos sentaremos en tu sofá.
4. Un seguro para mascotas merece siempre la pena a largo plazo.
5. Únete a:
   a) All Dogs Matter.
   b) El Arca de Darwin.
   c) La campaña a favor de unas encimeras de cocina más bajas.
6. Aspira a la inteligencia. Defiende lo que es correcto. No menosprecies a nadie, perro o humano, sea un chucho o tenga pedigrí. Trátanos como a tus iguales y nunca te menospreciaremos.
7. Cuando estés solo y la vida te haga sentir solo, siempre puedes darte una vuelta por el centro de la ciudad.

Pero ¿y si realmente no soportas despedirte para siempre de tu perro?

Si es así, ahora tienes otra opción gracias a la ingeniería genética canina: la clonación, es decir, la sustitución de la selección natural por el diseño inteligente. Es el símbolo definitivo del dominio humano sobre el perro. En mi opinión, es una victoria triste, una falla inevitable en nuestra relación, una corrupción de la decencia humana.

No hace tanto tiempo, los victorianos creían, estoy casi seguro, que un perdiguero o un setter puro y cuidadosamente criado era todo lo que un buen perro podía ser. Y no mucho después (en relación con la historia de todos los perros) el labradoodle marcó el punto de inflexión. Pero ahora el futuro ya está aquí, y lo que una vez fue una profética historia de terror se ha convertido en un procedimiento tecnológico convencional.

En la Fundación de Investigación Sooam Biotech, en las afueras de Seúl (Corea del Sur), el doctor Hwang Woo-suk te hará un perro nuevecito por unas setenta y cinco mil libras. En la página web de Sooam Biotech todo parece muy sencillo:

1. Tras su muerte, envuelva de inmediato todo el cuerpo en toallas de baño húmedas.
2. Colóquelo en el frigorífico (no en el congelador) para mantenerlo fresco. A continuación, dispondrá de unos cinco días para que podamos extraer y asegurar con éxito las células vivas.
3. Las muestras genéticas deben ser extraídas y conservadas por un veterinario; después hay que llevarlas en el equipaje de mano personal al laboratorio de Seúl, donde el doctor Hwang [un tipo que ya fue despedido de su puesto en la Universidad Nacional de Seúl por falsificar investigaciones sobre células madre] te asegura una tasa de éxito del 40 por ciento.

Este procedimiento y sus resultados han suscitado la desaprobación de todo el mundo, salvo de los más ricos y fanáticos. Pero Barbra Streisand es ambas cosas, y en marzo de 2018 escribió en el *New York Times* que se sentía orgullosa de la devoción que les mostraba a sus perros. «Era más fácil dejar ir a Sammie si sabía que podía mantener viva alguna parte de ella, algo que venía de su ADN», contó. De hecho, Sammie, que era un cotón de Tuléar de pelo liso, vive —desesperada y vagamente— en tres perros (otro murió poco después de nacer), todos clonados en un laboratorio de ViaGen Pets, en Cedar Park, Texas. La empresa se describe a sí misma como «los expertos en clonación de mascotas de Estados Unidos» y produjo su primer perro clonado con éxito, un jack russell terrier, en 2016. El negocio avanzaba con lentitud hasta que Streisand cantó su panegírico, después de lo cual el interés se multiplicó. En 2019 la revista *Bark* citaba al presidente de la corporación, Blake Russell, que dijo: «Estamos produciendo cachorros clonados a un ritmo muy satisfactorio, cada semana».

Si deseas visitar Cedar Park en persona, ViaGen tiene un mapa en su página web donde se ve que la sede se encuentra justo al lado de un Costco Wholesale. Quienes se sientan tentados y tengan perros aún vivos, pueden apuntarse a la Preservación Genética, una opción de mil seiscientos dólares que garantiza la congelación de material genético para utilizarlo en cuanto la ocasión lo exija. Esto, por supuesto, plantea la posibilidad de no esperar en absoluto a que tu perro muera, sino producir una camada mientras el original aún pueda disfrutar de ella. La sección de preguntas más frecuentes contiene una inquietante en extremo: «¿Cómo sé que mi mascota genéticamente preservada o clonada es auténtica?».

Pero el trabajo que realizan en Texas y en Seúl no te «devuelve a tu perro», como esperan Streisand y muchos otros, sino uno fabricado a partir de sus células. Y, por lo que sabemos de la complejísima estructura genética de un perro —gracias al Instituto Broad y otros centros—, el ejemplar clonado puede tener un carácter del todo distinto al del original y ser susceptible de contraer nuevas enfermedades. Y, por si hiciera falta una prueba más de la frágil imprevisibilidad de la vida, el aspecto y la salud de un perro clonado pueden verse influidos, además, por el estado y las hormonas no solo de las células originales a partir de las cuales se clona, sino también de las de su madre de alquiler.[6]

Se trata de una alteración —antinatural en extremo— de la forma en que hemos convivido con los perros durante miles de años, y ello plantea, cómo no, una serie de cuestiones éticas. Dos de las más importantes son: ¿cómo legislar el progreso de la tecnología y la ciencia cuando este afecta a una especie incapaz de legislar por sí misma? Y, después de todo lo que hemos vivido juntos, ¿no tenemos acaso una responsabilidad aún mayor hacia los perros, no les debemos, acaso, verdadera lealtad? ¿Dónde están las buenas noticias sobre nuestra relación? ¿Dónde está nuestro futuro?



Un nuevo día para una preciosidad: lluvia de caricias en Discover Dogs. Imagen del autor del libro.

14
¡DISCOVER DOGS![1]



En cierto modo, el futuro de nuestros perros está en internet. Es en la red donde podemos acceder a todos los conocimientos que no estaban al alcance de la generación anterior: chatear con criadores, conseguir información sobre las mejores prácticas del Kennel Club, unirnos a foros sobre perros en general y a otros específicos sobre razas, y contar con la respuesta de un experto a casi cualquier pregunta que nos ronde por la mente. Podemos informarnos sobre los problemas de salud de nuestros perros para que vivan una vida mejor. Y, de paso, participamos en el mayor proyecto de ciencia ciudadana jamás realizado con perros, un vasto estudio genético que podrás encontrar en <darwinsark.org>.

Me inscribí y recibí el siguiente correo electrónico entusiasta:

> Bienvenido. Gracias por unirte al Arca de Darwin. Estamos encantados de iniciar contigo este viaje de descubrimiento científico.
>
> El proyecto del Arca de Darwin consiste en estudiar cómo la genética influye en la salud y el comportamiento de los animales y los seres humanos. Junto con los cuestionarios, cuyas respuestas nos son de gran utilidad, estamos secuenciando miles de muestras de ADN canino para intentar cartografiar un mapa colectivo de la salud de nuestros perros. La información que aportas sobre el tuyo pasará a formar parte de este increíble corpus de conocimientos […].
>
> ¡Estamos superfelices de contar con 22.230 perros en el Arca a día de hoy! Juntos, podemos recopilar los datos críticos necesarios para garantizarles un futuro mejor a nuestros animales. Y a nosotros mismos.

El Arca de Darwin no forma parte de una película o novela futurista, ni es una parodia. Es algo real y muy valioso, y cualquier perro puede unirse, ya sea de raza o un chucho, ya sea buen chico o no; de hecho, cuantos más perros haya mejor. Los cuestionarios que requiere este tipo de investigación científica son diversos y abarcan muchos elementos del comportamiento y la actitud de un perro ante la vida en general. Los temas van desde «Juego», «Comunicación» y «Socialización con humanos» hasta «Afrontar lo desconocido», «Excentricidades caninas» y «Socialización con humanos II». La página web personaliza automáticamente sus preguntas. Suponiendo que registres a tu perro como «Ronald», recibirás preguntas del tipo «¿Cuánto tiempo al día dedica Ronald a escarbar en falso (arañar el suelo, la alfombra, etc.)?» o «¿Durante cuánto tiempo al día se queda Ronald ensimismado, como en trance?».

La página ofrece también algo más, la posibilidad de secuenciar el ADN de tu perro en uno de los laboratorios de investigación más avanzados del mundo. Se trata de un procedimiento

estándar, común a perros y humanos, con un margen de error similar en ambos casos. Hay varias opciones en lo que respecta a las pruebas; de tu impaciencia y curiosidad depende tu elección. La opción número uno es el nivel básico, el kit gratuito. Después de completar al menos diez encuestas breves, te enviarán gratis un kit para que frotes con un bastoncillo la parte interior de la mejilla de tu perro, tras lo cual tienes que enviarlo de vuelta para que, al cabo de un tiempo, te lleguen los resultados, que te pondrán al día sobre la raza y la ascendencia de tu perro. Con «al cabo de un tiempo» me refiero a varios meses, que muy posiblemente acaben siendo un par de años.

Luego está el Nivel Explorador, a 149 dólares. La muestra de ADN de tu perro se enviará a un laboratorio que realiza las pruebas de forma más selectiva, lo que significa que obtendrás los resultados en un plazo de entre noventa y ciento veinte días.

¿No puedes esperar tanto? ¿La inquietud te come por dentro? Bienvenido al Nivel Avanzado. Este cuesta 2.199 dólares, o 1.999 si ya has completado diez cuestionarios previamente, y no solo es rápido, sino también exhaustivo y muy útil. «Sé tú la base sobre la que se construye el conocimiento —afirman los investigadores del Arca de Darwin—. Con tu donación, tu perro se unirá a un grupo de élite compuesto por algo menos de mil perros en todo el mundo que ya cuentan con una secuencia completa de su ADN y que ayudan a científicos de todos los países a que sigan avanzando en el estudio de la salud canina y humana». Las muestras del Nivel Avanzado se secuenciarán de inmediato con una «cobertura de 1 × 30», lo que significa que cada una de las dos mil cuatrocientos millones de bases (A, C, G, T) se secuenciará treinta veces para garantizar una precisión excepcionalmente alta en los resultados. Las pruebas comerciales de ADN canino ofrecen entre mil ochocientos y doscientos mil marcadores genéricos, pero la tecnología del Arca de Darwin aporta más de cuatro millones de marcadores genéticos, lo que permite llegar mucho más lejos en lo que respecta a la ascendencia de un perro. También recibirás un «certificado personal de contribución a la ciencia», firmado por auténticos científicos.

Fijémonos, por ejemplo, en una peculiar criaturita llamada Gunther. Gunther Central Perk es un perro mestizo. Nació en febrero de 2018, y está claro, a tenor del nombre que ostenta, que su dueño se lo pasó en grande viendo *Friends*. La gente que lo ve por la calle dice que se parece a un zorro, por sus grandes orejas, o a un ciervo, por sus largas patas. Su dueño lo describe de otra forma, con ese lenguaje tan peculiar que quizá solo los dueños de perros saben apreciar en su justa medida: «Este tontorrón es un bichito de lo más entrañable». ¿Qué lo hace tan especial? Para empezar, es astuto. «Si quiere un juguete de su hermana Remi —dice su dueño—, me pide salir, espera a que me levante y a que Remi me siga, luego corre adonde ella dejó el juguete y se lo roba».

El otro aspecto que lo convierte en un perro singular es su ascendencia. Antes de inscribirse en el Arca de Darwin, se envió una muestra de ADN de la boca de Gunther a otra empresa menos exigente. Los resultados indicaron que tenía un 25 por ciento de pinscher miniatura, un 12,5 por ciento de chihuahua, un 12,5 por ciento de yorkshire terrier y un 12,5 por ciento de bóxer. El resto, un 37,5 por ciento, se clasificó como «raza desconocida».

El análisis, mucho más preciso, que realizaron en el Arca de Darwin concluyó que Gunther tenía un 30,3 por ciento de pinscher miniatura, un 6,4 por ciento de chihuahua, un 4,7 por ciento de pomerania, un 3,1 por ciento de caniche toy, un 3 por ciento de cocker spaniel americano, un 2,7 por ciento de carlino y un 49,8 por ciento de «raza desconocida». Si alguna vez has necesitado una prueba de que los perros pueden ser algo muy muy complejo, aquí la tienes: una

vorágine algorítmica de codificación genética. ¿De dónde procedía su rastro de carlino? ¿Adónde fue a parar su octava parte de bóxer y de yorkshire? Iban y venían, en una verdadera demostración de falibilidad científica. Lo que no sabemos de los perros —como la fecha exacta en que empezaron a surgir, como tales, del ADN de los lobos— es aún incalculable, aunque la ciencia avance sin parar.

Lo que quiera que Gunther sea —además de adorable y de tener la capacidad de dar saltos de dos metros de altura cuando lo embarga la euforia— no puede transmitirlo a la siguiente generación; está castrado. Pero ya ha hecho su modesta contribución, qué duda cabe, al desconcertante mundo de los perros.

Si nos ceñimos a la «raza», podemos afirmar que es un perro de pueblo, lo cual, dado que se estima que alrededor del 80 por ciento de todos los perros del mundo son de pueblo, convierte a Gunther en parte del programa de cría más completo y complejo del planeta. El hecho de que el dueño de Gunther nos diga que también es «un remero consumado sobre su tabla de surf» probablemente no nos ayude mucho en nuestra investigación acerca del origen de los perros o de por qué se comportan como lo hacen, pero es otro hito en nuestro empeño por hacer que se parezcan cada vez más a lo que queremos de ellos.

El Arca de Darwin es un experimento, y su objetivo es descomunal. Representa la verdadera ciencia ciudadana, en la que todos nosotros, los ciudadanos, somos perros. La premisa —brillante, de una inteligencia aguda— es vincular el análisis del ADN con el comportamiento de los perros. Los cuestionarios sobre el comportamiento proporcionan una serie de respuestas (subjetivas, imprevisibles) y el ADN, otras (exhaustivas, precisas), y se cree que en algún momento será posible demostrar cómo influyen las unas en las otras.

Pero aún es pronto. Incluso con más de cuatro millones de marcadores genéticos, el Nivel Avanzado no es capaz todavía de proporcionar lo único que de verdad se busca —lo único que la mayoría de los humanos quieren de sus pruebas de ADN—: una indicación predictiva de la salud de tu perro. Gunther no sabrá, por tanto, qué posibilidades hay de que un chucho compuesto por pinscher miniatura y pomerania contraiga enfermedades específicas de esas razas. Los investigadores del Arca de Darwin lo explican así: «Garantizamos que, en los informes que enviamos a los dueños de perros, solo se incluyen datos científicos debidamente contrastados. También creemos firmemente que las pruebas de salud de los perros deberían cumplir las mismas normas de calidad que se les exigen a las pruebas médicas de los humanos. Hasta la fecha, esas normas no se cumplen». Uno de los objetivos del Arca de Darwin es que se cumplan cuanto antes.

Elinor Karlsson, directora del Grupo de Genómica de Vertebrados del Instituto Broad de Cambridge (Massachusetts), perteneciente al MIT y a Harvard, es la responsable del Arca de Darwin (o, de momento, de su primera y única sección, Los Perros de Darwin). En su cuenta de Twitter se describe a sí misma como «Inmigrante. Científica y artista», y afirma ser, en realidad, alguien «más de gatos que de perros» (sus gatos se llaman Darwin y Lacey, este último nombre es un diminutivo de Ada Lovelace, la célebre matemática y pionera de la informática). Pero es en los perros donde está el meollo.

«Los perros son un modelo genético asombroso —me dijo cuando nos conocimos, en diciembre de 2018—, y la ciencia avanza muy rápido. Todo lo que creíamos saber hasta ahora lo estamos abordando de otra forma. Todo lo que hacíamos hace dos años ya no lo hacemos del

mismo modo». Le interesan, sobre todo, los cambios genéticos que posibilitaron que el lobo diera lugar al perro y, no menos, los cambios que hicieron posible a la interacción con los seres humanos, un hecho beneficioso para ambas especies.

«El ejemplo que utilizo es el de lanzar la pelota para que la recuperen —señaló Karlsson—. En realidad, se trata de una variación de la secuencia de caza que ejecuta el lobo. Los lobos cazan presas grandes en unos pocos pasos. La ven, la acechan, la persiguen, la agarran a mordiscos por los talones para derribarla y le clavan los colmillos en la yugular». Karlsson afirmó que la domesticación de los perros hizo que, a lo largo de muchos siglos, los humanos eliminaran relativamente pronto en los perros la «mordedura en la yugular». «No es que el reflejo haya desaparecido por completo, pero los perros no llegan a ejecutarlo; se entregan de lleno a la persecución y el agarre, pero no van más allá. Sigue siendo un comportamiento muy complejo. Hay muchos perros perdigueros de pura raza que no son capaces de recuperar la presa. No se trata solo de activar un gen».

Los Perros de Darwin ya ha reunido referencias genéticas de más de cien razas diferentes, una lista que incluye rarezas como el elkhound o cazador de alces noruego y el pastor belga de Tervuren. Pero también les encantan los chuchos, me dijo Karlsson, mientras nos dirigíamos a la Estación Sur de Boston al final de su jornada. (Parte de la entrevista transcurrió en su despacho, parte en una visita a los laboratorios de secuenciación del Instituto Broad y parte en su nuevo Tesla Model 3, el pionero de los coches eléctricos, capaz de monitorizar «tu ADN al volante» y de enviar después los datos a la empresa). «En la actualidad, estamos examinando hasta qué punto los perros mestizos que tienen más ascendencia de una raza pura con un rasgo concreto de comportamiento, heredado de dicha raza, han heredado también otros. Los resultados, en lo que respecta a la recuperación “de la presa”, son asombrosos, permiten determinar muy bien cuánto de labrador retriever hay en el chucho». Esperaba poder aplicarlo a rasgos de personalidad más complejos. «Y no debemos olvidar que el 80 por ciento de los perros del mundo son perros de pueblo. “Domesticación” no significa solo “bonito cachorro de pura raza en un sofá…”».

Los Perros de Darwin no era más que una parte de la vida profesional de Elinor Karlsson. También le entusiasmaba algo en lo que empezó a trabajar como becaria de investigación en 2003 y que culminó dos años más tarde, la primera secuenciación completa del ADN de un perro. En la primera semana de diciembre de 2005, cuando *Nature* apareció con siete perros en la portada, la noticia saltó a los titulares de todo el mundo.

¿Por qué siete perros? Seis (entre ellos un collie, un dálmata, un labrador y un spaniel) estaban de espaldas, mirando una fotografía enmarcada en blanco y negro de James Watson y Francis Crick mientras demostraban la existencia de la estructura de la doble hélice, en 1953. El séptimo perro, una bóxer llamada Tasha, se encontraba, gracias a Photoshop, en la foto de Watson y Crick, como si hubiera estado allí desde siempre. Tasha era ahora la estrella, la perra cuya sangre se había extraído para lograr la secuencia.[2]

«Había cámaras y periodistas por todos lados y entonces trajeron a un perro —recordaba la doctora Karlsson sobre la rueda de prensa que se había convocado para anunciar los resultados preliminares—. En cuanto hay un perro en la sala, ya nadie se fija en los humanos». Los directores de la investigación, Kerstin Lindblad-Toh, Elaine Ostrander y Eric Lander, explicaron los métodos y el alcance de su trabajo. Utilizando el genoma de Tasha como brújula, tomaron muestras de los genomas de otras diez razas, así como de un lobo gris y un coyote. Encontraron dos millones y medio de diferencias genéticas individuales entre razas (denominadas «polimorfismos de nucleótido único»), que podían utilizarse como indicadores para localizar las

contribuciones de los genes a los rasgos físicos y de comportamiento y ayudar, por consiguiente, a comprender el enorme número de enfermedades que afectan a los perros de raza pura.

Pero había, también, otra motivación. «Los perros y los humanos comparten muchas enfermedades, como el cáncer, la epilepsia y la diabetes —me explicó la doctora Karlsson—. Los descubrimientos derivados de la comparación directa de los genes caninos portadores de enfermedades y los de los humanos, pueden beneficiar mucho a nuestra medicina». Gran parte de su trabajo posterior se centraría en localizar esa pequeñísima parte del genoma que influye en el comportamiento o la enfermedad del perro (porque la mayor parte del genoma no lo hace). En el momento del anuncio de la secuencia completa del ADN del perro, ya se habían localizado en sus cromosomas varios elementos desencadenantes de enfermedades caninas específicas, como la propensión a la narcolepsia de los dóberman, pero había muchas más en curso: la displasia de cadera, la sordera, las enfermedades neuromotrices, las cataratas, las cardiopatías y el trastorno obsesivo compulsivo, entre otras. En un perro, los síntomas de este último síndrome son lamer excesivamente o perseguir sin descanso su propia cola.

La rueda de prensa dio paso a la ronda de preguntas y respuestas. El trabajo se había prolongado durante casi tres años y había costado muchos millones de dólares. Era mucho más exhaustivo que el intento de Craig Venter, dos años antes, de extraer una secuencia de ADN de su caniche Shadow, un proyecto que solo consiguió descodificar el 80 por ciento del genoma del perro y que dejó muchas lagunas importantes. Se había debatido mucho si el siguiente mamífero que secuenciar debía ser el chimpancé, después de tener ya el genoma del ratón (cuya secuencia se completó en 2002) y el del ser humano (en 2003). Pero el perro se impuso, no solo por las enfermedades que comparte con nosotros (los chimpancés también tenían ese punto a favor), sino también por la gran cantidad de conocimientos que podría aportar el examen de las diferencias entre tantas razas (por mucho que difieran entre sí en cuanto a aspecto físico, un perro es un perro, y todos tienen un genoma similar en un 99,85 por ciento al de sus congéneres). Se eligió a Tasha por dos razones, porque las pruebas sugerían que la bóxer era más endogámica que los otros perros que estaban estudiando (lo que podía propiciar quizá que su susceptibilidad a enfermedades específicas y otros rasgos fuera más fácil de identificar), y porque su parte delantera blanca y su parte trasera de color marrón oscuro indicaban que era heterocigótica, es decir, que poseía dos pares de genes distintos, en cuanto al color del pelaje, en un cromosoma específico; los investigadores creían que podrían aislar esa mutación.[3]

Pero esta era la parte más o menos sencilla. «Me temo que las expectativas de la gente eran un poco altas —me confesó la doctora Karlsson—. Algunos creían que en los perros el cáncer iba a comportarse como el color del pelaje y que íbamos a ser capaces de curarlo».[4] Es poco probable que exista un único gen causante de un cáncer óseo al que, por ejemplo, los galgos sean especialmente susceptibles, y hallar un gen que se correlacione con algo dista mucho de comprender cómo funciona ese algo o cómo contrarrestarlo. La clave no es solo cómo reacciona un gen por sí mismo, sino cómo interactúan entre sí.

Aun así, del trabajo iniciado con Tasha y las diez razas con las que se la comparó (la propia Tasha murió de linfoma a los doce años) ya han surgido varios artículos científicos importantes. La cantidad de información genética disponible en la actualidad, así como la mayor velocidad y el menor coste de su procesamiento, han hecho que avance nuestra comprensión del primitivo proceso de domesticación. Entre dichos trabajos, destaca uno que sugiere que los perros de América fueron domesticados dos veces: una, hace miles de años, a partir de perros del Ártico que acompañaron a las migraciones humanas desde Asia, y otra hace poco más de quinientos

años, tras el primer contacto con los europeos. En cuanto a las enfermedades, se han producido importantes avances en la comprensión de mutaciones oncológicas y autoinmunes típicas en el dóberman, el shar pei, el pastor alemán y el husky siberiano.

Se trata de un mundo tentador, por su novedad, para los humanos y sus perros, vinculados por fuerzas inimaginables desde el principio de su relación.

Y más tarde, en octubre de 2019, acudí a Discover Dogs, en el centro de exposiciones ExCeL de los Docklands de Londres, una experiencia bastante inimaginable también cuando nuestra relación con los perros echó a andar. Se trata del mayor evento canino de Londres, y se parece a una aplicación de citas rápidas en la que treinta y cinco mil personas bucean en busca de la pareja perfecta. Se exponen casi doscientas razas diferentes, cada una con su dueño, en su propia caseta, y tanto perros como dueños estarán encantados de responder a cualquier pregunta e intercambiar números de teléfono.

Al igual que en Crufts, las casetas están ordenadas alfabéticamente, de modo que razas populares como el king charles spaniel compiten por tu atención con el kooikerhondje (un pequeño spaniel holandés, sociable hasta el punto de no parar nunca de jugar, un gran perro retriever, de pelaje ligeramente plumoso, bien conocido por Enrique VIII), el jindo coreano (muy inteligente aunque un poco embaucador, lleno de energía, leal como el pegamento) y el lagotto romagnolo (un pequeño perro de aguas italiano, popular en el Renacimiento, de pelo enmarañado y un trufero excepcional). Los dueños de estos perros hacen proselitismo de sus razas y han viajado desde todo el Reino Unido y Europa para participar, pagándose los gastos ellos mismos. Me alegró ver que el perro de Canaán sigue prosperando después de aquellas primeras apariciones en las rocas, en el 500 a.C., en las regiones de Shuwaymis y Jubbah (Arabia Saudí). Me encantó que el gigantesco kuvasz húngaro y el pequeño pumi húngaro fueran tan populares tras tantos años en el desierto de las razas raras, y que el perro de montaña de Entlebuch, el perro de la sierra de la Estrella, el perro de montaña de Baviera y el perro de montaña de los Pirineos no solo hubieran bajado de sus respectivas cumbres y parecieran estar perfectamente adaptados a los más densos efluvios de los Docklands londinenses, sino que también parecieran ser los mejores amigos cuando se encontraban.

Había un ambiente encantador en este vasto almacén, un festival de amor sin tapujos en el que uno se ve envuelto por una interminable ronda de suspiros adultos e infantiles. La visita culminó en Cuddle Corner, una zona color caramelo donde los visitantes se reclinaban en pufs y para que los lamieran cachorros tan emocionados como ellos. De no haberse celebrado en un interior, el cielo habría sido, seguro, todo de arco iris.

Unos días antes de mi visita, hablé con Caz Brixton, una reputada criadora del perro de raza más popular del Reino Unido, el bulldog francés. Me hizo una advertencia, el mismo consejo que me dieron otros criadores con los que había hablado ese año: «Ten mucho cuidado al comprar un perro nuevo, porque ahí fuera hay un campo de minas».

Brixton vive en una casa parroquial de Newlyn, cerca de Penzance, en Cornualles, con su pareja y cinco bulldogs franceses (o «frenchies», como les gusta llamarlos a los aficionados a los perros). «Beau es el de la izquierda, el del hocico gris —me cuenta mientras examino una fotografía en la que casi se diría que jadea sobre la alfombra de rayas del suelo de su despacho —. Es la madre de Jasmine, la que tiene la lengua fuera, la cachorra de su segunda camada. Y el del fondo es Diesel, su semental, cuyos servicios estoy todavía esperando utilizar». Le dije que,

por la actitud que mostraba, Diesel parecía listo para entrar en acción. «Sí —respondió—. Y, por último, esa de ahí es Bella, que ya está fuera de juego, la pobre, y ese, Hugo, que fue el que empezó todo, hace unos cinco años».

«Después de la muerte de mi padre, me quedé bastante hundida —me confesó Brixton—. Mi pareja es adiestrador y uno de sus alumnos tenía un bulldog francés. Un sábado por la mañana conocí al perro y volví a sentirme bien, mis males se curaron». Brixton, con cuarenta años por aquel entonces, no había vivido con un perro desde que era niña, pero se propuso encontrar un «frenchie» y contactó con un criador local. Pero no se atrevió a dar el paso, porque había leído en internet que la raza tiene muchos problemas de salud, de modo que esperó casi un año hasta que encontró un perro que le gustó, Hugo, que vivía en Canterbury. Cuando Hugo dio muestras de sentirse agobiado por la soledad y se volvió excesivamente pegajoso, Brixton decidió buscarle un compañero, pero de nuevo tuvo problemas para dar con uno que le gustara. Esta vez tuvo que conducir diez horas hasta las Midlands, y le sorprendió lo que encontró allí.

«En cuanto llegué, me di cuenta de que en aquella casa no había perros, y la madre y el padre tampoco estaban allí, al contrario de lo que me había prometido el criador. Entonces me mostró al cachorro, que tenía las orejas tapadas con cinta adhesiva para fortalecerlas. Se convirtió en una operación de rescate; no podía dejarla allí, así que pagué por ella y me largué de allí». Beau le costó cuatro mil libras.

Los orígenes del bulldog francés se remontan a los fenicios, pero la raza moderna, popularizada en el siglo XIX, es un cruce entre un bulldog inglés toy y un perro callejero francés con habilidad para el rastreo. Estos perros se empleaban habitualmente como cebo para osos, pero enseguida se aceptaron como perros falderos, posición que conservan a día de hoy. Están muy solicitados, y quien desee hacerse con uno puede llegar a desembolsar más de dos mil libras esterlinas.[5] Caz Brixton los describe como «extravagantes, un poco como niños pequeños, te dan mucho». En la descripción oficial del Kennel Club se destaca su constitución musculosa y pesada, su pelaje liso y sus enormes orejas de murciélago; a menudo parecen captar señales de otro universo.

En Newlyn, Caz Brixton dirige su propia asesoría, que ayuda a colegios y otras instituciones a cumplir los requisitos legales en lo que concierne a la protección de menores. Como es autónoma, le resulta más o menos fácil reducir su jornada de trabajo cuando tiene que cuidar cachorros para entregarlos a sus nuevos dueños. Es meticulosa a la hora de seleccionar a los posibles nuevos propietarios y les envía una carta detallada en la que les explica lo que cada parte debe esperar de la otra. «Los cachorros están adiestrados para que vayan solos a su caseta (por si desean habilitarles una) —dice en la carta—. Conocen las palabras clave y responden a ellas, conocen su nombre y acuden cuando se los llama por él, están socializados y se alimentan de forma independiente; me enorgullezco de los cachorros que les ofrezco». Los complementos de la compra incluyen información detallada sobre la raza, un certificado de implantación de microchip, la primera vacunación y el registro en el Kennel Club, un juguete chirriante, toallitas antisépticas para los oídos del perro y enjuague antiséptico para las manos del dueño, bolsas para la caca y un dispensador, y un forro polar con el olor de su caseta para que el cachorro recuerde a su madre y la transición sea más llevadera, entre otras muchas cosas. Cuando hablamos, Brixton se estaba preparando para entregar la tercera camada de sus perros, nueve cachorros ya asignados, con sus futuros dueños en lista de espera. Pero no todos los bulldogs franceses son iguales, ni despiertan el mismo entusiasmo entre los posibles dueños. «La gente prefiere

cachorros de tonos azulados —explicó Brixton— frente a los de pelaje atigrado o leonado». Esto le ha creado un problema, ya que su ansioso semental, Diesel, no es portador de ese gen, y se ha visto obligada a contratar a otro semental para que se aparee con Jasmine con la esperanza de conseguir «azul, azul leonado, azul fuego o azul marta con puntos leonados». En su carta a los dueños se les asegura que «Jasmine tiene un ADN increíblemente sano […] también se le han hecho pruebas de salud y ¡su respiración es perfecta!».

Gran parte de las perspectivas de futuro de un perro (su salud, su sociabilidad con otros canes, su éxito como mascota familiar) dependen, en gran medida, de las diez primeras semanas de vida, y el coste de los cuidados durante este periodo es considerable, ya que oscila entre dos mil doscientas y dos mil seiscientas libras por cachorro. Brixton dice que bajará el precio lo que haga falta si ve que un cachorro encaja perfectamente en una familia y si el nuevo propietario no tiene la intención de utilizarlo para tener más crías y sacarle rédito. Por desgracia, con demasiada frecuencia ha visto cómo el perro se convertía en una mercancía. «Todavía estoy aprendiendo mucho sobre los bulldogs franceses y ahora no me fío de nadie —me explicó—. Hace poco le vendí uno a una persona que me dijo que era el amor de su vida y todo eso, y lo siguiente que supe es que lo habían vendido en Estados Unidos».

En Discover Dogs no se puede comprar un perro, pero sí casi cualquier otra cosa. En la zona comercial hay muchos productos solo para humanos (chaquetas y gorros para pasear perros, un enorme puesto de golosinas) y muchos productos solo para perros (juguetes, muchos tipos de comida, abrigos de peluche de secado rápido…). Pero, además, como pasa en Crufts, hay puestos en los que cada vez es más difícil determinar si los artículos son para humanos o para perros, como el Dog Bowl Deli, que vende comida con forma de tartas y pasteles de cumpleaños, con muchos pisos, y Different Dog Recipes, donde las muestras de fricasé de pavo y estofado de cordero (este último aderezado con semillas de chía, algas, cúrcuma, plátano, aceite de salmón y vitaminas A y D, zinc, hierro, manganeso y cobre) las cocina en su wok una mujer con delantal que parece estar encantada con su trabajo. Y a la salida un humano puede apuntarse al yoga canino, también conocido como «doga», en el que una clase normal se transforma en un hermoso aunque anárquico batiburrillo de sabuesos de todas las edades y credos que pasean alrededor de tu esterilla mientras tú te estiras hacia el suelo y alcanzas la iluminación.



Hoy en día no es solo un puesto de estofados de cordero, sino uno de estofados de cordero con lombarda, chirivía y manzana. Imagen del autor del libro.

Cuando llegué a casa volví a preguntarme acerca del porqué de los perros y de su relación con nosotros. En Discover Dogs había estado paseando entre los dogos de Burdeos, los perros esquimales canadienses y los perros cazadores de alces noruegos, y ya no me parecía tan necesario determinar si los humanos existimos para hacer feliz al perro o viceversa. Simplemente, convivimos con ellos y nos las arreglamos bien, sin que nos hayan afectado (al menos por ahora) el fantasma de la clonación y las prácticas de cría degradantes; impresionados, aunque no obnubilados, por cosas como la ropa que los mantendría secos y las dietas que los mantendrían en forma. Qué más daba, al fin y al cabo; ahí había, y de sobra, todo cuanto los perros necesitan: una gran cantidad de gente dándoles amor.

Pero después del espectáculo quise volver a un lugar donde los perros vagaran en libertad y rara vez pudieran toparse con semillas de chía, y donde los únicos abrigos de piel fueran los suyos propios. Siempre me había gustado una observación muy citada del novelista Milan Kundera: «Sentarse con un perro en la ladera de una colina, en una tarde espléndida, es volver al Edén, donde no hacer nada no era aburrido, sino, simplemente, paz». Así que salí a pasear por Hampstead Heath con Ludo y me deleité con el placer que experimentaba correteando entre los olores de todos los demás perros que habían caminado antes por esos campos. Saludé a otros dueños de perros e intercambiamos información sobre razas, alergias y el tiempo. Tratándose de nuestros perros, todos íbamos por ahí con libros repletos de grandes historias. Personas que rara vez me saludarían si caminase solo se relajaban conmigo de inmediato y conversaban con soltura; me veían más de fiar, menos amenazador, más dócil, con un perro. Volví a darme cuenta de que tener un perro no solo nos une a un ser, sino a un mundo más amplio, un mundo de responsabilidad y sociabilidad, una comunidad con un propósito.

Un poco más adelante, durante mi paseo con Ludo, atravesamos el lugar donde trece años antes nos despedimos, entre lágrimas, del anterior labrador de la familia. Esparcimos las cenizas de Chewy en un charco; adoraba los charcos, cuanto más embarrados mejor. Odiaba que lo

lavaran después con una manguera, pero nunca relacionó el hecho de ensuciarse con el chorro de agua que inevitablemente venía después; vivía el momento, lo disfrutaba con sumo placer. Y ahora Ludo también vivía una aventura maravillosa, mientras olisqueaba todos los árboles y levantaba la pata en la mayoría de ellos. Un perro hace que el tiempo corra más despacio. Recordé un poema que Siegfried Sassoon escribió durante la guerra; no uno de temática bélica, sino unos versos publicados en *Country Life*, en 1941, sobre los paseos que daba con su dandie dinmont terrier de pelo crespo, Sheltie, un regalo de su amiga Rosamond Lehman, una pausa para respirar en medio del conflicto.

¿Quién es este… a solas con la piedra y con el cielo?
Solo yo… solo yo y mi viejo perro.
Solo él… solo yo, a solas con la piedra,
a solas con el árbol y la hierba.

¿Qué compartimos siempre… los dos juntos?
La estación, sus olores, sus asuntos.
¿Qué nos convierte en algo más que polvo?
La confianza mutua, la confianza solo.

Eso que hace la vida más decente;
la vida de los perros, de la gente;
eso que así lo hará, cada vez más, hasta que mueran
el último ejemplar de perro y de hombre aquí en la tierra.

Lo que era cierto en 1941 sigue siéndolo en nuestra turbulenta época; el vínculo entre nosotros y nuestros perros puede ser una de las pocas cosas decentes que aportamos a este mundo. Nuestra relación se basa en la confianza, no hay falsedad alguna en nuestro amor. Por eso estamos aquí para ellos, y ellos lo están para nosotros.

Mientras caminábamos, me di cuenta de que a Ludo no le importa mucho de dónde proviene ni su análisis genómico, de que pasa muy poco tiempo ocupado en descubrir cuál de sus lejanos parientes podría ganar un día el *Best in Show*. Lo que mejor sabe hacer es ser lo que era hace diez milenios, a pesar de todo lo que su especie ha padecido, a pesar de todo lo que hemos hecho para que se parezca más y más a nosotros. Es el mejor perro de la tierra. Se emociona mucho cuando llega la hora de comer —ante cualquier perspectiva de comer, para ser más preciso—, suele venir corriendo cuando lo llamo y es inmensamente feliz, como lo soy yo, cuando estamos juntos.



Imagen del autor del libro.

AGRADECIMIENTOS

Una de las cosas más gratificantes de escribir este libro ha sido el enorme entusiasmo con el que los dueños de perros han compartido sus historias. Les estoy agradecido a todos ellos, pero algunos merecen una mención especial.

La idea de este libro surgió en un intercambio de correos electrónicos con mi editora, Jenny Lord; sabedora desde hacía mucho tiempo del amor que profeso a los perros, no dudó en decirme que ya era hora de que me animara a escribir sobre ellos. Su criterio editorial y sus consejos han sido inmensamente valiosos, pero lo que más le agradezco es que se las haya arreglado para hacer de la escritura de este libro una experiencia grata, divertida incluso. Ha sido un placer trabajar con sus colegas de Weidenfeld, y me gustaría dar las gracias a todos los que han contribuido a la obra, en particular a Ellie Freedman, Sarah Fortune, Cathy Dunn, Steve Marking, Hannah Cox, Susan Howe y Paul Stark.

Seán Costello lo corrigió con su precisión y delicadeza habituales, y no es casualidad que recurra siempre a él cada vez que termino el manuscrito de un nuevo libro.

Mi agente, Rosemary Scoular, de United Agents, y su ayudante, Natalia Lucas, han sido tan comprensivas e ingeniosas como siempre.

El talento trufero del personal de la Biblioteca de Londres no tiene límites. Doy fe.

Estoy encantado, asimismo, de trabajar con mi nuevo editor estadounidense, Nick Amphlett, y con todo el personal de William Morrow, además de con mis viejos amigos italianos de Ponte alla Grazie.

Andrew Bud leyó el manuscrito con su habitual y entusiasta rigor gramatical a la hora de detectar oraciones díscolas.

La floreciente Daunt Books me ha proporcionado consuelo familiar, sobre todo mi sucursal local, gestionada por Mary y su equipo en South End Green. Si trabajara en otro sitio que no fuera mi escritorio, me gustaría que fuese allí.

Gracias a Ben y Jake Garfield, Charlie y Jack Drew, Inês Afonso, Izzy O'Bryen, Bobbye Fermie y Morgan Smith por abastecerme de historias de perros y estúpidos chistes de mascotas en tal cantidad que podría llenarse con ellos el hipódromo de Golders Green. Más, por favor.

Lisa, Steve, Louis y Noah Gershon siempre han apoyado mi trabajo y le han dado a Ludo el mejor segundo hogar que pudiera desear.

No olvido tampoco a todos aquellos que compartieron conmigo sus impresiones sobre este libro en particular y sobre los perros en general: Daniel Pick, Mark Ellingham, Don Guttenplan, Ralph y Patricia Kanter, Diane Samuels, Tessa Shaw e Ink@84, Stephen Grosz, Plum Fraiser, Georgie Ferraro, Suzanne Hodgart, Dominik Vogel, Caroline Gotsche, Stephen Panke, Ceridwen Roberts, Catherine Kanter, Hal y Georgia Kanter Condou, Abby Hollick, Dan, Oscar, Lenny y Joseph Benoliel.

Y, por último, gracias a mi esposa, Justine Kanter, que comprende de verdad lo valiosos que

son los perros y lo valioso que es el amor.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Adoramos a los perros y por eso escribimos sobre ellos. Valoramos su papel en nuestras vidas y el que han desempeñado en la historia de la humanidad, y por eso escribimos sobre ellos. Deberíamos estar agradecidos de que no se hayan puesto a escribir sobre nosotros.

La selección de «lecturas complementarias» que sigue a continuación es la más pertinente, a mi juicio, y, espero, la más gratificante. Aquí encontrarás todo tipo de entretenimientos caninos; lo mejor que podrías hacer es considerar estos libros algo así como grandes paseos con perros de todas las razas. Como yo también tengo un perro al que pasear, no he incluido todas las revistas académicas consultadas; se puede acceder a la mayoría a través de JSTOR (<www.jstor.org>), donde, si introduces la búsqueda más sencilla —«perros»—, te verás recompensado con 247.817 artículos y extractos de libros (esto a principios de abril de 2020).

Ackerley, J. R., *My Dog Tulip*, Londres, Secker & Warburg, 1956. [Hay trad. cast.: *Mi perra Tulip*, trad. de Adriana Astutti, Barcelona, Anagrama, 2011].

Ash, Edward C., *Dogs: Their History and Development*, Londres, E. Benn, 1927.

Bailey, Paul, *A Dog's Life*, Londres, Hamish Hamilton, 2003.

Baker, Steve, *Picturing the Beast: Animals, Identity and Representation*, Manchester, Manchester University Press, 1993.

Berns, Gregory, *How Dogs Love Us*, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2013.

Bicknell, Ethel E., ed., *Praise of the Dog: An Anthology*, Londres, Grant Richards, 1902.

Big New Yorker Book of Dogs, The, Nueva York, Cornerstone, 2012.

Bondeson, Jan, *Amazing Dogs: A Cabinet of Canine Curiosities*, Gloucestershire, Amberley, 2011.

Borjesson, Gary, *Willing Dogs & Reluctant Masters*, Filadelfia, Paul Dry Books, 2012.

Bradford, Arthur, *Dogwalker*, Nueva York, Knopf, 2001.

Bradshaw, John, *In Defence of Dogs*, Londres, Penguin, 2012.

Budiansky, Stephen, *The Truth About Dogs*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2001. [Hay trad. cast.: *La verdad sobre los perros*, trad. de Víctor Pozanco, Barcelona, Planeta, 2002].

Caius, John, *Of Englishe Dogges, the Diversities, the Names, the Natures, and the Properties: A Short Treatise Written in Latine*, Londres, A. Bradley, 1880.

Campbell, Clare, *Bonzo's War*, Londres, Constable & Robinson, 2014.

Caras, Roger, *A Celebration of Dogs*, Nueva York, Time Books, 1992.

Carr, Neil, *Domestic Animals and Leisure*, Houndmills (Hampshire), Palgrave Macmillan, 2015.

Chance, Michael, *Our Princesses and Their Dogs*, Londres, John Murray, 1936.

Coppinger, Raymond y Mark Feinstein, *How Dogs Work*, Chicago, The University of Chicago Press, 2015.

Coren, Stanley, *How to Speak Dog: Mastering the Art of Dog-Human Communication*, Nueva

York, Simon & Schuster, 2001.
—, *The Pawprints of History: Dogs and the Course of Human Events*, Nueva York, Free Press, 2002.
Dalziel, Hugh, *British Dogs*, Londres, Gill, 1888.
Dean, Emily, *Everybody Died, So I Got a Dog*, Londres, Hodder & Stoughton, 2019.
Derr, Mark, *Dog's Best Friend: Annals of the Dog-Human*, Nueva York, Henry Holt, 1997.
Dodd, Lynley, *Hairy Maclary from Donaldson's Dairy*, Londres, Puffin, 2002.
Don, Monty, *Nigel: My Family and Other Dogs*, Londres, Two Roads, 2016.
Dubbs, Chris, *Space Dogs: Pioneers of Space Travel*, Nueva York, Writer's Showcase, 2003.
Eastman, P. D., *Go, Dog. Go!*, Londres, Random House, 1961. [Hay trad. cast.: *Ve, perro. ¡Ve!*, Barcelona, Random House para Niños, 2003].
Fogle, Ben, *Labrador: The Story of the World's Favourite Dog*, Londres, William Collins, 2015.
Fogle, Bruce, *The Dog's Mind*, Londres, Pelham Books, 1990.
Garber, Marjorie, *Dog Love*, Londres, Hamish Hamilton, 1997.
Grandin, Temple y Catherine Johnson, *Animals Make Us Human*, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2009.
—, *Animals in Translation*, Londres, Bloomsbury, 2005. [Hay trad. cast.: *Interpretar a los animales*, trad. de Ángela Pérez, Barcelona, RBA, 2005].
Gray, Beryl, *The Dog in the Dickensian Imagination*, Farnham, Ashgate, 2014.
Green, Susie, *Dogs in Art*, Londres, Reaktion Books, 2019.
Grenier, Roger, *The Difficulty of Being a Dog*, Chicago, University of Chicago Press, 2000. [Hay trad. cast.: *La dificultad de ser perro*, trad. de Juana Bignozzi, Barcelona, Alba, 2001].
Grossman, Lloyd, *The Dog's Tale: A History of Man's Best Friend*, Londres, BBC Books, 1993.
Haddon, Celia, *Faithful to the End*, Nueva York, St Martin's Press, 1991.
Hall, Bernard J. y V. Foss, *Treasures of the Kennel Club*, Londres, Kennel Club, 2000.
Hausman, Gerald y Loretta, *The Mythology of Dogs*, Nueva York, St Martin's Press, 1997.
Hawtree, Christopher, *The Literary Companion to Dogs*, Londres, Sinclair-Stevenson, 1993.
Homans, John, *What's a Dog For?*, Londres, Penguin, 2012.
Horowitz, Alexandra, *Inside of a Dog: What Dogs See, Smell and Know*, Nueva York, Scribner, 2012. [Hay trad. cast.: *En la mente de un perro*, trad. de Roc Filella, Barcelona, RBA, 2011].
—, *Our Dogs, Ourselves*, Londres, Simon & Schuster UK, 2019. [Hay trad. cast.: *Mi perro y yo: La historia de un vínculo singular*, trad. de Roc Filella, Barcelona, RBA, 2019].
Hughes, Jimmy Quentin, *Who Cares Who Wins*, Liverpool, Charico Press, 1998.
Jackson, Frank, *Faithful Friends: Dogs in Life and Literature*, Londres, Robinson, 1997.
Jenkins, Garry, *A Home of their Own: The Heartwarming 150-year History of Battersea Dogs & Cats Home*, Londres, Bantam Press, 2010.
Jesse, Edward, *Anecdotes of Dogs*, Londres, R. Bentley, 1846.
Junor, Penny, *All The Queen's Corgis*, Londres, Hodder & Stoughton, 2018.
Kean, Hilda, *The Great Cat and Dog Massacre*, Chicago, University of Chicago Press, 2018.
Kennel Club's Illustrated Breed Standards, 4th edn, Londres, Ebury Press, 2011.
Lane, Charles Henry, *All About Dogs: A Book for Doggy People*, Londres y Nueva York, J. Lane, 1900.
Laybourn, Keith, *Going to the Dogs: A History of Greyhound Racing in Britain, 1926-2017*, Manchester, Manchester University Press, 2019.
Lemish, Michael G., *War Dogs: Canines in Combat*, Washington D. C., Brassey's, 1996.

London, Jack, *The Call of the Wild*, Nueva York, Bantam, 1963. [Hay trad. cast.: *La llamada de lo salvaje*, trad. Héctor Arnau, Madrid, Nórdica, 2016.
Lorenz, Konrad, *Man Meets Dog*, Londres, Methuen, 1954. [Hay trad. cast.: *Cuando el hombre encontró al perro*, trad. de Ramón Ibero, Barcelona, Tusquets, 2019].
Lucas, E. V., *If Dogs Could Write*, Londres, Methuen, 1929.
Masson, Jeffrey M., *Dogs Never Lie About Love*, Londres, Cape, 1997.
McConnell, Patricia B., *For the Love of a Dog*, Nueva York, Ballantine, 2005.
Menzies, Lucy, *The First Friend: An Anthology of the Friendship of Man and Dog Compiled from the Literature of All Ages 1400 B.C.-1921 A.D.*, Londres, Allen & Unwin, 1922.
Merwin, Henry Childs, *Dogs and Men*, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1910.
Miklósi, Ádám, *The Dog: A Natural History*, Brighton, Ivy Press, 2018.
Morey, Darcy, *Dogs: Domestication and Development of a Social Bond*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
Pemberton, Neil y Michael Worboys, *Mad Dogs and Englishmen: Rabies in Britain, 1830-2000*, Houndmills (Hampshire), Palgrave Macmillan, 2007.
Pierce, Jessica, *The Last Walk: Reflections on Our Pets at the End of Their Lives*, Chicago, University of Chicago Press, 2012.
Ritvo, Harriet, *The Animal Estate: The English and Other Creatures in the Victorian Age*, Cambridge, Harvard University Press, 1987.
Rogers, Katharine M., *First Friend: A History of Dogs and Humans*, Nueva York, St Martin's Press, 2005.
Rosenblum, Robert, *The Dog in Art from Rococo to Post-modernism*, Nueva York, Abrams, 1988.
Sackville-West, Vita, *Faces: Profiles of Dogs*, Londres Daunt Books, 2019.
Schaffer, Michael, *One Nation Under Dog*, Nueva York, Henry Holt, 2009.
Sheldrake, Rupert, *Dogs That Know When Their Owners Are Coming Home*, Londres, Hutchinson, 1999.
Simon, Joan, *William Wegman: Funney-Strange*, New Haven, Yale University Press, 2006.
Skabelund, Aaron Herald, *Empire of Dogs: Canines, Japan, and the Making of the Modern Imperial World*, Ithaca (Nueva York) y Londres, Cornell University Press, 2011.
Smith, Arthur Croxton, *Dogs since 1900*, Londres, A. Dakers, 1950.
Sorenson, John y Atsuko Matsuoka, eds., *Dog's Best Friend? Rethinking Canid-Human Relations*, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press, 2019.
Spicer, Kate, *Lost Dog*, Londres, Ebury Press, 2019.
Thomas, Elizabeth Marshall, *The Hidden Life of Dogs*, Boston, Houghton Mifflin, 1993.
Thompson, Laura, *The Dogs: A Personal History of Greyhound Racing*, Londres, High Stakes, 2003.
Thurston, Mary Elizabeth, *The Lost History of the Canine Race: Our 15,000 year Love-Affair with Dogs*, Kansas City, Andrews and McMeel, 1996.
Townshend, Emma, *Darwin's Dogs*, Londres, Frances Lincoln, 2009.
Trew, Cecil G., *The Story of the Dog and his Uses to Mankind*, Londres, Methuen & Co., 1940.
Turkina, Olesya, *Soviet Space Dogs*, Londres, Murray and Sorrell Fuel, 2014.
Wang, Xiaoming y Richard H. Tedford, *Dogs: Their Fossil Relatives and Evolutionary History*, Nueva York, Columbia University Press, 2008.
Watson, James, *The Dog Book*, Londres, W. Heinemann, 1906.

Woolf, Virginia, *Flush: A Biography*, Londres, Hogarth Press, 1933. [Hay trad. cast.: *Flush, biografía de un perro*, trad. de Rafael Vázquez Zamora, Barcelona, Lumen, 2019].
Worboys, Michael, Julie-Marie Strange y Neil Pemberton, *The Invention of the Modern Dog: Breed and Blood in Victorian Britain*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2018.
Youatt, William, *The Dog*, Londres, Charles Knight and Co., 1845.

NOTAS

INTRODUCCIÓN: LA «PERRITUD» DE LOS PERROS

[1] La raza labrador se conoce en inglés como «retriever». Un *retriever*, por otro lado, es cualquier perro que sirve para cobrar las piezas de caza. *(N. del T.)*
[2] Si estás pensando en tener tu primer perro y consideras que ochocientas libras es un desembolso demasiado grande, entonces todo lo que puedo decir sobre lo que se te viene encima —veterinarios, comida, cuidadores, accesorios (tanto esenciales como superfluos)— es: ja, ja, ja.
[3] «Ladrido». *(N. del T.)*
[4] «Picapleitos». *(N. del T.)*
[5] «Pulgosos». *(N. del T.)*
[6] Puede que lo de ir al cine con el perro no sea tan novedoso, al fin y al cabo. He aquí un chiste de los años noventa: «La última vez que fui al cine había allí una mujer con su perro. El perro se estuvo riendo durante toda la película, pero, cuando el héroe murió, al final, se puso a llorar. Me acerqué después a la mujer y le dije que su perro era extraordinario, y que nunca había visto a un perro disfrutar tanto de una película. "Estoy tan asombrada como usted —me respondió—, porque el libro no le gustó nada de nada"».

1. LA IMAGEN INDELEBLE

[1] Juego de palabras que alude a la National Portrait Gallery, el famoso museo londinense donde se exponen retratos. *Pawtrait*, sin guion, es como se suele llamar a los retratos de perros. *(N. del T.)*
[2] Hubo un par de perros que mostraron tener un talento natural, pero, en mi opinión, a la mayoría de ellos les quedaba mucho camino por recorrer. Algunas de sus obras carecían incluso de los fundamentos artísticos más básicos y, para ser del todo sincero, muchas parecían inacabadas. A los pintores humanos les cuesta bastante, por lo general, separarse de sus lienzos y darlos por terminados, pero a estos pintores caninos no parecía importarles mucho con tal de obtener sus recompensas de comida cuanto antes.
[3] En un mitin celebrado en El Paso, en febrero de 2019, Trump elogió a los pastores alemanes que detectan las drogas en la frontera con México, pero dijo que, si él tuviera un perro, sería un «hipócrita». En sus memorias, su primera esposa, Ivana, contó que su caniche, Chappy, le «ladraba para marcar el territorio» cada vez que se le acercaba. Sus predecesores en el cargo mantenían otra relación con sus mascotas. Los dos perros de agua portugueses adoptados por los Obama, Sunny y Bo, eran un alivio habitual para el estrés, y estaban tan solicitados para las fotos que hasta tenían su propio horario oficial en la Casa Blanca. Las memorias de Millie, de Barbara Bush, escritas por la propia Millie (claro está), superaron en ventas a las de su dueña y de su marido. El uso que hace Trump de la palabra «perro» es sistemáticamente despectivo. Su ex asesor jefe, Stephen K. Bannon, fue «abandonado como un perro por casi todo el mundo», mientras que el excandidato presidencial, Mitt Romney, «se ahogó como un perro» durante su campaña. Solía señalar cómo sus enemigos habían sido «defenestrados como perros», sea lo que sea lo que eso signifique. Y cuando, a finales de octubre de 2019, anunció triunfalmente la muerte del líder del Estado Islámico, Abu Bakr al-Baghdadi, se jactó de que «había muerto como un perro». Estaba más que orgulloso del papel que un perro llamado Conan había desempeñado en esa muerte; al parecer había perseguido a Al-Baghdadi por un túnel mientras detonaba un chaleco suicida. El presidente llamó a Conan, un pastor belga malinois, «un perro precioso, un perro con talento».
[4] ¡Menuda estrella! Al menos hasta 2006, cuando un antiguo miembro del SAS insinuó que los logros de Rob se habían exagerado enormemente y que tal vez ni siquiera llegó a saltar, que todo obedecía a una artimaña ideada por el cuidador adoptivo de Rob en las fuerzas aéreas, que quería evitar a toda costa que volviera con su verdadero

dueño.
[5] Existe también una inspirada parodia del cuadro, realizada por el artista alemán Michael Sowa: la imagen de un teatro con un gramófono gigante colocado en el centro del escenario y un público formado íntegramente por perros, casi todos clones de Nipper, aunque también se han colado un carlino y un par de excepciones más. El público está embelesado, atento a cada nota.

2. CÓMO EMPEZARON LOS PERROS A SER PERROS

[1] Antes de estos hallazgos, la primera representación del perro de caza domesticado con la que contábamos era la que aparecía en una cerámica iraní fechada casi dos mil años más tarde, cuando los humanos empezaron a sustituir la caza y la recolección por el pastoreo. La cueva de Chauvet, en el sur de Francia, contiene un conjunto de huellas impresas en una franja de arcilla de unos cuarenta y cinco metros que, según la interpretación general, corresponden a un niño que caminó junto a un lobo semidomesticado hace entre veintiséis mil y veintiocho mil años.
[2] Sin embargo, Shaler estaba más cerca de dar en el clavo en lo que concierne a otra cuestión. Al centrarse en el lugar que ocupan actualmente los perros en la sociedad, en vez de en el problema de la domesticación temprana, llegó a la siguiente conclusión en 1895: «Las características mentales de nuestros muy domesticados perros son singularmente parecidas a las de sus amos; la semejanza llega hasta el punto de que la mascota doméstica parece haber adquirido algo del carácter de las personas con las que cohabita».
[3] No es casualidad, seguramente, que el grupo ultraderechista alemán Lobos Grises haya escogido el nombre de un animal tan poco domesticado y su imagen, gruñendo y mostrando los colmillos, como su perturbador emblema.
[4] Entre las interpretaciones míticas de este hecho, destaca el relato del pueblo beng, de Costa de Marfil. Poco después de la creación del mundo, todos los animales convivían en paz en un mismo territorio. Pero un día Perro encontró un huevo raro y valioso, lo recogió sin que nadie se diera cuenta y lo escondió detrás de la Puerta de la Luna Creciente, el lugar donde debían depositarse, según la tradición, los objetos rituales. El huevo eclosionó y de él surgieron un hombre y una mujer, y el hombre no tardó en fabricarse un arma y en cazar otros animales para conseguir carne. Una hiena, temerosa de perder la vida, urdió un plan secreto junto con las otras criaturas: debían destruir la Puerta de la Luna Creciente y todo lo que hubiera en su interior. Pero Perro oyó a Hiena y se lo contó al hombre y a la mujer, y así, cuando los animales lanzaron su ofensiva, el hombre lo estaba esperando con su arma. Por eso, a partir de ese día, los animales salvajes se dispersaron, pero Perro, el hombre y la mujer se aliaron para hacer frente a un mundo lleno de desafíos.

3. FIDO PIENSA: «QUIZÁ ESTA VEZ»

[1] Referencia al poeta prerrafaelita Algernon Charles Swinburne. *(N. del T.)*
[2] En 2018, según los datos regionales, en el noroeste del Reino Unido había alrededor de 1.053.000 perros, en las West Midlands 803.000, en Gales 647.000, en Escocia 653.000 y en la región de Londres en torno a 223.000. En la ciudad de Londres había 1,2 perros por hogar, en el noroeste 1,3 y en Irlanda del Norte 1,4. Aproximadamente un tercio de ellos son de raza. (Las cifras proceden de la Asociación de Fabricantes de Alimentos para Animales de Compañía y se basan en promedios correspondientes a los tres últimos años; las del Dispensario Popular para Animales Enfermos son similares). ¿Qué porcentaje suponen los perros en comparación con, por ejemplo, los peces y los lagartos? Pues uno bastante alto. En 2018 el 49 por ciento de los adultos del Reino Unido tenían una mascota de algún tipo, de las cuales los perros eran el 26 por ciento y los gatos, el 18 por ciento. Los peces de acuario, por su parte, ascendían al 8 por ciento, los de exterior al 4 por ciento, los conejos al 2 por ciento y los hámsteres y las cobayas al 1 por ciento cada uno. En la gran mayoría de los hogares también había ratones, aunque sus moradores no siempre lo sabían.
[3] «Apestoso». *(N. del T.)*
[4] «Garboso» y «Bruma», respectivamente. *(N. del T.)*
[5] *Cutlet* es «chuleta». *(N. del T.)*
[6] «El que iba como una bala» o, también, «como una exhalación». *(N. del T.)*
[7] Otro juego de mesa. *(N. del T.)*
[8] «Sauce», «Brisa otoñal» y «Pelo de escoba», respectivamente. *(N. del T.)*
[9] Todo esto para decir que Ludo es mucho más regio de lo que a veces le gustaría parecernos. Cuando, en las

páginas siguientes, yo, su dueño, ensalce las ventajas de tener un chucho o el valor de acoger en casa a un perro procedente de un refugio, espero no resultar hipócrita; mi intención es simplemente presentar a los lectores opciones más amplias y esperanzadoras.
[10] *Biggie Smalls*: juego de palabras basado en la antítesis de *Big* (grande) y *Small* (pequeño). *(N. del T.)*
[11] A los lectores de *The Far Side*, de Gary Larson, les resultará familiar la idea de que los perros desean que los humanos reconozcan su personalidad. Una de las viñetas incluidas en el libro se titula «Los nombres que damos a los perros» y está dividida en dos secciones. En la parte superior, un hombre le dice a otro: «Este es Rex, nuestro nuevo perro». En el panel inferior, tres perros afirman llamarse, respectivamente, Vexorg, Zornorph y Princesa Sheewana. El nombre completo de Sheewana es Barker of Great Annoyance and Daughter of Queen La, Stainer of Persian Rugs [«Vocera del Gran Incordio e Hija de la Reina La, la Tintorera de Alfombras Persas». *(N. del T.)*].
[12] «Mancha», «peca». *(N. del T.)*
[13] El dorgi es el producto (muy popular en la familia real desde los años sesenta) del cruce inesperado del corgi de la reina, Tiny, con el perro salchicha de la princesa Margarita, Pipkin. Desde entonces, la familia ha visto nacer muchos dorgis que han respondido a los nombres de Tinker, Pickles, Chipper, Piper, Harris, Brandy, Berry, Cider, Candy y Vulcan. El dorgi, que apareció muchos años antes de que lo hiciera el labradoodle, se puede considerar el primer «perro de diseño» legítimo. Es poco probable que esta expresión, la de «perro de diseño», se usara en palacio.
[14] La noticia más antigua de un perro parecido al actual corgi galés de Pembroke se remonta a principios del siglo XII, cuando unos tejedores flamencos los llevaron a Gales; otra teoría es que la raza desciende del vallhund sueco. Antes de convertirse en mascotas inteligentes, enérgicas y bastante ladradoras, eran muy buenos pastoreando el ganado. El reciente aumento de registros de corgi en el Kennel Club se atribuye a su aparición en la serie televisiva *The Crown*.
[15] «Nuestras princesas y sus perros». *(N. del T.)*
[16] «¿Martin? ¿En serio?».
[17] *Stiffy* es un modo de denominar a la erección masculina. *(N. del T.)*

4. LO QUE DARWIN NO SABÍA SOBRE LOS PERROS (Y QUE TAMPOCO VALÍA MUCHO LA PENA SABER)

[1] El beagle es, también, una raza de perro. *(N. del T.)*
[2] Eso de ver a alguien, y más a Charles Darwin, reírse de su perro no es plato de buen gusto. Sin embargo, el propio Darwin fue a buen seguro el primer científico reputado que aventuró la existencia de sentido del humor en los perros. Lo diferenció del «mero juego» en la siguiente descripción: «Si se le arroja un palo u otro objeto similar, a menudo se lo lleva durante un trecho y, después, se agacha con él en el suelo y espera a que su amo se acerque con la intención de recuperarlo. Entonces, cuando ya está lo bastante cerca, el perro lo agarra y se aleja triunfante, repitiendo la misma maniobra y disfrutando de la broma». No es como para partirse de risa, pero no está mal.
[3] El calumniado spitz procede, probablemente, del Ártico o de Siberia. A menudo vemos a este incansable trabajador de orejas puntiagudas y grueso pelaje blanco tirando de trineos o pastoreando.
[4] De *La dificultad de ser perro*, traducido del original *Les larmes d'Ulysse*.
[5] BarkingDogs.net incluye «The Barking Dogs News Hall of Heroes», una breve lista de quienes han hecho todo lo posible por silenciar a los perros ruidosos y a sus dueños. (Entre los homenajeados figuran tres funcionarios de Nahant, Massachusetts, que votaron a favor de prohibir la entrada en el recinto de la ciudad a dos golden retrievers «extremadamente molestos»). En el Reino Unido, donde los ladridos excesivos no son ilegales, a los dueños de perros que se pasan de la raya ladrando durante periodos prolongados se los puede juzgar y procesar legalmente por un delito de molestias, según la Ley de Protección Ambiental.
[6] Sin embargo, con el basenji lo que se gana por un lado se pierde por otro. Miembro de la familia de los lebreles, estos perros son conocidos por su actitud distante, un atributo que los humanos han equiparado (ya que nos movemos en el rango de las conjeturas nada extravagantes) con una autoestima demasiado alta.
[7] Este experimento se realizó con una muestra muy restringida y no es muy fiable, incluso entre los perros de raza. Si buscas un perro en una perrera o un refugio y ves que no para de ladrar, tendrás que apañártelas para saber si lo hace por pura alegría o si se trata de algo que no parará nunca.
[8] En la actualidad, el Laboratorio Jackson realiza sus experimentos con roedores. Sus trabajos con perros culminaron en 1965 con la publicación del clásico (que todavía se sigue reeditando) *Genetics and the Social*

Behavior of the Dog, de J. P. Scott y J. L. Fuller.
[9] Algunos principios básicos se han mantenido firmes a lo largo de los siglos, como los que postuló en un manual Wesley Mills, veterinario estadounidense, en 1891: «En el adiestramiento de cachorros, las primeras experiencias son de gran importancia, y todas las disposiciones de la perrera, e incluso el entorno en su totalidad, deben configurarse en relación con este principio. No se debe permitir que el cachorro adquiera hábitos que más tarde necesiten ser corregidos. Que desde el principio se lo estimule para que sea higiénico, se respete a sí mismo, desarrolle la estima y el respeto a los derechos de otros cachorros, de sus congéneres, etc.».
[10] En el perro, estos músculos y fibras incluían el *levator nasolabialis*, el *buccinator*, el *orbicularis oris* y el *caninus*. DogFACS pudo codificar sus resultados gracias al programa BORIS (Behavioural Observation Research Interactive Software).
[11] Con soft rock, o «rock suave», me refiero a Genesis y otros grupos por el estilo, aunque para los perros aquello quizá fuese, más bien, «rock progresivo». Los resultados tal vez habrían sido diferentes de haber sonado Fleetwood Mac.
[12] Quizá los investigadores no les pusieron rap a los perros por una buena razón. Este estilo, tanto por su ritmo como por sus letras, es una música con cuya crudeza un perro se identificaría enseguida; intrincado, ruidoso, elocuente, es la forma mestiza por excelencia. No ya porque lo practiquen artistas como Snoop Dogg y demás amantes de los apodos caninos (Bow Wow, Nate Dogg, Pitbull, Phife Dawg), ni por las referencias fálicas y las menciones a los perros grandes que hay en sus temas, ni mucho menos tampoco por los versículos repletos de esas horribles muletillas del tipo «old bitch» [«puta vieja», «vieja zorra», «perra» *(N. del T.)*], sino por el lugar en el que se coloca, por su actitud, por esa inquietud y por esa forma de echarlo todo fuera que lo caracteriza. Olvídate del soul; nada habla de un perro, ni les habla a los perros, tan directamente como el rap.

5. LOS PERROS CURAN

[1] En el recinto que ocupó el hospital se alza en la actualidad un Holiday Inn Express.
[2] Parece que nadie se pone de acuerdo sobre la cifra exacta; las estimaciones más altas se sitúan en seis millones en los humanos y trescientos millones en los perros.
[3] Como se apunta en la película *Dean Spanley* (2008), el órgano vomeronasal, también conocido como órgano de Jacobson, no es exclusivo de los perros. Los elefantes y los reptiles también lo tienen.
[4] «Socorro». *(N. del T.)*
[5] ¿Cómo dar con el perro ideal para estas responsabilidades? Tradicionalmente, ciertas razas —labradores, golden retrievers y cocker spaniels, entre otras— se han considerado las candidatas ideales para un adiestramiento especializado. Pero, incluso después de un curso exhaustivo y una socialización cuidadosa, se descarta a más de la mitad de los seleccionados. Es un índice de fracaso que acaba saliendo muy caro. Sin embargo, en marzo de 2017, un artículo publicado en *Nature* hablaba de un método más científico para seleccionar al perro adecuado. Más de cuarenta ejemplares procedentes de un centro de adiestramiento para la asistencia de Santa Rosa (California) fueron colocados, completamente despiertos y sin correa, en una posición similar a la de una esfinge para hacerles una resonancia magnética, y se prestó atención a varias regiones de sus cerebros —incluido el núcleo caudado, el encargado de reaccionar ante las recompensas— para comprobar su capacidad de respuesta a las órdenes tanto de sus dueños y adiestradores como de los extraños. Los investigadores descubrieron que, efectivamente, una elevada respuesta motivacional a las señales tanto de personas cualificadas como de extraños permitía predecir la idoneidad de los perros para desempeñar labores de asistencia.
[6] Lennon-McCartney, «The End», Sony/ATV Music Publishing (UK) Limited.
[7] La diabetes afecta a unos 2,6 millones de personas en el Reino Unido, de las cuales alrededor del 10 por ciento son del tipo 1, el que requiere el control diario de los niveles de insulina y se controla, la mayoría de las veces, mediante inyecciones.
[8] Al final de este libro figura una lista para contactar con organizaciones que adiestran a perros de asistencia.

6. LOS PERROS MÁS LISTOS DEL MUNDO

[1] Las «cinco libertades» es una lista de requisitos mínimos, considerados esenciales para el cuidado de los perros y otros animales, que estableció el Consejo de Bienestar de los Animales de Granja del Reino Unido en los años setenta. Son los siguientes: que no pasen hambre ni sed; que no estén a disgusto; que estén atendidos si

sufren dolor, una lesión o una enfermedad; que tengan libertad para comportarse con normalidad, y que no padezcan miedo ni angustia.
[2] Por fortuna, hemos avanzado mucho desde los métodos de adiestramiento que usaban los victorianos, cuando se hablaba sobre todo de «domar» al perro. «A diferencia de otras artes —explicaba en 1850 un popular manual escrito por el teniente coronel W. N. Hutchinson—, el adiestramiento de perros no requiere mucha experiencia». Pero la necesaria era a menudo brutal. «Algunos perros requieren un estímulo constante; a otros no se les debe pegar nunca, mientras que, para tener el ascendiente necesario sobre otros, hay que emplear de vez en cuando el látigo», decía.
[3] Un poochon es el resultado del cruce entre un bichón frisé y un minicaniche o caniche toy; es un animal con una energía desbordante, que se aburre con facilidad y que transmite una ternura casi asfixiante. La historia de los perros de diseño se tratará en el siguiente capítulo.
[4] En mayo de 2019, tras años de campaña por parte de grupos de defensa de los animales, el Gobierno británico aprobó una ley que restringe la venta de cachorros y gatitos online o en tiendas por parte de personas que no sean los criadores originales (o refugios de acogida), sino que obtengan animales de las granjas de cachorros que hay en Europa del Este y otros lugares. Su nombre, «la Ley de Lucy», se debe a una tristemente famosa cavalier king charles spaniel que soportó condiciones terribles en una granja de cachorros de Gales.
[5] Curiosamente, un breve manual escrito por Thomas Wesley Mills en 1891 y titulado *The Training of Dogs* incluía una reflexión similar: «El cachorro, durante cierto tiempo, es como un bebé, y más tarde como un niño de dos años; en el mejor de los casos, la mayoría nunca superan la inteligencia de un niño pequeño en gran parte de los aspectos. Aunque, en lo tocante a ciertas capacidades, el hombre más sabio está muy por detrás del perro».
[6] Además de Rico y Chaser, también está Betsy, otra border collie, esta vez austriaca. Su récord era de trescientas cuarenta palabras, pero también podía identificar a quince personas por su nombre.
[7] Otros ecos de Darwin: en *El origen del hombre* (1871) escribió sobre un experimento que llevó a cabo con su terrier Polly. Le preguntaba: «Hola, hola, ¿dónde está?», y ella enseguida lo tomaba «como una señal para cazar algo y, por lo general, primero miraba rápidamente a su alrededor y luego se apresuraba a la espesura más cercana y husmeaba, pero, al no encontrar nada, miraba hacia arriba, a las ramas de un árbol, a ver si localizaba alguna ardilla. Ahora bien, ¿no demuestran claramente estas acciones que tenía en su mente una idea o concepto general de que había por allí algún animal que descubrir o capturar?».
[8] En la página de Facebook de Chaser hay un conmovedor comentario escrito por una de las hijas de John Pilley: «Muchos de vosotros habéis preguntado si Chaser se dio cuenta de que mi padre había fallecido. Estuvo con él todos los días mientras le administraban los paliativos, sabía que no estaba bien. Unas horas antes de que falleciera, se plantó frente a su cama, lo miró fijamente y emitió un ladrido fuerte y agudo, sin dejar de mirarle. Nos sobresaltó a todos y nos miramos, atónitos. No fue un “despierta”, sino un “adiós”, y nos puso la piel de gallina».
[9] De *mutt*, «chucho», y «Sputnik», el nombre de la cápsula espacial. *(N. del T.)*

7. CÓMO LLEGAMOS A OBTENER A JACKSHI-TZU

[1] El oso de peluche zuchon es, a su vez, un cruce entre el bichón frisé y el shih tzu. ¿Es que no tiene fin la cosa?
[2] Juego de palabras con *to have a poo*, «hacer caca», «hacer popó». *(N. del T.)*
[3] El Kennel Club ofrece ahora una alternativa a esta oficialidad propia del Salvaje Oeste: aunque les sigue negando el certificado de pedigrí a estos nuevos perros, tienen derecho a un registro especial que les permite participar en competiciones de actividades avaladas por esta organización.
[4] «Perros tacita de té». *(N. del T.)*
[5] Los que deseen hacerse con un perro tienen muchas otras opciones. En el Reino Unido, se puede adoptar un perro en All Dogs Matter (<alldogsmatter.co.uk>), Battersea (<www.battersea.org.uk>) y Blue Cross for Pets (<www.bluecross.org.uk>). Hay que abstenerse de comprar en plataformas de anuncios clasificados en línea como Gumtree; habrá algunos criadores con buena reputación, pero también muchos que sean poco dignos de confianza, y no siempre es fácil distinguir a unos de otros. Para informarte bien sobre la compra de un cachorro, tanto de raza como cruzado, visita la página web del Kennel Club (<www.thekennelclub.org.uk>). La RSPCA también ofrece consejos fiables sobre lo que hay que tener en cuenta a la hora de comprar un cachorro y las trampas que hay que evitar (<www.rspca.org.uk>). El coste debería ser quizá el factor menos importante a la hora de elegir un perro de raza pura, y no tardarás en considerarlo irrelevante si lo comparas con el coste de cuidar de un perro durante

muchos años (la comida, las facturas del veterinario, el seguro, etc.). Como ocurre con la mayoría de las cosas en la vida, un artesano es más caro cuanto más cualificado está y más experiencia posee; en este caso, el artesano es el criador. En el Reino Unido es obligatorio ponerles un microchip a todos los cachorros. El chip, más o menos del tamaño de un grano de arroz, contiene un código único de quince dígitos que enlaza con una base de datos en la que están registrados los datos de contacto del propietario y, tal vez, los del veterinario del perro. Si el animal desaparece, un veterinario u otra autoridad intentará identificarlo y devolvérselo a su dueño.

[6] El clan del perro lebrel, una rama de rancio abolengo, incluye al lobero irlandés, el lebrel afgano, el galgo y el whippet. El sabueso es el perro tradicional para la caza, como el beagle, el perro de San Huberto o el foxhound.

[7] «Dorgupine», unión de *dog* («perro») y *porcupine* («puercoespín»); «crocadachshund», unión de *croc* («cocodrilo») y *dachshund* («perro salchicha»); «pomme-de-terrier», juego de palabras a partir de *pomme-de terre* («patata» en francés) y la raza de perro «terrier»; «ventre-à-terrier», juego de palabras a partir de la expresión francesa *ventre-è-terre* («cuerpo a tierra») y la raza «terrier»; «hippopotamian bulldog», unión de «hipopótamo» y «bulldog»; «german sausage dog», juego de palabras con *german sausage* («salchicha alemana») y *sausage dog* («perro salchicha»); «hedge-dog», juego de palabras a partir de *hedgehog* («erizo») y *dog* («perro»); «bug-dog», juego de palabras a partir de *bug* («bicho») y «bulldog». *(N. del T.)*

[8] «El perro del conocimiento». *(N. del T.)*

[9] El AKC registró más de cincuenta millones de perros de ciento cincuenta razas en este periodo de ochenta años. Se dio por descontado que los rasgos de comportamiento de estas razas (por ejemplo, la agresividad o la capacidad para ser adiestrados) no habían cambiado significativamente en todo ese tiempo. El C-BARQ estudió el comportamiento y el temperamento de más de nueve mil perros de noventa y dos razas distintas, y se evaluaron catorce rasgos, como la capacidad para ser adiestrados, el miedo a los extraños, la aversión a los ruidos y objetos desconocidos, el temor a la separación, la búsqueda de demasiada atención y la agresividad hacia las personas y otros perros. Como era de esperar, el golden retriever solo puntuó alto en una de estas características, la capacidad para ser adiestrado; el chihuahua puntuó alto en la mayoría de ellas, excepto en adiestramiento, y el dóberman pinscher puntuó alto en persecución de presas, niveles de energía excesivos y búsqueda de atención.

8. CÓMO GANAR UNA ESCARAPELA

[1] Estas son solo algunas de las más señeras, pero también hay muchas otras de razas especializadas, y el periódico *Our Dogs* está repleto de perros felices y dueños orgullosos pertenecientes al West Lancs French Bulldog Club, el Mid-Western Gundog Society Show en el Three Counties Showground, de Malvern, el Matlock and District Canine Society Open Show, el Midland Basset Hound Club, la Manchu Shih-tzu Society (división de Northamptonshire) y unas trescientas más.

[2] Durante un tiempo, en los años sesenta y principios de los setenta, Peter Purves cuidó del que tal vez fuera el perro más famoso del Reino Unido, junto con Pickles, el perro de Jules Rimet, Nipper, el perro de HMV, el sabueso Henry, de Clement Freud, Schnorbitz, el san bernardo de Bernie Winters, y muchos muchos otros perros célebres. Petra era el chucho residente —y un tanto irritable— de *Blue Peter*, el famoso sustituto del cachorro que habría sido el chucho residente de dicho programa de entretenimiento si, por desgracia, no hubiera muerto de moquillo pocos días después de su primera aparición. Se pensó que la noticia de la muerte del primer perro habría sido demasiado para la audiencia más joven, y, tras una búsqueda desesperada en un coche, dieron con uno muy parecido. Cuando la historia salió a la luz en 2008, el *Daily Telegraph* informó de que «Petra, la perra de *Blue Peter*, era falsa», lo que sonaba casi como si en vez de un perro de verdad hubiera sido un holograma.

[3] «Mazorcapatosa pesadilla de los gatos», «Amor o fama tú eliges», «Sombrero de copa cerezahueca», «Hielo y fuego a bocajarro con Baratom», «Kiswahili consuelo cuántico», «Creo en los ángeles oasis de paz». *(N. del T.)*

[4] En 2012, PETA hizo un cartel satírico que imitaba los del circo victoriano: «¡Desfile anual de fenómenos genéticos propensos a enfermedades y discapacidades! —proclamaba—. ¡Un cavalier king charles spaniel nacido con un cráneo demasiado pequeño para su cerebro!». En 2018 la organización interrumpió la final del *Best in Show* mientras se retransmitía en directo por televisión para publicitar su causa. Los organizadores de Crufts contraatacaron afirmando que la acción había puesto en peligro la seguridad de los animales, algo que PETA negó: «Los perros estaban en un pabellón con miles de personas, luces brillantes, música y anuncios por megafonía. Se les hacía brincar, a veces con collares de ahorque. Los rociaban con productos de peluquería, los empujaban y los espoleaban. Es poco probable que la irrupción de dos jóvenes con pancartas fuera la causa de su ansiedad».

[5] <https://www.rspca.org.uk/webContent/staticImages/Downloads/PedigreeDogsReport.pdf>.
[6] Hoy en día, la expresión «perro toy», o «de juguete», evoca imágenes de personajes de serie B con perros en bolsos de mano o del tamaño de una taza de té; originalmente, el término solo significaba «pequeño» y, por lo general, se refería a perros falderos (tan consentidos, o no, por las damas victorianas como pueden serlo en la actualidad).
[7] El Kennel Club se fundó en 1873 para regular las exposiciones caninas y controlar la manía de los victorianos por las nuevas razas. Uno de los artículos de su «Normativa», publicada al año siguiente, prohibía el tipo de perro menesteroso que se había permitido hasta entonces. «Ningún perro estará en condiciones de competir […] si padece sarna o cualquier otra enfermedad contagiosa». Charles Cruft murió en 1938, un año en el que alrededor de diez mil perros asistieron a su exposición. El Kennel Club compró los derechos de la exposición a su viuda, Emma, en 1942.
[8] La exposicion de Newcastle se celebró, según un informe posterior recogido en el *Stud Book* del Kennel Club, «por sugerencia del señor R. Brailsford». Richard Brailsford, guardabosques y adiestrador de perros (o «domador», como se decía en aquella época), había escrito anteriormente en el *Field* que muchísimos de ellos no eran más que «malas hierbas, gandules y chuchos», y que se cruzaban para obtener beneficios comerciales. Lo que se necesitaba era una forma de mejorar y mantener a los perros de pura raza por medio de la competición. ¿Y quién ganó el primer premio en la categoría de perdiguero de la primera exposición oficial? Step Forward Bang, propiedad del señor R. Brailsford. ¿Y quién, avispado lector, crees que ganó en la categoría de hembras de perdiguero en la siguiente gran exposición, celebrada en Birmingham unos meses más tarde y organizada por el señor R. Brailsford? El señor J. Brailsford. ¿Y en Leeds, en 1861? «El premio de la categoría de retriever es… para el señor H. R. Brailsford y su perro Windham». Y en la clase de perro perdiguero, ¿quién se alzó con el triunfo? Moll, propiedad del señor W. Brailsford. ¿Hay, quizá, un señor F. Brailsford en el clan Brailsford? Sí, lo hay, y está entre los ganadores de la categoría de retriever en la exposición de Chelsea, donde su Shot iba acompañado de Bell, de J. Brailsford. Sorprendentemente, Jip, del señor J. Brailsford, no ganó ninguno de los tres primeros premios de la I Gran Exposición Canina Internacional, celebrada en el Agricultural Hall de Islington en 1863, pero hubo que abortar una revuelta cuando se le concedió un «Premio Extra» en la categoría de retriever.
[9] Durante algún tiempo, se pensó que el corresponsal fue el propio Dickens, pero ahora los estudiosos suelen atribuir la autoría a John Hollingshead, que más tarde alcanzaría un gran éxito como director teatral.

9. UNA HISTORIA DE PERROS

[1] *Shag*, *shaggy*, significa «peludo», «greñudo», «desgreñado». *(N. del T.)*
[2] La necrológica de Shag, una de sus primeras obras publicadas, apareció en el *Guardian* en 1904 (no el periódico, sino la revista que un amigo suyo editaba para el clero) cuando Woolf tenía veintidós años y ansiaba recibir cualquier pago que le facilitara su independencia económica.
[3] En 1895 se registraron 672 casos de rabia en Inglaterra, y los debates sobre el uso del bozal fueron encarnizados (los veterinarios y las revistas especializadas en animales de compañía abogaban por ello; los dueños de mascotas se quejaban de que invadía su intimidad y su libertad personal, y las autoridades decretaron obligatorio su uso).
[4] El hecho de que a Shag lo sustituyera un perro pastor inglés aún más peludo es el punto clave, y me invita a relatar una de las más antiguas historias originales sobre perros peludos, una que bien puede ser «el relato por antonomasia sobre perros peludos». Un día, en las postrimerías del periodo victoriano, una persona ve una noticia en el *Times* en la que se cuenta que un rico terrateniente está desolado por la pérdida de su pastor inglés, que llevaba desaparecido diez días. En la noticia se especifican su nombre y el color de su pelaje y se habla de lo enmarañado de este, y el caballero que lo lee está tan conmovido por la pérdida del perro que decide buscarlo. No lo consigue; el pobre perro ha desaparecido. Pero, entonces, se le ocurre otra idea. Busca un perro pastor de una edad y un tamaño muy similares a los del que se ha perdido para regalárselo a su dueño. Es una larga búsqueda. Una búsqueda muy muy larga. Al final lo consigue y se presenta con un precioso perro en la casa de campo del propietario, donde lo recibe el mayordomo. Este echa una ojeada al perro, que espera a sus pies, y dice: «El último era peludo, pero no tanto».
[5] Juego de palabras: «Woolf» procede de *wolf*, «lobo». *(N. del T.)*
[6] Flush era un cocker spaniel. Se lo entregaron a Elizabeth Barrett cuando era un cachorro de seis meses en 1841. La poeta estaba postrada en la cama, en Torquay, a la edad de treinta y cinco años, aquejada de un oscuro

malestar físico y mental, típicamente victoriano. Pero la llegada del perro, regalo de una amiga, la escritora Mary Russell Mitford, dio comienzo a un periodo inusual de alivio y abandono. En las cartas de Barrett, Flush «baila y baila y echa las orejas hacia atrás casi hasta la cola en un rapto dionisiaco. Más de una vez ha perdido el equilibrio y se ha caído». En otra ocasión, dice que el perrito «brilla como si llevara la luz del sol a cuestas». Cómo me gustaría que algún día alguien escribiera algo así sobre mí.

[7] Steinbeck conocía bien a sus perros. De su caniche francés, Charley, escribió una vez que había nacido en las afueras de París y que, si bien sabía un poco de anglocaniche, solo respondía con prontitud a las órdenes que se le daban en francés: «Si no, se ve obligado a traducir, y eso lo ralentiza».

[8] Cabe suponer que cuando el perro de Jantipo se echó al mar y fue nadando hasta la isla de Salamina, a unas diez millas al oeste de Atenas, en el golfo Sarónico, lo hizo por pura y ciega lealtad hacia su amo, y no porque pensara que se dirigía hacia el paraíso del salami.

[9] Y quizá no haya que pasar por alto a Aristóteles y su *Historia animalium*, del siglo IV a.C., por muy especulativa que sea. «Los machos suelen levantar la pata para orinar a los seis meses, aunque algunos lo hacen más tarde, a los ocho meses, y otros antes de los seis; podemos afirmar que, en general, lo hacen cuando entran en el periodo en el que son capaces de ejercitar sus plenas facultades». También está la observación, menos equívoca e incluida en el mismo trabajo, que dice: «La edad de un perro se sabe mediante la inspección de sus dientes: los jóvenes los tienen blancos y afilados, los mayores, negros y romos».

[10] El significado de la expresión «perro carnicero» o «perro de carnicero» ha cambiado desde entonces. En un diccionario de argot de 1859, se redefinió como «tumbarse junto a la carne sin tocarla; un símil aplicable a menudo a los hombres casados». La frase «estar como el perro de un carnicero» puede aludir tanto a un perro muy flaco, porque siempre está esquivando el cuchillo del carnicero avaro, que no le deja probar el género, como a uno muy gordo, porque está todo el día tumbado, hartándose de salchichas.

[11] La literatura de la Edad Media se centra en los sabuesos de los aristócratas y los perros de caza (con una notable excepción, «La esposa de Bath», de Chaucer, cuyo tema es el afecto excesivo que le profesa una mujer a un hombre: «como un spaniel se le monta encima»). Con frecuencia, Shakespeare convierte al perro en su metáfora favorita, aunque siempre con connotaciones agresivas. Marco Antonio suplica al espíritu de César que grite: «“Que venga el caos” y suelte ya los perros de la guerra». Shylock le hace la siguiente observación a su enemigo: «¿Me llamáis perro sin tener motivo? Pero, ya que soy un perro, guárdate de mis colmillos». Las obras de Shakespeare contienen veintisiete referencias al «cur» (un perro imprevisible e indomable) y casi tantas a los ladridos molestos. Los insultos a los perros están por todas partes. La expresión «hijo de perra» aparece tanto en *Cimbelino* como en *El rey Lear*; Cleopatra se dirige a Seleuco como «esclavo, villano desalmado, ¡perro!», y Richmond dice, ante el cuerpo inerte de Ricardo III: «El maldito perro ha muerto». Lo más cerca que Shakespeare está de un cumplido es cuando hace que Beatriz le suelte, casi improvisadamente, a Benedicto: «Preferiría oír a un perro ladrarle a un cuervo que a un hombre jurar que me ama». «William Shakespeare odiaba a los perros», rezaba un titular —no del todo injustificado, como se ve— de *Psychology Today*.

[12] ¡Un gato en el ajo! Magnífico, aunque el blog de Quinn y Chet tampoco está nada mal, y contiene chistes del tipo: «¿Cómo se llama un zoo sin perros? Un shih-tzu» [juego de palabras entre «zoo», que en inglés suena igual que «tzu», y la raza de perro de diseño shih-tzu (pronunciado «shy-zoo», es decir, un zoo apocado, sin gracia *(N. del T.)*]. (No es por fastidiarte la risa, pero ¿acaso no es un zoo sin perros el mejor que puede haber?). La biblioteca de mi infancia está llena de perros que ladran, aúllan o gimotean, pero ninguno tiene el poderío de *Hairy Maclary From Donaldson's Dairy*, de la neozelandesa Lynley Dodd. En apariencia es un disparate, y bajo la apariencia también, pero proporciona una guía muy útil para principiantes perdidos en la maraña de las razas. Están el viejo mastín inglés Morse (manso, aunque tan grande como un caballo), el atlético dálmata Bottomley Potts (cubierto de manchas), el peludo y mimoso perro pastor inglés Muffin Mclay (que parece un fardo de heno), el perro salchicha Schnitzel von Krumm (con la barriga casi a ras del suelo) y el chucho Bitzer Maloney, flacucho y huesudo y que está hecho con retales de infinidad de perros. Escribir este tipo de cosas parece fácil, pero podrías dedicarles tu vida entera y no llegarías a lograrlo ni de lejos.

[13] Finalmente, tras varias tentativas de ganarse la aprobación del chucho probándose todo tipo de sombreros, incluido un intento en las pistas de esquí, el caniche se pone uno muy elaborado y el chucho le da su aprobación, tras lo cual se van juntos a una fiesta canina. No han faltado las interpretaciones filosóficas de estos intercambios, desde la lacaniana hasta la deleuziana, y las tres cosas en las que todas coinciden son: que no se trata de un libro feminista, que el caniche está necesitado y que el chucho es arrogante. Ludo me ha confesado que ha hecho todo lo posible por «desaprender» algunas de estas primeras huellas tan poco atractivas.

[14] Ojalá todos los autores tuvieran experiencias así antes de coger la pluma. La cita procede de *Jack London*, de

Kenneth J. Brandt (Northcote/British Council), un libro tan sólido en lo que respecta al análisis crítico de sus novelas como al contexto autobiográfico del que surgen.
[15] La muerte del perro supuso otro descubrimiento no menos fatigoso. «Teresa aceptó a Karenin por lo que era; no intentó convertirlo a su imagen y semejanza; desde el principio estuvo de acuerdo con su vida de perro, no quiso privarlo de ella, no envidiaba sus intrigas secretas. La razón por la que lo adiestró no fue para transformarlo (como un marido intenta reformar a su mujer y una mujer, a su marido), sino para proporcionarle el lenguaje elemental que les permitiera comunicarse y convivir».
[16] Su dueña también se ha referido a Zurcba como Zurcha, lo que puede indicar cierto desinterés. En el libro (titulado *Faces*, y reeditado bellamente por Daunt Books en 2019) Sackville-West describe a Zurcba/Zurcha, un regalo de Gertrude Bell, como «sin ninguna duda, la perra más aburrida que jamás he tenido […] carecía por completo de espíritu y, en cuanto a fidelidad, solo era leal al mejor sillón».
[17] ¿Te ha gustado esta última historia de perros? Pues fíjate en esta otra, procedente, casi con toda seguridad, de México. Desde que el mundo es mundo, hemos dividido a sus habitantes en dos grupos, los que tienen un alma generosa y los que no la tienen. Los de corazón bondadoso cuidan de las criaturas menos capaces de valerse por sí mismas, pero los que tienen un temperamento áspero propinan de buen grado golpes crueles con la esperanza de sacar partido de ellos. Los perros han sido víctimas tanto de la gratitud como de la crueldad. ¿Qué podemos hacer para librarnos de esta última y hacer de este mundo uno mejor para todos? Muchos perros han creído durante mucho tiempo en la guía divina, tal vez un dios o una conjunción astral benévola. Y en la Antigüedad le pedían ayuda a ese espíritu superior. Así, cuando una perra fallecía y ascendía al otro mundo, llevaba un mensaje escrito para el espíritu superior; el mensaje se le colocaba dentro del trasero, por seguridad. Decía así: «¿Qué se puede hacer para librar al mundo de los golpes y de la rudeza?». Todavía estamos esperando la respuesta, pero eterna es la esperanza. Y, por eso, cada vez que los perros se saludan, se examinan el trasero en busca del mensaje de respuesta; porque quizá llegue algún día. (Esta historia me gusta tanto como al que más, pero la realidad es que los perros se huelen el trasero porque es ahí donde se guarda toda la información personal. Es como un apretón de manos, pero más revelador aún: las hormonas excretadas por las glándulas que rodean a los genitales informan a los perros sobre el sexo, la edad, la dieta, la salud, el temperamento y si han coincidido antes).

10. PASAR POR EL ARO

[1] «Fisgón». *(N. del T.)*
[2] Cuando rememoraba su funeral, su hermana Colleen Anderson me dijo: «Después del servicio en la tumba, mi hermano Jim se levantó y dijo: “Gerry vivía para los aplausos, démosle una última despedida”. Así que todos nos pusimos en pie y aplaudimos durante diez minutos».
[3] El origen de la expresión es incierto, aunque se refiere casi siempre a un estado o una acción de abandono. Sin duda se hizo popular en los canódromos porque alrededor de las carreras proliferaban los indigentes. Puede connotar simplemente algo podrido, deteriorado; la comida que ya no era apta para el consumo humano se les echaba a los perros. O puede tener su origen extramuros de las antiguas ciudades chinas, donde los criminales y otros indeseables se unían a criaturas igualmente rechazadas, entre las que se encontraban, cómo no, los perros.
[4] Las carreras de galgos siguen suscitando un gran interés en las casas de apuestas y en internet, aunque no en directo. La legalización de las apuestas fuera de las pistas fue otro factor que contribuyó a la disminución de la cantidad de público. El papel de los perros como objeto de inversión aumentó en proporción directa a la disminución de su fama como animales con carácter.
[5] «Escrito por Janine Allen, adiestradora canina profesional certificada de Rescue Me Dog. La pasión de Janine es trabajar con las personas y sus perros. Ofrece demostraciones para quienes han adoptado perros del refugio, presta apoyo por correo electrónico a los dueños de perros adoptados que necesitan información más específica que la que aparece en nuestras páginas de apoyo formativas, y ayuda al personal del refugio y a los voluntarios a comprender el comportamiento del perro para aumentar las posibilidades de que alguien lo adopte». Copyright 2020 Rescue Me Dog; <www.rescuemedog.org>.

11. EL ARTE DE SER TODO UN PELUCHE

[1] Sí, lo es.
[2] Término coloquial del inglés británico. Significa «colega», «amigo». *(N. del T.)*

[3] A pesar de su popularidad en Instagram, el galgo italiano miniatura no forma parte de la reciente moda de los perros de diseño. Aunque resultaba lo bastante pequeño y delicado como para caber en un regazo durante un largo paseo en carruaje por la Inglaterra victoriana, cuando eran los predilectos de la reina Victoria, lo encontramos por primera vez en las ruinas de Pompeya. Su resurgir se produjo durante el Renacimiento, con las pinturas de Giotto, Piero della Francesca y Pisanello, y como perro de categoría en palacios reales y casas de nobles. Según el American Kennel Club, aunque el galgo italiano conserva su instinto para la caza de la liebre, también es un espléndido «perrito de sofá».
[4] «Hijo de perra». *(N. del T.)*
[5] Robert Adams, el gran fotógrafo conocido sobre todo por sus paisajes, tenía otra interpretación del atractivo de un perro. «Los artistas viven de la curiosidad y el entusiasmo, cualidades que se manifiestan fácilmente en los perros y que son una fuente de inspiración. Un fotógrafo que se arrodilla para retratar a un perro ha encontrado el placer suficiente para hacer posibles muchas cosas», escribió en *Why People Photograph* (1994).
[6] Véase Julie Hecht y Alexandra Horowitz «Seeing Dogs: Human Preferences for Dog Physical Attributes», *Anthrozoös*, vol. 28, n.º 1 (2015), pp. 153-163.
[7] Tuit de George, 7 de marzo de 2019. Tuit de Charlie y Maverick, 18 de marzo de 2019. Tuit de Lucy, 21 de febrero de 2019.
[8] WeRateDogs también está presente, aunque en menor medida, en Instagram, con unos 993.000 seguidores en la última comprobación.

12. IGNOMINIA

[1] El impuesto sobre los perros, en forma de una licencia que se exigía a todos los dueños de estos animales en Inglaterra, Gales y Escocia, se suprimió en 1987, cuando su importe ascendía a treinta y siete peniques por perro (aunque aún sigue existiendo en Australia y algunas partes de Estados Unidos, y también en Irlanda del Norte, donde el coste es de 12,50 libras anuales). La idea de la licencia se introdujo por primera vez en 1871, como protección contra los perros vagabundos y la amenaza de la rabia, y se modificó en 1906. En el momento de su abolición, solo la mitad de los propietarios pagaban la tasa anual. El microchip obligatorio universal ha sustituido a la licencia como instrumento de registro. La revista *Tail-Wagger* tenía su propio pedigrí. *The Tail-Wagger* incluía también al *Your Dog and Mine: The Official Organ of the Tail-Waggers' Clubs of the World.* El Tail-Waggers' Club era una asociación benéfica que se creó en 1928 para velar por el registro y el bienestar de los animales. Al estallar la guerra contaba con 750.000 miembros, cada uno de los cuales llevaba una etiqueta de latón en el cuello grabada con su nombre y la frase «Yo ayudo a mis colegas». Era algo así como una venta piramidal de perros: se animaba a los miembros a reclutar a otros nuevos, y había promociones para los que más reclutaban; para recibir una placa con la inscripción de «Sargento», por ejemplo, era necesario reclutar a veinticuatro personas; para convertirse en «Sargento mayor» se necesitaban cincuenta.
[2] Hubo héroes, por supuesto que sí; muchos perros participaron en el esfuerzo bélico. Se los empleaba en la detección, el transporte y lo que podría definirse con más propiedad como camaradería, un alma simpática en un momento de crisis y angustias. Y la población canina consiguió, además, una modesta compensación gracias a la evacuación masiva de Dunkerque, en mayo y junio de 1940. A los perros franceses se los consideró refugiados de guerra, y un buen número de ellos lograron cruzar el canal a bordo de los barcos británicos. Sin embargo, al llegar a Inglaterra, muchos solo respondían a las órdenes en francés. A algunos los pusieron en cuarentena. A otros los sacrificaron para prevenir la rabia.
[3] El humor, como sabemos, no era uno de los puntos fuertes de los nazis. ¿El «Torcer Reich»? ¿Alguien da más? ¿«Hiel Hitler»? No está claro cuánto sabía el Führer de las hazañas de Jackie. Tenía sus propios perros famosos, a una de las cuales —una hembra de pastor alemán llamada Blondi— la mató dándole una cápsula de cianuro antes de suicidarse en su búnker. Los cachorros de Blondi también fueron fusilados por los compinches de Hitler, al igual que los dos perros de Eva Braun y los de otros ayudantes. La matanza de esos animales que antes se habían considerado mascotas —aunque mascotas recargadas con cansinas capas de propaganda— fue uno de sus últimos actos de cobardía.
[4] Es de suponer que su principal proveedor, el gigante químico alemán IG Farben, que también suministraba el gas letal Zyklon B a los campos de concentración, estaba ansioso por mantener sus ingresos. El descaro de Jackie tiene un sucesor un tanto espeluznante. En abril de 2016, un escocés llamado Mark Meechan publicó un vídeo en YouTube del carlino de su novia, Buddha, haciendo el saludo nazi (es decir, con la pata levantada) en respuesta a

la señal de Meechan, «Sieg Heil». La pregunta de si deseaba «gasear a los judíos» provocó en el perro la misma reacción. Aunque se consideró de mal gusto, Meechan recibió el apoyo de varios cómicos de alto nivel en defensa de la libertad de expresión, algo con lo que no estaba de acuerdo el sheriff de Airdrie. Meechan fue condenado a pagar una multa de ochocientas libras por infringir la Ley de Comunicaciones de 2003, pero este presentó enseguida un recurso y se afilió al UKIP. En el momento de escribir estas líneas, el proceso sigue abierto.

[5] *Wulf* es «lobo» en alemán. *(N. del T.)*

[6] El especialista en historia japonesa Aaron Herald Skabelund, profesor de la Universidad Brigham Young de Utah, señala que es imposible contar la historia del desarrollo social y militar de un país durante los dos últimos siglos sin tener en cuenta el papel cambiante que han desempeñado los perros en la sociedad, y afirma que «el imperialismo fue lo que dio forma al mundo de la cría y tenencia de perros tal y como lo conocemos hoy». También cita el fascinante «Mapa canino del mundo» que apareció en el *Illustrated London News* en 1933. De las setenta razas reconocidas por el Kennel Club (inglés) y el American Kennel Club, treinta y ocho procedían de las islas británicas. Solo tres tenían su origen en Estados Unidos y una docena de ellas, en Alemania, Francia y Países Bajos. Según el mapa, el akita aún no ha puesto sus zarpas en Japón, mientras que en México solo aparece el chihuahua y, en toda Australia, únicamente el dingo. El mundo canino imperial del siglo XIX era en esencia europeo, y en las primeras exposiciones caninas las razas que no se consideraban oriundas de las islas británicas se agrupaban en una categoría genérica, «Extranjeros».

[7] La raza conocida entre nosotros como «perro salchicha» se llama en realidad «dachshund», y procede de Alemania; de ahí la animadversión que provocaba y su identificación simbólica con el enemigo alemán. *(N. del T.)*

[8] Y no tardó en morir, el pobre Hippy. Se podrá decir lo que se quiera sobre la gelidez emocional de los embajadores británicos, pero, cuando una mascota muere, el corazón se le rompe como el nuestro. «Durante nueve años formó parte de mi vida, una parte fundamental de ella —recuerda Henderson en *Hippy: The Story of a Dog* —. Ningún otro podrá ocupar su lugar y me cuesta concebir que haya otra vida sin que Hippy esté esperándome allí, para compartirla conmigo».

13. NACIÓ SIENDO PERRO, MURIÓ SIENDO UN CABALLERO

[1] Las primeras fotografías muestran algunas lápidas que ya no son legibles y mucho más espacio asignado a cada tumba que en la actualidad. Es probable que el terreno haya sido testigo de más de trescientos entierros, y que algunos perros y sus lápidas hayan sido transportados al cementerio canino de Molesworth, en Huntington. Sin duda, el de Hyde Park no fue el primer camposanto de perros de Inglaterra. La duquesa de York sepultó a más de sesenta canes en los terrenos de Oatlands House, en Surrey, a finales del siglo XIX (ahora es un gran hotel, pero las pequeñas lápidas permanecen), y la reina Victoria tenía su propio cementerio de mascotas en Windsor.

[2] Hachikō ha tenido que aguantar que lo usen para propósitos menos nobles a lo largo de los años. Como todos los perros que trascienden su mortalidad, Hachikō se ha convertido en el símbolo de las ambiciones y la fortaleza de su nación. Como agente del imperialismo, Hachikō —y la raza akita en general— llegó a simbolizar un orgulloso futuro cultural y militar; sorprendentemente, dado su aspecto más bien desventurado y su alma tierna, el compromiso desinteresado que se les exigía a los soldados japoneses durante el periodo de agresión militar también se basó en su ejemplo. Cuando la escritora y activista sordociega Helen Keller recibió como regalo un akita tras visitar Japón en 1937, que se convirtió en el primero de su raza en entrar en Estados Unidos, el perro ya tenía un nombre, Kamikaze-Go.

Hachikō también cambió el panorama de todas las razas japonesas. Durante la mayor parte del siglo XIX, cuando la tenencia de perros como mascotas en Japón se limitaba a las familias reales o a los muy privilegiados, las razas occidentales se consideraban en gran medida superiores; las razas autóctonas eran rechazadas o eliminadas. Pero Hachikō convirtió irreversiblemente al akita en un tesoro nacional, y esta raza sigue siendo la autóctona más popular de Japón (seguida del shiba, el shikoku, el kai ken y el spitz japonés).

[3] La noticia del terrier se publicó por primera vez en el *Ayrshire Express* en 1865, y el periódico admitió que la historia tenía ya casi seis años. Su lenguaje era más bien pomposo, muy propio de un monumento: «Un perro terrier fue hallado bajo una lápida horizontal, en el cementerio de Old Greyfriar […]. El pobre animal, estaba claro, llevaba allí varios días, y, a pesar de estar agotado por el hambre y la sed, se negaba en redondo a moverse de su sitio». Solo de vez en cuando se podía sacar a Bob, como se le llamaba originalmente, del cementerio. «Durante el mal tiempo que azotó el pasado año a la isla —informaba el *Ayrshire Express*—, el sargento Scott, de

los Ingenieros Reales, uno de los mejores amigos de Bob, consiguió que se quedara en su casa una o dos noches». Aunque no tardó en volver a la lápida, el perro se enteró rápidamente de la hora a la que cenaba el sargento y se convirtió en un visitante muy puntual.

[4] Vest llegó a ser senador. Su discurso popularizó la noción (y la frase) de que el perro es el mejor amigo del hombre, un concepto que ya había consagrado Voltaire en su *Dictionnaire philosophique*, en 1764. Ni que decir tiene que también deberíamos considerar siempre al perro como el mejor amigo de la mujer.

[5] Estas eran, en efecto, todas sus posesiones, hechas por encargo en Hermès cuando los O'Neill vivían en París, a finales de los años veinte. Los lujosos atuendos que compramos hoy a nuestros perros no son tan novedosos.

[6] El procedimiento también es cruel con los perros sustitutos que portan el clon (los operan tres veces). Cuando el periodista Richard Lloyd Parry visitó el laboratorio del doctor Hwang para el *Times*, a finales de 2018, presenció el parto de Cachorro 1.192, un bulldog inglés clonado. Este perro tendría que esperar, tras venir al mundo, varios meses en las perreras del laboratorio, junto con unos ciento cincuenta clones más, sometiéndose a numerosas pruebas de desarrollo antes de que su nuevo dueño pudiera llevárselo a casa. (Véase *The Times Magazine*, 20 de octubre de 2018).

14. ¡DISCOVER DOGS!

[1] «Descubre a los perros». *(N. del T.)*

[2] Tasha tenía seis años cuando le extrajeron sangre por primera vez. Era la perra de alguien que pertenecía a la red de investigación colaborativa, por lo que fue fácil obtener el consentimiento necesario. Tras el anuncio, el dueño quiso conservar el anonimato para protegerse —y proteger a Tasha— de los focos mediáticos.

[3] A diferencia de la homocigosis, en la que los pares (o alelos) de cada gen son idénticos.

El cambio en un genoma al comparar un perro con otro es muy similar al cambio que se observa al comparar el de un humano con el de otro. Son iguales en un 99,9 por ciento, con aproximadamente una modificación cada mil bases genómicas. No obstante, aunque los humanos y los perros comparten una biología muy parecida, la endogamia canina conlleva que el número de perros que se necesita para realizar experimentos sea más reducido que el que se requiere para los humanos. Así, para cartografiar el cáncer de mama, en los perros se pueden comparar tan solo cien springer spaniel ingleses con cáncer de mama con otros cien perros de control.

[4] El color del pelaje de un perro viene determinado por una combinación de ocho genes específicos que controlan las variaciones de dos pigmentos básicos. Un pigmento (eumelanina) es negro por defecto, pero puede diluirse genéticamente en un gris o un marrón, mientras que el otro pigmento (feomelanina) es un rojo del tipo del setter irlandés que puede diluirse en un tono crema, amarillo o dorado.

[5] En una reciente visita a Nueva York vi un cartel en el escaparate de la tienda de mascotas Citipups, en West Village, que anunciaba «¡Tenemos frenchies!», como si fueran el último bolso de Prada. En 2018 fue la raza más registrada en Nueva York y la cuarta más popular en Estados Unidos. En el Reino Unido, el Kennel Club informó de que, en el primer trimestre de 2018, había 8.403 bulldogs franceses registrados, frente a 7.409 labradores, la primera vez en veintiocho años que el labrador no ocupaba el primer puesto. Los que se exponían en la tienda de Manhattan eran de color rojo leonado y habían sido rebajados, de 4.295 dólares a 2.995. «Treinta por ciento de descuento —decía el cartel—. Llévame a casa. Oferta especial de Navidad».

Título original: Dog's Best Friend

Primera edición: junio de 2023

© 2021, Simon Garfield
Publicado originalmente en Weidenfeld & Nicolson, un sello de The Orion Publishing Group Ltd, Londres
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Abraham Gragera López, por la traducción
En el capítulo «¡Discover Dogs!» aparece citado el poema «Man and Dog», de Siegfried Sassoon, por cortesía de sus herederos.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Julio Fuentes

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-306-2573-4

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Un libro delicioso para cualquiera que haya querido alguna vez a un perro.
«Refrescante y reparador como un buen paseo».
The Nation
«Será felizmente devorado por cualquier lector que ame a los perros».



Los perros son piezas clave de nuestra vida. Pero ¿cuándo pasó este animal a ocupar ese lugar? ¿De qué manera llegaron estas criaturas a ayudarnos no solo en la caza, sino también en la desactivación de bombas y en la detección del cáncer? Y, sobre todo, ¿cómo fue que acabaron por convertirse en nuestros más fieles compañeros? Con su ingenio inimitable y su don para contar historias, Simon Garfield explora y celebra esta larga, profunda e inquebrantable conexión entre especies y el modo en que ha transformado innumerables vidas, tanto humanas como caninas.

Garfield arranca el viaje con las primeras representaciones visuales —los perros en el arte rupestre— y termina en el laboratorio que secuenció por primera vez el genoma canino. Por el camino, descubrimos a los legendarios corgis del palacio de Buckingham, a los perros del programa espacial soviético, al primer labradoodle del mundo y a un border collie capaz de identificar más de mil peluches diferentes. Este autor elegante, desenfadado y con un gran sentido del humor desvela los secretos de los mejores adiestradores de canes del mundo, nos adentra en el salvaje mundo de la cría de perros y de las exposiciones caninas y desentierra las profundas raíces psicológicas del vínculo humano-perro.

La crítica ha dicho:

«Este atractivo estudio, por momentos irónico y conmovedor, va desde la prehistoria hasta la actualidad. Al final —aunque el perro viene cuando lo llamas— uno se pregunta quién manda realmente».
Sydney Morning Herald

«Una delicia. Encantador y erudito».
The Daily Telegraph

«Un inmenso placer. Hay un buen chiste, una anécdota curiosa y un dato fascinante en cada página».
The Mail on Sunday

«Una ingeniosa celebración de la larga relación entre perros y humanos».
The Times

«Glorioso. Un estudio conmovedor y estimulante de todo lo canino».
The Daily Mail

«Una expedición fascinante, informativa y muy entretenida por las carreteras y caminos del mundo canino».
John Bradshaw

«Simon Garfield es uno de los más exitosos autores de este tipo de libros divertidos, curiosos, disparatados y a la vez eruditos, que pretenden agotar un tema sin renunciar a hacernos reír ni a explorar el lado jocoso de la realidad. Y he vuelto a sentir la misma sensación que me domina cada vez que caigo en uno de estos ensayos: envidia. Porque forman un género abundante lleno de maestros en la tradición anglosajona, pero prácticamente no existen en la española.»
Revista para leer, Sergio del Molino, sobre *Cronometrados*

Simon Garfield (Londres, 1960) es autor de más de una docena de exitosos libros de no ficción, entre ellos los best sellers internacionales *Es mi tipo. Un libro sobre fuentes tipográficas* (Taurus 2011), *En el mapa. De cómo el mundo adquirió su aspecto* (Taurus 2013) y *Postdata. Curiosa historia de la correspondencia*, y editor de una trilogía de diarios del Mass Observation Archive -*Our Hidden Lives, We are at War* y *Private Battles*-, que proporcionan información única sobre la II Guerra Mundial y sus secuelas. Por su estudio sobre el sida en Gran Bretaña, *The End of Innocence*, obtuvo el premio Somerset Maugham. Vive entre Londres y St. Ives, Cornualles.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

ÍNDICE

El mejor amigo del perro. Breve historia de un vínculo único

Introducción. La «perritud» de los perros
1. La imagen indeleble
2. Cómo empezaron los perros a ser perros
3. Fido piensa: «quizá esta vez»
4. Lo que Darwin no sabía sobre los perros (y que tampoco valía mucho la pena saber)
5. Los perros curan
6. Los perros más listos del mundo
7. Cómo llegamos a obtener a jackshi-tzu
8. Cómo ganar una escarapela
9. Una historia de perros
10. Pasar por el aro
11. El arte de ser todo un peluche
12. Ignominia
13. Nació siendo perro, murió siendo un caballero
14. ¡Discover Dogs!
Agradecimientos
Lecturas complementarias

Notas
Créditos
Sobre este libro
Sobre Simon Garfield